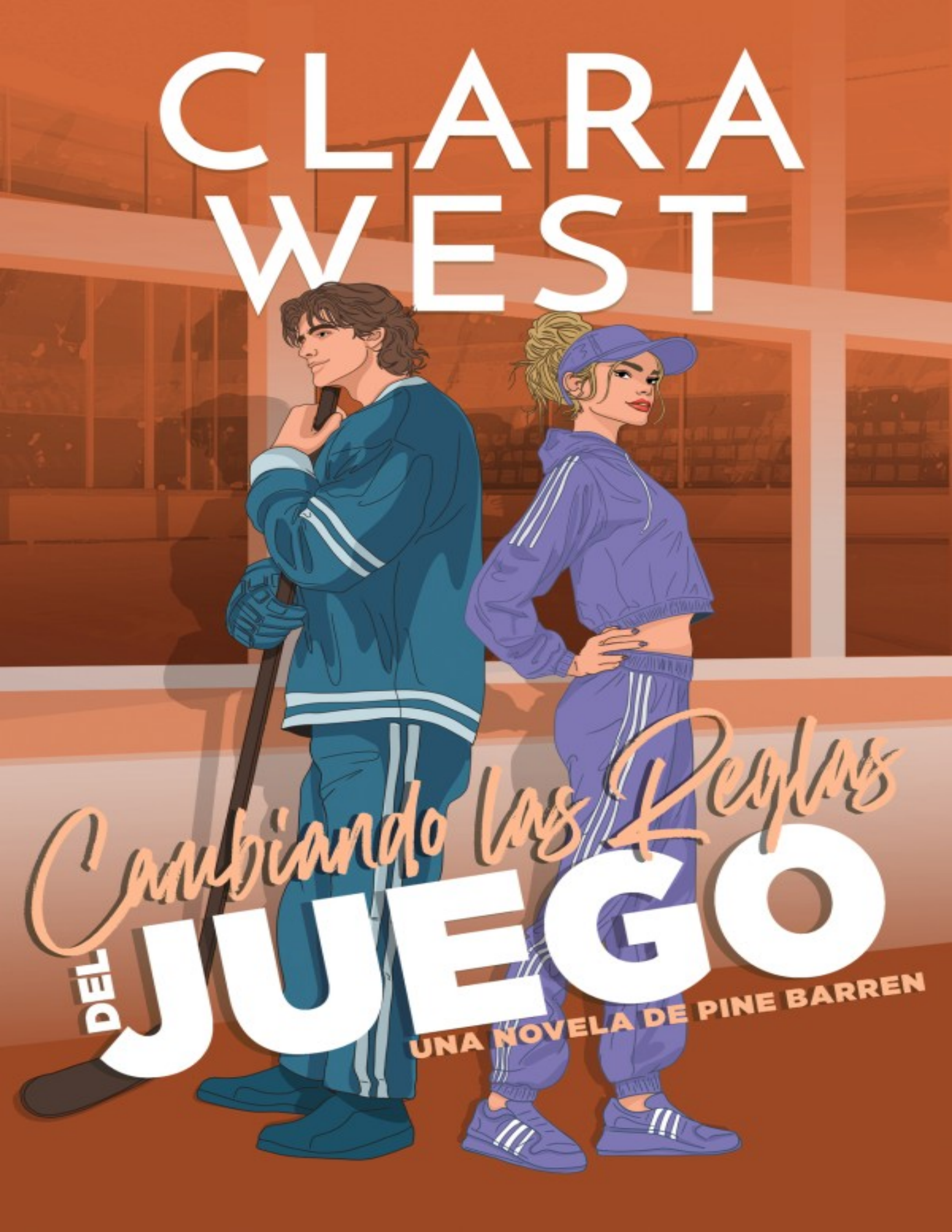


CLARA WEST



Cambiando las Reglas
DEL JUEGO
UNA NOVELA DE PINE BARREN

cambiando las reglas del juego

CLARA WEST

Cambiando las Reglas del Juego © 2026 Clara West

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida, distribuida ni transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluidos la fotocopia, la grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa por escrito de la autora, salvo en el caso de citas breves incorporadas en reseñas críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la legislación sobre derechos de autor. Para solicitar autorización, póngase en contacto con la autora.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, hechos o lugares es pura coincidencia.

también de clara west

La serie Pine Barren University

Más Allá de los Límites

La Práctica Hace la Perfección

Cambiando las Reglas del Juego

La Colisión Perfecta

La Apuesta Más Arriesgada

La Señal Rota

Todos estos libros tienen un final feliz garantizado y pueden leerse en orden o de forma independiente.

índice

[También de Clara West](#)

[Acto 1](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Acto 2](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Acto 3](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Epílogo](#)

[Extracto de La Colisión Perfecta](#)

[Uno](#)

[Dos](#)

[Tres](#)

[Cuatro](#)

[Cinco](#)

[También de Clara West](#)

act 1

uno

SOPHIE

LA LÍNEA del bajo me vibra contra el esternón, cada golpe sincronizado con mi pulso acelerado. Maya prácticamente grita desde el otro lado de nuestra pequeña mesa alta, agitando su mojito en dirección a un tipo que claramente no tiene edad universitaria pero que se esfuerza demasiado por aparentar que encaja en un bar universitario.

—¿Qué tal ese? —dice—. Lleva diez minutos mirándote.

—¡Maya! —Me aferro a mi vodka con soda como a un salvavidas, rezando para que la penumbra del bar disimule el rubor que se me extiende por el pecho—. Alguien te va a oír.

—¡Esa es la idea! —Se inclina hacia mí, su largo pelo negro cayendo sobre un hombro—. Sophie, te mereces mojar. Después del verano que has tenido...

—No. —La palabra sale más cortante de lo que pretendo, y la suavizo con una media sonrisa—. Estoy bien.

—No estás bien. Estás... —Hace un gesto circular con la mano en mi dirección—. Estás más tensa que los rulos de la permanente de mi abuela. ¿Cuándo fue la última vez que te divertiste?

Me encojo de hombros intentando que parezca casual, lo cual solo hace que su sonrisa se ensanche. Maya lleva con esta cruzada desde que las dos nos trasladamos a Pine Barren desde Michigan hace un mes. Según ella, mi vida es de una monotonía criminal,

pero no entiende que no tengo tiempo para divertirme, y sé que no tiene sentido decírselo.

—Yo me divierto —protesto sin convicción.

—Estudiar para los exámenes de farmacología no cuenta.

—No iba a decir...

—Y reorganizar tus notas clínicas por colores tampoco.

Abro la boca para argumentar que clasificar por colores es en realidad muy satisfactorio cuando algo al otro lado del bar me llama la atención. Un chico está sentado solo en una mesa del rincón, cerveza en mano, con una naturalidad total. Lleva una camiseta oscura de manga larga que se le tensa sobre los hombros anchos, el pelo ligeramente revuelto como si se hubiera pasado los dedos por él.

Pero lo que me impacta no es solo lo atractivo que es —que lo es—, de esa forma casual y sin esfuerzo que me provoca una tensión baja en el abdomen. Es lo cómodo que se le ve ahí sentado, solo, un viernes por la noche. El bar late con grupos bebiendo y gritando por encima de la música, y ahí está él, simplemente... existiendo.

A gusto.

Qué bien debe sentirse eso.

Solo pensar en entrar en un bar sola me hace picar las palmas. ¿Qué haría con las manos? ¿Adónde miraría? ¿Cómo evitaría sentir que todo el mundo está catalogando mi soledad? ¿Qué otra cosa podría estar haciendo con ese tiempo? ¿A quién estaría fallando por darme un capricho así?

Pero este chico lo lleva como si nada.

Le da un trago largo a su cerveza y entonces —Dios mío— sus ojos se encuentran con los míos.

La lógica me grita que aparte la mirada, pero algo en su expresión me retiene, y entonces su boca se curva en una sonrisa. No una mueca ensayada diseñada para llevarse a alguien a la cama, ni una sonrisa arrogante que dice que sabe lo bueno que está, sino algo cálido y genuino que le marca las líneas junto a los ojos.

Mis labios se curvan antes de que pueda evitarlo, y...

—¡Dios mío! —La voz de Maya corta de golpe el hechizo en el que estoy—. ¡Estás mirando a alguien! ¡Esto es histórico! ¿Dónde

tengo el móvil para documentarlo?

Me giro tan rápido que algo me tira en el cuello, la cara ardiendo con suficiente intensidad como para alimentar una ciudad pequeña. ¿Qué estoy haciendo? No conozco a este tío. Probablemente cita a Nietzsche en las fiestas y piensa que eso lo hace profundo. O peor, podría ser de esos que te lanzan pullitas y lo llaman coquetear. O, puaj, un deportista.

—No estaba mirando a nadie —murmuro, pero la boca se me empeña en sonreír.

Maya ya está estirando el cuello como un suricato de guardia. —¿Mesa del rincón, parece que podría levantarme en peso sin despeinarse? —Suelta un silbido bajo—. Joder, Sophie. Cuando por fin decides mirar escaparates, vas directa al expositor de Tiffany's.

—¿Puedes parar, por favor? —siseo, pero la sonrisa sigue boicoteando mi indignación.

Por esto no me salgo de mi sistema. Cuando me pica, busco a alguien en una fiesta o en un bar, dejo que den todos los pasos, les sigo el juego y desaparezco antes de que aquello se convierta en Algo. Así no hay complicaciones, ni expectativas, ni equipaje emocional, y desde luego nada de depender de nadie. Porque eso solo lleva al dolor.

—Sigue mirando —susurra Maya con toda la sutileza de una alarma de coche.

—No es verdad.

—Que sí. Y ¡ay! Está haciendo eso de intentar que no parezca que te mira. Ya sabes, el vistazo casual por el bar que de alguna forma siempre acaba en ti. —Me agarra la muñeca—. Está barriendo... ahora en ti... y barriendo... y en ti...

En contra de mi buen juicio, echo un vistazo por encima del hombro. Su mirada me encuentra al instante, como si estuviera esperando. Esta vez su sonrisa se vuelve casi tímida, pillado con las manos en la masa, y algo cálido se despliega bajo mis costillas, expandiéndose hacia fuera.

—Se acabó. —Maya se termina el mojito con determinación de campo de batalla—. Vas a ir hasta allí.

—No voy a ir a...

—Sophie Pearson, vas a llevar tu culo bonito hasta esa mesa y vas a hablar con ese hombre, o te juro que lo haré yo por ti. Y sabes que lo voy a hacer raro.

No está faroleando. El mes pasado me presentó a un tío en una cafetería anunciando que yo estaba «soltera y con ganas pero también un poco estreñida emocionalmente». Solo el recuerdo me da ganas de establecer mi residencia permanente debajo de esta mesa.

Normalmente no me acerco a los tíos.

Normalmente estoy perfectamente satisfecha con mi sistema de orgasmos mutuos y cero números de teléfono.

Pero hay algo en la forma en que está ahí sentado que me hace querer saber por qué ha venido a un bar solo y cómo consigue que la soledad parezca una elección en vez de un fracaso, y por qué se ha fijado en mí entre todas las chicas que hay aquí, la mayoría de las cuales llevan menos ropa y beben más.

—Sophie —dice Maya como si estuviera calmando a un caballo—, lleváis cinco minutos lanzándoos miraditas. Eso es un contrato vinculante en tiempo de bar.

Tiene razón. Más o menos. En mi limitada pero eficiente experiencia con los rollos, suele haber un guion. Ellos se acercan. Se ofrecen a invitarme a una copa. Hacen charla intrascendente que ambos sabemos que son preliminares con palabras. Sugieren que nos vayamos. Yo les sigo.

Pero este chico no se levanta de su mesa.

Simplemente está ahí sentado con esa sonrisa tranquila.

Como si tuviera todo el tiempo del mundo y no hubiera ningún otro lugar donde prefiriera estar.

Lo que significa que si quiero hablar con él...

—Está bien. —La palabra se me escapa antes de que mi cerebro pueda elaborar una lista de pros y contras como es debido—. Pero si sale mal, la culpa es tuya.

Maya suelta un chillido como si estuviéramos en el colegio, luego me agarra de los hombros y me estudia como una general inspeccionando a sus tropas. —¿Necesitas un discurso motivacional?

—Necesito que dejes de montar un espectáculo con esto. —
Suelto un largo suspiro y me aliso arrugas inexistentes en la ropa.

—¡Es que esto es literalmente histórico! ¡Estás acercándote a un
tío voluntariamente! ¡En un bar! ¡Casi sobria!

—Apenas sobria —murmuro, pero mis pies ya se están moviendo.
Me paso las manos por los vaqueros—. Y no es para tanto. Solo voy
a... saludar.

Escapo antes de que pueda contestar, su alarido persiguiéndome
como un grito de victoria. Varias cabezas se giran y me planteo
seriamente desviarme hacia el baño y crearme una nueva identidad.
Pero entonces le pillo la mirada otra vez, y él se endereza un poco, y
de algún modo mis pies siguen avanzando hasta que estoy de pie
junto a su mesa.

—Hola —digo, e inmediatamente quiero disolverme en las tablas
del suelo o que me salgan alas y echar a volar.

¿Hola? ¿Esa es mi frase de apertura? ¿Y ahora qué narices hago?

Pero su sonrisa se ensancha como si acabara de dar un discurso
magistral. —Hola tú también. —Señala la silla vacía—. ¿Quieres
sentarte?

—Yo... —Me dejo caer en la silla, intentando canalizar aunque
sea una fracción de su confianza relajada—. Es que no sé. Podrías
ser muy aburrido.

Dios mío. ¿Acabo de llamarle aburrido? ¡Que alguien me
confisque las cuerdas vocales, ya!

Pero se ríe —una risa cálida y grave—. —Es justo. Podría ser
increíblemente soso. Igual me paso la próxima hora hablándote de
mi extensa colección de sellos.

—¿Tienes una extensa colección de sellos?

—No, pero empiezo a pensar que debería. Ir a tope con el
personaje. —Me tiende la mano—. Soy Mike.

—Sophie. —Le estrecho la mano. Su palma es cálida y firme
contra la mía, y se la sostengo quizá un segundo de más.

Me preparo para las veinte preguntas de rigor, el cuestionario
estándar de ligue de bar que ambos sabemos que es puro trámite
hasta que alguien sugiera buscar un sitio más tranquilo y con menos

ropa. ¿A qué te dedicas? ¿Eres estudiante? ¿Qué estudias? ¿Vienes mucho por aquí?

En vez de eso, ladea la cabeza y me observa. —Qué pulsera más curiosa.

Bajo la vista a mi muñeca, sorprendida. La mayoría de la gente ignora educadamente el desastre caótico que Hazel hizo en el campamento de verano. Cuentas rosas chillón chocan con estrellas moradas y corazones verdes, mientras una cuenta plateada con forma de dinosaurio preside el caos porque sí.

—La hizo mi hermana. Tiene ocho años. Fue un proyecto del campamento.

—El dinosaurio le da el toque definitivo.

Se me escapa una risa de sorpresa. —¡Eso mismo dijo ella!

—Una chica lista. —Se recuesta en la silla, y yo desde luego no me fijo en cómo se le tensa la camiseta sobre el pecho—. Hace poco hice un curso de joyería.

Parpadeo, atónita, porque eso no es algo que esperara que este tío dijera jamás. —¿En serio?

—Sí, la cosa es que... —Niega con la cabeza, sonriendo por algún recuerdo—. A ver, forma parte de un rollo que tengo de probar cosas nuevas, y pensé: ¿qué tan difícil puede ser hacer joyería? De pequeño hacía pulseras de la amistad con mi hermana, ¿no?

Me inclino hacia delante, extrañamente encantada con la imagen de este tío —cuya pinta dice a gritos que practicó todos los deportes del instituto y que ahora levanta motos en peso por diversión— sentado en un taller de manualidades, debatiendo las virtudes de la gasa o el voile como tejido.

—Así que me presento —continúa— y somos yo y doce mujeres que claramente se están preparando para lanzar imperios en Etsy. Tienen herramientas profesionales, tarjetas de visita ya impresas, una línea de producto en mente, y están hablando de cosas como «estética de marca» y «posicionamiento de mercado».

Sonrío de medio lado. —Ay, no.

—Ay, sí. Y ahí estoy yo con mi bolsa de cuentas de plástico de la tienda de manualidades, listo para hacer unas pulseras de la amistad.

Una risa genuina me brota del pecho. —¿Y qué hiciste?

—Intenté disimular. Actué como si fuera a por una «estética minimalista». Hasta solté la palabra «deconstruido» en algún momento. —Le da un trago a la cerveza—. Nadie se lo tragó. Sobre todo cuando me pasé veinte minutos intentando hacer un anillo con una cuchara y acabé con una cuchara... ¿cuadrada?

—¿Terminaste el curso?

—Las seis semanas. Hasta vendí una pulsera en la feria de manualidades de fin de curso.

Abro los ojos como platos, sonriendo. —¿En serio? ¿Alguien la compró?

—Mi madre es una mujer muy solidaria.

Otra risa se me escapa. ¿Cuándo fue la última vez que me reí tanto con un desconocido? Normalmente las conversaciones de bar se sienten como negociaciones de rehenes: calcular lo rápido que podemos pasar los preámbulos y llegar a la parte sin ropa. Pero esto se siente distinto, como sumergirte en un baño caliente después de un turno largo.

—¿Y tú? —pregunta—. ¿Algún talento oculto para las manualidades aparte de lucir joyería de dinosaurio de primera?

—A menos que cuente clasificar apuntes por colores, no. —Hago una pausa—. Bueno, mi amiga Maya diría que lo he elevado a forma de arte. Tengo un sistema.

—¿De qué nivel de complejidad estamos hablando?

—Colores distintos para cada asignatura, obviamente. Pero también subcategorías dentro de cada asignatura. Y referencias cruzadas. Y un color aparte solo para lo que seguro cae en el examen frente a lo que puede que caiga en el examen frente a lo que me saltaré si cae en el examen...

Parece genuinamente impresionado. —Eso es...

—¿Neurótico?

—Iba a decir exhaustivo. Pero también un poco genial. —Se encoge de hombros—. Yo lo apunto todo con el primer boli que no esté seco y me encomiendo a la suerte.

—Solo de pensarlo me da ansiedad.

La camarera pasa a tomarnos nota y nos trae las bebidas un minuto después —otra cerveza para él, otro vodka con soda para mí— y por un momento pienso que debería ir más despacio. Pero el calor que se me extiende por el pecho tiene menos que ver con el alcohol y más con la forma en que Mike se inclina ligeramente cuando hablo, como si cada palabra importara.

Caemos en un ritmo fácil. Me cuenta otra de sus «cosas nuevas», el curso de cocina donde casi le prende fuego a un trapo de cocina («el profesor me prohibió acercarme al fuego después de eso»). Yo confieso mi intento de aprender guitarra, que terminó con mi profesor sugiriéndome que quizá mi fuerte era «apreciar la música como oyente».

—Lo cual era claramente código para «por favor, deja de torturar a ese instrumento» —añado, y cambio de tema—. Entonces, ¿a qué viene eso de probar tantas cosas nuevas? ¿Crisis de los veinticinco?

Algo cambia en su expresión —no exactamente tristeza, pero algo más profundo que el humor ligero que hemos estado intercambiando—. —Algo así. Más bien... —Hace girar la botella de cerveza entre las palmas—. ¿Alguna vez has sentido que llevas tanto tiempo haciendo lo mismo que se te olvidó que había otras opciones?

La pregunta aterriza en un lugar inesperado, justo en el centro de mi pecho. —Sí. Conozco esa sensación.

Me observa un momento, y me pregunto qué ve. ¿A la chica que sigue la misma rutina todos los días? Estudiar, rotaciones clínicas, rollos seguros y asépticos que nunca arriesgan convertirse en algo más. Por no hablar de las mil y una cosas que necesito hacer por mi hermana y por mis padres para mantener el barco familiar a flote en las aguas turbulentas por las que hemos navegado últimamente...

—De ahí la joyería —dice, más ligero ahora—. Y la cocina. Y el taller de cerámica, que fue exactamente tan pretencioso como suena.

El tiempo hace esa cosa elástica extraña en la que se estira y se contrae a la vez. Soy hiperconsciente de todo: cómo mueve las manos cuando cuenta algo, dibujando formas en el aire; cómo su risa arranca desde lo bajo del pecho; que de verdad escucha cuando

hablo en vez de simplemente esperar su turno, con lo que quiere decir ya precargado.

Pero el tiempo se tensa de golpe cuando Maya se materializa a mi lado. —Oye —dice, lanzándole a Mike un guiño que me hace querer esconderme—. Nos vamos a otro sitio. ¿Vienes?

Miro el móvil, asombrada al ver que han desaparecido dos horas. El bar se ha llenado más, los cuerpos apretados, la música más alta, pero yo no me había dado cuenta. Hemos estado viviendo en nuestra propia burbujita en esta mesa del rincón, y no he pensado en nada más que en Mike y sus bromas y sus historias encantadoras y su cuerpo —ay, su cuerpo— durante todo ese rato.

—Yo... —Miro a Mike, luego a Maya.

—Debería presentarme —anuncia Maya sin esperar invitación—. Soy Maya, la amiga de Sophie que lleva dos horas viéndola sonreír más que en los últimos dos meses, lo cual es bastante irritante porque yo soy graciosísima y me esfuerzo mucho...

—¡Maya! —La sangre se me agolpa en la cara, pero Mike se limita a sonreír.

—Mike. —Le estrecha la mano—. Y me alegra oír eso. Tiene una sonrisa preciosa.

Mi cara alcanza niveles nucleares. Maya me lanza una mirada que dice claramente: quédate con este.

—Bueno, pues. —Retrocede despacio, como si intentara no espantar a un animal salvaje—. Os dejo a los dos... —Hace un gesto circular vago—. Estaremos en Flanagan's si quieréis alcanzarnos. O no. Seguramente no. Seguro que no. Aunque si termináis pronto y os da por vestirlos otra vez, sentíos libres de venir...

Se diluye entre la multitud antes de que me pueda morir de vergüenza.

—Tu amiga parece divertida —dice Mike, y no sé si va con sarcasmo—. Como el caos en forma humana.

—Es mucho. —Jugueteo con mi vaso vacío, apuntando a casual y probablemente errando por kilómetros—. ¿Quieres tomarte la siguiente copa en mi casa?

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros. Le observo la cara, esperando el cambio. El momento en que Mike de la

Conversación Fácil se transforma en el Tío con Suerte. El momento en que la fachada se derrite y veo la chulería, la arrogancia y el egoísmo que hay detrás del juego.

Pero simplemente deja la cerveza, con un amago de sonrisa en los labios. —Me encantaría.

Y suena como si se refiriera a algo más que a la copa que le he ofrecido.

dos

SOPHIE

EL CAMINO a mi departamento debería llevar solo diez minutos. Lo he cronometrado antes: del bar a mi edificio son exactamente tres manzanas, dos semáforos y un callejón sospechoso que siempre cruzo a paso acelerado. Pero esta noche, con Mike a mi lado, el tiempo funciona de otra manera.

Cada paso se estira como un caramelo, y soy hiperconsciente del espacio entre nuestros cuerpos. Estamos lo bastante cerca como para que me lleguen ráfagas de su jabón (algo penetrante a cedro que probablemente tiene un nombre ridículo como «Forest Blast»), pero lo bastante lejos como para que claramente no estemos *juntos-juntos*.

El pulso me martillea, y la estudiante de enfermería que llevo dentro cataloga síntomas: taquicardia, vasodilatación periférica y propiocepción aumentada. Básicamente, mi sistema nervioso autónomo ha decidido montar una fiesta sin invitar a mi cerebro racional, y al lado de un tío como este, no puedo culparlo.

—Así que enfermera, ¿eh? —La voz de Mike interrumpe mi autodiagnóstico—. ¿Tienes, ya sabes, el uniforme y todo eso?

—¿Un uniforme? —Arqueo una ceja—. Déjame adivinar: te imaginas un conjunto blanco impecable, escasez estratégica de botones y un largo de falda que violaría las normas de seguridad laboral.

—¿Quizá? —Su sonrisa se extiende sin disculpa—. Mira, mi mamá es médica, pero sobre todo se queja de las aseguradoras y trae historias de terror sobre niños que se meten esas lucecitas de colores de Lego por la nariz. La moda no fue realmente un tema, aunque he tenido mi ración de...

—¿Enfermeras?

Casi se atraganta de risa. —Fantasías con enfermeras... —Hace una pausa—. La primera enfermera con la que me acueste será la primera...

—Menos mal que te van las cosas nuevas... —digo, y de repente me pongo roja como un tomate, porque esto no es nada propio de *mí*.

Él simplemente sonríe.

—En cuanto a la moda... —retrocedo—. Siento decepcionarte, pero son sobre todo uniformes sanitarios holgados y zuecos que podrían servir de dispositivos de flotación.

—No sé. —Su mirada me recorre con una apreciación que me eriza la espalda—. Apuesto a que tú haces que los dispositivos de flotación queden bien.

El semáforo delante de nosotros arde en rojo, y nunca he estado más agradecida por la infraestructura municipal. Quizá piense que el rubor de mis mejillas es solo su reflejo.

—Por aquí a la izquierda —consigo decir, señalando con la cabeza hacia mi calle—. El segundo edificio, el de la escalera de incendios que seguramente no cumple la normativa.

Recorremos la manzana que queda, todo farolas rotas y sombras, la zona de las residencias estudiantiles de Pine Barren del «no tengo beca y mis padres no son ricos». Y, mientras caminamos, Mike se mueve a mi lado con la soltura de quien nunca ha cuestionado su derecho a ocupar espacio, un metro noventa al completo de confianza masculina.

Pero también es cuidadoso, manteniendo la distancia como si hubiera descifrado alguna señal en mi lenguaje corporal. Lo cual probablemente ha hecho, porque mi lenguaje corporal ahora mismo emite «conflicto» en neón. Y, como para demostrarlo, en la entrada de mi edificio me lío con las llaves mientras soy agudamente

consciente de Mike detrás de mí, paciente e irradiando un calor que me tienta a imaginar qué pasaría si me recostara hacia atrás.

Mala idea, Sophie, interviene amablemente mi mente. *Pensamientos así van a complicar tu bonito e uncomplicated plan de cosa de una noche.*

Tres tramos de escaleras nunca se han hecho tan largos —¿por qué no me podía permitir un departamento con ascensor?— y para cuando llegamos a mi puerta, el corazón me late desbocado por razones que no tienen nada que ver con la subida y todo que ver con lo que viene después. Dentro, dejo caer las llaves en el plato de cerámica que Hazel me hizo en clase de arte, que está torcido y pintado en morados violentos.

—Bonito lugar —dice Mike, observando mis muebles rescatados y la pared de tarjetas de farmacología que realmente debería quitar.

—Gracias. Tiene lo esencial: techo, paredes y vecinos que ponen electrónica a todo volumen los fines de semana y entre semana. ¿Algo de beber? —Me dirijo al refrigerador, necesitando algo con lo que ocupar las manos—. Tengo agua, vino que puede que haya cobrado vida propia, y... —Huelo el cartón de leche—. Sí, no. Solo el agua y el vino cuestionable.

—Estoy bien.

Cuando me giro, se ha acercado más, justo fuera del alcance de mi brazo. El aire entre nosotros se espesa de posibilidad. Esta es la parte que conozco: donde el tío da el paso, nos dirige hacia el dormitorio y da comienzo a la parte desnuda de la velada. Pero Mike simplemente se queda ahí, mirándome.

—Bueno —digo.

—Bueno.

Vale. Puedo hacer esto. Cierro la distancia. —El dormitorio está por ahí.

No se mueve. —¿Es ahí donde quieres ir?

La pregunta se me engancha en el pecho. —Sí.

Asiente despacio y luego me sorprende enmarcándome la cara con las manos. Sus palmas son ásperas, pero imposiblemente suaves. —¿Puedo besarte primero, Sophie?

Mi cerebro se cala.

¿Quién pregunta?

En mi limitada experiencia post-Jimmy, los tíos simplemente... toman.

Dan por hecho.

Ellos dirigen, y yo sigo porque es más fácil que elegir.

—Yo... sí.

Su pulgar me recorre el pómulos mientras se inclina, y cuando su boca encuentra la mía, es exploratoria en lugar de conquistadora. El beso es deliberado, casi reverente, como si yo fuera algo que vale la pena estudiar en lugar de hojear. Pero cuando su lengua se desliza contra la mía, minuciosa y sin prisa, decido que esto es agradable.

Aun así, la ansiedad me pincha. A estas alturas debería estar forcejeando con mi sostén. Así es como funciona esto, y me distraigo preguntándome por qué no está subiendo de tono. Dejo que el beso continúe un rato y luego me aprieto contra él, mi pecho encontrándose con el suyo. Pero en lugar de captar la indirecta, se ríe contra mi boca con un resoplido y se echa hacia atrás.

—¿Qué prisa hay? —Su aliento me acaricia cálido los labios.

—Ninguna prisa. —La mentira me sabe a medicamento—. Solo que... normalmente ya estamos en el plato fuerte a estas alturas...

La curiosidad se enciende en su expresión. —¿Cómo haces esto normalmente?

—Con eficiencia. —La palabra se me escapa antes de poder editarla.

—Con eficiencia —repite, como si acabara de admitir que organizo mis rollos con diagramas de Gantt—. Ese no es exactamente el adjetivo al que aspira la mayoría de la gente.

La cara me arde. —No quería decir...

—Lo sé. —Me acaricia la mejilla—. Eficiente no significa bueno.

—Es más silencioso —admito, sorprendiéndome a mí misma con la honestidad—. En mi cabeza, quiero decir. Cuando todo va rápido y otra persona dirige, no tengo que... —Me señalo vagamente la sien, arrepintiéndome ya de este largo y completamente innecesario desvío por la avenida de la Sobreinformación—. Procesar tanto.

Su expresión se suaviza un poco. —¿Eso es lo que necesitas, Sophie? ¿Dejar de pensar?

—Eso es lo que necesito siempre. —Me encojo de hombros, apuntando a casual y errando por kilómetros—. Las cosas de una noche son simples. Sin complicaciones, sin expectativas. Solo... alivio.

Mike me estudia con una concentración que me hace querer comprobar si se me están escapando los pensamientos. No sé exactamente por qué a este tío le importa, o parece importarle, pero cuando me toma la mano, ese simple contacto envía una descarga ramificándose brazo arriba y me reinicia el cerebro. Se acabó la sobreinformación esta noche, estrictamente físi...

—Déjame preguntarte algo —interrumpe mis pensamientos con una afirmación, no con una pregunta—. ¿De verdad te gustan? ¿Estos encuentros *eficientes*?

Mi boca se abre para ofrecer un sí automático. Claro que me gustan. ¿Por qué si no seguiría teniéndolos? Eso es condicionamiento conductual básico: repetimos las actividades que nos recompensan, ¿no? Todo el mundo necesita acostarse con alguien de vez en cuando, y se supone que los universitarios somos como conejos en celo, ¿no?

—Ellos... —Hago una pausa, considerándolo de verdad—. Cubren una necesidad.

—Eso no es lo que te he preguntado.

—Entonces...

—¿Te parecen buenos? —Reformula con la paciencia de quien está dispuesto a esperar—. No solo... funcionales. Sino de verdad *buenos* para *ti*.

La palabra queda suspendida entre nosotros.

¿Buenos?

Pienso en mi puñado de encuentros post-Jimmy. Transacciones breves y mecánicas donde yo cumplía el trámite y ellos cumplían el suyo. Donde conseguía lo que venía a buscar —un respiro del ruido constante en mi cabeza, la lista de preocupaciones sobre mamá, el Tetris de horarios, la presión— y me iba.

Casilla física marcada, de vuelta a la vida real.

Pero ¿buenos? ¿Ese tipo de sexo que se supone que te enciende las neuronas como un árbol de Navidad y te hace cantar aleluyas

con el cuerpo? ¿Es algo que haya experimentado alguna vez? ¿Con Jimmy? ¿Con *alguien*? Joder, ¿sabría siquiera cómo se siente si lo experimentara?

—No... —La voz se me quiebra un poco. Miro su mano sujetando la mía, la forma cuidadosa en que su pulgar me recorre los nudillos. La palabra sale despacio—. No.

Espero ver decepción en su cara, o confusión, seguida de una excusa educada mientras camina hacia la puerta. En cambio, la cara de Mike se transforma con una sonrisa que le arruga los ojos. La misma sonrisa que me había regalado desde el otro lado del bar y una docena de veces durante nuestra conversación. Y es una sonrisa bonita.

—Entonces lo vamos a averiguar.

Cinco palabras. Eso es todo. Pero reorganizan por completo algo fundamental en mi entendimiento de cómo va a ir esta noche. Y, de repente, acercarme a un tío en un bar parece lo más fácil del *mundo* comparado con lo que estamos a punto de hacer.

—Eso no... la gente no... —Mi risa sale aguda y nerviosa—. A la gente normalmente le importa una mierda eso...

—¿Quién lo dice? —Se encoge de hombros como si estuviera proponiendo tailandés en vez de pizza, no reconfigurando todo mi sistema de cosas de una noche.

—¿Y tú qué? —La pregunta se me escapa, impulsada por preocupación genuina mezclada con sospecha—. ¿No te sentirás... estafado si nos centramos en... mí?

Una sombra le cruza las facciones, fugaz. —Durante años, todo giraba en torno a que yo tomara lo que quisiera cuando quisiera. — Le baja la voz, cargada de algo que parece arrepentimiento—. Eso significaba que podía ser bastante horrible con gente que me importaba, así que este año estoy probando algo nuevo.

Hay una historia ahí, enterrada bajo palabras medidas. Todos las tenemos: los antes que dan forma a nuestros después. Pero no estoy segura de haberme ganado el derecho al suyo todavía. Sin embargo, el suyo lo ha traído aquí, a mi departamento, ofreciéndome algo que no sabía que era posible desear... y bueno, no estoy segura de poder decir que no.

—Entonces qué... —Trago saliva, como si me hubiera dicho que va a practicarme algún tipo de neurocirugía compleja—. ¿Qué pasa ahora?

—¿Ahora? —Me levanta la mano, posa los labios sobre mis nudillos blancos—. Ahora me enseñas tu habitación, y nos tomamos nuestro tiempo descubriendo exactamente qué te hace sentir bien.

—Proyecto ambicioso para una sola noche.

—Me han dicho que se me da muy bien la gestión del tiempo.

—Eso puede que sea lo menos sexy que nadie me ha...

Da un paso hacia mí, acorralándome. —Voy a hacer que olvides lo que significa eficiente.

Mientras lo guío por el pasillo, algo fundamental cambia: no solo la transición física, sino una reorientación completa. Y por primera vez en más de un año, no estoy persiguiendo el olvido. En cambio, estoy caminando hacia algo que exige presencia, atención y precisamente la consciencia de la que normalmente intento huir.

Es jodidamente aterrador.

También puede que sea exactamente lo que necesito.

En la puerta de mi habitación, dudo con los dedos en el pomo. Sé que una vez crucemos este umbral, no hay vuelta a lo simple. No hay Ctrl+Z de vuelta a lo complicado. Mike espera detrás de mí, paciente como siempre, su presencia a la vez estabilizadora y cargada de promesa.

Empujo la puerta y me giro para mirarlo de frente. —Aviso justo: si esta expedición tuya en busca de placer fracasa, te hago enteramente responsable.

—Me arriesgaré. —Entra, cerrando la distancia entre nosotros. Sus manos encuentran mis caderas, cálidas a través de la tela—. Aunque tengo bastante confianza en mi metodología.

—¿Metodología? —Me burlo—. Y decías que «eficiente» no era sexy, así que ¿dónde queda eso...?

Me corta con un beso que no tiene nada que ver con la exploración cuidadosa de antes. Esto es intención hecha cuerpo, promesa hecha textura. Es todo lengua y dientes y manos errantes, y cuando se aparta, respiro como si hubiera hecho series de velocidad.

—Sophie. —Mi nombre en su boca suena a descubrimiento—. Vamos a encontrar qué te derrite. Qué te hace jadear. Qué te hace olvidar tu propio nombre. —Su pulgar recorre la prominencia de mi cadera—. Y luego lo vamos a repetir una y otra vez hasta que el placer sea algo que conozcas hasta los huesos.

Las palabras me trazan calor por las venas. Este hombre —este desconocido que me atrajo en un bar— de repente me mira como si fuera un enigma que vale la pena resolver. Y, por primera vez con un tío, siento que no soy solo un trozo de carne para usar y descartar.

—Apenas me conoces —susurro, la protesta fina como el papel.

—Sé lo suficiente. —Sus dedos me abarcan la cintura—. Sé que eres brillante, porque esas tarjetas no son de amateur. Sé que eres graciosa cuando te lo permites. Sé que cuidas de los demás hasta que no te queda nada para ti. —Se inclina más—. Y sé que nunca he tenido tantas ganas de hacer correrse a alguien como a ti.

La honestidad cruda me roba el aliento.

Cuando me besa de nuevo —más despacio esta vez, más profundo, como si tuviéramos décadas en lugar de horas— algo dentro de mí por fin deja de luchar. Quizá sea el agotamiento de intentar perpetuamente mantener el control. Quizá sea la forma en que me mira como si mereciera la pena el esfuerzo.

O quizá simplemente estoy cansada de conformarme con lo funcional cuando lo extraordinario está aquí mismo, ofreciéndose a enseñarme la diferencia.

Sea cual sea la razón, cuando sus manos se deslizan bajo mi camiseta, ásperas contra mi piel, no pienso en eficiencia ni en marcar casillas ni en quién me necesita para qué hoy. En cambio, me hundo en la pura sensación: los relieves callosos de sus palmas, la cascada de terminaciones nerviosas encendiéndose como cerillas, y me *relajo*.

—Eso es —murmura contra mi boca, la voz vuelta ronca—. Solo siente.

Y, por una vez en mi puñetera vida, voy a intentarlo.

tres

MIKE

LOS NERVIOS de Sophie le recorren el cuerpo como un diapasón: sus labios se estampan contra los míos con la desesperación de alguien intentando ganarle al reloj de posesión, sus manos agarrando puñados de mi camiseta, mi pelo, cualquier punto de agarre que encuentre.

Mientras tanto, yo juego a otra cosa.

Cuando ella empuja hacia más velocidad, más intensidad, le enmarco la cara entre las manos y suavizo nuestro beso deliberadamente, estirando cada segundo hasta que emite un pequeño sonido frustrado en la garganta que me baja directo a la polla y me la hace palpar contra los vaqueros.

—¿Por qué sigues haciendo eso? —La acusación se cuela entre su voz entrecortada cuando se aparta—. Cada vez que intento avanzar, tú...

—Porque tenemos toda la noche. —Apoyo la frente contra la suya, empapándome de su imagen: mejillas sonrojadas, iris oscuros—. Y quiero saborear cada segundo.

—Pero...

—Pero nada. —Le paso el pulgar por el labio inferior, sintiendo cómo tiembla levemente bajo mi roce—. ¿Alguien se ha tomado su tiempo contigo alguna vez?

La forma en que aparta la mirada, de repente fascinada por mi hombro, me lo dice todo. ¿Con cuántos tíos ha estado que trataron su cuerpo como una partida contrarreloj? ¿Que pasaron volando por los preliminares intentando llegar a «la parte buena»? ¿Que jamás preguntaron qué la hacía retorcerse de placer?

Quiero sus direcciones.

Con fines violentos.

No es que me esté proclamando santo. Antes del año pasado, yo era igual de culpable: aparecía, conseguía lo mío y me largaba con la vaga suposición de que mi compañera también lo había disfrutado. Nunca pregunté ni comprobé, porque nunca lo necesité.

Porque los jugadores de hockey no tienen que esforzarse para recibir atención.

Quizá por eso Sophie me intriga tanto. Está claro que no tiene ni idea de que juego hockey, pero dejó clarísimo en el bar que le interesan otras partes de mí: la cerámica desastrosa, el tipo que cita The Office en los momentos más inoportunos. Así que seguí el juego.

Si ella está aprendiendo a ir despacio por primera vez, yo estoy aprendiendo lo que es ser simplemente Mike. No Mike, capitán del equipo de hockey de los Pine Barren Devils, ni Mike, el que tal vez debute como profesional el año que viene. Solo Mike: el tío que ahora mismo la tiene más dura que su examen final de movimiento humano e intenta que no se note.

La ironía no se me escapa. Aquí estoy, reformado y deseando rendir culto en el altar de su placer, y ella no para de intentar saltarse su propia comunión. Yo quiero sepultarla bajo una avalancha de placer, y ella se conforma con apartar un par de piedras y dar el asunto por zanjado.

Un recuerdo me embosca. Los ojos vidriosos de Melissa (¿o era Melanie?) cuando solté mi discurso estándar de «no busco nada serio» después de nuestro tercer rollo. La dignidad que se envolvió como una armadura antes de salir. El mensaje: ¿Hice algo mal?

No, Melissa (¿Melanie?), fui yo.

Después vino el tobillo. La espiral. El consultorio de mi terapeuta con sus sillas demasiado cómodas y la caja de pañuelos que

definitivamente no necesité, muchas gracias. Su desmantelamiento delicado de toda mi personalidad, ayudándome a ver que había estado usando a la gente como bolsas de hielo, un alivio temporal para todos los lugares magullados dentro de mí.

También me ayudó a entender que mi obsesión con el hockey no era solo por el deporte, sino por tener un marcador claro para medir mi valor. Antes no sabía quién era Mike Altman sin el hockey, pero ahora sé que es un tío que hace cerámica con pinta de conos de tráfico derretidos.

—Fui un capullo egoísta —digo en voz alta, sin pretenderlo.

Los ojos de Sophie se clavan en los míos.

—¿Qué?

—Nada. Solo... —Sacudo la cabeza—. Pensando en cómo era antes.

—¿Y cómo eras?

—Egoísta, sobre todo en la cama. —Trazo el contorno delicado de su oreja con la yema del dedo, viendo cómo la piel de gallina le baja en cascada por el cuello como fichas de dominó—. Nunca pregunté qué querían mis parejas. Simplemente tomaba lo que necesitaba y daba por hecho que mi sola presencia era regalo suficiente.

Su respiración cambia mientras le recorro la línea elegante de la clavícula con el pulgar.

—¿Y ahora?

—Ahora soy como esos exfumadores que se vuelven militantemente antitabaco después de dejarlo. —Mis labios encuentran su sien, saboreando la leve sal del sudor nervioso—. Resulta que hacer perder la cabeza a otra persona es el subidón definitivo, aunque esté nerviosa...

—No estoy nerviosa —dice, pero es demasiado rápido y demasiado cortante para resultar convincente, como un slapshot sin continuación.

—Vale. —No insisto—. Pero si lo estuvieras, que sería completamente normal, quiero que sepas que te iré preguntando en cada paso, Sophie.

La tensión en sus hombros no se afloja. Está más tensa que una prórroga de playoffs. Recuerdo su comentario anterior sobre preferir

no pensar durante el sexo, sobre querer seguir las indicaciones de otro, y me pregunto por qué ser pasajera es el objetivo.

—¿Qué te parece esto? —Le guío la mano hasta mi muñeca, dejando que sus dedos se cierren alrededor—. Si en algún momento te sientes incómoda o quieres que pare, solo aprieta.

El alivio le transforma la cara y suelta un largo suspiro.

—Eso es... es perfecto, la verdad, Mike.

—Bien. —La beso otra vez, más suave ahora, saboreando el brillo de labios de fresa—. ¿Puedo desnudarte?

Abre mucho los ojos.

—Sí.

Empiezo por la camiseta, levantándola con reverencia. Centímetro a centímetro, piel pálida emerge bajo la luz ámbar del dormitorio, sombras suaves acumulándose en los huecos de su garganta, resaltando el subir y bajar de su pecho. Me inclino, presionando los labios contra su cuello, sintiendo su pulso contra mi boca.

Jadea, sus dedos hundiéndose en mis hombros con la fuerza suficiente para dejar marcas que maldecirá mañana.

—Mike...

—¿Esto está bien? —murmuro contra su piel.

—Sí.

Voy dejando besos por su garganta, sobre el relieve de la clavícula, hasta la suave curva de sus pechos por encima del sostén. Algodón simple. Blanco. Práctico en lugar de seductor, lo cual de alguna forma me pone más duro. Deslizo la mano por su espalda, encuentro el cierre y lo suelto con una práctica de la que no estoy particularmente orgulloso.

El sostén cae y, joder, es perfecta.

Pechos pequeños y firmes coronados por pezones de un rosa pálido que se endurecen bajo mi mirada como si les diera vergüenza la cámara. Acuno uno con suavidad, sintiendo su peso en la palma, y le paso el pulgar por la punta erguida. El color le inunda la piel y se arquea contra mi mano, emitiendo un sonido mitad jadeo, mitad gemido, pura música.

Continúo mi exploración de su cuerpo. Beso el esternón, donde siento su corazón martillear, paso por la suave curva de su estómago que tiembla bajo mis labios, hasta la cintura de los vaqueros. Levanto la mirada, esperando su asentimiento antes de abrir el botón.

Cuando lo da, la empujo hacia atrás sobre la cama y jadea por el cambio repentino. Entonces voy despegándole los vaqueros pierna abajo como si desenvolviera el mejor regalo de Navidad del mundo, dejando besos en cada nuevo territorio que conquisto: el interior de la rodilla, la piel suave de la pantorrilla, el arco del pie.

Suelta un sonido mitad risa, mitad jadeo, y se le enroscan los dedos de los pies.

—Mike...

—¿Cosquillas? —Sonríó contra su piel.

—Un poco. —Su voz oscila entre la vergüenza y la excitación.

Voy subiendo de vuelta, deteniéndome en la cara interna de su muslo, donde la piel es suave como seda e impregnada con el aroma de su excitación. Solo quedan las bragas —algodón blanco como el sostén, prácticas e imposiblemente sexis precisamente por eso— y no puedo esperar a ver qué hay debajo.

Pero primero, mis dedos se enganchan en la cintura y hago una pausa.

—¿Estas también?

Hay un latido de vacilación antes de que asienta.

—Sí.

Las deslizo hacia abajo con la misma reverencia que mostré con los vaqueros, observando su cara mientras la desvelo por completo. Se estremece cuando el algodón pasa por sus muslos, sus rodillas, sus tobillos, hasta que finalmente queda desnuda ante mí. Pero no la cubro inmediatamente con mi cuerpo ni me lanzo entre sus piernas como habría hecho el Mike novato.

En cambio, me arrodillo al pie de la cama como un devoto, simplemente mirándola, memorizando cada peca esparcida por su pecho como estrellas, cada curva suave, cada lugar donde su piel se sonroja. Se retuerce bajo mi atención, los muslos apretándose, pero me sostiene la mirada.

Valiente.

Perfecta.

Gateo de vuelta por la cama, sosteniéndome encima de ella sobre antebrazos que tiemblan levemente, no por el esfuerzo sino por la contención. Mi polla empuja contra los vaqueros, exigiendo una atención que me niego a darle en este momento, porque este momento es solo para ella.

Me sorprende que me mantenga la mirada incluso ahora, a pesar del nerviosismo que nada en esas profundidades grises junto a la curiosidad y algo que podría ser confianza empezando a florecer como una frágil flor de primavera. Enciende mi deseo aún más.

—¿Puedo besarte el cuello? —pregunto, con la voz más ronca de lo que pretendía.

Asiente, y desciendo.

Empiezo por su pezón izquierdo, y cuando succiono suavemente, jadea y se arquea contra mí, su cuerpo moviéndose con una honestidad que me hace girar la cabeza. La respuesta es tan inmediata, tan cruda, que la archivo en la parte de mi cerebro etiquetada «Manual de instrucciones de Sophie».

Capítulo uno: justo aquí.

Succiono más fuerte y gime, un sonido tan genuino y descontrolado que lo siento reverberar en mi pecho. Sus manos se enredan en mi pelo, no alejándome sino atrayéndome, como si intentara meterse dentro de mi piel. Tengo que cerrar los ojos y pensar en cualquier cosa que no sea lo desesperadamente que quiero estar dentro de ella ahora mismo.

—Mike —dice, sin aliento y desesperada, y casi acaba conmigo.

Mi mano descende por su estómago, sintiendo los músculos saltar bajo mi tacto, deteniéndome justo encima de donde sé que está ardiendo. Me aparto de su cuello para encontrar sus ojos, y la comprensión se le ilumina en la cara seguida inmediatamente por un rubor que la pinta del pecho a la línea del pelo.

Asiente antes de que pueda preguntar.

Bajo más, a través de rizos suaves ya húmedos de excitación, y la abro con suavidad. Está empapada, fundida, y el descubrimiento me dispara una sacudida directa a la polla que me tiene respirando

por la nariz como si estuviera furioso en el banquillo de penalización. Y cuando la acaricio con un dedo, apenas rozando, gimotea.

—¿Bien? —Sonrío.

—Sí —dice, con los ojos entrecerrados y los labios rosados entreabiertos. Una visión.

Sigo explorando, atento a cada señal: el corte en su respiración cuando le rozo el clítoris, la forma en que sus caderas se levantan cuando aumento la presión, el sonido frustrado que hace cuando reduzco la velocidad deliberadamente. Pero sigue tan callada, tan controlada, incluso mientras su cuerpo responde.

Años de condicionamiento, probablemente.

Años sin que le preguntaran, sin que la escucharan.

Pues eso se acaba esta noche.

—¿Puedes enseñarme dónde te gusta que te toquen? —pregunto, deteniendo la mano.

Abre los ojos de golpe, el pánico destellando como una luz de alarma.

—No... no lo sé.

Estudio su cara.

—¿No sabes lo que te gusta?

—Nunca lo he pensado mucho. Normalmente los tíos simplemente... hacen lo suyo.

La rabia vuelve a emerger, pero la respiro. Porque esto no va de mi indignación justificada ni de mi deseo abrumador de encontrarme con sus exparejas en un callejón oscuro. Va de su placer, de su descubrimiento, y no quiero incomodarla.

—¿Qué te parece esto? —Retomo las caricias suaves, observando su cara—. Probaré cosas diferentes y tú me dices qué se siente bien. Piénsalo como un experimento científico divertido.

El alivio le suaviza las facciones.

—Sí. Vale. Puedo hacer eso.

Empiezo con toques ligeros como plumas, apenas rozando sus pliegues, y se retuerce de impaciencia.

—Más presión —dice, y la franqueza me hace sonreír.

—¿Así? —Presiono más fuerte, arrastrando el dedo desde su entrada hasta el clítoris con lentitud deliberada.

Asiente, y repito el movimiento, hipnotizado por cómo se le cierran los párpados, los labios entreabiertos en un gemido silencioso. Cuando llego al clítoris, lo rodeo con suavidad, y todo su cuerpo se sacude como si la hubieran alcanzado con un desfibrilador, los ojos abriéndose de golpe.

—¿Demasiado? —Me quedo quieto.

—No, no. —Rápido, desesperado—. Es bueno. Solo... intenso.

Asiento, continuando los círculos pero más ligeros aún, más lentos. Pronto su respiración se estabiliza y después se acelera gradualmente mientras mantengo el ritmo. Sus caderas empiezan a moverse al compás de mi tacto, buscando más presión, más fricción, más todo.

—¿Es así como te tocas? —Curiosidad genuina me tiñe la voz.

Un asentimiento pequeño y tímido.

—A veces, pero normalmente más rápido.

—¿Más rápido? —Aumento el ritmo y gime más alto, desinhibida.

—Sí. Justo así. No pares.

Mantengo el ritmo constante, completamente absorto en su transformación. El surco de concentración en su frente, el rubor extendiéndose como un incendio por su piel, la forma en que sus labios se entreabren más con cada respiración... Todo se combina en una imagen impresionante.

Y cuando reduzco deliberadamente la velocidad, suelta un sonido que es casi un gruñido.

—¿Por qué paraste? —Ojos abiertos, acusadores.

—No paré. —No puedo ocultar la sonrisa—. Solo cambié de táctica.

Me agarra la muñeca con una fuerza sorprendente.

—Más rápido. Por favor.

Obedezco, y ya mueve las caderas con abandono, persiguiendo su placer sin vergüenza y sin esperar a que un tío le dicte el ritmo. Está cerca, lo siento en el temblor de sus muslos, en el tono de su respiración, en el aleteo de músculos bajo mi tacto, y estoy listo para llevarla hasta el final.

—¿Puedo meter los dedos dentro de ti? —pregunto.

Ojos cerrados, cabeza echada hacia atrás contra la almohada, asiente frenéticamente.

—Sí.

Introduzco un dedo despacio, sintiendo su calor apretado aferrarse a mí, y tengo que mordirme un gemido. Está tan mojada, tan perfectamente ceñida alrededor de un solo dedo, que la polla me palpita dolorosamente, imaginando cómo se sentirá alrededor de mí si tengo la suerte de llegar tan lejos con ella.

Piensa en eso después, intento transmitir un mensaje hacia el sur. Esto va de ella.

Añado un segundo dedo con cuidado, atento a cualquier señal de incomodidad, pero solo gime más fuerte, levantando las caderas para llevarme más profundo sin vacilación. Curvo los dedos, buscando ese punto que le cambiará el mundo —¿algún tío se ha molestado antes?— mientras el pulgar le rodea el clítoris.

Cuando lo encuentro —esa textura ligeramente distinta, ese punto exacto— suelta un jadeo tan afilado que podría cortar cristal, la espalda arqueándose desde la cama.

—Ahí. —Su voz es un gemido desesperado y entrecortado—. Justo ahí, joder.

Mantengo los dedos presionados en ese punto, moviéndolos en caricias pequeñas y firmes mientras el pulgar le trabaja el clítoris. Ahora jadea, pequeños gimoteos escapándose con cada exhalación, sus caderas moviéndose erráticamente. Mi mirada recorre su cuerpo, empapándome de cada detalle, y se detiene en sus pechos: esos perfectos pezones rosados pidiendo atención a gritos.

—¿Puedo chuparte los pezones? —digo.

Asiente, y cambio de posición ligeramente, manteniendo los dedos en movimiento dentro de ella con el mismo ritmo implacable, y capturo una punta en mi boca. En el momento en que mis labios se cierran a su alrededor, grita, contrayéndose alrededor de mis dedos.

Succiono con suavidad, arremolinando la lengua alrededor del capullo sensible mientras mis dedos continúan su asalto a su punto G. Cuando le rozo la punta con los dientes —apenas un atisbo de presión— todo su cuerpo se pone rígido como una tabla. Se contrae

alrededor de mis dedos y se corre con un grito, la espalda arqueándose.

Y me encanta.

Me encanta cómo sus uñas se me clavan en los hombros con la fuerza suficiente para dejarme marcas.

Me encanta cómo se deshace temblando debajo de mí.

Me encanta cómo se le contorsiona la cara de placer.

Me encanta cómo dice mi nombre una y otra vez como una plegaria.

—Dios, Dios, Mike, joder, Dios...

La acompaño con paciencia, manteniendo mis movimientos constantes pero cada vez más suaves, observando con absoluto asombro cómo ola tras ola la recorre. Es magnífica así, completamente desinhibida, tomando su placer sin vergüenza ni contención.

Cuando los temblores finalmente se calman y se queda quieta en la cama, saciada y agotada por el momento al menos, retiro los dedos lentamente. Esto me gana un pequeño gimoteo, y le presiono un beso en el esternón, donde su corazón late como si acabara de jugar tres periodos sin descanso en el banquillo.

Abre los ojos por fin, con la mirada perdida, suave y completamente desaliñada. La timidez de antes se ha evaporado, sustituida por asombro.

—Joder —dice.

—¿Bien? —Sonrío, sabiendo la respuesta pero necesitando oírla.

Se ríe, relajada y genuina y musical.

—Nunca se había sentido así.

—¿Así cómo?

—Como si mi alma hubiera salido de mi cuerpo y hubiera tenido que volver usando Apple Maps.

Ahora me toca reír a mí.

—¿Usas Apple Maps?

—Cállate. Mi cerebro aún no ha reconectado del todo. —Me empuja débilmente el hombro—. Vale, tu turno, ¿cómo quieres que...?

—Lo que tú quieras —digo, mientras trazo patrones perezosos en su cadera—. ¿Quieres repetir?

—Pero si acabo de... —Abre los ojos como platos—. ¿Otra vez? ¿Ahora?

—Sí, si te apetece. —No puedo evitar que se me noten las ganas—. El cuerpo femenino es capaz de orgasmos múltiples. Es biología básica.

—Nunca he... —El rosa le inunda las mejillas—. Nunca me he corrido dos veces seguidas. De hecho, la mayoría de las veces ni siquiera llego una vez durante el sexo.

Eso me cae encima como un golpe a traición.

—Estás de broma.

—¡No es para tanto! —Se apresura a tranquilizarme, como si de alguna forma la falta de orgasmos fuera culpa suya—. En serio, no pasa nada, yo...

—Sí es para tanto. —Mantengo la voz suave pero firme—. Y, por lo que parece, tienes años de atraso que recuperar, así que estaré encantado de ayudarte con los estudios.

—¿Mike? —dice, de repente seria—. Gracias.

—No tienes que darme las gracias por darte orgasmos. Es como dar las gracias a alguien por dejarte respirar.

Aparta la mirada, algo ensombreciéndole la cara.

—Pero no es lo normal, ¿verdad? Así que... gracias.

—De nada —digo con suavidad—. Y para que lo sepas, verte correrte está entre mis cinco cosas favoritas.

Se ríe, empujándome otra vez.

—¿Tus cinco favoritas? ¿Cuál es la competencia?

—Bueno, está la lasaña de mi madre... —Finjo pensar—. Sí, definitivamente estás ahí arriba.

—Vaya —sonríe con sorna—. Es todo un honor clasificarme al lado de capas de pasta y salsa boloñesa.

—Deberías sentirte honrada. —Me encojo de hombros—. Y, oye, si te esfuerzas, puede que lleguemos a ponerte en el número uno en poco tiempo...

—Hecho —dice.

Y sonrío y decido que este es mi nuevo deporte favorito.

cuatro

SOPHIE

RECORRO LENTAMENTE con las yemas de los dedos el pecho de Mike, siguiendo la línea de un músculo muy impresionante que desaparece bajo la cintura de sus pantalones. El calor irradia a través del algodón fino, y me muero por sentir su piel contra mis palmas sin ninguna barrera entre nosotros.

—¿Puedo quitarte esto? —Las palabras se escapan sin aliento, nada parecidas al tono clínico que uso con los pacientes.

La sonrisa de Mike envía una oleada de calor al fondo de mi vientre.

—Te voy a dar algo mejor que eso, Sophie.

Se aparta rodando y se pone de pie en un movimiento fluido que exhibe cada músculo de su espalda. Lleva las manos a los vaqueros y yo me incorporo sobre los codos, hipnotizada. Botón, cremallera, pantalones abajo. La camiseta le sigue, arrancada por encima de la cabeza de una manera que le tensa los abdominales.

Bóxers negros. Es lo único que queda.

Y no hacen nada por ocultar cuánto desea esto.

Cuánto me desea a mí.

—Eso fue eficiente —digo, intentando sonar casual, aterrizando más cerca de la reverencia.

Se encoge de hombros.

—Me deja más tiempo para complacerte.

—¿Y si yo hubiera querido desvestirte con una lentitud torturadora? —digo, sorprendida de mi propia audacia, aunque quizás es más fácil ser valiente cuando me mira como si fuera algo precioso en vez de algo conveniente—. ¿Y si eso me da placer a mí?

Un destello de contrición genuina cruza su cara.

—Mierda, no pensé en eso. —De hecho, empieza a retroceder—. Puedo volver a ponerme la ropa...

La risa me brota de algún lugar profundo, aflojando el nudo que tengo en el pecho. Habla en serio, y es sincero, y completamente absurdo. De verdad está avanzando centímetro a centímetro hacia los vaqueros tirados en el suelo, como si fuera a vestirse otra vez solo para dejarme hacer con él lo que quiera.

—Ven aquí. —Lo agarro del brazo y tiro.

Viene sin resistencia, acomodándose sobre mí con una precisión cuidadosa, el peso repartido sobre los antebrazos. El primer roce de sus labios contra los míos es suave, tentativo, pero cuando mis manos encuentran sus hombros —Dios, su calor, su solidez— profundiza el beso con un gemido que vibra a través de mi pecho.

Mis manos cartografían el terreno de su cuerpo como si buscara un tesoro. La extensión suave de su espalda. El surco de su columna. La curva donde la espalda se encuentra con el culo, firme y perfecto bajo mis palmas. Cada caricia envía datos a toda velocidad por mi sistema nervioso: cálido, sólido, masculino, aquí, deseándome.

Su peso debería resultar opresivo —nunca me ha gustado estar inmovilizada, nunca me ha gustado sentirme atrapada— pero esto es diferente. Este es el control deliberado de Mike, la forma en que se mantiene lo bastante cerca para que me sienta protegida pero no aplastada. A salvo pero no prisionera.

—¿Dónde más puedo tocarte? —Sus labios rozan mi oreja—. ¿De qué otra forma puedo hacerte correr?

Mi cerebro se cortocircuita. Ya me ha dado un orgasmo demoledor, ya ha demostrado que es más atento que cualquier hombre con el que haya estado, y ahora está ofreciendo más. La mayoría de los tíos estarían forcejeando con sus bóxers a estas alturas, no pidiendo permiso para extender los preliminares.

Pero hay algo que siempre he querido, algo que me daba demasiada vergüenza pedir con mi reducida lista de cosas de una noche. La forma en que Mike me observa —concentrado, paciente y genuinamente fascinado— me da el valor para expresarlo.

—Quiero estar encima. —El calor me inunda la cara, pero sigo adelante—. Nunca he... o sea, sí lo he hecho, pero no... como se debe.

Toda su cara se transforma, iluminándose como si le hubiera ofrecido un abono de temporada para su equipo favorito.

—¿Sí?

—Sí. —Su entusiasmo refuerza mi confianza—. Siempre me he preguntado cómo sería tener el control de verdad.

Mike me da un beso tierno en la frente antes de girarse boca arriba. La ausencia de su peso me deja desamparada, pero entonces lo veo estirarse hacia los vaqueros, sacando la cartera. El condón queda en la mesita de noche, y se recuesta, con las manos en mis caderas mientras me muevo para montarlo a horcajadas.

El cambio de posición lo altera todo. Estoy encima de él ahora, mirándolo desde arriba, y la vista es... embriagadora se queda corto. Devastadora, quizás. La forma en que sus ojos se oscurecen mientras recorren mi cuerpo. La forma en que sus dedos se tensan contra mis muslos como si se contuviera de apretar más fuerte.

—¿Puedo tocarte el clítoris mientras estás encima? —Su pulgar traza patrones en mi hueso de la cadera que me disuelven los pensamientos.

La pregunta me deja en blanco.

—¿Qué? Pero estamos a punto de acostarnos. ¿Por qué ibas a necesitar tocarme ahí? ¿Eso no es solo... preliminares?

Algo cruza su cara —frustración, posiblemente rabia— y el estómago se me cae a los pies. Claro. Lo he arruinado por ser demasiado inexperta, demasiado vacilante para hacer lo que me pidió, o demasiado ingenua sobre cómo se supone que es el sexo de verdad...

—No estoy enfadado contigo. —Su voz corta mi espiral, firme y segura—. Estoy enfadado con cada tío que te hizo creer que tu placer es opcional. Que no prestó atención a lo que necesitabas.

Que no supo que mereces que te toquen en cada rincón, cada segundo, durante todo el tiempo que se sienta bien.

Las palabras se me atascan en la garganta como astillas de cristal. Se supone que una cosa de una noche es algo simple, físico y primitivo. No... esto. No que me mire como si mereciera algo más que fricción eficiente y un «¿te ha gustado?» de cortesía.

—Quiero tocarte el clítoris mientras estoy dentro de ti —repite, con naturalidad, sin juzgar—. Quiero asegurarme de que te sientes bien. ¿Vale?

Asiento, incapaz de hablar. Esto se adentra peligrosamente en territorio emocional que tengo marcado como zona prohibida, pero a mi cuerpo no le importan mis reglas. De hecho, el resto de mi cuerpo ha montado una protesta y está bloqueando la autopista que lleva los pensamientos racionales de mi cerebro a cualquier otro sitio.

Los dedos de Mike se deslizan entre nosotros, encontrando exactamente donde los necesito con la misma precisión segura que demostró antes. El primer contacto me arranca un jadeo —todavía sensible de antes— pero de una forma que promete en vez de abrumar.

Cierro los ojos, y tras los párpados cerrados, las imágenes se despliegan: cabalgándolo mientras me toca así, la doble sensación de estar llena y acariciada, el control de marcar mi propio ritmo mientras él...

—¿En qué estás pensando? —Su voz sale ronca, afectada—. Acabas de hacer un sonido, y tu cara...

Cuando abro los ojos, me observa con una sonrisa y una concentración tan intensa, tan singular, tan completamente dedicada a este momento.

—Estaba pensando en cómo se sentiría esto si estuvieras dentro de mí.

La sonrisa que curva sus labios debería ser ilegal.

—Vamos a averiguarlo.

Los pulgares de Mike se enganchan bajo la cintura de sus bóxers, y observo, absorta, mientras se los baja. La tela se desliza por sus

caderas, revelando la V marcada de músculo que apunta hacia abajo, y entonces...

Oh.

Se me corta la respiración. He visto hombres desnudos antes —vistazos fugaces con poca luz, momentos apresurados más centrados en el destino que en el viaje— pero esto es... bueno...

Mike es considerable en todos los sentidos de la palabra.

Su polla es gruesa y dura y de algún modo intimidante y perfecta a la vez. Y jadeo cuando veo una gota de humedad en la punta, evidencia de cuánto le está afectando esto también.

—¿Sophie? —Su voz lleva una preocupación suave al notar mis ojos clavados en él—. ¿Estás bien?

—Eres... —Busco palabras que no suenen ridículas. ¿Hermoso? ¿Impresionante? ¿Todo lo que no sabía que me estaba perdiendo?—. De verdad... madre mía.

El rosa le tiñe los pómulos, pero su sonrisa se vuelve depredadora.

—Me alegro de que te hayas fijado, Soph.

Mi risa nos sorprende a los dos, energía nerviosa encontrando su escape.

—Difícil no verlo.

Sonríe mientras alcanza el condón, con movimientos eficientes pero sin prisa. El envoltorio cruje al rasgarlo, y observo sus manos mientras pellizca la punta y desenrolla el látex a lo largo de su erección. Incluso a través de la barrera, es formidable.

—¿Todavía quieres hacer esto? —Me examina la cara, listo para parar si se lo pido.

—Sí. —La palabra sale más entrecortada de lo que pretendía—. Rotundamente sí.

Sus manos encuentran mis caderas, estabilizándome mientras me alzo sobre las rodillas. La anticipación se enrolla tensa en mi vientre mientras se posiciona, la punta roma presionando contra mi entrada. Una mano se queda en mi cadera mientras la otra se desliza hasta la parte baja de mi espalda, apoyando sin controlar.

—Tú marcas el ritmo —murmura—. Como tú quieras.

Fácil decirlo cuando cada terminación nerviosa me grita que quiero más. Pero sí voy despacio, bajando centímetro a centímetro, dejando que mi cuerpo se adapte al estiramiento. Ha pasado más tiempo del que quiero admitir, y la plenitud me hace detenerme cuando lo tengo completamente dentro.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Más que bien. —Se me escapa una risa—. Solo... dame un segundo.

—Tenemos toda la noche —dice, aunque la tensión en su voz sugiere que su control tiene límites.

—Va a mejorar. —Se mueve ligeramente, cambiando el ángulo, y devuelve su pulgar a donde estamos unidos.

Me mezo a modo de prueba, y la sensación —llena, tocada y al mando— me arranca un sonido de la garganta que no he emitido nunca. Porque, de pronto, me doy cuenta de que esto es lo que se supone que el sexo debe sentirse.

—Oh —digo, un sonido que apenas es una palabra y más una exhalación de descubrimiento—. Eso es...

—¿Bien?

Sus manos guían sin controlar, sugiriendo ritmo y ángulo mientras me dejan encontrar lo que funciona. Y Dios, lo que funciona es... todo. El vaivén de mis caderas. La presión de su pulgar. La forma en que me mira como si estuviera obrando milagros en lugar de simplemente descubriendo cómo funciona mi propio cuerpo.

—Estás increíble —dice—. Cómo te mueves...

Sus palabras me envalentonan, haciéndome sentir poderosa en vez de torpe. Nunca he dirigido mi propio placer así, nunca he sido la que decide la profundidad y la velocidad y el ángulo. Es una revelación. Liberador. Como descubrir que tenía esta llave todo este tiempo pero nunca supe qué cerradura abría.

—¿Puedo ir más rápido?

—Dios, sí. —Sus caderas se alzan ligeramente, el control escapándosele por un instante.

El ritmo más rápido lo cambia todo. El placer se enrolla más tenso con cada vaivén de mis caderas. Estoy cerca —más cerca de lo

que creía posible, o de lo que he estado jamás en esta posición— y la combinación de plenitud y estimulación precisa amenaza con hacerme añicos.

—Mike, estoy...

—Déjate ir.

Y lo hago, los músculos apretándose alrededor de él mientras el placer irradia desde mi centro hasta cada extremidad. En algún punto a través de la bruma, lo oigo gemir mi nombre, siento sus caderas sacudirse cuando me sigue al otro lado, pero estoy demasiado perdida en la sensación para procesar nada más allá de las réplicas que me recorren.

Cuando la realidad vuelve a filtrarse, me doy cuenta de que también he hecho que se corra, lo que me hace sonreír después de todo el calor que me ha dado. Y, un segundo después, estoy desplomada sobre su pecho, los dos respirando como si hubiéramos corrido un sprint. Su corazón late bajo mi mejilla, casi tan rápido como el mío.

Una pregunta se me escapa de la boca antes de que mis filtros se activen.

—¿Siempre es así para ti?

Se mueve para mirarme.

—¿Así cómo?

—Tan... generoso —digo, después de luchar por encontrar la palabra adecuada—. Tan centrado en la otra persona.

El silencio se extiende lo suficiente para que me arrepienta de haber preguntado, y entonces responde.

—El sexo es mejor cuando los dos están involucrados.

La simplicidad de eso —la idea revolucionaria de que ambas personas deberían preocuparse por el placer de ambas— resquebraja algo dentro de mi pecho. ¿Cuántos encuentros mediocres he aceptado como normales? ¿Cuántas veces he fingido satisfacción porque pedir lo que necesitaba parecía demasiado complicado?

Me acerco un poco más a él, y de repente me doy cuenta de que estoy empapada de sudor.

—Perdona —digo—. Soy asquerosa.

Sus brazos me rodean antes de que pueda escapar.

—No te disculpes. Y no eres asquerosa, eres preciosa. Además, sudar era un poco la idea.

Nos quedamos ahí tumbados respirando juntos, su corazón estabilizándose bajo mi oído. Esta intimidad silenciosa no tiene nada que ver con sexo y todo que ver con conexión. Esto es exactamente lo que he estado evitando desde que Jimmy demostró que dejar entrar a alguien significa darle el poder de irse cuando más lo necesitas.

—Necesito ir al baño —digo, rompiendo el momento aunque desesperadamente no quiero.

—Vuelve pronto. —La orden somnolienta en su voz hace que algo revolotee en mi pecho que no tiene nada que ver con satisfacción física.

En el espejo del baño, catalogo las pruebas: rímel corrido, pelo enmarañado, labios hinchados de besos. Parezco completamente desaliñada, y una parte temeraria de mí adora que Mike me haya hecho esto y adora que yo se lo haya permitido. Y, por primera vez en meses, me divertí y no revisé el teléfono para ver qué necesitaban los demás.

Maya estaría tan orgullosa.

Cuando salgo, está sentado en el borde de mi cama, anudando el condón. La domesticidad casual del gesto —él encargándose de la limpieza en mi espacio— me golpea más de lo que debería. Se gira al oírme llegar, y el recorrido lento de sus ojos por mi cuerpo desnudo me hace sentir audaz en vez de cohibida.

—¿Ves algo que te guste? —sonríe.

El calor me sube a las mejillas por mi propio atrevimiento, pero le sostengo la mirada.

—Puede ser.

Se estira como un gato al sol, todo músculo lánguido y satisfacción masculina.

Entonces más palabras se derraman de mí, sin permiso.

—Puedes quedarte. Si quieres.

El silencio se extiende entre nosotros. El pulso se me dispara, porque estoy tan sorprendida como él claramente lo está por mis

palabras. Porque yo no hago esto. No invito a las complicaciones a pasar la noche. No...

—¿Segura? —dice—. No quiero molestar.

—Sí. —La certeza en mi voz me sorprende—. Es tarde, y yo... me gustaría que te quedaras.

—Entonces a mí también me gustaría.

Se desliza de nuevo bajo mis sábanas y las mantiene abiertas, una invitación y una pregunta en una. Me meto a su lado, manteniendo una distancia insegura hasta que él resuelve el problema atrayéndome contra su costado. Mi cabeza encuentra el hueco de su hombro como si hubiera sido tallado para mí.

Pero mientras su respiración se acompasa, mi mente se dispara. ¿Qué he hecho? ¿Y si piensa que esto significa algo? El sexo fue increíble —alucinante, para ser exacta— y Mike es todo lo que querría si estuviera buscando una relación. Divertido, amable, atento, esculpido como una estatua...

Pero no puedo estar buscando nada.

No con el tratamiento de mamá. No con Hazel necesitando que la lleven a ocho actividades distintas. No con las rotaciones clínicas empezando el mes que viene. Mi vida se sostiene con calendarios codificados por colores y malabarismos cuidadosos. Una relación sería una bola más en el aire, y ya se me están cayendo demasiadas.

—¿Mike? —digo.

—¿Hmm? —Su voz sale adormilada, satisfecha.

—¿Qué crees que es esto?

Abre un ojo.

—¿A qué te refieres?

—A esto. —Hago un gesto entre nosotros, intentando encontrar palabras que no lo hieran, después de lo amable y atento que ha sido—. Esta noche ha sido... increíble. Y quiero que te quedes. Pero necesito que sepas que no estoy buscando nada más allá de esta noche. No eres tú...

—Es donde estás ahora mismo —dice y, a juzgar por la expresión de su cara, lo dice en serio—. Lo entiendo.

Su aceptación fácil me descoloca. Sin dolor. Sin presión. Solo comprensión.

—Pero me encantaría añadirte a mi muy corta y exclusiva lista de amigos en Pine Barren —digo.

Me estudia un momento, luego sonrío y entrelaza nuestros dedos.

—Entonces será mejor que aprovechemos esta única noche.

El beso hacia el que me atrae es diferente de nuestra pasión desesperada de antes, lento y profundo, y cuando nos separamos, estoy sin aliento por razones completamente nuevas. Porque, después de una noche con Mike —una noche sintiéndome deseada, cuidada y merecedora del esfuerzo—, sé lo que me he estado perdiendo.

Y me aterra que una noche nunca sea suficiente.

cinco

SOPHIE

—MÁS LE VALE a Maddie guardarte un buen sitio junto al trampolín —le digo a Hazel, ajustándole la mochila mientras prácticamente vibra de anticipación en la entrada de la piscina.

—Sophie. —Despliega esa mirada, mitad exasperación, mitad lástima, que solo una niña de ocho años puede perfeccionar—. Maddie siempre me guarda sitio. Es mi mejor amiga.

Las palabras cargan la gravedad de las alianzas de primaria, y me muerdo la lengua para no soltar mi recordatorio automático sobre reaplicarse protector solar y la importancia de almorzar antes de nadar. El pecho se me encoge mientras la veo rebotar sobre las puntas de los pies, todo extremidades larguiruchas y energía desbordante, tan parecida a mamá que me deja sin aire.

—Está bien. Pero el inhalador...

—Está en el bolsillo delantero, donde siempre está. —Pone los ojos en blanco de forma teatral.

—Y...

—¿Puedo irme ya? —Me corta—. ¡Ya están todos dentro!

Dudo. A través de la valla metálica veo niños chillando y chapoteando en el caos clorado.

—A las tres —digo.

Pero ya se ha ido, los rizos rubios rebotando mientras sale disparada por la puerta sin mirar atrás. La monitora tacha su nombre

de una lista, y así, sin más, mi hermana de ocho años desaparece entre una multitud de críos que no saben que vio a nuestra madre desplomarse en su partido de fútbol hace dos años.

Me quedo ahí un momento más, con los dedos enroscados en los eslabones de la valla hasta que me duelen los nudillos. Me digo que está bien —más que bien— y casi me lo creo. Pero, aunque no lo estuviera, está mejor que yo, teniendo en cuenta que estoy a un momento de exigir verificación de la certificación de RCP y una investigación de antecedentes completa de todo el personal.

Al darme la vuelta para irme, el estacionamiento resplandece con espejismos de calor que van a juego con mis niveles de cortisol. Busco el móvil a tientas, temiendo ya lo que voy a encontrar, y ahí está: el correo de mi tutora con el horario del semestre de otoño adjunto. El asunto bien podría decir: «¡Tu peor pesadilla, ahora con créditos!».

Fisiología Avanzada: lunes, miércoles y viernes a las 7:00 de la mañana.

Siete. De. La. Mañana.

Métodos Clínicos: martes y jueves por la tarde.

Por no hablar del resto de asignaturas y las veinte horas de prácticas repartidas por el horario como minas diseñadas para detonar mi cuidadosamente orquestado sistema de gestión familiar, y que me van a dejar demasiado agotada para hacer el millón y una cosas más que tengo que hacer en una semana cualquiera.

Me desplomo contra el coche, el metal abrasándome a través de la camiseta fina. La pantalla del móvil se desdibuja mientras la miro entornando los ojos, rogándole a los píxeles que se reorganicen en algo que no me exija existir en tres sitios a la vez. Se me revuelve el estómago con la espiral familiar de intentar resolver una ecuación irresoluble:

La presencia de Sophie es necesaria en el punto A (clase), el punto B (tratamiento de mamá) y el punto C (la vida de Hazel), cuando Sophie solo puede ocupar un punto.

Nos mudamos al otro lado del país para el tratamiento experimental de mamá. Me cambié de universidad, reorganicé mi vida entera, y ahora estoy encajando un máster en enfermería en los

huecos entre ser cuidadora y madre sustituta, mientras la mayoría de mis compañeros solo encajan el estudio entre fiesta y fiesta.

No es que necesariamente quiera fiestas. Dios, hay días en que fantaseo con escaparme a vivir en una cabaña sencilla en el bosque. Pero tendría que tener WiFi excelente, proximidad a un hospital universitario y estar a una distancia razonable en coche del colegio de Hazel.

O sea, básicamente mi apartamento actual con más árboles.

El coche arranca con un quejido que refleja mi estado emocional. Mientras conduzco hacia el campus, mi cerebro hace lo que lleva haciendo dos semanas: volver una y otra vez a mi único y espectacular error de juicio, la única noche en que me permití tener veintitrés años en vez de cuarenta y tres.

Volver a Mike.

Hasta pensar su nombre envía calor fundido a acumularse entre mis piernas, memoria muscular de cómo había cartografiado cada centímetro de mi cuerpo. Aprieto los muslos involuntariamente, recordando cómo me había preguntado qué quería y luego había cumplido como si le fueran a poner nota por lo exhaustivo.

Y Dios, la mañana siguiente.

La manera en que la luz del sol se colaba por las ventanas de mi cocina, atrapando el brillo del sudor en sus hombros mientras me presionaba contra la encimera, pura insinuación y deseo desnudo. Cómo había apartado tazas de café y mis apuntes de la tesis desperdigados con un brazo, la otra mano enredada en mi pelo mientras murmuraba promesas sucias contra mi cuello.

Y había cumplido cada una de esas promesas.

Recuerdo el granito frío bajo mis palmas, su calor detrás de mí, el delicioso contraste arrancándome un jadeo. El gruñido grave que había soltado cuando empujé las caderas hacia atrás contra él, exigiendo más. Su ritmo —concienzudo y demoledor— me había hecho temblar las piernas y había dejado su nombre como el único pensamiento coherente en mi cabeza, las tortitas enfriándose mientras me fol...

Un bocinazo. He estado parada en un semáforo en verde, perdida en un sueño febril de manos atléticas y esa sonrisa torcida

que llevaba puesta mientras me preparaba el desayuno en nada más que unos bóxers. No es mi mejor momento. O quizá el mejor, dependiendo de quién juzgue.

Después, intercambiamos números, diciéndonos que nos escribiríamos, pero reafirmando el pacto de «solo una noche». Lo guardé como «Mike (increíble)» en un momento de honestidad postorgásmica del que me arrepentí de inmediato pero que no fui capaz de cambiar.

Pero ahora, dos semanas, y ni un mensaje.

Lo cual está totalmente bien, porque no tengo tiempo para distracciones.

El pabellón de hockey de Pine Barren se alza ante mí como un monumento de cromo y cristal a todo lo que he estado evitando. El edificio grita dinero y prioridades, ambas cosas que esta universidad aparentemente reserva para hombres con palos. Pero también es el nuevo reino de papá, su sueño de entrenar en División I materializado en vigas de acero.

Aparco, y dentro, el familiar olor a lo que he identificado científicamente como «testosterona concentrada» me golpea como un asalto sensorial. Llevo respirándolo desde que era niña, siguiendo a papá de pista en pista, así que pensarías que ya sería inmune.

Te equivocarías, así que intento respirar lo más superficialmente posible mientras me dirijo a su despacho.

La puerta de su despacho está entreabierta, «COACH PEARSON» reluciendo en una placa tan nueva que aún tiene el plástico protector en las esquinas. El orgullo se enreda con el resentimiento en mi pecho: orgullo porque ha logrado esto, resentimiento porque acabar su anterior contrato fue más prioritario que estar aquí cuando mamá empezó el tratamiento.

Pero esa es una conversación para terapia, no para un martes por la mañana.

Llamo a la puerta y levanta la vista, la alegría iluminándole la cara.

—¡Sophie!

—Bonito despacho —ofrezco, observando el caos a medio desempaquetar.

Veo fotos de campeonatos de Michigan y camisetas enmarcadas regaladas por sus jugadores que llegaron a la NHL, compitiendo por espacio en las paredes con pizarras tácticas. Y en primera fila en su escritorio, la foto familiar de las Navidades de hace dos años, cuando aún pensábamos que los síntomas de mamá eran solo estrés.

—El equipo es increíble. —Su entusiasmo irradia como un crío presumiendo de cromos—. Mucho potencial. Tendrías que ver...

—He dejado a Hazel en el campamento de natación. —Le corto antes de que se lance a recitar poesía sobre hockey. Me da igual, y él lo sabe—. La recogen a las tres.

Su cara cambia a modo logístico. Se nos da bien este baile, compartimentar en hojas de cálculo de horarios.

—La resonancia de tu madre es a la una. Yo la llevo después de eso.

Abro nuestro calendario compartido y empiezo a soltar dónde necesito estar y qué puedo cubrir con Hazel y mamá, y él hace lo mismo. Lo hago sabiendo que lo trasladará todo a su agenda de papel en cuanto me vaya, porque hay gente que confía en la nube y gente que confía en la pluma y la tinta, y nunca se encontrarán.

—Fisioterapia mañana a las once —recito—. Puedo dejarla de camino al campus, pero tengo clase a la una.

—Entendido. El entrenamiento del equipo no es hasta las tres. —Asiente—. Puedo recogerla y llevarla a casa.

Intercambiamos responsabilidades como pelotas en un entrenamiento de bateo, cada obligación un lanzamiento que devolver, haciendo concesiones donde no queda más remedio y recolocando lo que no tiene solución. El peso de todo presiona entre mis omóplatos, un dolor familiar que se ha instalado de forma permanente junto a mi columna.

—Pareces agotada, Soph —dice, de pronto, entre la tercera y la cuarta actividad de Hazel para el jueves por la tarde.

Levanto la vista del móvil y me lo encuentro estudiándome con esa expresión de padre preocupado que tiene perfeccionada. Irónico, considerando que básicamente estoy copilotando la familia con él mientras mamá está fuera de juego y mientras Hazel es...

bueno... una niña de ocho años. Y eso después de llevar el timón sola durante seis meses mientras él seguía en Michigan.

—Define «agotada» —desvió—. Porque si te refieres a «funcionando a base de cafeína y rencor», entonces sí.

Su ceño se acentúa, la preocupación clara en su cara.

—Sabes que ya estoy aquí, ¿verdad? No tienes que...

—Alguien tiene que hacerlo. —Las palabras se me escapan antes de poder frenarlas, y me arrepiento—. Perdona. Es solo que... hay muchos detalles.

Detalles como mamá sollozando en el baño del hospital. Detalles como Hazel preguntando si la gente se muere de lo que tiene mami. Detalles como gestionarlo todo durante seis meses mientras tú cumplías tu precioso contrato a cinco estados de distancia. Detalles, detalles, detalles, siempre los putos detalles.

Pero me trago esas palabras porque la rabia y el miedo son agotadores, y yo ya funciono en reserva. Por suerte, unos golpes en la puerta nos salvan de explorar más territorio emocional, y un hombre de mediana edad con barriga cervecera y pelo entrecano se asoma.

—Disculpe, Coach —dice el recién llegado, claramente notando que ha interrumpido un momento delicado—. El equipo está listo.

—Gracias, Pete. —Papá se ilumina, agradecido por la vía de escape del campo de minas de la paternidad, y espera a que Pete se vaya—. Es mi segundo entrenador.

—Me tengo que ir. —Ya estoy recogiendo el bolso—. Tengo mucho que hacer.

—En realidad... —Pone esa expresión esperanzada que suele preceder a peticiones de las que me arrepentiré—. ¿Vienes a conocer al equipo? Les he estado hablando de mi brillante hija.

Cada músculo de mi cuerpo se bloquea y la palabra «no» se forma en mi boca.

Jugadores de hockey.

La especie que he evitado con éxito desde el instituto, cuando aprendí por las malas que los deportistas intentando salir con la hija del entrenador no era más que otro deporte. Ryan Hutchins, capitán

del equipo de papá, que me había perseguido con flores y promesas hasta que finalmente le creí.

La mañana después de que nos acostáramos, su voz había resonado por el patio: «Misión cumplida, chicos», había dicho. «¿La hija del entrenador? ¡Hecho!». Y las carcajadas que siguieron de todos y cada uno de los imbéciles del equipo vaciaron algo dentro de mí que nunca he logrado rellenar del todo.

Pero la expresión ilusionada de papá es kriptonita para mi determinación. Este trabajo es su sueño hecho realidad en forma de programa de División I. Lo mínimo que puedo hacer es sonreírles a sus jugadores antes de retirarme a mi apartamento para mis quince minutos de crisis estrictamente programada.

—Claro —me oigo decir—. Pero solo un saludo rápido.

Su sonrisa podría alimentar el pabellón entero.

—¡Les vas a encantar!

Lo dudo, pienso, pero le sigo de todas formas.

El pasillo se extiende ante nosotros, papá parloteando sobre su equipo —sus estadísticas, su potencial, el liderazgo de los veteranos que está deseando construir. Yo asiento y emito los sonidos apropiados para fingir un nivel básico de interés mientras calculo rutas de escape.

La puerta del vestuario se abre para revelar dos docenas de jugadores a medio vestir: algunos en ropa de entrenamiento, otros en ropa de calle, todos irradiando esa colonia particular de confianza atlética y desodorante Axe. Al vernos, las conversaciones mueren a media frase y veinticuatro pares de ojos se clavan en nosotros.

—Caballeros —anuncia papá, ajeno a mi respuesta de lucha o huida—, quería presentarles a mi hija Sophie. Está haciendo el máster en enfermería.

Intento lo que espero que se parezca más a un saludo que a un gesto de ahogamiento.

Y entonces el mundo se inclina.

Mientras mis ojos barren la sala, pasan de largo y luego se disparan de vuelta hacia un tipo de pie junto a su casillero, con pantalones puestos y sin camiseta. Mi cuerpo lo reconoce antes de que mi cerebro lo alcance. El calor me inunda la cara tan rápido que

veo puntos. El pulso me martillea contra las costillas como si intentara escapar. Cada terminación nerviosa que poseo se enciende.

Mike.

Mike.

«¿Qué te gusta, Sophie?», Mike.

Mike el de la encimera de la cocina.

Mike el de tres orgasmos en doce horas.

Es jugador de hockey.

Es uno de los jugadores de hockey de mi padre.

La sala gira perezosamente, como si estuviera borracha de humillación. Mi cerebro me ofrece recuerdos muy útiles: yo en el bar, explicando cómo prefiero a tíos que piensan en algo más que deportes y fiestas de fraternidad. Su expresión rara, que yo había atribuido a confusión. La manera en que había redirigido nuestra conversación hacia otros temas.

—Sophie no es muy fan del hockey —continúa papá, aparentemente comprometido con empeorar las cosas—, así que probablemente no la verán en muchos partidos.

Risitas educadas recorren la sala. La cara de Mike se ha vuelto cuidadosamente neutra, la expresión ensayada de alguien que intenta desesperadamente no parecer que me ha visto desnuda. Pero lo veo: un músculo que se tensa en su mandíbula, el mismo tic que tenía cuando luchaba por no correrse demasiado rápido.

Necesito decir algo. Algo normal. Algo que no grite «¡he tenido la polla de su compañero de equipo dentro de mí varias veces!».

—Encantada de conocerlos a todos. —Mi voz se sitúa en algún punto entre soprano y silbato para perros—. Seguro que están en buenas... en buenas manos con mi padre.

Manos. ¿Por qué he dicho manos? Ahora estoy pensando en las manos de Mike, que es lo último que necesito estando delante de dos docenas de jugadores de hockey y mi padre. Manos que me habían recorrido entera y habían encontrado lugares en mí que yo no sabía que existían.

Por suerte, papá se lanza a lo que parece una sesión informativa táctica, mientras yo me quedo junto a la puerta e intento averiguar cómo escapar sin ser maleducada. Mientras intento mirar a cualquier

parte menos a Mike mientras mi visión periférica permanece clavada en él como si fuera el sol y yo una maldita flor sin posibilidad de elegir.

Mierda. Me está devolviendo la mirada.

No de forma obvia, pero cada vez que me arriesgo a echar un vistazo, sus ojos están puestos en mí. Oscuros e intensos y cargados con el peso de cada secreto que creamos esa noche. Es como la noche en el bar, observándome, pero esta vez hay un peso añadido, porque esos ojos han visto de sobra.

La piel se me eriza con memoria sensorial: esos ojos viéndome deshacerme, la forma en que se habían oscurecido casi hasta el negro cuando le dije exactamente dónde poner su boca, cómo se le habían arrugado en las esquinas cuando se rio de mis chistes malísimos con el café de la mañana.

Pero esto está bien. Todo está bien.

Yo lidio con más mierda que esta todos los días.

Solo necesito sobrevivir a lo que dure el discurso de papá, y luego puedo soltar algún comentario vago sobre desearles suerte en la temporada y huir a casa a procesar este desastre en privado. Mi casa, que normalmente es una zona libre de jugadores de hockey, con un vino que puede que aún esté bueno.

—¿Sophie? —La voz de papá atraviesa mi espiral y me doy cuenta de que me está mirando—. Estás colorada. ¿Estás bien?

Veinticuatro cabezas giran hacia mí con renovado interés, y el fantasma de una sonrisa socarrona aparece en las comisuras de la boca de Mike. No puedo evitar mirar, y luego me obligo a apartar la vista igual de rápido. Espectacular. Que alguien grabe esto para mi futura terapeuta.

—Es que hace calor. —La mentira me sabe a cobre—. Estas pistas siempre son tan...

—¿Calientes? —ofrece uno de los jugadores, servicial—. No ha sido mi experiencia...

Los labios de Mike se tuercen, luego se recompone, la expresión volviendo a la neutralidad, pero el daño está hecho. Conozco ese tic. Conozco todos sus tics. Sé cómo le cambia la respiración cuando se

excita, cómo se muerde el interior de la mejilla cuando intenta no reírse.

Y ahora tengo que desconocer todo eso mientras lo miro en su hábitat natural, rodeado de sus compañeros de equipo, vistiendo la camiseta del deporte del que juré renegar, sentado en el vestuario de mi padre como un chiste cósmico diseñado específicamente para humillarme.

Papá sigue hablando.

Los jugadores asienten.

¿Y Mike?

Mike me está desnudando con la mirada sentado a tres metros de mi padre.

Y no hay absolutamente nada que pueda hacer al respecto.

seis

MIKE

¿POR QUÉ DEMONIOS no le pregunté el apellido a Sophie?

El pensamiento me tortura mientras observo a Sophie de pie junto al entrenador Pearson, sus ojos grises clavados en los míos con la clase de horror que normalmente se reserva para encontrar un vídeo porno de tus padres. La misma Sophie cuyos gemidos entrecortados han sido mi banda sonora personal durante dos semanas.

La misma Sophie que aparentemente es la hija del entrenador.

Mi estómago se desploma como un cable de ascensor cortado, probablemente perforando los cimientos del pabellón y más allá. A mi alrededor, el cóctel habitual del vestuario —sudor, spray corporal y desinfectante industrial— de pronto parece que me asfixia.

El entrenador sigue hablando —algo sobre que Sophie odia el hockey— pero sus palabras se difuminan en ruido blanco. Porque mi cerebro decide que ahora es el momento perfecto para un resumen de las mejores jugadas: Sophie arqueada contra la encimera de su cocina, la cabeza echada hacia atrás, mi nombre derramándose de sus labios mientras la penetro por detrás como despedida.

Joder. Para. Es la hija de tu entrenador, pedazo de desastre.

El chiste cósmico se escribe solo.

De todas las mujeres en este campus —joder, en todo el estado — tenía que acostarme con la única que es absoluta y

catastróficamente intocable. Justo cuando por fin he recompuesto mi vida después de la espiral que me provocó el tobillo el año pasado. Justo cuando los ojeadores están al acecho. Justo cuando el hockey tiene que ser mi prioridad.

El entrenador sigue, felizmente ajeno a que su capitán está implosionando a un metro de distancia.

—No vayan a romperse ningún hueso solo para llamar su atención.

Los tíos se ríen.

Fuerzo mi boca a algo que probablemente se parece a una sonrisa.

¿Y Sophie?

Bueno, sus mejillas se tiñen de rosa, el mismo tono exacto que habían adoptado cuando le susurré promesas obscenas contra la piel aquella noche. Pero está llevando esto mucho mejor que yo, con la mirada fija en algún punto más allá de mi hombro izquierdo, como si yo fuera otra cara olvidable más con equipo de hockey.

Maine da un paso al frente, cómo no.

—¡Sophie! Soy Maine Hamilton, ala izquierda y futura estrella de la NHL. ¡Actualmente soltero, por si es relevante!

La mitad del equipo gime. La ceja del entrenador asciende hacia la línea del pelo.

—Y actualmente funcionando sin ningún filtro entre su cerebro y su boca —añado, sorprendiéndome de lo normal que suena mi voz.

El equipo estalla en carcajadas, riéndose y dándole caña a Maine por intentarlo con la hija del entrenador, y alcanzo a ver cómo los labios de Sophie se tuercen antes de recomponer su expresión a la neutralidad. Esa pequeña grieta en su compostura me atraviesa como un rayo buscando tierra.

El entrenador se aclara la garganta y me señala.

—Este es...

—Mike Altman. —Me pongo de pie y extendiendo la mano como si fuéramos desconocidos.

Sophie fuerza una sonrisa y, cuando nuestras palmas se tocan, su piel es exactamente igual de suave que la recuerdo, disparando el recuerdo sensorial de esos mismos dedos clavándose en mis

hombros. Durante un segundo temerario nuestros ojos se encuentran, y un millón de preguntas y respuestas estallan entre nosotros, y luego se acaba.

—Encantada de conocerte —dice, formal como una auditoría fiscal, retirando la mano de un tirón.

¿Encantada de conocerte?

Nena, he tenido mi boca sobre ti de formas que harían sonrojarse a una estrella del porno.

Pero claro, hagamos como que estamos intercambiando perfiles de LinkedIn.

—Sophie va a estar por la pista de vez en cuando —explica el entrenador mientras intento no pensar en cómo se habían sentido sus manos enredadas en mi pelo—. Mi mujer tiene algunos problemas de salud, así que Sophie ayuda a coordinar los horarios de mi hija pequeña.

Ahí están las obligaciones familiares que había mencionado brevemente pero de las que se negó a dar muchos detalles. Claro. Yo había estado demasiado ocupado respetando su límite de una sola noche para hacer preguntas, demasiado concentrado en memorizar la forma en que se movía debajo de mí para preocuparme por historias personales.

El entrenador se lanza con su filosofía de nueva temporada —cultura de equipo, estándares académicos, representar a la universidad con clase—. Debería estar absorbiendo cada palabra, pero en cambio estoy hiperconsciente de cada micromovimiento de Sophie mientras permanece junto a la puerta, los hombros rígidos de incomodidad, deseando escapar.

Cada pocos segundos, lanzo miradas furtivas al entrenador, buscando cualquier indicio de que ha captado la tensión que crepita entre su hija y su capitán. Pero por lo que puedo ver, es puro entusiasmo y orgullo paterno, colando «mi hija» en las frases como si exhibiera un trofeo.

Y no puedo negar que es todo un premio.

Sophie, mientras tanto, merece un Óscar por su actuación. Cada vez que el entrenador dice algo particularmente paternal, ella produce esa sonrisa tensa y cortés que no revela absolutamente

nada. Si yo no supiera más —si no hubiera estado en su departamento, en su cama, dentro de ella— me tragaría la actuación por completo.

Pero Maine me observa con las cejas levantadas y una pregunta escrita por toda su cara que finjo no entender. Porque lo último que necesito es su particular estilo de sabiduría romántica, que generalmente consiste en lanzarte a por cualquier cosa que se mueva y lidiar con la carnicería después.

—Y recuerden, caballeros —concluye el entrenador, tapando su rotulador con finalidad—, representamos a esta universidad tanto dentro como fuera del hielo. Somos una familia, y familia significa tanto apoyo como responsabilidad. Espero excelencia en su conducta, sus estudios y su compromiso con este equipo.

Su mirada recorre la sala y aterriza en mí. Enderezo la espalda y asiento con gravedad, canalizando cada gramo de aura de capitán que poseo. Pero mientras los tíos me miran a mí, yo miro a Sophie, que ya va por la mitad del camino hacia la puerta sin mirar atrás.

—Eso es todo por hoy. —El entrenador asiente—. Capitán, ¿un momento?

Los tíos sueltan sonidos exagerados de «uuuuh» como si me hubieran mandado al despacho del director por saltarme una clase, y Rook emite un sonido que se parece a una sirena de policía. Les levanto el dedo disimuladamente mientras me acerco al entrenador y ellos van saliendo, Sophie desapareciendo antes de que el primer jugador llegue a la puerta.

El entrenador me agarra del hombro.

—Altman, la energía del equipo se siente genial, y creo que en gran parte es gracias a ti.

El orgullo se hincha a pesar del caos que rebota dentro de mi cráneo.

—Gracias. He estado trabajando en ello. Fui un imbécil el año pasado y, bueno, intento hacerlo mejor.

—Se nota. —Aprieta antes de soltar—. Escucha, estoy pensando en algunas actividades de integración de equipo antes de nuestro primer partido...

Él habla. Yo asiento. Algo sobre dinámicas de confianza, salas de escape o sacrificios de vírgenes. Sinceramente, no tengo ni puta idea de a qué estoy accediendo porque mi cerebro sigue procesando la bomba nuclear que acaba de detonar en mi vida cuidadosamente reconstruida.

—Suenan genial —consigo decir cuando hace una pausa expectante—. Hablaré con los tíos.

Me da una palmada en la espalda.

—Buen hombre.

Me pongo una camiseta, escapo del vestuario y salgo al pasillo, mis pasos resonando contra el hormigón. Los sonidos familiares del pabellón —el zumbido lejano de la Zamboni, la música amortiguada de la sala de pesas— normalmente me centran, pero ahora mismo suenan como si vinieran de debajo del agua.

Empujo las puertas de salida y me quedo helado.

Sophie está junto a lo que debe ser su coche, mientras el viento de finales de septiembre le azota mechones sueltos por la cara. Durante un segundo simplemente la observo, sabiendo que debería irme. Dar media vuelta y protegernos a los dos de cualquier desastre que aceche a la vuelta de la esquina. Eso sería lo inteligente. En su lugar, camino directamente hacia ella.

—Ey —digo.

Sus hombros se tensan de golpe antes de que se gire.

—Mike. Hola.

Nos quedamos ahí, sin que ninguno de los dos sepa cómo navegar este campo de minas. La brisa trae el aroma de su champú —vainilla, recuerdo— y me meto las manos en los bolsillos para no hacer algo catastróficamente estúpido como estirar el brazo y tocarla.

—Bueno —rompo el silencio por fin—. Tu padre parece un buen entrenador.

Asiente, las llaves apretadas como puños americanos.

—Lo es.

—¿Decía la verdad ahí dentro? ¿Sobre que odias el hockey?

—Sí. —Sin elaborar—. Tú no me dijiste que jugabas.

—Nunca salió el tema. —Me encojo de hombros—. Me alegro, porque podrías haberme mandado a paseo.

Me río, esperando que su resolución pétrea se agriete, que el chiste se revele, que me dé algo. Pero su expresión se mantiene mortalmente seria, la mandíbula apretada como si prefiriera una endodoncia a hablar de esto, y se me asienta la sensación de que quizá aquí hay un problema de verdad.

—Espera, ¿en serio? —Mi risa muere—. ¿De verdad odias el hockey?

—Sí. —Se recoloca—. Y a los jugadores de hockey.

Las palabras aterrizan como un palazo en el esternón. Busco en su cara alguna señal de que esté exagerando, pero no hay nada. Solo distancia calculada que me encoge algo por dentro. Sé que habíamos acordado una sola noche, pero esperaba que al menos pudiéramos sacar una amistad de aquello, y quizá algo más...

—Vaya. Eso es... directo. —Intento mantener un tono ligero aunque algo defensivo crece dentro de mí—. ¿Qué, algún drama con groupies del hockey en el instituto?

—No —dice en voz baja, su voz volviéndose frágil como hielo viejo—. Pero aprendí pronto que los deportistas vienen con complicaciones que no me puedo permitir.

—Eso es una generalización bastante grande. —Doy un paso más cerca sin pretenderlo—. No somos todos intercambiables, ¿sabes? Algunos hasta sabemos leer palabras de más de dos sílabas.

Me estudia con fijeza, pero algo se endurece alrededor de sus ojos como una armadura encajando en su sitio.

—Lo sé. Pero no puedo arriesgarme.

—¿Y si no fuera deportista? —La pregunta se me escapa antes de poder detenerla, poniendo mis cartas boca arriba sobre la mesa—. ¿Me darías una oportunidad?

Algo destella en sus ojos —duda, posibilidad, quizá incluso deseo— antes de sacudir la cabeza.

—No.

—¿Por qué no? —insisto, aunque debería cerrar la puta boca, porque yo había aceptado que fuera una sola noche.

Me mira durante un largo momento, y me siento en carne viva. Como si pudiera ver a través de mí hasta cada inseguridad, cada duda que he enterrado desde que mi tobillo se fue a la mierda.

—Porque eres complicado, Mike, con hockey o sin él. —Lo dice con sencillez, como quien afirma que la gravedad existe—. Y complicado es demasiado para mí ahora mismo.

La palabra golpea como un slapshot en la garganta.

Complicado.

Sophie se mete en su coche sin decir otra palabra, la puerta cerrándose con un golpe suave que de algún modo suena definitivo. Me quedo ahí como una estatua mientras arranca el motor y se aleja, sus luces traseras desapareciendo tras la esquina del pabellón como el punto final de una frase que nunca quise terminar.

Complicado.

¿Qué demonios significa eso? No me conoce. Una noche de sexo —admitidamente espectacular— no la convierte en una perfiladora psicológica.

Excepto que... joder. Tal vez sí.

El año pasado fue complicado. Mi tobillo, la depresión que todos se empeñaban en llamar «bajón», la crisis de identidad que vino al comprender que no sabía quién era Mike Altman sin la camiseta de los Devils. Sigo desenredando ese lío, sigo intentando averiguar quién soy cuando no soy solo un defensa.

Pero ahora, por fin vuelvo a sentirme sólido —tobillo curado, cabeza más despejada, habilidades afiladas, desarrollando intereses fuera del hockey— y estoy mirando de frente a la mayor oportunidad de mi vida. Hay tres ojeadores de la NHL confirmados solo para el partido inaugural de la semana que viene, para ser testigos de mi última oportunidad de demostrar que mi lesión no fue el fin de mi carrera.

Para demostrar que valgo la pena en el draft a pesar de haber perdido un tiempo de desarrollo crucial.

La jugada inteligente es obvia. Sophie necesita distancia, lo que encaja perfectamente con que yo debería concentrarme en el hockey y con que la hija del entrenador debería estar completamente fuera de mis límites de todas formas. Da igual lo buena que fue esa

noche. Da igual cómo sus ojos se habían vuelto suaves y desprotegidos a la luz de la mañana.

Da igual cómo mi cuerpo aparentemente memorizó cada sonido que hizo.

Sacudo la cabeza con fuerza, como si pudiera desalojar físicamente los pensamientos, porque Sophie Pearson es oficialmente territorio prohibido. Caso cerrado. Así que ahora solo necesito convencer a mi cerebro de que deje de reproducir cada momento de aquella noche en un bucle interminable y tortuoso, y que deje de querer más de lo sensato o más de lo que ella puede dar.

Fácil.

siete

MIKE

EL HIELO salta de mis cuchillas como diamantes triturados, atrapando las luces del pabellón antes de desvanecerse en el blanco mientras intento colocarme en el lado defensivo del hielo. Mientras me muevo lo más rápido que puedo, veo a Maine preparar un slapshot desde la línea azul, con todo su metro noventa y cinco enrollándose como un mazo con resorte.

El disco sale disparado hacia la portería —un cometa de caucho que sigo sin pensamiento consciente— y mi palo se eleva, interceptando el misil con un *crack* satisfactorio que reverbera a través de mis guantes y sube por mis antebrazos; el disco cae sobre mi pala, listo para que arme el siguiente ataque.

Dios, cuánto extrañaba esto.

Este matrimonio perfecto entre instinto y ejecución que hace que todo lo demás en la vida se sienta torpe y sobreanalizado.

Mientras patino hacia adelante, dos defensas convergen como depredadores cerrándose sobre una presa herida. Los muslos me arden cuando finto a la izquierda y Kellerman muerde con todo, su impulso arrastrándolo hasta la semana que viene. Todavía con reflejos de cachorro en sus lecturas defensivas, estira el palo en lugar de mover los pies.

Error de novato, chico.

Mis ojos registran a Cooper moviéndose a posición junto al poste lejano, y el pasillo de pase existe durante quizás medio latido, una franja de geometría que mi cerebro reptiliano calcula más rápido que cualquier pensamiento consciente. Enhebro la aguja, el disco deslizándose plano y certero sobre el hielo, directo al palo de Cooper.

Cooper no se mueve ni prepara un gran disparo. No tiene que hacerlo. Simplemente eleva el disco al techo de la red con precisión quirúrgica mientras Rook se lanza a través del área una fracción de segundo demasiado tarde. La sirena de gol retumba, los tíos de mi lado del ejercicio gritan eufóricos, y Rook baja la cabeza y gruñe de frustración.

—¡Eso es EXACTAMENTE de lo que hablo! —El silbato del entrenador Pearson suena estridente, su voz cargada con esa marca particular de entusiasmo de entrenador que es mitad genuino y mitad teatro. Se desliza hasta nosotros, aplaudiendo con los guantes—. Transición de manual, Altman. Eso es hockey de campeonato.

Asiento, pero la confianza en su voz pesa como plomo en mi estómago, cuajándose con el conocimiento de lo que he hecho y lo que él no sabe. La piel de su hija bajo mis manos, su sabor en mi lengua, la forma en que me miró en ese estacionamiento como si fuera simultáneamente lo mejor y lo peor que le había pasado.

Sí, Coach. Soy todo un caballero.

—Solo leo el hielo —digo, y luego regreso al centro, patinando lejos de mi culpa.

Maine pasa deslizándose, la camiseta oscurecida de sudor.

—Cristo, Mike, deja algo de gloria para los plebeyos.

—Estoy bastante seguro de que llegaste a tu tope en infantiles —le devuelvo—. Yo hacía esas fintas cuando tú todavía intentabas descifrar qué extremo del palo agarrar.

—Y una mierda. —La sonrisa de Maine podría alimentar una ciudad pequeña—. Salí del vientre con manos increíbles. Pregúntale a la mamá de Rook...

Mientras me río, Cooper se desliza hasta mí y choca su guante con el mío.

—Pase hermoso, Capi. Casi no tuve que trabajar para esa.

—Bonita definición —le devuelvo—. Maine habría intentado ir por el cinco y le habría dado a Rook en la coquera.

—¡Una vez! —protesta Maine, tirando su palo con indignación—. ¡Una *puta* vez y ustedes...!

El silbato del entrenador Pearson corta la inevitable defensa de Maine sobre su selección de tiro. El entrenador se desliza al centro del hielo con esa autoridad sin esfuerzo que hace que quieras callarte y escuchar sin que tenga que levantar la voz. Nuestro último entrenador pensaba que el volumen significaba respeto, pero el entrenador Pearson parece saber más.

—Línea roja, caballeros —llama—. Ataque cinco contra cero, después repliegue. Pases limpios, decisiones inteligentes. —Su mirada se posa en Maine—. Nada de payasadas, Hamilton.

Los ojos de Maine se abren como caricatura, todo inocencia herida.

—Me ofende la sola sugerencia de que soy otra cosa que el modelo de jugador de equipo...

La boca del entrenador se tuerce. Está aprendiendo la frecuencia particular de caos de Maine, cómo regularla sin intentar silenciarla por completo.

—Altman, toma tu línea.

Ejecutamos el ataque con precisión mecánica —pase, pase, tiro— y Schmidt la entierra. Limpio. Eficiente. Aburrido como el demonio, pero eso es lo que los entrenadores quieren ver. Mientras giramos para el repliegue, algo se afloja en mi pecho. El nudo de ansiedad que ha sido mi compañero constante desde que el tobillo se fue al carajo.

Porque esto...

Esto se siente como volar otra vez.

—Te ves afilado, Altman. —El entrenador patina cerca mientras terminamos, con la voz calibrada solo para mis oídos—. Los ojeadores se te van a comer con los ojos.

Las palabras aterrizan como un slapshot al esternón.

Ojeadores.

Observando.

Juzgando si todavía tengo lo que se necesita o si solo soy otro campeón que pudo-haber-sido con una historia triste y cicatrices quirúrgicas. Súmale el hecho de que estoy aquí aceptando elogios de un hombre cuya confianza ya destruí, aunque él todavía no lo sepa, y mis entrañas se retuercen en nudos.

—Van a ver algo que valga la pena —digo, esperando que la confianza pueda tapar la culpa.

Un asentimiento más del entrenador, y luego:

—A las duchas, chicos. Buen trabajo hoy.

Los tíos se dispersan hacia el túnel, pero yo me quedo, dando vueltas perezosas alrededor de la pista para enfriar. El pabellón se asienta en esa quietud de catedral que solo encuentras en pistas vacías, solo el susurro del acero sobre el hielo y el zumbido de los compresores de refrigeración. Acelero, tallando giros cerrados que levantan colas de gallo de nieve.

Cruce izquierdo. Cruce derecho.

El tobillo se mantiene firme, sin tambaleo, sin recordatorio punzante de ligamentos que me traicionaron. Lo exijo más, con giros más cerrados, cargando de verdad sobre los filos de las cuchillas. Y cada corte exitoso deshace otro hilo del miedo que he vestido como una camisa de fuerza.

—¿Probando las llantas?

El entrenador Pearson observa desde las vallas, habiéndose materializado como humo de un truco de magia. El corazón me golpea contra las costillas. *Dios, ¿se enteró? ¿Es aquí donde me acorrala por lo de Sophie? ¿Donde me dice exactamente qué partes del cuerpo me va a arrancar si me acerco a ella otra vez?*

—Algo así —digo, deslizándome hacia él con piernas que de repente se sienten como espaguetis demasiado cocidos.

—¿Cómo se siente? —Señala mi tobillo con la cabeza, y me doy cuenta de que está aquí solo como entrenador, no como padre vengativo.

—¿Honestamente? —Me encojo de hombros—. Como si nunca hubiera pasado. Mejor, incluso. El doctor dice que la fisioterapia lo reconstruyó más fuerte.

Me estudia con esos ojos callados que probablemente ven mucho más de lo que dejan ver.

—Sabes, revisé tus grabaciones de segundo año. Eras algo especial, Altman.

El tiempo pasado escuece como una cara llena de nieve.

—Planeo volver a ser algo especial, Coach.

Su sonrisa arruga las esquinas de sus ojos.

—Eso es lo que quiero escuchar. Nos vemos mañana.

Se dirige al túnel, y yo doy una vuelta más antes de seguirlo hacia el inframundo del vestuario. El olor golpea como una presencia física: eau de bolsa de hockey, con notas de equipo en fermentación, hedor masculino y lo que sea que Maine esté cultivando como riesgo biológico dentro de sus guantes.

Es pútrido y perfecto.

Los chicos se desparraman en varios estados de desnudez. Algunos ya vienen arrastrando vapor de las duchas; otros todavía se quitan capas de equipo como insectos mudando de piel. Me dejo caer en el banco de mi casillero, trabajando los cordones de mis patines con dedos que recuerdan esta rutina en los huesos.

—¡Altman! —Rook emerge de la ducha con una toalla en la cintura—. Estuviste de época ahí afuera, hermano. ¿El tobillo bien?

—Impecable —confirmo, sacándome la camiseta de entrenamiento por la cabeza—. El doctor dice que ahora soy parte ciborg. Todo titanio y determinación.

—¡Ahí está! —Rook sonríe como un golden retriever que acaba de encontrar una pelota de tenis—. Tres entrenamientos sólidos seguidos, Capi. Estamos orgullosos de...

—Rook. —Maine ni siquiera levanta la vista de desatar sus patines—. No se la jales. Es un hombre con un ego funcional, no un niño que por fin cagó en el inodoro.

La cara de Rook cambia a algo inesperadamente serio.

—No estoy siendo condescendiente, idiota. Estoy siendo solidario. Hay una diferencia.

Maine me lanza una mirada que sugiere que Rook podría estar teniendo un derrame. Hasta yo estoy esperando el remate, porque un Rook filosófico es como encontrar un unicornio en una gasolinera

de carretera. Normalmente es el tío más ruidoso del lugar, y tan sutil como un ladrillazo en la cabeza, así que esta versión es algo inesperado.

Pero Rook sigue adelante, el agua todavía goteando de sus hombros.

—Tal vez si fuéramos mejores apoyándonos de verdad en lugar de solo jodernos todo el tiempo, Mike no habría pasado por semejante mierda el año pasado. Así que piénsalo, idiota...

Las palabras golpean duro y el año pasado vuelve de golpe: las pastillas que hacían todo borroso, la oscuridad que se sentaba sobre mi pecho como una manta de plomo, la forma en que me convertí en una persona completamente diferente. La forma en que torturé a los que me rodeaban porque era demasiado orgulloso para admitir que me estaba ahogando.

—Mierda. —La cara de Rook se desmorona cuando registra la expresión que sea que tengo—. Perdón, Mike. No quise...

—No. —La palabra sale más firme de lo que me siento—. Tienes razón, de hecho. Deberíamos ser mejores en eso.

Me pongo de pie, empujando a Rook suavemente con el hombro al pasar.

—Hablando de apoyo, voy a encontrarme con mi porrista número uno para pizza. ¿Alguno quiere venir?

—Si es la mamá de Maine otra vez... —empieza Rook, claramente desesperado por volver a terreno cómico más seguro, y tomando el derecho de réplica después del comentario anterior de Maine.

Mientras Maine se lanza sobre Rook con un grito de guerra, escapo a las duchas, sabiendo que van a estar forcejeando como cachorros demasiado entusiastas durante los próximos diez minutos. Pero incluso mientras me niego a intervenir, me alegra estar de vuelta entre mis tíos, porque aunque probar cosas nuevas es divertido, esto también es parte de quién soy.

Equilibrio.

Bajo la ducha, el agua caliente golpea contra mis hombros, cada gota un puño diminuto trabajando los nudos. Cierro los ojos y me quedo más de lo necesario, dejando que el calor y el ruido blanco se

lleven el entrenamiento, la culpa y los recuerdos fantasma de estar con Sophie.

Para. Ella lo dejó claro. Se acabó.

Suspiro y abro los ojos, termino la ducha y me seco con la toalla. Y, cuando vuelvo a mi casillero con la toalla en la cintura, Cooper se está poniendo una sudadera de Pine Barrens. Su pelo se levanta en puntas húmedas mientras me clava la mirada, y está claro que tiene algo que decir.

—¿Cómo está Lea? —pregunta, con voz deliberadamente casual—. ¿Sigue con Declan o qué?

Lo señalo con el dedo.

—Ni se te ocurra, Coop. Está delirante de felicidad con su novio artista que probablemente la está pintando desnuda en París mientras hablamos.

Cooper levanta las dos manos como si le hubiera apuntado con un arma.

—Tranquilo, Capi. Solo preguntaba. Es guapa, nada más. Lista también. Pero mensaje recibido. Es zona de exclusión aérea.

—Más te vale. —Me río, aunque mi cerebro señala servicial la hipocresía de declarar a mi hermana intocable mientras yo ya he cruzado todas las líneas con la hija del entrenador—. Pero si alguno de ustedes, idiotas, quiere pizza, yo invito en Lorenzo's en veinte minutos.

Las respuestas se suceden:

—La química orgánica no espera a nadie —se queja Cooper.

—Fiesta en Delta Sig —dice Kellerman—. Porristas confirmadas.

—Dormir —murmura Schmidt. Ya parece medio muerto—. Dormir mucho.

—Quedé con unos de fútbol americano —añade Maine, soltando a Rook de una llave de cabeza.

Mi radar se activa.

—¿Tíos de fútbol americano? ¿Desde cuándo sales con ellos?

La sonrisa de Maine se afila.

—Relaciones diplomáticas, Capi. Tengo que mantener la paz.

—Quieres decir espiar su casa para planear bromas.

—También. —Ni intenta negarlo—. Hacer varias cosas a la vez es una habilidad vital.

—Solo no te arresten. —Me pongo la camiseta—. ¿Rook?

Rook duda, claramente dividido entre la pizza y cualquier ficción que esté a punto de inventar.

—Esta noche no puedo. Tengo una cita.

El vestuario estalla en incredulidad exagerada, los tíos aullando como si Rook acabara de declarar que puede clavar un mate desde media cancha o sacar puros dieces. No les reprocho la burla, porque la vida romántica de Rook existe puramente en teoría, como la materia oscura o los hábitos de estudio de Maine.

Mi teléfono vibra. Es Lea:

El reloj de la pizza corre, nerd. Cada minuto que llegues tarde = una rebanada menos con tu nombre.

Tecleo de vuelta:

Cinco minutos. No te atrevas a tocar mi pepperoni.

Salgo del vestuario y del pabellón, y el camino a Lorenzo's me lleva por el estacionamiento de la pista. Mi cerebro estúpido escanea inmediatamente buscando el auto de Sophie, aunque no es probable que esté ahí, y porque aparentemente soy un masoquista que disfruta la autoflagelación emocional.

Te miró como algo que pisó.

Salir contigo sería un caos para ti y para ella.

Supéralo.

El aire de la noche muerde con ese frío específico de octubre que promete que el invierno viene, estés listo o no. Y, cuando llego a Lorenzo's, brilla cálido a través de sus ventanas, todo manteles a cuadros y caos acogedor. Ubico a Lea inmediatamente, con los ojos pegados al teléfono en nuestra cabina de siempre en la esquina.

Y la vista me hace sonreír.

Porque mi tobillo se siente sólido, el equipo se está uniendo, nuestro nuevo entrenador parece una mejora, y los ojeadores me van a estar observando en el partido inaugural, y debería tener un camino dorado hacia la NHL. Y, tan importante como eso, he encontrado equilibrio fuera de mi hockey.

Debería estar en la cima del mundo.

Entonces, ¿por qué no puedo dejar de pensar en Sophie Pearson?

¿Complicado? Y tanto.

ocho

MIKE

LEA YA HA ARRASADO con la mitad de una bandeja de antipasto cuando me deslizo en nuestro reservado, y tiene una mancha de carboncillo en la mejilla izquierda que la hace parecer como si sus materiales de arte le hubieran tomado las huellas dactilares. Y todo ese caos que es ella —el pelo retorcido en un moño que desafía la gravedad, pintura bajo las uñas— es como una manta caliente.

—Cinco minutos tarde —dice, sin siquiera levantar la vista del teléfono—. Para tus estándares, eso es prácticamente puntualidad.

—El tráfico estaba horrible. —La mentira sale tan suave como el vinilo agrietado debajo de mí, que protesta mi peso con un quejido.

Arquea las cejas, el escepticismo claro en su cara.

—Viniste caminando desde el pabellón, que está literalmente a la vuelta de la esquina.

—Ruta panorámica. —Sonríe—. Tuve que pararme a admirar toda la... arquitectura... o algo.

—¿El salón de masajes turbio?

—Ese y otras maravillas arquitectónicas de la decadencia de Pine Barren. —Le robo una aceituna, y la salmuera muerde con fuerza—. Muy vanguardista.

La camarera se materializa antes de que Lea pueda destriparme como es debido, una pequeña misericordia de los dioses del restaurante. Pedimos lo de siempre: pepperoni y una cerveza para

mí, vegetariana y una sidra de canela para ella, y suficientes palitos de pan como para alimentar a un ejército invasor.

—Bueno —empiezo, birlando otra aceituna porque el hurto menor entre hermanos no cuenta—. ¿Cómo va el semestre?

Lea se lanza a contarme su horario con el entusiasmo de alguien que de verdad eligió su carrera por amor y no por obligación. Suelta de corrido Dibujo de Figura Avanzado, Teoría del Arte Contemporáneo y algo sobre fusión digital-tradicional que suena aburrido y pretencioso a partes iguales.

El teléfono le vibra a mitad de frase, y veo a mi hermana cínica transformarse. Su cara se suaviza en los bordes, la dureza habitual atenuada, y el cambio me golpea con fuerza.

—Declan —dice, y su nombre en su boca se convierte en una palabra completamente distinta a cuando yo solía gritarlo a través de la pista.

—No dije nada.

—Tu cara tiene opiniones —dice, pero su dedo ya se desliza por la pantalla.

La cara de Declan llena la pantalla, todo desaliño artístico y sonrisa adormilada que se afila en el instante en que la ve.

—Hola, preciosa.

—Hola tú. —La voz de Lea baja a un registro que no sabía que existía en su rango vocal—. ¿Cómo estuvo la inauguración?

—Increíble. —Le dedica una sonrisa derretida—. Vendí tres piezas a un coleccionista de Múnich que aparentemente tiene más dinero que Dios y peor gusto para el vino.

Mientras hablan, me fascino con la arquitectura precisa necesaria para equilibrar el máximo de aceitunas en el mínimo espacio de pizza. Pero no puedo dejar de oír cómo se ríe Lea ni dejar de ver cómo traza patrones invisibles sobre la mesa, como si siguiera las pinceladas de cualquier cuadro que Declan esté describiendo.

—Enséñame el azul otra vez —dice, con una necesidad en la voz parecida a cuando Sophie me pidió que—

No.

Declan inclina el teléfono hacia un lienzo que no debería funcionar, todo azules y grises agitados que de algún modo capturan

el ahogarse y el flotar a la vez. Incluso a través de píxeles y planes de datos internacionales, es condenadamente impresionante hasta para un filisteo como yo.

—Estaba pensando en esa mañana en Pine Lake —dice, con vulnerabilidad colándose en su voz—. Cuando la niebla era tan espesa que no veíamos la orilla.

La mano de Lea se desliza hacia la pantalla, las yemas de los dedos rozando el cristal como si creyera en la física del amor trascendiendo el espacio-tiempo. El gesto es tan inconscientemente íntimo que tengo que apartar la mirada, pero no antes de captar su expresión, abierta y sin defensas.

Su ritual de despedida incluye tres rondas separadas de «no, cuelga tú primero», besos lanzados que se ganarían burlas legendarias en cualquier vestuario, y Lea haciendo unos ruiditos tarareados que voy a fingir que no escuché porque *puaj*. Y cuando por fin cuelga, me pilla mirándola.

—¿Qué? —dice.

—Nada. —Selecciono una aceituna con precisión quirúrgica—. Hacen buena pareja.

—Sí —dice, sin más, como si fuera así de fácil.

Las pizzas llegan en una nube de vapor, y veo a Lea empezar con su primera porción mientras esa sonrisa suave sigue rondando las comisuras de su boca. Es el mismo tipo de sonrisa que me pillé en la cara en el espejo del baño de Sophie la mañana siguiente. Antes de que ella me llamara complicado como si fuera un diagnóstico terminal.

—Michael Scott Altman. —Lea blande mi nombre completo como un bisturí—. ¿Qué está pasando en ese cerebro sobrecargado tuyo?

—Nada.

—Claro. Por eso estás creando esculturas de embutido. —Señala mi plato, donde aparentemente he construido una Torre de Pisa de pepperoni, inclinación estructural incluida—. Solo haces eso cuando una chica te tiene retorcido en origami emocional.

La pizza se convierte en serrín en mi boca.

—Eso no es—

—Verano antes del último año de instituto. Ashley Maddox. Construiste un Stonehenge de pepperoni que se cayó en mi plato y me tapó los nudos de ajo. —Se recuesta en el reservado con la satisfacción de quien acaba de resolver la fusión fría—. Entonces, ¿quién es?

Podría mentir. Debería mentir. En cambio, las palabras se me escapan como si hubieran estado esperando en la línea de salida.

—Conocí a alguien hace unas semanas.

—¿Y?

—Y nada. Dejó clarísimo que no quería nada continuo y que soy demasiado complicado para salir conmigo. Aparentemente, soy el equivalente humano de un mueble de IKEA: queda bien en la tienda, pero viene con instrucciones imposibles y piezas faltantes.

Lea libera un pepperoni de mi desastre arquitectónico y mastica pensativa.

—O sea, no se equivoca.

—Se siente mucho el apoyo familiar.

—Escucha. —Me apunta con su porción de pizza como si fuera un instrumento de precisión—. *Eres* complicado. Le das demasiadas vueltas a todo, eres extrañamente intenso con cosas aleatorias, y tienes todo ese rollo de atleta atormentado que grita drama adolescente de principio de temporada.

—Este discurso motivacional de verdad—

—Pero —continúa, pasándome por encima— también eres estúpidamente leal y de verdad gracioso cuando no estás marinándote en tu angustia. Además, te importa la gente de formas que importan, no solo para quedar bien. Si ella no puede ver más allá de lo complicado para llegar a lo bueno, es problema suyo.

—Odia a los jugadores de hockey. —Le doy un mordisco a la pizza, descargando mi frustración en ella—. Nos desprecia activamente como especie.

—Yo también hasta que Declan demostró que se les podía domesticar. —Lea deja de masticar de golpe—. Espera. ¿Está buena?

—Lea.

—Es una pregunta válida. Si vas a morirte por alguien que objeta fundamentalmente tu existencia, más le vale valer el esfuerzo

emocional.

La risa de Sophie me embosca la memoria. Ese sonido sorprendido, encantado, cuando dije algo que la pilló desprevenida. El—

—Tu cara acaba de hacer algo perturbador. —Lea me lanza la servilleta a la cabeza—. Pero también algo tierno. Oye, estás completamente ido por esta chica.

—Da igual. Dijo que no.

—¿De verdad? —Lea roba otro pepperoni, construyendo su caso como si fueran pruebas—. ¿Cuáles fueron sus palabras exactas?

—Que no hace complicado. —Le doy otro mordisco—. Que los deportistas no son su tipo.

Lea bufa.

—Difícilmente una declaración original. Pero ¿te prohibió específicamente entrar en su vida para siempre?

—Se subió a su coche y me dejó ahí plantado, Lea. El subtexto tenía su propio código postal.

—Pedazo de idiota hermoso. —Niega con la cabeza con decepción teatral—. No dijo que no te quiere. Solo dijo que eres complicado.

—¿En qué es diferente?

—Porque una cosa es sobre ti como persona y la otra es sobre circunstancias. —Lea se limpia las manos con precisión quirúrgica—. Puede que ella tenga sus propias complicaciones. Puede que el momento sea malo. Puede que esté aterrorizada. Puede que necesite que la convenzan de que no eres solo otro deportista idiota, o de que estar contigo no es tan difícil como cree.

—O puede que simplemente no le gusto.

—También es posible. —Se encoge de hombros—. Pero nunca lo sabrás si no lo intentas de nuevo.

La pizza de repente se vuelve fascinante, todas esas pequeñas pozas de grasa en los huecos del pepperoni como lagos diminutos de arrepentimiento. No quiero mirar a Lea, porque no quiero más razones para pensar en Sophie, y de repente me arrepiento de haberme abierto sobre ella.

—Mira —dice Lea, estirándose por encima de la mesa para agarrarme la muñeca. Sus dedos están calientes y ligeramente pegajosos de grasa de pizza, y es extrañamente reconfortante—. ¿Te acuerdas de cuando pensaba que Declan era solo otro imbécil del hockey intentando anotar?

—Perfectamente.

Sonríe al recordarlo.

—El punto es que a veces complicado no significa imposible. A veces solo significa que vale la pena el esfuerzo.

—¿Desde cuándo eres filósofa de las relaciones?

—Desde que empecé a salir con alguien que se mudó al otro lado del océano y lo estamos haciendo funcionar a base de pura terquedad y uso competitivo de emojis. —Su expresión se suaviza otra vez, la misma mirada de la videollamada—. Sophie ya sabe quién eres. Eso ya es diferente de una noche cualquiera.

Asiento, pero no digo nada.

—Entonces, ¿cómo es en realidad?

—Complicada —digo, pero la palabra sabe diferente ahora. Menos definitiva, más esperanzadora.

—Inténtalo de nuevo con más adjetivos.

—Inteligente. Graciosa de una forma seca e inesperada. Estudia enfermería, así que tiene todo eso de preocuparse por la gente pero no tragarse nada de nadie.

—Estás tan perdido que es físicamente doloroso de ver. —Lea sonríe como si estuviera orgullosa de mí por caer por este precipicio en particular—. Escríbele.

—¿Y decirle qué? «Oye, ¿te acuerdas de cuando básicamente me pusiste una orden de alejamiento en el estacionamiento? ¿Quieres tomarte un café y rechazarme de nuevo?»

—O simplemente «Oye, pensando en ti». —Le hace señas a la camarera para pedir la cuenta—. Simple. Honesto. Deja la puerta entreabierta sin derribarla.

Mi teléfono descansa sobre la mesa entre nosotros como una granada sin detonar. Sé que el contacto de Sophie está ahí mismo, en mis números recientes, con tres semanas de antigüedad. Pero

bien podría estar escrito con tinta invisible, porque escribirle es algo que simplemente no puedo hacer ahora mismo.

—Jueves —dice Lea, sacándome de mis pensamientos—. Karaoke. Vienes.

Suspiro y tiro unos billetes sobre la mesa.

—Suenan a terrorismo emocional.

—Perfecto para tu estado mental actual.

Cuando salimos de Lorenzo's, Lea me abraza, rápido y fuerte, como si intentara meterme valentía a presión por ósmosis. Es lo contrario de hace apenas seis meses, cuando era ella la que estaba en mis brazos después de un romance de verano devastador que salió mal, necesitando que su hermano mayor la animara. Ahora los papeles se han invertido.

—Por si te sirve de algo —dice—, creo que cualquier chica que te haga construir arte nervioso de pepperoni vale la pena pelear por ella. Aunque los dos seáis complicados.

Después de que se va, me quedo de pie en la esquina como un idiota, el teléfono quemándome un agujero en la mano. La jugada inteligente es borrar el número de Sophie. Seguir adelante. Olvidarme de las chicas por un tiempo, concentrarme en el equipo y los ojeadores y la enorme puta oportunidad que tengo justo delante en la NHL.

Pero mi pulgar no desliza a la izquierda para borrar.

Escribo un mensaje:

Oye, sé que «chico complicado» no estaba en tu programa de estudios este semestre, pero no puedo dejar de pensar en esa noche. ¿Un café?

Mi dedo se queda suspendido sobre enviar el tiempo suficiente como para que la pantalla se oscurezca. Luego borro cada palabra, me guardo el teléfono y me voy a casa. Pero no borro su número, porque quizá mañana sea lo bastante valiente. O quizá siga construyendo monumentos de pepperoni a mi propia indecisión.

Complicado quizá no signifique imposible, pero con Sophie, así se siente.

nueve

SOPHIE

LAS LUCES fluorescentes del pasillo del edificio de enfermería tienen esa habilidad especial de hacer que todo parezca de un vago tono enfermizo. Lo cual es perfecto, porque nada dice "estudiante de posgrado exitosa" y "tiene su vida bajo control" como salir tambaleándose de Fisiología Avanzada con la complexión de leche caducada. Con un suspiro profundo ante la idea, cambio el libro de texto al otro brazo y reviso mi teléfono.

Hay un mensaje de mi papá:

La cita de mamá salió bien. Hablamos luego.

Bien.

La palabra se me atora en la garganta como una pastilla tragada a medias. En el léxico de la familia Pearson, "bien" puede significar cualquier cosa, desde "genuinamente bien" hasta "actualmente en llamas pero controlando el incendio". Y mi papá, más que ninguno de nosotros, despliega la ambigüedad con precisión militar.

Marco antes de haber salido siquiera por la puerta, casi llevándome por delante a un estudiante de primero que aparentemente intenta batir el récord mundial de navegación más lenta por un pasillo mientras manda mensajes. El teléfono suena una vez... el pulso se me dispara. Dos veces... la mandíbula se me tensa. Tres...

—Hola, Fee. —Su voz es calmada, pero eso no necesariamente significa nada—. ¿Qué pasa?

—Recibí tu mensaje —digo—. ¿Qué pasó en la cita? ¿Qué dijo la doctora Breene sobre la nueva medicación? ¿Sus niveles están...?

—Sophie.

Nombre completo. Fantástico. Eso es lenguaje de papá para "preparate para la decepción".

—Todo está bien. Tu mamá simplemente no quiere hablar de eso. El pasillo de repente se siente demasiado estrecho.

—Pero...

—Está descansando. Tuvo un día largo.

Apoyo la espalda contra la pared, dejando que el ladrillo frío me ancle antes de decir algo de lo que me arrepienta.

—Eso no me dice nada. ¿Hubo algún cambio en sus síntomas? ¿Le ajustaron la dosis? ¿Qué hay de los resultados de la resonancia del mes pasado?

—Todo está bajo control, Sophie. —Suspira—. No necesitas preocuparte por cada pequeño detalle.

—¿Cada pequeño detalle? —Las palabras salen lo bastante afiladas como para atraer la mirada de un estudiante que pasa—. Papá, esto no es un pedido de papelería. Es la salud de mamá.

—Y ella se está encargando. Nos estamos encargando.

La acusación implícita queda suspendida entre nosotros como estática en la línea. Noto sabor a cobre y me doy cuenta de que me estoy mordiendo el interior de la mejilla con la fuerza suficiente para sacar sangre. Porque la cosa es que nada estaría "encargado" ahora mismo, ni durante los últimos meses, sin mí.

¿Quién reorganizó el horario de medicación de mamá cuando empezó el nuevo tratamiento? ¿Quién lleva a Hazel a sus diecisiete mil actividades cuando mamá está demasiado agotada? ¿Quién pasó tres horas la semana pasada investigando posibles interacciones medicamentosas con sus vitaminas?

Yo.

Pero claro, finjamos que el problema soy yo.

—Solo quiero saber qué está pasando —digo, y odio cómo se me quiebra la voz como si tuviera quince años otra vez—. He estado

preocupada todo el día.

—Lo sé. —Su tono se suaviza una fracción, lo cual ya es algo de progreso, al menos—. Pero a veces... a veces necesitas dejar que tu madre y yo manejemos las cosas sin diseccionar cada resultado y cada cita. Es agotador para tu mamá cuando tú...

Se detiene, pero el daño ya está hecho.

¿Cuándo yo qué?

¿Me preocupo demasiado?

¿Me esfuerzo demasiado por mantener a todos a salvo?

Reconoce el peligro, porque escapa de nuestra llamada.

—Mira, tengo que irme. Reunión de equipo en cinco minutos. Hablamos mañana, ¿vale?

—Papá...

—Te quiero, Fee.

Clic.

Miro mi teléfono con el tipo de traición que normalmente se reserva para novios que se esfuman de tu vida o para el wifi que se corta durante finales de temporada. Esto es lo que hace: deja estas migajas crípticas que ponen mi cerebro a mil, y luego actúa como si yo fuera irracional por querer información real.

¿Y si sus síntomas están progresando? ¿Y si la nueva medicación provocó algo inesperado? ¿Y si encontraron anomalías en la resonancia y están construyendo alguna burbuja de protección equivocada a mi alrededor? Las preguntas se amontonan, cada una apretando el nudo en mi estómago hasta que apenas puedo respirar.

La pared presiona contra mis omóplatos, un recordatorio de que sigo aquí, sigo de pie, aunque todo lo demás se sienta como si estuviera girando. Esta es mi vida ahora: mantener todo y a todos unidos, incluso cuando aparentemente no quieren que lo haga. Porque quién sabe qué demonios pasaría si dejo de hacerlo.

Y luego está...

No. Absolutamente no. No voy a pensar en él. En ese estacionamiento. En la forma en que su cara se desmoronó cuando lo llamé complicado, como si le hubiera dado una patada a su cachorro en vez de exponer un hecho objetivo. Pero, si soy honesta,

fue tanto sobre mí como sobre él, como si lo estuviera describiendo a él y a toda mi existencia.

—Sophie Pearson, pareces alguien a quien acaban de decirle que van a discontinuar el café de la cafetería.

Maya se materializa frente a mí, aferrando un libro de texto lo bastante grueso como para servir de tope de puerta. Está impecablemente vestida con una combinación de falda de cuero y botas que hace que mi conjunto de pantalones deportivos y zapatillas parezca un grito de auxilio.

—Peor —digo, guardando el teléfono con un suspiro—. Colapso en la comunicación parental.

—Ah. —Cambia el libro de brazo con un gruñido—. Me parecía que reconocía ese surco particular entre tus cejas.

—¿Tengo categorías de surcos?

—Ay, cariño, tienes toda una taxonomía de surcos. Revisada por pares y todo. —Lo demuestra, arrugando la cara en una expresión que sería insultante si no fuera tan devastadoramente precisa—. ¿Ves? Este es diferente al de "no he comido desde ayer" o al de "el profesor Klein es un sádico".

Enlaza su brazo con el mío, dirigiéndome hacia la salida con la determinación de alguien que ya ha organizado intervenciones antes. Y agradezco la compañía, porque Maya siempre parece saber cuándo necesito hablar y cuándo solo necesito a alguien ahí.

—Oye —dice cuando estamos afuera—. Vas a venir al karaoke esta noche.

Se me encoge el estómago.

—Maya, no puedo. Debería ir a ver a mis padres, por si acaso...

—¿Por si acaso qué? ¿Tu padre continúa su voto de silencio? ¿Tu madre descansa como una persona normal después de una cita médica? —Su mirada podría desprender pintura—. Sophie, estás a unas dos semanas de un colapso que te va a dejar inútil para todos.

Abro la boca para discutir, luego la cierro.

No le falta razón.

Maya me aprieta el brazo, suavizando la voz.

—Dos horas. Beberemos cócteles con nombres vergonzosos y fingiremos que somos veinteañeras normales en vez de una

veinteañera normal con botas increíbles y una cincuentona desaliñada llena de gatos...

—Yo no actúo como...

—Ayer me dijiste que estabas emocionada por un nuevo pastillero.

—¡Tiene compartimentos de día y noche con barreras de humedad!

Se me queda mirando.

—Está bien, lo capto.

Me muerdo el labio. Mi papá dijo que todo estaba bien, en su manera exasperante y mayormente inútil. Y la idea de ir a casa de mis padres, donde seré el elefante en la habitación, o a mi casa a mirar el teléfono mientras mi cerebro fabrica desastres, me oprime el pecho.

Tal vez la distancia me dé algo de perspectiva. Tal vez la frivolidad prescrita reinicie mi cerebro. Tal vez deje de preguntarme si fui demasiado dura con Mike, si fue el miedo el que tomó mis decisiones, si tiré a la basura algo bueno porque me aterra necesitar a alguien como necesité a...

Sacudo la cabeza, desterrando el pensamiento.

—Dos horas —digo—. Pero nada de Disney.

La sonrisa de Maya ilumina el pasillo.

—¡Sí! Pero antes necesitamos cambiarnos...

—¿Por qué? —Frunzo el ceño—. Tú luces como un millón de dólares.

—Lo sé, pero ¿tú? —Maya sonríe—. Digamos que necesita trabajo...

Con un encogimiento de hombros resignado, nos dirigimos a la salida y trato de abrazar el karaoke terapéutico. Serán unas horas en las que mi mayor preocupación será recordar letras en vez de interacciones medicamentosas, y donde "complicado" simplemente signifique elegir una canción, no navegar el campo minado de toda mi vida.

Todo lo demás puede esperar.



El interior del bar de karaoke palpita con un caos organizado: cerveza barata mezclándose con el spray corporal de vainilla de alguien, las luces del escenario tiñendo la piel de todos de un morado enfermizo y un verde radioactivo, y voces quebrándose sobre Beyoncé antes de que alguien más asesine death metal.

Pero a pesar de toda la carnicería aparente, me regodeo en el hecho de que, por primera vez en semanas, mi cerebro no está ejecutando su lista de verificación diagnóstica habitual. Nada de espiar el número de pasos de mamá en nuestras aplicaciones de salud sincronizadas. Nada de catalogar síntomas que podría haber pasado por alto. Nada de recordarle sus medicamentos.

Solo yo, gritando "Since U Been Gone" hasta que se me astilla la voz.

Ahora, al final de la canción, me abro camino entre la multitud hacia la barra, con la garganta en carne viva de esa manera buena, de haber usado mi voz de verdad en vez de tragarme todas las cosas que no puedo decir. El camarero grita algo sobre otro vodka con soda, y asiento, recostándome contra la barra pegajosa.

Mientras el caos gira a mi alrededor, un movimiento cerca del escenario me llama la atención. Alguien alto agarrando el micrófono con la confianza de quien sabe exactamente lo malo que es o ha consumido suficiente alcohol para lograr el mismo efecto.

Las luces del escenario cambian, y —Dios mío— es Maine, el compañero de equipo de Mike. El que se había presentado flexionando los bíceps y preguntándome si era soltera mientras los demás jugadores gemían con el agotamiento de quienes ya habían presenciado esta tragedia en particular.

Mi primer instinto es desaparecer entre la multitud antes de que otros jugadores de hockey se materialicen. Porque, por experiencia, tienden a moverse en grupo, y lo último que necesito es toparme con Mike o con cualquier otro jugador de mi papá, que sin duda pasarían un gran rato conociendo a la hija mayor de su entrenador.

Pero cuando las notas iniciales del piano de "Total Eclipse of the Heart" llenan el bar, y Maine adopta una pose sacada directamente de la escena de muerte de una telenovela —una mano presionada contra el pecho, la otra extendida hacia el cielo—, me quedo congelada en mi sitio por la curiosidad.

—TURN AROUND —comienza.

Dios santo. Esto no es simplemente malo. Es catastrófico, atroz de calibre militar. Su voz se quiebra cada tres notas, y lee las letras con un compás completo de retraso, creando un efecto de eco extraño que hace que mis oídos quieran pedir el divorcio.

—EVERY NOW AND THEN I GET A LITTLE BIT LONELY AND YOU'RE NEVER COMING ROUND...

Gira en círculo, casi tirando el soporte del micrófono, y me río. No una risita educada, sino una risa real, genuina, que me sorprende. El camarero desliza mi bebida por la barra y dejo el dinero sin apartar la vista de este hermoso desastre.

—TURN AROUND!

Todo el bar mira ahora, teléfonos en alto, y en vez de mostrar una sola molécula de autoconciencia, Maine se compromete aún más. Se deja caer de rodillas para el estribillo, deslizándose por el escenario en un movimiento que definitivamente no fue diseñado para alguien de su tamaño y estatura.

—EVERY NOW AND THEN I FALL APART!

Ambas manos apretadas contra el pecho ahora, la cara contorsionada en una agonía fabricada que haría que un actor de telenovela le dijera que le baje un poco. La multitud enloquece, especialmente una mesa de chicas que chillan encantadas, e incluso el camarero se detiene a medio servir para presenciar este crimen contra la música.

—AND I NEED YOU NOW TONIGHT! AND I NEED YOU MORE THAN EVER!

Durante tres minutos mágicos, Maine eleva su catástrofe, añadiendo una coreografía que podría ser danza interpretativa si la danza interpretativa estuviera sufriendo convulsiones. Cada movimiento es demasiado grande, demasiado entusiasta, todo extremidades desgarradas y compromiso total con ser terrible.

Me descubro aplaudiendo al ritmo, atrapada en la pura alegría de ver a alguien fracasar tan espectacularmente y disfrutar cada segundo. No me imagino haciendo algo así, exagerando a propósito para la multitud. Demonios, ¿cuándo fue la última vez que hice algo sin calcular el resultado primero?

Cuando termina, Maine cae de rodillas de nuevo, deslizándose hasta quedar colgando del borde del escenario. La multitud estalla y Maine se levanta de un salto, haciendo reverencias elaboradas en todas direcciones, lanzando besos como si acabara de ganar un Grammy. Alguien lanza un sostén y él lo atrapa en el aire, lo hace girar sobre su cabeza y lo lanza de vuelta.

—¡Gracias, gracias! —grita—. ¡Estaré aquí toda la noche! ¡A menos que la gerencia me eche! ¡Lo cual pasa más seguido de lo que creerían!

Mientras baja del escenario de un salto, chocando las manos con todos a su alcance y consiguiendo más de unos cuantos números de la mesa de chicas, me doy cuenta de que estoy sonriendo. Sonriendo de verdad, una sonrisa real que me hace doler las mejillas, en vez de la expresión cuidadosa que llevo a las cenas familiares o a los grupos de estudio.

—Eso fue peor que la última vez.

La voz —cálida y grave y que absolutamente no debería estar aquí— hace que el estómago me dé un vuelco. El ruido del bar se reduce a estática mientras me giro y veo a Mike, de pie a centímetros de mí, y Dios, se ve injustamente bien. Vaqueros oscuros, una camisa azul con las mangas arremangadas mostrando los antebrazos, y esa media sonrisa.

—Mike. —Mi voz sale sin aliento, lo cual es humillante, dado lo que hicimos hace unas semanas.

—Sophie. —Iguala mi tono pero con ese borde burlón que me hace tartamudear el pulso—. Qué casualidad encontrarte aquí.

Doy un trago deliberadamente largo a mi bebida, tratando de aparentar calma, pero en realidad ganando tiempo mientras mi cerebro entra en cortocircuito. Tiene el pelo ligeramente desordenado, con mechones cayéndole sobre la frente, y tengo que

apretar el vaso con más fuerza para no alargar la mano y acomodárselo.

—¿Me estás acosando? —digo.

—¿Me creerías si te digo pura coincidencia? —Se apoya contra la barra—. Aunque pareces lista para salir corriendo.

Me doy cuenta de que he estado alejándome inconscientemente y me obligo a quedarme quieta.

—No estoy huyendo. Solo no esperaba que todo el equipo de hockey invadiera la noche de karaoke.

—¿Es tu santuario? —Mira alrededor el caos—. Elección interesante para un espacio sagrado.

—Estaba en paz antes de que tu compañero decidiera asaltar tímpanos —digo.

—Él cree que es bueno. Nadie tiene el corazón para destruirlo.

—Alguien debería. —El fantasma de una sonrisa me cruza los labios—. Por el bien de la humanidad.

—¿Te ofreces?

—No confronto a gente que no conozco.

—Cierto. —Sonríe de medio lado—. Solo a gente que sí conoces, como cuando me llamaste complicado.

La palabra queda suspendida entre nosotros, y el pecho se me contrae —no exactamente de culpa, sino con el recuerdo de por qué lo dije. Cómo me había hecho sentir demasiado, demasiado rápido. Cómo necesité poner distancia entre nosotros antes de hacer algo estúpido como depender de él. Pero antes de que pueda explicarme —o disculparme, o empeorar las cosas—, la voz de Maine retumba por todo el bar.

—¡HE VUELTO, PINE BARREN! ¡Y si gritan lo suficiente, quizás Sophie Pearson haga un dueto conmigo!

Todas las cabezas giran hacia nosotros. La mesa de Maya estalla en silbidos, chillidos y gritos de ánimo, y considero brevemente si los cargos por asesinato valen la pena. Resulta que lo de pavonearse en el vestuario no fue algo puntual, sino toda la maldita personalidad de Maine: una bola de energía encantadora y cómica en un paquete de metro noventa.

—¿Amigo tuyo? —pregunta Mike con tono neutro.

Resoplo.

—Para nada.

Claramente decepcionado de que no me haya unido a él en el escenario de inmediato, Maine baja y se acerca dando brincos como un golden retriever demasiado grande, mientras "Shake it Off" suena sin voz. Cuando está lo bastante cerca, le pasa un brazo por el hombro a Mike.

—¡Sophie! —Maine sonríe—. ¿De qué se conocen ustedes dos?

Mike y yo cruzamos miradas. Su expresión se mantiene cuidadosamente neutra, dejándome la decisión a mí. Parte de mí quiere decirle a Maine exactamente cómo nos conocemos: que hace dos semanas descubrí exactamente lo que esas manos podían hacer, a qué sabe esa boca, y el sonido que hace cuando...

—Nos hemos cruzado un par de veces —digo finalmente, con el tono que uso al dar malas noticias a los pacientes.

—Nos hemos cruzado. —Maine estira cada palabra, saboreándolas—. Y yo que pensaba que Mikey pasaba todo su tiempo con su raro plan de superación personal.

—No es raro —protesta Mike.

—Tío, la semana pasada fuiste a un retiro de meditación donde te hicieron tararearle a las paredes durante tres horas.

—Era terapia de sonido.

—Era un robo a mano armada. —La sonrisa de Maine se ensancha—. Pero bueno, al menos estás ampliando horizontes. Conociendo gente nueva. Gente fascinante.

—Maine. —La voz de Mike lleva una advertencia que Maine ignora alegremente.

—Ya, me callo. —Pero sus ojos prácticamente brillan de picardía mientras retrocede hacia el escenario—. ¡Sophie, la oferta del dueto sigue en pie!

Se aleja dando brincos, retomando a Taylor Swift a mitad del estribillo, e inmediatamente tiene a la multitud comiendo de su mano otra vez. Lo observo, ignorando deliberadamente pero hiperconsciente de que Mike sigue de pie demasiado cerca, de la conversación inconclusa suspendida entre nosotros.

Debería irme. Inventar alguna excusa sobre buscar a Maya y desaparecer antes de que esto se complique más. Antes de hacer algo estúpido como dejar que me encante de nuevo. Eso sería lo inteligente, lo propio de Sophie, pero algo de ver a Maine abrazar la vida así...

Así que, antes de pensarlo mejor, las palabras se me escapan.
—¿Quieres ver si podemos descomplicar las cosas?

diez

MIKE

—¿DESCOMPLICAR las cosas? —Arqueo una ceja.

Al mismo tiempo, lucho mentalmente contra la recopilación de complicaciones que mi cerebro me ofrece: ella desnuda en la cama, la forma en que dijo mi nombre esa mañana, cómo me miraba antes de saber que yo jugaba hockey para su padre, antes de que yo supiera que estaba completamente fuera de mi alcance.

—Para disculparme por mi mala elección de palabras. —Los labios de Sophie se curvan en algo que me exprime el aire de los pulmones; no es del todo una sonrisa, pero está a años luz del asco que esperaba—. Aunque mantengo mi decisión de que salir contigo sería una idea terrible, y te advierto que si ese es tu objetivo, estás perdiendo el tiempo.

Nada de Sophie se siente como una pérdida de tiempo: ni la forma en que inclina la cabeza cuando está pensando, ni la distancia cuidadosa que mantiene entre nosotros, manteniéndome a raya, ni siquiera esta conversación en la que básicamente me está relegando a la zona de amigos antes de que hayamos empezado siquiera.

—Puedo vivir con eso —digo, aunque la mentira me sabe amarga—. ¿Qué tal si empezamos de cero?

Asiente y extiende la mano, tan formal como si fuera una fusión empresarial.

—Hola, soy Sophie. Odio el hockey, pero te prometo que hay más en mí que eso.

El contacto de su palma contra la mía no debería sentirse como una victoria, pero no puedo evitar sonreír.

—Hola, soy Mike. Juego hockey, pero te prometo que hay más en mí que eso.

Se ríe, y veo la sonrisa de verdad, la que le transforma toda la cara.

—Estoy dispuesta a concederte un estatus provisional de amigo, a pesar de eso.

—Lo acepto. —Me apoyo en la barra, intentando parecer despreocupado mientras mi cerebro busca desesperadamente formas de mantenerla aquí, mantenerla hablando, mantenerla mirándome como si no fuera lo peor que le ha pasado esta semana —. Se suponía que Maine no iba a destrozar esa canción solo, por cierto. Mi hermana se rajó...

Los ojos de Sophie se abren de par en par.

—¿Tu hermana está aquí? No parabas de hablar de ella antes de que nosotros... bueno...

Antes de que estuviéramos desnudos. Cuando estabas debajo de mí. Cuando hiciste esos sonidos que me han perseguido durante semanas.

La rescato de la frase, señalando hacia el otro lado del bar donde Lea prácticamente se está metiendo dentro de la pantalla del teléfono intentando escuchar a Declan.

—Es doloroso de ver.

Sophie se inclina para mirar entre la multitud, y de repente está en mi espacio. Lo bastante cerca como para que mis dedos se contraigan con las ganas de tocarla, de recorrer la curva de su cuello para descubrir si vuelve a soltar ese pequeño jadeo cuando la acaricio...

Joder. Contrólate.

—Es guapa —dice Sophie, alejándose a una distancia más segura que aun así no es ni de lejos lo bastante segura—. ¿Por qué dejó plantado a Maine?

—La llamó el novio. —Me encojo de hombros, intentando ignorar la sensación fantasma de ella contra mí—. La sentida interpretación de Maine quedó en segundo lugar.

—Sentida es sin duda una palabra para... lo que sea que fue eso.

Antes de que pueda terminar la frase, Maine viene hacia nosotros con la cara colorada y el pintalabios de alguien estampado en la mejilla. Lleva dos canciones y parece más destrozado que después de las series de suicidio en el entrenamiento, pero si la historia sirve de guía, el espectáculo acaba de empezar.

—¡Se perdieron el bis! —Me da un manotazo en el hombro—. Mi público adorador pidió otra canción, pero ejercí contención...

—Seguro que sí, campeón.

Pasa por encima de mi sarcasmo como una apisonadora, centrándose en Sophie con la determinación que suele reservar para las escapadas y la cerveza.

—Deberías venir a sentarte con nosotros.

Todo el lenguaje corporal de Sophie cambia —hombros alzándose, peso desplazándose hacia atrás— adoptando la misma postura defensiva que vi en el estacionamiento y en el vestuario cuando su padre nos la presentó. Pero entonces echa un vistazo a su mesa, donde dos mujeres parecen estar en pleno debate acalorado.

—En realidad, ¿y si juntamos las mesas? —dice lentamente—. Mis amigas parecen a punto de sacarse sangre por la selección de canciones, y los testigos podrían evitar un cargo de asesinato.

—¡Perfecto! —Maine no espera opiniones; simplemente agarra a Sophie del brazo y se la lleva.

Mientras Maine prácticamente se la lleva a rastras, capto la rápida mirada de Sophie a su teléfono: la luz de la pantalla le baña la cara de pálido durante un segundo, la mandíbula tensándosele al ver lo que sea que ve. La expresión desaparece tan rápido que casi me la pierdo, reemplazada por esa máscara cortés que lleva como una armadura.

—Ey. —Me deslizo en el asiento junto a ella, lo bastante cerca como para notar la tensión que irradia de sus hombros—. ¿Todo bien?

Abre los ojos de par en par, porque al parecer la amabilidad de mi parte resulta sospechosa.

—Cosas de familia, nada más. Estoy bien.

Dice «bien» de la misma manera en que yo le decía a mi antiguo entrenador que el tobillo estaba «bien» mientras calculaba mentalmente cuántos Advil podía tomarme antes de que me fallaran los órganos. Pero antes de que pueda indagar más, Maya y otras tres mujeres descienden sobre nuestra mesa, y la dinámica cambia al instante.

Maine se convierte en el centro gravitacional, como siempre, y Sophie se repliega en sí misma, presente pero callada mientras las conversaciones fluyen a su alrededor. Estoy intentando averiguar cómo hacer que vuelva a participar cuando el desastre golpea en forma de una rubia menuda con extensiones de pestañas que podrían clasificarse como armas.

Se desliza a mi otro lado, tan cerca que puedo oler su perfume.

—Entonces, ¿juegas en el equipo de hockey?

—Sí, defensa. —Mantengo el tono amable pero plano, el equivalente verbal de un cartel de «No hay vacantes»—. Soy Mike.

—¿Mike? El capitán, ¿no? —Su mano aterriza en mi antebrazo—. Eso debe significar que eres increíblemente bueno con tu... palo.

Dios. ¿En serio acaba de...?

—Me defiendo —digo, haciéndome el tonto a propósito.

—Lo dudo mucho. —Sus dedos suben por mi brazo.

Al otro lado de la mesa, todo el cuerpo de Sophie se pone rígido, los nudillos blancos alrededor de su vaso. Mientras la observo, la rubia —que no se ha molestado en presentarse— sigue hablando, y la mandíbula de Sophie se tensa más con cada risita suya. Sophie asiente a lo que sea que Cooper está diciendo, pero su sonrisa parece falsa y dolorosa.

Esto va cuesta abajo más rápido que las perspectivas de Maine como cantante.

Tengo veintidós años, se supone que soy maduro, estoy a punto de graduarme y probablemente vaya a la NHL. Y sin embargo estoy aquí sentado viendo cómo la única chica con la que realmente quiero

hablar finge que no existo mientras otra me trata como un equipo que probar.

—Y ustedes, ¿tienen como... groupies? —La rubia se inclina más, exhibiendo un escote que intenta desesperadamente escapar de su camiseta.

—Somos hockey de División I, no Metallica —digo—. Aunque hay gente que sigue al equipo, si eso cuenta.

—Me veo siendo fan del hockey. —Su mano migra de mi brazo a mi muslo, y me aparto tan rápido que casi me caigo de la silla.

Al otro lado de la mesa, Sophie le da un largo trago a su bebida, mirando el escenario de karaoke con concentración láser. Tengo que arreglar esto. Ya. Así que, cuando la mujer de mediana edad en el escenario termina «Love is a Battlefield» con algunos aplausos dispersos, de repente sé exactamente qué hacer.

—Disculpa. —Me levanto tan bruscamente que la rubia tiene que sujetarse de la mesa—. Tengo que ir a hacer el ridículo.

—¿Ahora?

—No puede esperar. Es una idiotez urgente.

Ya me estoy alejando cuando el resoplido de Kellerman me sigue, pero me da igual. Recorro la lista de canciones hasta encontrar la elección perfecta: «Happy» de Pharrell. Es imposible quedar bien cantándola, que es exactamente el punto, y podría ser el antídoto para el veneno que la rubia inyectó en lo que sea que Sophie y yo tengamos.

Suenan los primeros acordes y agarro el micrófono con una confianza que es noventa por ciento falsa y diez por ciento desesperación. Mi voz para cantar es lo que generosamente se llamaría «calidad de ducha», pero me lanzo con todo el entusiasmo que puedo reunir.

Para el estribillo, estoy rebotando por el escenario en lo que solo puede describirse como una convulsión de cuerpo entero, metiendo movimientos que definitivamente no aprendí en clase de baile porque Kevin jamás aprobaría lo que diablos están haciendo mis piernas ahora mismo. El público se engancha, pero solo me importa una reacción.

La de Sophie.

Está en nuestra mesa con la mano presionada sobre la boca, los ojos enormes.

Pero eso no me basta.

Así que intento algo que caritativamente podría llamarse un moonwalk pero que probablemente parece más bien que estoy intentando despegar un chicle de mi zapato, y se quiebra. Se dobla por la mitad, los hombros temblándole, no la risa educada de antes sino la de verdad, indefensa y hermosa.

La victoria me quema en las venas. Yo hice eso. Yo la hice reír así.

La canción termina conmigo intentando un giro que casi me manda contra los altavoces. El bar estalla en aplausos —aplausos de lástima, pero los acepto— y cuando vuelvo a la mesa, descubro que la rubia ha migrado hacia Kellerman, que parece a la vez encantado y aterrorizado.

—Eso ha sido lo más patético que he presenciado en mi vida —anuncia Maine alegremente.

—¿Dónde aprendiste a bailar así? —pregunta Sophie, todavía limpiándose las lágrimas de los ojos, y Dios, es hermosa cuando no está intentando ser cautelosa.

—Esa obra maestra fue cortesía de seis semanas de clases de danza libre.

—¿Danza libre? —Sus cejas suben—. ¿Eso existe de verdad?

—Ah, existe. El instructor nos decía que «dejáramos que nuestros cuerpos hablaran su verdad» y que «comulgáramos con el ritmo del cosmos».

—¿Y tu ritmo cósmico te dijo que tuvieras un espasmo de cuerpo entero?

Niego con la cabeza.

—No, eso fue todo gracias al estímulo de Kevin, al menos hasta que tiré una maceta intentando «canalizar mi tormenta interior».

La risa de Sophie es más pequeña esta vez, pero genuina.

—¿Y seguiste volviendo?

—Durante seis semanas de humillación pura.

—¿Aunque eras terrible?

—Especialmente porque era terrible. —Le doy un trago a la cerveza, estudiando su cara—. De eso se trata... hacer cosas en las que ser malo no importa.

Sophie se inclina ligeramente hacia delante.

—¿Esto es algún tipo de actuación elaborada? Tipo, «soy tan bueno en el hockey que necesito ser pésimo en todo lo demás para compensar»?

—No. —Le sostengo la mirada, dejando que vea que hablo en serio—. Y de todas formas no funcionaría contigo, ya que odias a los jugadores de hockey.

Algo cambia en su expresión, una grieta en la armadura.

—No odio a los jugadores, exactamente. Es solo que... —Toma aliento—. Toda mi vida, los tíos fingen que les gusto cuando en realidad solo quieren acceso a mi padre. ¿Sabes lo agotador que es preguntarte si alguien realmente te ve a ti o solo ve una conexión potencial?

Las palabras aterrizan en algún lugar profundo.

—Allá ellos —digo en voz baja—. Tu padre es genial, pero tú eres sin duda el evento principal.

El aire entre nosotros cambia, se carga, cada molécula de repente consciente de la distancia que se encoge. A nuestro alrededor, el bar sigue siendo ruidoso y caótico —Maine está contando alguna historia que involucra un extintor y una apuesta que salió mal—, pero Sophie y yo bien podríamos estar en un universo diferente.

—¿Estás coqueteando conmigo? —Su voz baja lo suficiente como para que tenga que inclinarme para oírla.

—No —digo, sin romper el contacto visual—. No puedo estarlo. Tú no sales con jugadores de hockey complicados, ¿recuerdas?

Su mirada cae a mi boca por un latido, rápido, pero lo capto. El deseo que le cruza la cara antes de que pueda ocultarlo me envía calor de lleno. Los dos nos estamos inclinando, el espacio entre nosotros encogiéndose, y mi corazón late tan fuerte que tiene que poder oírlo...

—¡Mike!

La voz de Lea corta el momento en seco. Sophie se echa hacia atrás con la velocidad suficiente para provocarse un latigazo cervical, y quiero prohibirle a mi hermana la entrada a todos los eventos familiares durante la próxima década. Por fin, un momento en el que Sophie se estaba abriendo conmigo, solo una fracción, y... ¡Argh!

—¿Quién es? —pregunta Lea, mirando a Sophie con el tipo de interés que significa que ya está planeando nuestra boda.

—Esta es Sophie —logro decir, intentando no sonar tan frustrado como me siento—. Sophie, esta es mi hermana, Lea.

El reconocimiento le ilumina la cara a Lea.

—¡Oh! ¡Tú eres la chica de la cena!

Todo el comportamiento de Sophie cambia, sus muros alzándose de golpe.

—¿La cena?

—Sí, Mike me estaba contando de...

—Solo de que nos cruzamos el otro día —la interrumpo, lanzándole una mirada a Lea.

Lea, ajena al peligro en el que se encuentra, sonrío radiante.

—¡Qué bueno conocerte por fin!

El rosa le inunda las mejillas a Sophie. Me lanza una mirada, algo indescifrable cruzándole las facciones antes de que esa perfecta sonrisa cortés se active: la misma que le dio a Cooper, la misma que probablemente le da a todo aquel que quiere mantener a distancia.

Y estamos de vuelta al punto de partida.

—Encantada de conocerte también —dice Sophie, volviéndose hacia Lea con una calidez que no le llega a los ojos—. Mike mencionó que estudias arte.

Así, sin más, redirige toda la conversación, haciendo que Lea hable sobre sus clases, su profesor, el novio en París que echa desesperadamente de menos. Me doy cuenta ahora de que Sophie es buena en esto: hacer que todos los demás sean los protagonistas mientras ella se desvanece en el fondo, presente pero protegida.

La organizadora, la facilitadora.

Pero ahora la veo a través de todo eso. La ligera tensión en su cuello. La forma en que ha girado el cuerpo lo justo para no estar del todo mirándome. Cómo su risa ante los chistes de Lea es un

compás demasiado rápida, y un segundo demasiado larga. Y mientras lo hace, está tan ocupada asegurándose de que todos los demás estén bien que se vuelve invisible para ellos.

Sus amigas están perdidas en su propio drama. Lea parlotea sin parar, encantada de tener un público nuevo. Pero yo sí la veo. Veo el agotamiento que está escondiendo, la forma en que mantiene el teléfono cerca como si estuviera esperando malas noticias, la distancia cuidadosa que mantiene incluso mientras es amable.

—¡Ey, Mike! —Cooper me agita una mano frente a la cara.

—Perdona, ¿qué? —Me vuelvo hacia él, dándome cuenta de que ha estado intentando llamar mi atención.

—La fiesta de Schmidt mañana por la noche. ¿Vas?

—No puedo.

La mesa se ha vaciado mientras yo no prestaba atención. Las amigas de Maya desaparecieron en algún momento. Kellerman se esfumó con la rubia. La mayoría del equipo se ha dispersado en busca de su propia diversión, dejando solo a Lea, Sophie, Maya, Maine y a mí.

Maine se levanta de la mesa con dramatismo.

—Bueno, niños, ha sido educativo ver la completa incapacidad de Mike para...

Le doy una patada en la espinilla por debajo de la mesa, lo bastante fuerte como para que mañana tenga un moretón.

—...darle a las notas altas de «Happy» —se recupera Maine, frotándose la pierna—. Por cierto, ¿cuál es tu próximo intento de humillación voluntaria?

Vacilo. La verdad —que me apunté a una noche de micrófono abierto de poesía— es básicamente entregarle munición para la próxima década, cuando ya tiene un camión entero de material para usar contra mí desde que empecé mi campaña de «probar cosas nuevas».

—Noche de micrófono abierto —digo de todas formas, porque aparentemente soy incapaz de mentir para salvar mi dignidad.

La cara de Maine se ilumina.

—¿Comedia en vivo? Porque verte fracasar en eso podría matarme de verdad. Moriría feliz.

—Poesía, en realidad.

El silencio que sigue es hermoso. Maine me mira como si hubiera anunciado que me uno al sacerdocio.

—¿Poesía? —logra decir al fin—. ¿Tipo «las rosas son rojas, las violetas azules, soy pésimo en todo, que alguien me quiera, plis»?

El calor me trepa por el cuello.

—Mi terapeuta dijo...

—Que pruebes cosas en las que eres malo, sí, ya lo sabemos. — Maine me da una palmada en el hombro—. Vas a ser espectacularmente terrible. Estoy muy orgulloso.

Sophie, que ha estado en una conversación aparte con Lea, de repente se vuelve hacia mí. La máscara cortés se desliza, reemplazada por curiosidad genuina.

—¿Escribes poesía?

—Dios, no. Apenas puedo escribir mi nombre de forma legible — admito—. Solo voy a leer cosas de otros. Probablemente mal. Definitivamente con torpeza.

—Eso es bastante valiente, la verdad —dice, y no hay burla en ello, ni distancia cautelosa—. La mayoría de la gente huye de las cosas en las que sabe que va a fracasar.

Me doy cuenta de que me está mirando como esa primera noche: curiosa, interesada, presente. Estoy a punto de responder cuando Maine anuncia que se va a «explorar otras opciones de entretenimiento», que conociéndolo podría significar cualquier cosa, desde más karaoke hasta intentar formar una conga.

Maya revisa su teléfono y le pregunta a Sophie si quiere compartir un Uber. Sophie duda, me lanza una mirada antes de decir que se queda unos minutos más. Maya le da una mirada cómplice y un pulgar arriba antes de irse, lo que hace que Sophie se sonroje.

Lea se excusa diciendo que necesita devolver la llamada a Declan, aunque no sin antes hacerme un pulgar arriba a espaldas de Sophie que es tan sutil como una pelea de hockey. Y entonces somos solo nosotros dos, el bar apagándose a nuestro alrededor, y estoy intentando desesperadamente pensar en formas de que esto siga.

Porque no puedo dejar que desaparezca otra vez.

—El jueves que viene en Grounds for Thought —digo—. Si quieres verme estrellarme y arder en persona. Aunque siendo honesto, no te pierdes mucho si no vas.

La invitación queda suspendida entre nosotros. La observo procesarla, diciéndose a sí misma que esto no es una cita, porque ella totalmente me dijo que eso está fuera de los límites, lo que significa que es totalmente casual y completamente intrascendente.

—Claro —dice finalmente.

Parpadeo.

—¿Qué?

—Dije que claro. —Una sonrisa de verdad se extiende por su cara—. Suenas entretenido.

—Cuidado —adviento, luchando contra mi propia sonrisa—. Podría ser bueno en esto sin querer.

Su sonrisa se transforma en algo más suave.

—Sé que eres bueno, Mike.

Las palabras caen entre nosotros, combustibles, esperando una chispa para encenderse. Durante un segundo, ninguno de los dos se mueve, ambos recordando exactamente en qué soy bueno, en qué somos buenos juntos. Entonces Sophie parpadea, el color inundándole las mejillas al darse cuenta de lo que acaba de decir.

—Me tengo que ir —dice rápidamente, recogiendo sus cosas.

—Sophie...

—El jueves —confirma, ya retrocediendo—. Ahí estaré.

Bate el récord de velocidad y se va antes de que pueda responder, dejándome sentado solo con el fantasma de su perfume y el recuerdo de ese casi-beso. El teléfono me vibra: un mensaje de Maine que no es más que emojis de berenjena. Lo ignoro.

Que llegue el jueves de una vez.

once

SOPHIE

MIS PIERNAS gritan con cada zancada, el ácido láctico inundando mis músculos mientras lucho por seguir el ritmo implacable de mi madre. El sudor me corre por la espalda, empapando el sostén deportivo, y los pulmones se me agarrotan con cada inhalación desesperada, el tejido en carne viva protestando contra el aire fresco de la mañana.

Tiene cincuenta años y una enfermedad neurológica crónica, y me está destrozando en este sendero.

Pero eso ni siquiera es lo peor. No, ese premio se lo lleva el hecho de que llevo veinte minutos intentando acorralarla sobre su último susto de salud, solo para recibir veinte minutos de evasivas con la soltura de alguien que lleva décadas calmando a padres aterrados en la UCI neonatal.

—No fue un ataque ni una recaída, Sophie. —Su respiración se mantiene exasperantemente estable mientras la mía llega en jadeos desesperados—. Solo una pseudoexacerbación.

Tengo que parar, las manos en las rodillas, tragando aire. —¿Solo una pseudoexacerbación que te dejó tirada en el suelo?

—Porque estaba estresada por cubrir el turno de Hannah. —Lo dice con naturalidad, como si comentara el pronóstico del tiempo mientras yo me ahogo.

La forma en que lo descarta hace que se me contraigan las costillas, la presión acumulándose detrás del esternón. —No deberías haber aceptado ese turno.

Los ojos grises de mamá —exactamente del mismo tono y forma que los míos— se afilan como acero. —El hijo de Hannah tenía neumonía. Necesitaba que alguien la cubriera. Fin de la historia.

—¿Y tenías que ser tú?

—Sí. —Sin vacilación. Sin disculpa. Solo esa terquedad en la mandíbula que significa que esta conversación se acabó—. Tenía que ser yo.

Quiero agarrarla de los hombros y sacudirla hasta que entienda que esto no solo le afecta a ella. Papá encontrándola mareada y desorientada en el suelo de su habitación. Hazel viéndola olvidar el nombre de su mejor amiga a mitad de frase. Yo recibiendo mensajes llenos de «todo está bien» cuando nada, absolutamente nada, está bien.

—Basta. —Acelera, como si la distancia física pudiera crear espacio emocional—. Cuéntame qué tal tu semestre.

El rechazo escuece, pero esa mandíbula me dice que no voy a llegar a ningún lado. —Bioestadística para la Práctica Clínica ya está intentando asesinarme.

—¿Y?

—Métodos Clínicos podría ser interesante. —Esquivo una rama baja—. El profesor consigue mantenerse despierto dando clase, lo cual ya lo pone por delante de la mayoría.

—¿Y fuera de las clases? —Aparece esa mirada intencionada, la que desmontaba mis mentiras adolescentes sobre estar «estudiando en casa de Maya»—. Ya sabes... diversión.

—Anoche fui a un karaoke.

Todo su cuerpo se anima, la espalda erguida, el ritmo momentáneamente olvidado. —¿Karaoke? ¿Tú?

—Maya me arrastró. —Las palabras se me escapan antes de poder detenerlas, y sus ojos se encienden con hambre maternal de detalles.

—¿Alguien interesante por allí?

Mi mente me ofrece de inmediato a Mike haciendo el moonwalk por aquel escenario pegajoso, su canto gloriosamente horrible, la forma en que se había inclinado hacia mí justo antes de que la llegada de Lea destrozara el momento. Una sonrisa amenaza con asomar solo de pensarlo.

—Solo amigos de Maya. —Borro la sonrisa y mantengo la voz cuidadosamente neutra—. Aparecieron unos jugadores de hockey.

—¿Jugadores de hockey? ¿En un karaoke? —Sus cejas suben—. ¿Y te quedaste en la misma sala?

—Mis amigos estaban allí. —Me encojo de hombros—. Por lo visto tienen aficiones más allá de darse conmociones cerebrales entre ellos.

—Sophie. —Pero está conteniendo una sonrisa—. ¿Era uno de ellos ese capitán tan simpático que mencionó tu padre? ¿Mike no-sé-qué?

Casi me estampo de cara contra el suelo. —¿Cómo sabes de...? Da igual. Sí, estaba allí.

—¿Y?

—Y nada. Hablamos. Asesinó unas cuantas canciones perfectamente inocentes. Fin de la historia.

Salvo que la historia incluye que, borracha perdida, acepté ir a su lectura de poesía el jueves. He cambiado mentalmente de conjunto diecisiete veces, he escrito y borrado tres mensajes diferentes para cancelar, y en general he regresado a mi bochornosa versión adolescente. La que ensayaba conversaciones frente al espejo.

—Sabes —mamá reduce a un paso al llegar al centro del parque —, hace mucho desde lo de Jimmy...

—Lo sé. —El nombre todavía deja un regusto ácido, decepción mezclada con alivio.

—Quizá ya es hora de...

—Centrarme en mí misma. Que es exactamente lo que estoy haciendo.

Me estudia con esa evaluación de enfermera de UCI neonatal que capta cada microexpresión. —Centrarte en ti misma no significa evitar toda conexión humana.

—No estoy evitando nada. —La mentira queda pesada y evidente entre nosotras. Estoy evitando un montón de cosas: las arrugas que se forman alrededor de los ojos de Mike cuando se ríe, ese aleteo en la parte baja del vientre cuando sonríe, el recuerdo de nuestro casi beso reproduciéndose obsesivamente en mi cerebro, cada repetición revelando nuevos detalles que no había captado.

—Sophie, si la esclerosis múltiple me ha enseñado algo, es que el tiempo es valioso. —Se quita la cinta del pelo, escurriéndole el sudor—. Tienes que agarrar la vida con las dos manos.

—¿Como aceptar turnos que te hacen desplomarte?

Su expresión se endurece como granito. —Como no dejar que el miedo dicte cómo vivo mi vida.

Las palabras aterrizan con precisión quirúrgica. La noche del jueves se cierne: Mike leyendo poesía, yo fingiendo que no es una cita mientras cada célula de mi cuerpo sabe la verdad, rezando desesperadamente porque mantenga las cosas en lo platónico porque cualquier otra cosa podría abrir algo en mí que no puedo controlar, dejándome en carne viva y expuesta, dependiente de alguien que podría marcharse cuando las cosas se pongan difíciles.

—Mira. —Señala al otro lado del césped—. Un camión de helados. ¿Compartimos un cucurucho?

—Son las nueve de la mañana.

—El momento perfecto para la alegría espontánea. —Ya está trotando hacia el camión.

La sigo, viéndola pedir dos bolas de menta con chocolate —mi favorito desde que tenía cinco años y ella me daba cucharaditas a escondidas cuando papá no miraba. Pienso en riesgos y miedo y en cómo se le transforma toda la cara a Mike cuando se ríe. En los reveses y en que el control no es más que papel de seda contra las tormentas de la vida.

Y, en algún momento entre que le sirven su cucurucho y el mío, concluyo que quizá tiene razón. Quizá he estado aferrándome a la vida con tanta fuerza que me he olvidado de vivirla de verdad. O quizá solo busco desesperadamente excusas para justificar presentarme el jueves con el conjunto que definitivamente ya he elegido pero que no pienso admitir que he elegido.

Mamá me pasa el cucurucho y le doy una lamida tentativa. —Te va a doler el estómago durante el turno.

—Merece la pena. —Sonríe, pareciéndose más a Hazel con ocho años que a una mujer que nos dio un susto de muerte hace cuatro días—. Siempre merece la pena.

Quiero discutir la lógica. Quiero señalar que algunas cosas no merecen el riesgo, ni el dolor, ni la pérdida. Pero viéndola atacar ese helado con la misma intensidad con la que ataca la vida —sin miedo y a tope— sé que ya he perdido esta batalla. Igual que probablemente he perdido la guerra contra la noche del jueves.

El helado se derrite más rápido de lo que podemos comerlo, goteando por nuestras manos en regueros dulces y pegajosos. Mamá se ríe, cazando las gotas con la lengua como una niña, y por un momento puedo fingir que somos gente normal en una carrera matutina normal. Fingir que no se me encoge el pecho de pavor cada vez que suena el teléfono.

—Bueno. —Se limpia las manos en unos pantalones cortos de correr que cuestan más que mis libros de texto—. El capitán de hockey.

Aspiro helado y casi me atraganto. —Yo nunca he dicho nada de...

—Has puesto esa cara.

—No hay ninguna cara. —Me concentro intensamente en mi cucurucho, que se derrite a toda velocidad—. Y definitivamente no hay ningún tío.

—Sophie Pearson. Te cambié los pañales. Conozco tu cara de mentirosa. —Se estira contra un banco—. No tienes que contármelo, pero quizá ya es hora de intentarlo otra vez.

Intentar salir con alguien. Intentar confiar. Intentar no protegerme con muros tan altos que ni yo puedo ver por encima de ellos.

—Es complicado —murmuro.

—Lo simple es aburrido. Y tú, mi brillante, ansiosa y maravillosa hija, eres cualquier cosa menos simple. Quizá necesitas a alguien que esté a tu altura.

—No necesito a nadie. —Las palabras salen más cortantes de lo que pretendía—. Aparte de a ti, a papá y a Hazel, claro.

—No —coincide, con voz suave—. Pero quizá quieres a alguien. Hay una diferencia.

La verdad me golpea con fuerza física, un chorro de agua helada por la espalda. He estado tan centrada en la necesidad —estabilidad, previsibilidad, control— que he ignorado el deseo. Y lo que deseo, aparentemente, es ver a un jugador de hockey destrozarse mientras finjo que el corazón no intenta escapárseme del pecho.

—Debería volver —digo—. Hazel tiene danza a las once, y luego tengo clases.

—Siempre cuidando de los demás. —Empieza a trotar de vuelta—. Oficialmente te doy permiso para ser egoísta, Sophie. Solo una vez.

La sigo, aunque ahora son mis pensamientos los que corren. Este circuito nos lleva de vuelta exactamente a donde empezamos: seguro, controlado, dolorosamente predecible. Llevo meses corriendo el mismo circuito emocional.

Quizá es hora de tomar un camino diferente. O quizá el subidón de azúcar de la menta con chocolate me está afectando al juicio. El jueves lo dirá. Si voy. Que definitivamente no estoy planeando hacer, a pesar de que ya sé exactamente qué pendientes me pondré.

—El mundo no se va a acabar por ir a una cita —dice mamá, descarrilando mi espiral.

—Ya lo sé.

—¿Sí? —Su sonrisa se vuelve cómplice—. Porque parece tener miedo de sentir...

—Siento de sobra.

—¿Sentir y dejarte sentir? Dos cosas distintas, ¿vale?

Nos cruzamos con corredores matutinos que saludan alegremente, sus sonrisas fáciles en marcado contraste con el peso que me presiona las costillas. Mamá les devuelve el saludo —nunca ha conocido a un desconocido con el que no pueda conectar— mientras yo consigo algo que, con generosidad, podría llamarse sonrisa.

—¿Y si no estoy preparada? —La pregunta se me escapa antes de poder tragármela.

—¿Preparada para qué? —Ahora se está haciendo la tonta a propósito.

—Para todo. Para salir con alguien. Para confiar en alguien nuevo. Para que me pisoteen el corazón otra vez.

Mamá se para del todo, girándose para mirarme. La luz de la mañana atrapa las hebras plateadas que le cruzan el pelo e ilumina las finas líneas alrededor de sus ojos que no estaban ahí hace cinco años. En ese momento, parece hermosa y frágil y feroz a la vez.

—Ay, cariño. Nadie está preparado nunca. Esa es la cuestión. —Alarga la mano y me aprieta el hombro con manos que han consolado a incontables padres aterrados—. ¿Estaba yo preparada para la esclerosis múltiple? ¿Para otro bebé a los cuarenta y dos? ¿Para todos los golpes que me ha dado la vida?

—Es diferente...

—¿Lo es? —Su pulgar traza círculos suaves—. La vida pasa estemos preparados o no. Lo único que podemos elegir es cómo la afrontamos.

Corremos en silencio amigable durante cinco minutos, nuestras pisadas creando su propio ritmo contra la tierra compacta. Cuando casi hemos vuelto al estacionamiento, lo suelto.

—Va a hacer una lectura de poesía —digo.

—¿Un qué?

—Lectura de poesía. —Apenas me creo las palabras que salen de mi boca.

Mamá se para a media zancada, la alegría extendiéndose por su cara. —¿Al capitán de hockey le gusta la poesía?

—Le gusta probar cosas nuevas y me invitó. —Ahora estoy desbarrando, la boca trabajando más rápido que el cerebro—. Y le dije que sí, pero estaba borracha, y qué demonios le voy a decir a papá cuando se entere de que estoy... —Me freno antes de decir «saliendo con»—. Quedando con uno de sus jugadores.

—Tu padre no tiene por qué enterarse de momento. —Sonríe con picardía—. Y si la poesía es horrible, tendrás una historia divertidísima para Maya.

—¿Pero y si no es horrible? —susurro, y las dos sabemos que no estoy hablando exactamente de la poesía—. ¿Y si es maravillosa?

—Entonces tendrás otro tipo de historia.

Ese es el miedo que me mantiene despierta: no la decepción, que ya he catalogado, analizado y contra la que he construido fortalezas, sino la posibilidad de que Mike sea de verdad diferente. De que el jueves pueda abrir algo que he sellado a cal y canto. De que pueda desear cosas que me he entrenado para no desear.

—Venga. —Mamá me enlaza el brazo como hacíamos cuando yo era pequeña—. Desayuno. Desayuno de verdad, no solo helado.

—Tengo que preparar a Hazel...

—Nos da tiempo. —Su sonrisa se suaviza—. Siempre hay tiempo para unas tortitas con mi hija. Tiempo para fingir que somos gente normal que no le da demasiadas vueltas a todo.

—Tú no le das vueltas a nada —señalo.

—No, pero no quería que te sintieras sola en tu neurosis. —Me da un golpecito cariñoso con la cadera—. Está bien querer cosas, Sophie. Incluso cosas que asustan y que pueden doler.

doce

MIKE

EL INTERIOR de mis musleras ha pasado de húmedo a empapado, la espuma comprimida en una segunda piel que chapotea con cada movimiento en el banquillo. Llevo los últimos treinta segundos rotando el tobillo en círculos lentos, probando la articulación con precisión delicada.

Mientras tanto, desde el hielo, el raspar del acero sobre la superficie congelada llena el pabellón —ese sonido inconfundible que antes lo significaba todo para mí, pero que ahora significa solo un poco menos, y es la música de fondo de la sinfonía de dudas que suena en mi cabeza.

Rotar. Probar. Respirar. Que no lo noten.

—¡Gran turno, Capi! —Kellerman se desploma en el banquillo a mi lado, y el impacto envía una punzada aguda hasta el tobillo.

La cara del chico brilla con el sudor del segundo periodo y el entusiasmo de un novato. Fuerzo algo que podría pasar por un gesto de reconocimiento, manteniendo la atención en Schmidt peleando por la posición en la esquina. Pero incluso mientras miro, mi visión periférica capta movimiento en la sección 104.

Cuatro trajeados. Dos de Colorado. Uno de Dallas. El cuarto es un misterio. Entre todos, comparten esa misma quietud depredadora —observando, esperando, documentando— que me hace sentir

como un trozo de carne siendo evaluado por carnívoros hambrientos.

Porque sé que no están aquí por Schmidt.

El tobillo late con su propio ritmo ahora —bum-bum-pausa, bum-bum-pausa— un latido irregular bajo la piel. Irritante, pero distinto de la traición afilada del año pasado que me mandó al hielo delante de quince mil personas.

Pasó en el segundo periodo. Corté y sentí un pinchazo y recé con todas mis fuerzas para que no fuera el tobillo rindiéndose del todo. De momento, bien, pero fue un recordatorio oportuno de lo frágil que es todo esto —mi tobillo, mi carrera en el hockey— y de lo importante que es haber dejado de hacer del hockey toda mi identidad.

¿Y en cuanto al tobillo?

Bueno, este dolor es más sutil, como un susurro persistente de que algunas lesiones nunca se curan del todo, sin importar cuántos meses pases en esa sala de fisioterapia con olor a antiséptico, cuántos entrenamientos hagas y cuántas veces te digas que vas a estar bien.

Los estiramientos al llegar al banquillo ayudaron. Siempre ayudan. Y la pregunta no es si puedo jugar a pesar del dolor. La pregunta es si puedo jugar a pesar del dolor mientras cuatro ojeadores de la NHL documentan cada vacilación, cada paso favorecido y cada fracción de segundo que soy más lento de lo que solía ser.

—¡Cuarenta segundos! —La voz del entrenador Pearson corta tanto el ruido de la grada como mi espiral—. ¡Altman, tu línea es la siguiente!

Maine se deja caer a mi lado, la camiseta oscurecida por el sudor.

—Estás poniendo esa cara otra vez, Capi.

—¿Qué cara?

—Esa en la que estás resolviendo el hambre en el mundo dentro de tu cabeza. —Sus ojos azules se entrecierran, leyéndome con facilidad practicada—. ¿Qué te pasa?

—Estoy pensando en cómo neutralizar a su centro. —La mentira sabe a metal, como a sangre de morderte el interior de la mejilla

demasiado fuerte.

—Y una mierda. —Maine no se traga lo que le vendo, nunca lo ha hecho. Por eso es el compañero de línea perfecto.

La palmada del asistente en mi hombro me salva de un interrogatorio más largo. Agarro mi palo y salto la valla, sin calcular para nada el aterrizaje para proteger mi lado derecho, sin respirar para nada ante el impacto. Los primeros pasos se sienten torpes, pero luego la memoria muscular toma el control.

Schmidt gana el saque limpiamente y de repente estamos volando. La pista se abre ante mí. Su defensa se inclina hacia Maine en el ala izquierda, dejando a Cooper hectáreas de espacio a la derecha. El pase sale de mi palo antes de que haya decidido hacerlo conscientemente: un láser entre el tráfico que llega directo a la pala de Cooper.

La clava arriba.

La luz de gol lo baña todo de rojo.

Y el pabellón estalla.

—¡Golazo! —Maine se estampa contra mí con una euforia apenas controlada, y bloqueo las rodillas para que no se note cómo el impacto reverbera pierna arriba.

La confianza es un lujo que no me puedo permitir. No con este tobillo. No con lo que hay en juego.

Completamos el ritual de celebración —choques de guantes, palmadas en el casco, la coreografía del éxito— antes de volver al banquillo con siete minutos restantes en el periodo. Siete minutos para demostrar que no soy solo el prospecto de ayer intentando recuperar algo que quizá se ha ido para siempre.

—¡Altman! ¡Hamilton! ¡Listos en noventa segundos!

Me bebo la mitad de la botella de agua de un trago, usando el movimiento para probar el rango de movimiento del tobillo. Responde mejor ahora, agradecido por el breve descanso, pero sigo sin fiarme. Parte de mí está *convencida* de que ha pasado los últimos meses atrayéndome a una falsa seguridad antes de la próxima traición.

Dios, hasta mi monólogo interior tiene problemas de confianza.

Vuelvo a saltar la valla, y este turno se siente más afilado, más limpio. Mis filos muerden profundo, mis pases chasquean con precisión magnética. Ni siquiera el único jugador medio decente de Colgate puede seguirme el ritmo mientras lo persigo por toda la pista, siempre medio paso por delante, siempre sabiendo adónde quiere ir antes que él.

Y entonces pasa.

El disco recorre la valla detrás de nuestra portería —una jugada de nada, rutinaria como respirar. Pivoto para recogerlo, y algo en el ángulo, la torsión, la forma en que mi peso se desplaza...

Mi tobillo no grita. Simplemente se desentiende.

No es el colapso catastrófico del año pasado que me dejó retorciéndome en el hielo, intentando no llorar delante de medio mundo del hockey. Solo la rebeldía justa para desajustar mi ritmo un latido.

El disco rebota en mi palo. Su centro —al que he estado asfixiando todo el partido— se abalanza sobre él con un hambre desesperada. Está solo ante Rook antes de que mi cerebro alcance lo que mi cuerpo ha hecho.

El tiro llega fuerte y raso. Rook se lanza a lo ancho del área del portero, la almohadilla saliendo disparada en un gesto desesperado. El disco golpea contra ella y se desvía inofensivo hacia la esquina, pero mientras vuelvo al banquillo deslizándome, la mirada del entrenador Pearson me quema a través de la camiseta.

—¡ALTMAN! —Su cara ha pasado del rojo a algo morado y peligroso—. ¡¿QUÉ DEMONIOS HA SIDO ESO?!

Veintidós jugadores en el banquillo encuentran de repente sus cordones fascinantes.

—¡LES HAS ENVUELTO ESA JUGADA COMO REGALO DE NAVIDAD! ¡¿DÓNDE TIENES LA CABEZA?!

He jugado con entrenadores que gritan. Joder, nuestro último entrenador podía arrancar la pintura de las paredes con la voz. Pero Pearson es diferente. Normalmente es tranquilo, así que cuando su rabia llega, viene de un lugar más profundo.

—¡¿PIENSAS DEFENDER HOY O BUSCO A ALGUIEN QUE SE ACUERDE DE CÓMO SE HACE?!

Maine se remueve a mi lado, murmurando «Jesucristo» entre dientes.

—Lo siento, Coach. —Las palabras salen rasposas de respirar fuerte—. Perdí un filo.

Entonces algo cambia en su cara. El morado se desvanece. Cierra los ojos, y cuando los abre de nuevo, estoy mirando a un hombre completamente distinto, el mismo tipo que estaba entusiasmado con mis perspectivas este año y me lo ha agradecido una y otra vez.

—No, lo siento yo —dice, lo bastante alto para que el banquillo lo oiga—. Eso ha sido... He dejado que otra cosa se me colara aquí. Es culpa mía, no tuya.

—No pasa nada, Coach.

—¿Pero Mike? —Se toca la sien con dos dedos—. Lo que sea que esté pasando ahí dentro, resuélvelo. Porque necesitamos a nuestro capitán presente. Y hay gente mirando.

—Sí, Coach.

Se vuelve hacia el partido, pero le noto cómo trabaja la mandíbula, molares rechinando. La reacción desproporcionada se me asienta en el estómago como leche cortada, porque no es su estilo habitual.

¿Se habrá enterado de lo mío con Sophie?

—Oye. —El codo de Maine me encuentra las costillas—. Pareces estar resolviendo cálculo sin calculadora. ¿Qué te pasa?

La verdad se me escapa antes de poder detenerla.

—Solo estoy nervioso por lo de esta noche, eso es todo.

—¿Esta noche? —Sus cejas suben—. Ah, lo de la poesía. Mike. Dime que vas solo.

—No.

—¿Quién va cont...? —Se para a media palabra. La boca se le abre—. No. Dime que no.

—Sophie viene conmigo.

El nombre queda suspendido entre nosotros como un cable pelado.

—Sophie. —Saborea la palabra—. Sophie Pearson. Sophie la hija del entrenador.

—No es una cita. —La mentira sabe peor que la de las estrategias defensivas.

—¿Ella lo sabe?

—Ella fue la que dijo que no era una cita.

Maine me mira con genuina preocupación.

—Mike. Escúchame. ¿Estás intentando destruir tu temporada activamente?

—Somos solo amigos que van a una lectura de poesía.

—Amigos. —De hecho se ríe, pero suena hueco, y luego mira hacia el entrenador, que gesticula hacia Williams con movimientos bruscos y enfadados—. El entrenador acaba de perder la cabeza por un disco que se te escapa, así que ¿qué pasa cuando se entere de lo tuyo con su hija?

—No hay nada de lo que enterarse.

Excepto que todavía la saboreo. Todavía siento cómo temblaba cuando yo...

—No puedes parar de hablar de ella.

—¡La he mencionado una vez!

—En el karaoke, la estuviste mirando toda la noche.

—¡Altman! ¡Te toca!

Una vez más agradecido por el respiro del interrogatorio implacable, agarro mi palo con la fuerza suficiente para probar su flexión. Pero Maine me agarra la camiseta cuando me giro, y su cara se ha puesto seria.

—Mira, lo entiendo. Es guapa, es lista, pero oye... —Otra mirada hacia el entrenador—. Esto es un suicidio profesional. Lo sabes, ¿verdad?

—Anotado —murmuro, soltándome de un tirón.

Pero cuando toco el hielo, la advertencia de Maine resuena en mi cráneo. Tiene razón. Involucrarme con Sophie —aunque sea solo como «amigos»— es jugar con fuego. Un paso en falso y todo lo que he luchado por reconstruir se hace humo.

Los ojeadores, el draft, la oportunidad de demostrar que lo del año pasado fue un accidente.

El problema es que ya he apretado el gatillo. Llevo apretándolo desde el momento en que ella sonrió y aceptó venir esta noche, esa

pequeña arruga apareciendo en el rabillo de sus ojos.

Y a pesar de cada razón lógica para parar, a pesar de los ojeadores en la sección 104 y la posibilidad muy real de que el entrenador me mate literalmente con sus propias manos, no consigo apuntar a otro lado.

El disco cae. Mi tobillo aguanta. El partido continúa.

Pero en lo único que puedo pensar es en las ocho y en verla.

Estoy tan jodido.

trece

MIKE

LOS NERVIOS se me disparan cuando empujo la puerta pesada del bar, donde veo a universitarios dándole sorbos a cervezas aguadas del happy hour, lugareños que llevan dejando surcos en los mismos taburetes desde la era Reagan, y un sorprendente grupo de tipos con cuello de tortuga negro que parecen preferir estar en un bar de vinos hablando de Proust.

Cerca de mi departamento, me recuerdo. Tres minutos de sprint hasta la seguridad si esto se va al traste. Cuatro si el tobillo me da problemas.

Aunque después del partido de hoy, no estoy seguro de que me quede sprint alguno. Ganamos 4 a 1, pero Coach me exprimió como si le debiera dinero. Jugué treinta y ocho minutos, y mis piernas sienten cada segundo. Aun así, el tobillo aguantó. Más que aguantó, en realidad. Un gol, una asistencia, y solo un pinchazo que voy a fingir que no existió.

Pero ahora, lo realmente importante del día.

Y no es la lectura de poesía.

Busco con la mirada nuestra mesa, supuestamente reservada a mi nombre.

Entonces la veo.

Sophie está sentada sola en una mesa del rincón, y todo lo demás en el bar se convierte en ruido de fondo. Todavía no me ha

visto, lo que me da un momento peligroso para simplemente... mirarla. Ese suéter burdeos debería ser ilegal: la forma en que se ciñe y cae en todos los lugares correctos.

Solo amigos, anuncia la parte razonable de mi cerebro, como un árbitro señalando una penalización. *Tómate unas copas, comparte unas risas, y lárgate entero*.

Pero la parte *irracional* de mi cerebro —la que me metió en este lío— ya está calculando si sería posible sacar a Sophie de su insistencia en «solo amigos» y cómo manejar las consecuencias apocalípticas que vendrían después.

Pero antes de que los dos bandos en guerra puedan declarar un ganador, Sophie levanta la vista.

Su cara entera se transforma con una sonrisa radiante, y hacemos una pantomima elaborada: ella señalando las bebidas que ya están en la mesa, yo asintiendo y apuntando, los dos probablemente pareciendo ridículos para cualquiera que nos observe. Me abro paso entre la gente, intentando no parecer que me apresuro por llegar a ella aunque cada célula de mi cuerpo me grita que me mueva más rápido.

—Perdona si llego tarde —digo, deslizándome en el asiento frente a ella.

—Llegué elegantemente temprano. —Me acerca un vaso de cerveza—. Me dio tiempo para asegurar la mesa buena y practicar mi cara de asombro para cuando fracasas en el escenario.

—Tú eres elegante hagas lo que hagas.

Las palabras se me escapan antes de poder atraparlas, demasiado honestas para el tono casual que intentamos mantener. El color se extiende por sus mejillas, un rosa perfecto que me da ganas de escribir poesía espantosa sobre cosas en las que no tengo ningún derecho a pensar. Abre la boca, la cierra, y se cubre levantando su vodka con soda.

Agarro mi cerveza como un salvavidas y le doy un largo trago, y solo entonces me doy cuenta de lo que ha hecho.

—Espera —digo—. ¿Cómo sabías cuál es mi favorita?

—Pediste tres en el karaoke. —Se encoge de hombros, pero hay algo complacido en su expresión.

—¿Debería sentirme halagado o preocupado por tus habilidades de observación? —Me río, dejando el vaso en la mesa.

—Definitivamente preocupado. Tengo hojas de cálculo. —Lo dice impasible, y por un segundo casi le creo—. Y ya tienes tu propia ficha.

—¿Ah, sí? —Me echo hacia atrás, estudiándola con una sonrisa ladeada—. ¿Y qué dicen los datos sobre mí?

—Se salen de las gráficas. Tuve que inventar métricas nuevas. —Se encoge de hombros—. Aunque estoy deseando añadir la obra maestra literaria que tengas para esta noche...

—Tengo algo especial preparado. —Me doy una palmadita en el bolsillo de la chaqueta, donde mi teléfono guarda mis garabatos frenéticos—. Y por «especial» quiero decir «probablemente viola alguna ley»...

Su postura cambia, inclinándose un poco hacia delante.

—¿Escribiste algo original de verdad?

—No parezcas tan sorprendida. —Intento sonar casual y fallo por kilómetros—. Pensé que si ibas a venir a verme, no podía simplemente reciclar el poema de otro imbécil...

—*Escribiste* algo —repite, y hay algo suave en su voz que me aprieta el pecho—. Estoy impresionada.

—Guárdate los elogios para después de oírlo. Cuento con que al menos veinte personas pasen antes que yo para poder perfeccionar mi ruta de escape. Quizá active una alarma de incendio.

—¿Te da miedo hablar un poco en público?

—Aterrorizado. La última vez que tuve que presentar algo delante de gente... —Hago una pausa, debatiendo si debería contarle esta historia o no. Pero me está mirando con esos ojos, esperando, y al parecer no tengo remedio—. Cuarto de primaria. Informe de lectura sobre *Where the Red Fern Grows*.

—Oh, no. —Ya está sonriendo—. Esto va a ser malo, ¿verdad?

—Llego al frente de la clase, veintisiete niños de cuarto mirándome fijamente. La señora Henderson con sus gafas de lectura, expectante. Abro la boca para empezar y... —Pausa para máximo impacto—. El único sonido que sale es el pedo más nervioso del mundo.

Sophie se atraganta con su bebida. Se atraganta de verdad, tosiendo y agarrando una servilleta mientras sus hombros se sacuden.

—¡No!

—Palabra de scout. —Levanto tres dedos—. La clase entera simplemente... congelada. Yo ahí de pie, aferrado a mis fichas sobre perros de caza trágicos.

—Para —jadea entre respiraciones—. Por favor, dime que ahí termina.

—Oh, Pearson. Dulce e ingenua Pearson. —Niego con la cabeza con tristeza—. La señora Henderson esperó unos tres segundos, arrugó la nariz y me dio un pase para ir al baño. Ni siquiera intentó fingir que no había pasado. Simplemente señaló la puerta con una expresión de profunda decepción.

Está doblada en dos, con una mano presionada contra el estómago. Una pareja en la mesa de al lado mira hacia acá, probablemente preguntándose si está teniendo una emergencia médica. Y yo desesperadamente, *desesperadamente*, quiero que la risa continúe, porque es probablemente lo más mágico que he visto en mi vida.

—Desde entonces, fui Mike Fartman. El apodo se quedó hasta el colegio, cuando crecí quince centímetros y entré en el equipo juvenil de hockey.

—Fartman —repite, limpiándose las lágrimas de los ojos—. Casi tiene gracia para un niño de nueve años.

—Tommy Fitzgerald tocó techo con esa. —Sonrío—. En fin, por eso tengo una política estricta de no hablar en público en la mayoría de los casos, pero hice una excepción por ti.

—Bueno, Fartman —dice, con la voz todavía temblorosa por las risas residuales—, tengo buenas y malas noticias sobre el programa de esta noche.

Se me cae el estómago.

—Las malas primero. Siempre.

—Vas primero.

—Qué graciosa. —Le doy otro trago a mi cerveza—. Tu carrera cómica empieza nunca.

—Hablo en serio. —Saca el teléfono, me enseña una foto de la hoja de inscripción. Ahí está, justo arriba del todo, en tinta morada: *Mike Altman*.

La cerveza se convierte en cemento en mi garganta.

—Sophie, no.

—Mike, sí. —Su expresión inocente no me engaña ni un segundo—. Puede que haya llegado más temprano específicamente para asegurar una ubicación privilegiada.

—¡La ubicación privilegiada es la última! —protesto—. ¡Después de que todos estén demasiado borrachos para formar recuerdos... o frases coherentes!

—¿Dónde está tu sentido de la aventura?

—Enterrado en el aula de la señora Henderson junto con mi dignidad. —Me paso una mano por el pelo—. Esto es sabotaje.

—Esto es amistad. —Levanta su vaso con solemnidad fingida—. Te estoy ayudando a crecer como persona.

—Me estás ayudando a que me dé un infarto.

—Dramático. —Pero sus ojos se suavizan un poco—. Oye. Te va a ir bien. Y si no, prometo iniciar una ovación de pie.

Antes de que pueda responder, una mujer con mechones morados en el pelo y suficientes piercings en la cara como para montar un robot pequeño se acerca a la tarima del rincón. Todo el bar parece girar hacia ella cuando golpea el micrófono, lanzando un chirrido de acople por los altavoces que hace que todos hagan una mueca.

—¡Bienvenidos a la noche de micrófono abierto! —Su voz retumba con el entusiasmo de alguien que genuinamente cree que la poesía puede salvar al mundo—. Démosles a nuestros lectores el respeto y la atención que merecen. Nuestra primera alma valiente esta noche es... ¿Mike Altman? Mike, ¿estás aquí?

Todas las cabezas del bar giran, barriendo entre la multitud. Algunas caras muestran reconocimiento: aficionados al hockey o estudiantes que probablemente no pueden reconciliar al defensa con una noche de poesía. Otras parecen curiosas, ya componiendo sus reseñas mentales. Sophie, servicial como siempre, me señala directamente.

—Traidora —murmuro, vaciando mi cerveza de un trago desesperado—. Si me muero ahí arriba, a ti te persigo primero.

—No esperarías menos. —Levanta su vaso en un brindis fingido, con los ojos llenos de diversión—. Mucha mierda, Fartman.

Pelo Morado me hace señas desde la tarima, sosteniendo el micrófono como si me ofreciera una granada sin seguro. La multitud se abre cuando me levanto, y capto fragmentos de conversación que no ayudan nada a mi confianza: «...juega hockey, creo...» y «...esto va a ser interesante...» y «...¿le está dando algo?».

El camino hasta la tarima se hace interminable, y entonces estoy en el escenario con el micrófono en la mano. Bajo las luces, la multitud se difumina en una masa de caras expectantes. Todas excepto Sophie, que permanece nítida en mi visión periférica, inclinada hacia delante, barbilla apoyada en la mano, mirando con una intensidad que me eriza la piel.

—Bueno. —La voz se me quiebra inmediatamente—. Soy Mike, y estoy aquí porque pensé que probar cosas nuevas sería bueno para mi crecimiento personal. Resulta que estaba equivocado.

Unas cuantas risas recorren al público.

—Juego hockey —continúo, encontrando mi ritmo—. Lo que significa que estoy acostumbrado a que me griten. Pero normalmente llevo protecciones y ellos están detrás del cristal.

Más risas, más fuertes ahora, y la sonrisa de Sophie se ensancha.

—Escribí algo. —Hago un espectáculo de sacar el teléfono—. Pero alguien me dijo que la noche de poesía no es lugar para haikus sobre la comida del comedor, así que...

—¡Lee el haiku! —grita algún héroe borracho desde el fondo.

Miro a Sophie, que asiente con seriedad exagerada.

—Está bien. —Finjo leer de mi pantalla—. «Pez del comedor / Carne sin nombre que flota / en pena y salsa beige».

El bar estalla: la mitad gruñendo por la poesía espantosa, la otra mitad riéndose de lo acertada que es, en proporciones más o menos iguales. Hasta la brigada demasiado seria de los cuellos de tortuga esboza alguna sonrisa.

—Pero en serio —digo cuando el ruido se apaga—. Sí intenté escribir algo de verdad. Es sobre... —trago saliva, la garganta de

repente seca— es sobre lo que pasa cuando te das cuenta de que el plan que has estado siguiendo puede ser el mapa de otra persona.

El bar se calla. Encuentro los ojos de Sophie al otro lado de la sala y los sostengo.

«Lo tenía todo claro a los cinco años: cada gol, cada jugada, cada historia ya escrita. Construí mi vida como una escalera, peldaño a peldaño, sin pararme a preguntar por qué subía como en una carrera. Pero la certeza es solo miedo vestido de domingo, y los planes son jaulas que nos armamos en el pecho. Así que estoy aprendiendo que la acuarela se sale de las líneas, que el torno de cerámica gira verdades mejor que el tiempo. Estoy aprendiendo que los poemas no necesitan rima perfecta, que caerse a pedazos puede ser encajar, que el mejor mapa quizá sea no tener ninguno, y que lo más valiente a veces es simplemente aprender a caer. Y quizá por eso, y entonces, aprendemos a volar».

El silencio se suspende un latido antes de que estalle el aplauso: genuino, cálido, sorprendente. Pero solo me importa la reacción de una persona. Sophie está aplaudiendo, pero es su expresión la que me corta la respiración. Hay algo en carne viva ahí, rápidamente oculto tras su sonrisa, pero lo capté.

Como si accidentalmente hubiera dicho algo que importaba.

Le devuelvo el micrófono a Pelo Morado y navego entre palmadas en la espalda y «buen trabajo, tío» hasta nuestra mesa. Las piernas me tiemblan, como después de un turno brutal en la prórroga. Sophie me observa acercarme con una expresión que no logro descifrar, pero que quiero descifrar con todas mis fuerzas.

—Eso fue... —empieza.

—¿Terrible? ¿Vergonzoso? —Sonrío, intentando quitarle importancia—. ¿Motivo de exilio de Nueva Jersey?

—Iba a decir valiente. —Su voz es baja, seria—. También quizá un poco terrible. Pero sobre todo valiente.

—Valiente es solo otra forma de decir demasiado estúpido para saber que no debería. —Me desplomo en mi silla, la adrenalina todavía zumbando por mis venas.

—Oye. —Espera hasta que la miro—. Lo digo en serio. Eso fue... simplemente subiste ahí y fuiste completamente tú mismo. ¿Sabes lo

difícil que es eso para la mayoría de la gente?

La sinceridad en su voz amenaza con abrir una brecha dentro de mí. Fuerzo ligereza en mi tono.

—Sí, bueno. ¿Tu turno ahora?

—Dios, no. —El momento serio se rompe cuando se ríe—. Me inscribí estratégicamente en el puesto quince. Máximo público borracho, mínima memoria retenida.

—¿Entonces a mí me toca el público completamente sobrio? —Le hago señas a un camarero—. Dos chupitos de tequila, por favor.

—¿Intentando emborracharme, Altman?

La forma en que lo dice —bajo, divertida, con solo un toque de desafío— me manda una oleada de calor directo.

—Solo nivelando el campo de juego.

—Mmm. —Acepta el chupito cuando llega, nuestros dedos rozándose en el intercambio. El contacto quema más de lo que quemará el alcohol—. Por la humillación pública.

—Por las amigas que te inscriben en cosas en contra de tu voluntad.

Chocamos los vasos y bebemos. El tequila me abrasa la garganta, pero estoy mirándola a ella: cómo arruga ligeramente la nariz con el ardor, cómo inmediatamente agarra la rodaja de limón.

—Dios, qué horror —jadea—. ¿Por qué la gente bebe esto voluntariamente?

—Formativo.

El siguiente participante sube al escenario: un tipo con un ukelele, sin zapatos, y la expresión llena de alma de alguien a punto de incomodar profundamente a todo el mundo.

—Apuesto veinte dólares a que rima «amor» con «dolor» en el primer verso —susurro.

—Hecho.

Se mueve ligeramente, y de pronto nuestras rodillas se tocan bajo la mesa. El contacto me sacude como pisar un cable pelado. Espero a que se aparte. No lo hace.

El Tipo del Ukelele rasguea su primer acorde, y en treinta segundos ya ha mencionado un corazón roto de dolor y una playa al atardecer. Pero apenas lo oigo.

Toda mi atención se ha reducido a ese punto de contacto: la presión cálida de su rodilla contra la mía, cómo se inclina ligeramente hacia mí ahora, lo bastante cerca como para oler su champú mezclándose con el caos del bar.

—Somos gente terrible —murmura. Su aliento me roza la oreja, poniéndome la piel de gallina en el cuello.

—Los peores —coincido, con la voz más ronca de lo que pretendía—. Menos mal que nos encontramos.

—Sí. —La palabra es apenas un susurro—. Menos mal.

Me giro un poco, y de pronto estamos demasiado cerca. Lo bastante para ver la cicatriz tenue sobre su ceja, para contar las pestañas una por una, para hacer algo monumentalmente estúpido si no...

—¡Dos chupitos más! —El camarero aparece como un jarro de agua fría, dejando tequila que no recuerdo haber pedido.

Sophie se echa ligeramente hacia atrás, con las mejillas encendidas. Pero bajo la mesa, su pierna se presiona con más firmeza contra la mía. Un secreto. Una promesa. Una idea espectacularmente mala contra la que no puedo hacer nada.

—Por los músicos terribles —dice, levantando su vaso con una mano ligeramente temblorosa.

—Por los amigos —respondo, cargando la palabra con todo lo que no estamos diciendo.

Bebemos, y la noche se extiende ante nosotros, llena de posibilidades, arrepentimiento garantizado, y al menos trece poetas terribles más por soportar. Pero ella está aquí, cálida y real a mi lado, riéndose de mis chistes estúpidos y mirándome como si quizá...

No. Corto esa línea de pensamiento. Esta noche, aceptaré lo que esté dispuesta a darme. Porque, ahora mismo, Sophie está aquí, apretada contra mí de esta forma pequeña y eléctrica.

Y, por ahora, eso lo es todo.

act 2

catorce

SOPHIE

EL BAR se ha convertido en una olla a presión, y yo soy la langosta que empieza a darse cuenta de que el agua se está calentando.

El local empezó lleno, siguió llenándose y ahora se ha transformado en un sitio donde solo se puede estar de pie. Con todas las mesas ocupadas, la gente se aprieta contra las paredes desgastadas, con las bebidas sudando en sus manos y la atención fija en el escenario.

Mi rodilla presiona contra la de Mike debajo de la mesa. Empezó por accidente —la mesa apenas tiene espacio para nuestras bebidas, no digamos para nuestros cuerpos—, pero cuarenta minutos después, ninguno de los dos se ha movido. La tela de sus vaqueros arde contra la mía a través del tejido fino de los míos.

Y mi teléfono pesa en mi bolsillo. Normalmente, ese peso significa ansiedad atada a una correa: a un mensaje de la catástrofe, a una llamada de la crisis. Pero esta noche lleva munición diferente: el poema que escribí mientras esperaba a Mike. Es crudo, sin filtros... todo lo que juré que nunca diría en voz alta.

—Este tío se está comprometiendo mucho con la metáfora —murmura Mike.

El artista de turno —el Tío del Helecho, como lo he bautizado mentalmente— acaricia el micrófono mientras describe las

«sensuales frondas» de su helecho y consigue que todo el bar se ría y se retuerza de incomodidad al mismo tiempo.

—Estoy bastante segura de que quiere follarse el helecho —susurro.

A Mike la cerveza le baja por el lado equivocado. Sus hombros se sacuden con una risa contenida, y el movimiento vibra a través de nuestras piernas conectadas. El temblor me llega directo al centro del cuerpo, y tengo que apartar la mirada antes de hacer algo catastrófico.

Como montarme encima de él.

En público.

Cuando el Tío del Helecho termina, Pelo Morado recupera el micro, con sus pendientes geométricos destellando bajo las luces del escenario. —¡La siguiente es Sophie P!

Mis intestinos se reorganizan en nudos creativos. —Nombre común. Podría ser cualquier Sophie.

Mike arquea una ceja. —¿Sophie P?

—Porcupine. Sophie Porcupine. Una persona totalmente distinta.

—No tienes que subir. —Su voz se suaviza—. Nadie está llevando la cuenta.

—Excepto Pelo Morado. Parece muy comprometida con el proceso artístico.

—Pelo Morado probablemente va demasiado colocada para recordar quién ha pasado por el escenario. —Mira a la presentadora, que en este momento le está explicando a alguien por qué las criptomonedas son una metáfora del capitalismo tardío. O quizá al revés—. ¿Ves?

—Punto a tu favor...

—¿Entonces? ¿Te echas atrás?

El desafío se posa suave en su voz, envuelto en comprensión, pero está ahí. Mi espalda se endereza por instinto. —No. Voy a subir.

—¿Sí?

—Sí. —Mi teléfono pesa como plutonio cuando lo saco y repaso el poema una última vez. Las palabras se difuminan, demasiado honestas, demasiado...

—Esa es mi chica. —La mano de Mike encuentra la mía debajo de la mesa. Su pulgar roza mis nudillos, y de repente no recuerdo por qué los límites parecían tan importantes.

Mi chica.

Dos palabras que no deberían abrirme el pecho en canal así. Dos palabras que sugieren pertenencia, posesión, cuidado... todo lo que juré que no quería después de que Jimmy demostró que el amor era solo otra palabra para abandono. Pero que Dios me ayude, quiero ser su chica, lo quiero con una intensidad que me aterra más que cualquier poema.

El camino hasta la tarima se estira como chicle. Mis piernas han decidido, por lo visto, que los huesos son opcionales. El micrófono, cuando lo agarro, se desliza contra mi palma. Recorro la sala con la mirada, todos absortos en sus conversaciones y sus bebidas, y rezo para que, como un solo cuerpo, pierdan la capacidad de ver, oír y moverse.

Y luego está Mike.

Me observa con atención total, esos ojos oscuros clavados en mí como si estuviera en plena cirugía y él estuviese estudiando mi técnica. Como si yo importara. Como si mis palabras importaran. Como si yo importara más allá de mi capacidad para llevar a Hazel a gimnasia o contar las pastillas de mi madre.

A la mierda.

Las primeras palabras me rascan la garganta al salir:

«Mi madre corre maratones,
con una enfermedad que roba la movilidad».

El bar se calla.

No el silencio cortés de las actuaciones anteriores, sino algo atento.

«Planta jardines, árboles que seguirán en pie para siempre,
mientras sus manos tiemblan y tropiezan.

Trabaja turnos de doce horas,
cuando la fatiga es una compañera constante».

Se me quiebra la voz. Las lágrimas se acumulan detrás de mis ojos, calientes e inoportunas.

Debería parar. Debería hacer una broma, desviar la atención, protegerme...

Pero entonces Mike asiente. Solo una vez.

«Ella se adapta, dice.

No deja que la defina, dice.

Vive plenamente, dice».

Las palabras saben a confesión. Al secreto que llevo cargando desde aquel martes en que papá me llamó a la universidad. Desde que volé a casa para enterarme de que se había desplomado en el partido de fútbol de Hazel, y encontré a Hazel paralizada en el salón con las botas de fútbol todavía puestas y el shock dibujado en la cara.

«Pero yo duermo con el teléfono al máximo,

saltando con cada llamada a deshoras.

Memorizo los síntomas de una recaída,

cuento sus días buenos como un avaro con sus monedas».

La garganta se me cierra alrededor de la siguiente línea.

La más verdadera.

La que me delata como la hija egoísta que soy.

«Envuelvo el amor en plástico de burbujas y lo llamo cuidado,

cuando en realidad es miedo disfrazado con ropa de hija».

Alguien entre el público emite un sonido suave. Comprensión, quizá.

O lástima.

Pero no puedo apartar la mirada de Mike para comprobarlo.

«Ella corre hacia la vida.

Yo huyo de la posibilidad de la pérdida.

Ella se adapta.

Yo me asfixio.

Y me pregunto a cuál de las dos

la enfermedad ha atrapado de verdad».

Silencio.

Luego empiezan los aplausos, no ruidosos ni forzados, sino reflexivos y reales. La cara me arde cuando devuelvo el micro a Pelo Morado y bajo los escalones de la tarima, que de repente se han

vuelto traicioneros. Entonces veo a Mike ponerse de pie antes de que llegue a nuestra mesa.

Y la expresión en su cara...

Dios.

Me ve. No a la hija del entrenador. No a la chica que organiza su vida alrededor de posibles emergencias médicas. Ni siquiera a la chica con la que pasó una noche increíble antes de que entrara en pánico y saliera corriendo.

Me ve a *mí*.

Antes de que mi cerebro pueda montar su defensa habitual, camino directa hacia él. Mis brazos le rodean la cintura, mi cara se hunde contra su pecho. Durante un segundo suspendido, se queda inmóvil, probablemente calculando qué límite acabo de demoler.

Y entonces sus brazos me envuelven.

Encaja.

Ese es el pensamiento que amenaza con desarmarme por completo. Mi barbilla encuentra el hueco perfecto en su hombro. Su calor deshace algo dentro de mi pecho, algo que ha estado retorcido desde el diagnóstico de mamá. Desde la salida de Jimmy.

Desde que decidí que necesitar a la gente era solo buscar que te rompieran el corazón.

Segura.

Me siento segura.

Que es exactamente la razón por la que tengo que...

Levanto la cabeza. Error fatal. Está justo ahí, mirándome desde arriba con un hambre apenas contenida. Sus pupilas se han dilatado, y puedo ver mi reflejo en ellas: sonrojada, vulnerable, deseando.

Nuestras caras flotan a centímetros de distancia. Su aliento me roza los labios. Lo único que tendría que hacer es ponerme de puntillas, cerrar esa distancia insignificante y tomar lo que cada célula de mi cuerpo reclama a gritos.

En lugar de eso, me echo hacia atrás con la fuerza suficiente para darnos latigazo cervical a los dos.

La decepción cruza sus facciones antes de que la suavice en comprensión. Esa aceptación fácil de mis límites —incluso cuando

está claro que yo misma estoy luchando contra ellos— es admirable y conmovedora y exasperante y triste.

—Voy a por otra ronda. —Su voz no lleva reproche, solo esa misma calidez constante.

Mientras desaparece hacia la barra, me desplomo en mi silla con el corazón intentando escapar por la garganta. ¿Qué estoy haciendo? Los límites existen por algo. Una sola noche. Sin complicaciones. Sin jugadores de hockey.

Mi papá no necesita la complicación.

Mike no necesita la distracción.

Yo, desde luego, no necesito a otra persona por cuya pérdida preocuparme.

Y sin embargo, casi...

—¡Necesito dos voluntarios! —grita la artista que está en el escenario—. ¡Dos personas que no se conozcan bien!

Mike se materializa a mi lado, bebidas nuevas en mano. Antes de que pueda procesar el peligro, levanta nuestras dos manos al aire. —¡Nosotros!

—¿Qué...?

—Experiencia nueva. —Esa sonrisa debería ser ilegal—. Nunca he formado parte de una performance.

—Esto es una idea pésima —digo, pero no me resisto cuando me arrastra hacia el escenario, porque aparentemente mis instintos de supervivencia se tomaron la noche libre.

—Todas mis mejores historias empiezan así.

La artista nos coloca de frente en el centro del escenario, agradeciéndonos en voz baja mientras lo hace. El público se anima, oliendo entretenimiento o desastre, o posiblemente ambos.

—Esta pieza explora la conexión humana a través del movimiento. —La voz de la artista lleva esa seguridad particular de alguien que nunca ha experimentado ansiedad social—. Porque cinco minutos bailando con un desconocido te enseñan más sobre esa persona y sobre ti mismo que horas de conversación.

—No somos desconocidos —murmuro.

—No. —A Mike le tiemblan los labios—. Pero desde luego somos *algo*.

La mujer arranca con su recitado —todo sobre límites y cuerpos y el lenguaje del tacto—. Luego empieza la música. Lenta. Rítmica. El tipo de ritmo que pertenece a un dormitorio, no a un escenario rodeado de universitarios borrachos.

—Bailen —ordena.

Me quedo mirando a Mike. Él me mira a mí. Alguien del público suelta una risita.

—Yo no bailo.

—Yo tampoco. ¿Te acuerdas del moonwalk?

—Eso no era baile. Era comedia física.

Extiende la mano. —Vamos, Sophie. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

—Que alguien grabe esto y se haga viral y...

Sus dedos se cierran alrededor de los míos, atrayéndome hacia él. —Estás pensando demasiado.

—Es mi superpoder.

—Ya lo sé. —Su otra mano encuentra mi cintura—. Por eso necesitas esto.

La artista continúa con su pieza, pero sus palabras se disuelven en ruido de fondo. Mike empieza a mecerse —apenas un cambio de peso de un pie al otro— y yo le sigo porque la alternativa es quedarme rígida mientras todos miran. El bar entero parece inclinarse hacia nosotros, esperando que nos derrumbemos.

—¿Ves? —Su voz baja lo suficiente para que solo yo la oiga—. No está tan mal.

—Esto es humillante.

—Acabas de leer un poema sobre tus miedos más profundos delante de una sala llena de desconocidos.

—Lo cual también fue humillante.

—Pero lo hiciste.

—Locura temporal.

—La mejor clase de locura.

—*Bailen* —interrumpe la artista, aparentemente insatisfecha con nuestro vaivén.

Sin pensar, me acerco más. La mano de Mike se tensa en mi cintura, sin tirar, solo... anclándome... como permiso y contención en

un solo gesto. El calor de su palma me quema a través del algodón, y de repente soy dolorosamente consciente de cada punto de contacto. Cadera contra cadera. Pecho contra pecho.

—Deja de pensar tanto —dice.

—No estoy...

—Estás calculando el ángulo exacto de tus caderas como si fuera a haber examen.

La precisión duele. —Vale. ¿Qué debería estar haciendo?

—Lo que te haga sentir bien.

Esas palabras —las mismas de nuestra noche juntos— detonan en mi torrente sanguíneo. El recuerdo me golpea de lleno: sus manos, su boca, la forma en que arrancó respuestas de mi cuerpo que yo no sabía posibles. La forma en que me hizo dejar de pensar y simplemente *sentir*.

La música cambia, algo más lento y sensual se cuela por los altavoces. La otra mano de Mike encuentra mi cintura. Ahora estamos de verdad cerca, respirando el mismo aire, y el público bien podría haberse evaporado por lo que a cualquiera de los dos nos importa en este momento.

—Un chaperón nos va a separar —digo—. Y nos va a decir que busquemos a Jesús.

Mike sonrío. —Jesús entiende. Iba de conexión humana.

—Estoy bastante segura de que no se refería a esto.

—Los estudios bíblicos son muy limitados en cuanto a sus preferencias de pista de baile.

Se me escapa una risa, inesperada y genuina. Con ella, algo se afloja. Mi cuerpo deja de luchar contra el ritmo. Cuando me guía en un giro, simplemente le sigo y confío en que sus manos me traerán de vuelta adonde necesito estar, y lo hacen cada vez.

—¿Ves? —Me sonrío desde arriba—. Bien, ¿no?

—Muy atrevido por tu parte asumir eso.

Su risa vibra a través de mí mientras nuestras caderas se mueven al unísono, y el calor se concentra bajo en mi vientre. De la clase peligrosa. De la clase que me hace querer arrastrarle fuera de este escenario y encontrar el rincón oscuro más cercano. Recorrer cada

centímetro de él con las manos. Dejar que me desarme otra vez, pieza a pieza, hasta que pensar sea imposible.

—El movimiento revela la verdad —entona la artista—. Deja que la gente vea.

Lo que yo veo es a Mike mirándome como si fuera algo valioso y frágil y que merece ser protegido, todo a la vez. Como si quisiera envolverme y escudarme de cada golpe duro y al mismo tiempo confiara en que puedo manejarlo yo sola. Como alguien junto a quien podría pasar mucho, mucho tiempo.

Lo que veo me aterra.

La música se detiene.

Nosotros no.

Nos quedamos inmóviles, todavía envueltos el uno en el otro mientras el silencio se estira.

—¿Qué han aprendido de su pareja? —pregunta la artista.

Mike no aparta la mirada de mí. —Que le da miedo soltar. Empezó agarrándose tan fuerte que pensé que me iba a dejar moratones... —Intento separarme, pero sus brazos me mantienen cerca—. ...pero en cuanto se dio cuenta de que no iba a dejarla caer, fue mágico.

El público hace ruidos de aprobación y ofrece un aplauso cortés mientras la cara me arde. Acaba de anunciar mi perfil psicológico completo a un bar lleno de desconocidos. Ha envuelto mis miedos más profundos en una metáfora de baile y de alguna forma ha conseguido que suene a poesía.

La artista mira en mi dirección. —¿Y tú qué has aprendido?

Podría desviar la pregunta. Hacer una broma. Protegerme.

En lugar de eso, trago saliva y decido lanzarme. —Que se fija en cosas que la mayoría de la gente pasa por alto. Y que le importa demasiado asegurarse de que todos los demás estén bien, incluso cuando eso significa negarse a sí mismo lo que quiere y quizá *necesita* para ser feliz.

La sorpresa cruza sus facciones antes de que algo más cálido ocupe su lugar. Bajamos de la tarima a trompicones entre aplausos dispersos. Me tiemblan las piernas —del baile o de la proximidad o

de la montaña rusa emocional, no sabría decir—, pero la mano de Mike encuentra la parte baja de mi espalda, firme y segura.

—¿Estás bien? —dice.

—Pregúntame después de otra copa.

Me siento en nuestra mesa mientras Mike va a la barra, agradecida por un momento para recomponerme. Las manos no dejan de temblarme. ¿Qué estoy haciendo? Se suponía que esto iba a ser algo informal, ¿no? Dos amigos apoyándose mutuamente en sus aventuras artísticas, ¿no?

No... lo que sea que haya sido eso.

Mike vuelve con dos vasos de líquido ambarino. —Por las experiencias nuevas.

—Por sobrevivir a la humillación pública.

—Eso no fue humillación. Eso fue...

—Si dices «bonito», este whisky acaba en tu cara.

—Iba a decir «formativo».

Chocamos los vasos. El ardor por la garganta se siente limpio, clarificador. Nada que ver con los chupitos baratos que Maya y yo solemos tomar antes de salir. Esto es sofisticado. Como si fuera alguien que baila lento con hombres guapos y lee poesía sobre sus sentimientos en vez de reprimirlos hasta que explotan.

—Bueno. —Mike se recuesta, estudiándome—. ¿Quieres hablar de ello?

—¿Del baile? ¿De la poesía? ¿De la parte en que casi...? —Me corto.

—De lo que sea. De todo. —Se encoge de hombros—. O podemos hablar del Tío del Helecho.

Se me escapa una risa a pesar de todo. —Era muy intenso.

—Me preocupan sus succulentas.

—Todo su jardín, la verdad.

Nos sonreímos, y la tensión se alivia. Esto es lo que no consigo descifrar de Mike. En un momento estamos tan hundidos en territorio emocional que no veo la superficie. Al siguiente, nos estamos riendo de erótica hortícola. El vaivén debería ser desconcertante. En su lugar, se siente como respirar.

—Lo del baile —me oigo decir—. Fue diferente de lo que esperaba.

—¿Diferente cómo?

—¿Menos horrible?

—Menudo halago.

—Sabes a lo que me refiero. —Busco palabras que no revelen demasiado—. Me paso la vida dentro de mi cabeza. Planificando. Preocupándome. Monitorizando a todo el mundo. Pero ahí arriba...

—No lo hacías.

—No. —Estudio las profundidades ámbar de mi whisky—. No lo hacía.

Mike guarda silencio un momento. —Lo entiendo. Después de mi lesión... —Se le tensa la mandíbula—. Me pasé meses atrapado en mi propia cabeza. Sobreanalizando cada decisión, cada movimiento.

—¿Qué cambió?

—Tocar fondo. —La tensión se enrolla en sus hombros—. Me hizo darme cuenta de que podía seguir aferrado al control con todas mis fuerzas y ser miserable, o aprender a soltar un poco.

—De ahí la poesía.

—De ahí la poesía. Y las clases de cocina. Y el incidente del yoga. El deleite me burbujea por dentro. —Dime que hay fotos.

—Enterradas más profundo que Jimmy Hoffa.

—Eso es una tragedia. Seguro que estás genial en mallas de yoga.

Las palabras se me escapan antes de que mi cerebro pueda montar una defensa. Mike se atraganta con el whisky y las cejas le trepan hacia el nacimiento del pelo, mientras el calor me inunda la cara.

—Quiero decir, seguro que tienes una... flexibilidad excelente.

—Sophie.

—¡Por el hockey! ¡Flexibilidad de hockey!

—Sophie.

—¿Qué?

—Lo estás empeorando.

—Soy consciente. —Me bebo el whisky de un trago ardiente—. ¿Podemos fingir que los últimos treinta segundos no han pasado?

—Jamás. —Sus ojos brillan con malicia—. Acabas de decirme que me vería bien en mallas de yoga. Voy a mandar bordar eso en un cojín.

Agarro una servilleta y se la lanzo a la cabeza. La esquiva, riéndose, y entonces Mike se acerca más. La risa en sus ojos se suaviza en algo que me hace tartamudear el pulso. Antes de que pueda procesar el peligro, sus labios me rozan la mejilla. Suave. Breve. Pero el contacto me traspasa hasta los huesos.

—Buenas noches, Sophie. —Su voz desciende a ese tono que me licua la columna vertebral—. Gracias por desnudar tu alma conmigo.

Me quedo petrificada mientras se aparta, confundida por el final repentino de la noche. —¿Mike? —consigo decir.

—Mira —dice, serio—. Los dos estamos luchando contra cruzar la línea que tú trazaste. Y quiero asegurarme de que si la cruzamos, sea porque de verdad quieres. Sobria. A la luz del día. Sin el subidón de... —Señala el escenario, el bar, todo lo que ha sido esta noche.

Consigo asentir. Las palabras quedan más allá de mi alcance.

Sostiene mi mirada, dejándome ver el deseo que ha intentado esconder toda la noche. —Me he divertido esta noche. Me gustaría repetir... sea lo que sea que eso signifique.

Espera un momento, quizá con la esperanza de que encuentre mi voz. Pero cuando no lo hago, se pone de pie, y le veo abrirse paso entre la multitud hacia la salida. Mi mano sube para tocar el punto donde me besó, todavía caliente y con un hormigueo, y en ese momento llego a una conclusión asombrosa.

En tres noches juntos, Mike Altman ha reorganizado completamente mi estructura molecular. Es como si alguien hubiera entrado en mi vida cuidadosamente organizada y hubiera movido todo tres pulgadas a la izquierda. Parece lo mismo, funciona igual, pero sé que voy a chocarme con las paredes durante semanas.

Y a pesar de cada cosa sensata que me he dicho sobre límites y complicaciones y proteger mi corazón, ya sé que le voy a llamar.

MIENTRAS LA VOZ del profesor se disuelve en ruido blanco, mi bolígrafo flota sobre el papel en blanco del cuaderno y mi mente repite la noche del jueves en bucle —específicamente, el momento en que los labios de Mike rozaron mi mejilla, apenas un toque de calidez contra la piel, una despedida que lo significó todo.

Los dos estamos luchando por no cruzar la línea que tú pusiste. Y quiero asegurarme de que, si la cruzamos, sea porque de verdad quieres.

Esas palabras llevan rebotando en mi cabeza desde hace días, y ahora mismo estoy ignorando Conceptos Fisiológicos Avanzados para dedicarme a soñar despierta. Con la voz de Mike quebrándose en aquel escenario, la calidez sólida de su cuerpo mientras bailábamos, cómo me sostuvo mientras me derrumbaba.

Cualquier otro tío habría intentado ir a más después de una noche así.

Pero Mike simplemente sonrió, posó los labios en mi mejilla y se fue.

Me gustaría más de esto... sea lo que sea.

El móvil me pesa en el bolsillo. No es que lleve la cuenta (la llevo *totalmente*), pero lo he sacado para escribirle cuarenta y siete veces. Lo que significa cuarenta y siete veces que me he acobardado, porque ¿qué le diría exactamente?

La chica a mi lado —¿Tara? ¿Tina?— acerca su cuaderno, golpeando con el bolígrafo algo que ha subrayado dos veces. Lo bastante importante como para arriesgarse a la ira del profesor, por lo visto.

Agradecida de que haya notado mi distracción y sea tan amable de echarme un cable, asiento en señal de agradecimiento y copio lo que parecen mecanismos de respiración celular, aunque las palabras se difuminan en formas sin sentido.

Concéntrate, Sophie. Se supone que eres la responsable.

Pero entonces el bolsillo vibra. La mano me vuela al móvil —la descarga de adrenalina de siempre, la que viene con tener una madre enferma— y cuando el nombre de papá aparece en la pantalla, se me cierra el pecho.

Necesito que pases por la pista de camino a casa.

Me quedo mirando el mensaje, esperando a que brote información de verdad. Seis palabras. Sin contexto. Sin explicación. Papá en estado puro. Suficiente detalle para convocarme al otro lado del campus, pero no el suficiente para evitar que se me tense la espalda.

Escribo:

¿Por qué? ¿Qué pasa?

Su respuesta llega en segundos:

Solo pásate por mi despacho después de clase. Gracias, cariño.

El apelativo cariñoso no suaviza mi irritación. Algún día entenderá el concepto de incluir detalles relevantes en los mensajes. Algo como «Oye, Sophie, no le pasa nada a mamá ni a Hazel, pero necesito verte» estaría bien.

A menos que algo *sí* pase.

A menos que esto *sí* sea sobre que la medicación de mamá no funciona.

O sobre que Hazel se ha hecho daño en gimnasia. O...

Mike.

El pensamiento llega sin invitación y echa raíces de inmediato. ¿Y si papá se ha enterado? No es que haya nada de lo que enterarse, porque unas cuantas noches no constituyen una relación. Entonces, ¿por qué me da un salto el pulso ante la posibilidad?

Obligo a mi atención a volver al profesor, que gesticula hacia una diapositiva con el entusiasmo de alguien que sin duda tiene artículos de mitocondrias. La información me resbala, sin sentido, y me miento diciéndome que me pondré al día con los apuntes más tarde.

Cuando por fin nos deja salir, meto el cuaderno sin usar en la mochila y huyo antes de que Tina-o-Tara pueda preguntarme por el grupo de estudio que llevo esquivando desde que empezó el semestre. Pero aparto eso de mi mente por ahora, concentrada en caminar a toda velocidad hacia la pista.

Para cuando empujo las pesadas puertas, me he convencido de que:

Nunca me había fijado en las fotos del equipo que cubren el pasillo, pero hoy mis pies se frenan sin permiso. Fila tras fila de chicos jóvenes con camisetas de los Devils, décadas de sonrisas arrogantes y brazos cruzados. Mis ojos encuentran la foto del año pasado de inmediato.

Mike está en el centro, en primera fila. Pero este no es el Mike que conozco. Su sonrisa parece pintada, y algo hueco detrás de sus ojos me provoca un dolor en el pecho. Este es el Mike de antes —el que vivía por y para el hockey, el que no era capaz de nombrar una sola cosa más que le hiciera feliz.

El Mike que quizá entendería por qué catalogo los síntomas de mamá de forma obsesiva.

Mis zapatillas chirrían contra el suelo pulido cuando llego al despacho de papá. La puerta está entreabierta, dejando ver su figura encorvada sobre el portátil, una vieja pegatina de Michigan despegándose por las esquinas. Un vídeo de partido parpadea en la pantalla, jugadores cruzando el hielo en un bucle infinito.

Llamo con los nudillos y entro sin esperar permiso.

—¿Me has convocado?

—¡Fee! —Se le ilumina la cara—. ¿Cómo estás, cariño?

Mi mochila cae sobre la silla con un golpe seco que refleja mi humor.

—Papá...

—Sí, eso. —Hace un gesto vago en el aire—. Hazel no encontraba el cargador de su iPad.

Las palabras se asientan entre nosotros mientras espero el resto. Cuando no llega nada más, me inclino hacia delante.

—¿No podías haber mandado un mensaje con eso?

—Sí, supongo que podría. —Cierra el portátil con un cuidado exagerado, sin mirarme a los ojos.

—Papá...

Algo cruza su rostro —culpa mezclada con determinación.

—Te echo de menos, Fee. Siento que casi no te veo últimamente.

El Especial de Culpa Paterna aterriza justo donde apuntaba. No es que le haya estado evitando, no exactamente. Pero entre la carga de asignaturas, las horas de prácticas y el caos que actualmente reside en mi cabeza con forma vagamente de jugador de hockey, las cenas familiares se han resentido.

—La universidad ha estado intensa —ofrezco, lo cual es verdad aunque incompleto—. ¿Cómo está mamá? ¿Funciona la nueva medicación?

La mano de papá se mueve hacia su cara, frotándose la mandíbula de esa manera que sé que siempre precede a las conversaciones difíciles. Se me agarrota el cuerpo. Aquí está. Algo va mal. Mamá está peor. La medicación no funciona. Ha tenido otro episodio y...

—Tu madre está bien —dice al fin—. La medicación parece estar ayudando. Sin efectos secundarios importantes.

—Ah. —La palabra se me escapa en una bocanada de aire que no sabía que estaba conteniendo—. Eso es... bien.

—Pero tenemos que hablar de ti.

Un pánico nuevo me inunda.

—¿De mí?

—De tu agobio, Sophie.

—¿De mi *qué*?

—Con tu madre. —Va enumerando con los dedos—. Mensajes sobre su medicación. Llamadas para comprobar si está descansando. Preocuparte por cada mínimo síntoma.

Se me cruzan los brazos automáticamente, a la defensiva.

—¿Desde cuándo preocuparse por mi madre enferma es un delito?

—No se trata de preocuparte, Sophie. Se trata de cómo lo demuestras. —Su voz se mantiene amable, lo cual de alguna manera lo hace peor—. Múltiples mensajes al día preguntando cómo se encuentra. Llamadas para verificar que se ha tomado las pastillas. Incluso esa hoja de cálculo, Sophie.

El calor me sube a la cara.

—Las hojas de cálculo me ayudan a rastrear patrones—

—De una enfermedad que no estás tratando. —Cada palabra aterriza con precisión—. Tu madre es una adulta. Es enfermera. Lleva décadas gestionando su propia salud.

—Eso no es... yo no... —Las protestas se me enredan en la lengua porque en algún lugar bajo la indignación, sé que tiene razón.

Mamá pone los ojos en blanco cada vez más a menudo.

Sus respuestas a mis comprobaciones, cada vez más cortas.

—Se siente agobiada —continúa papá, cada palabra cuidadosamente medida—. Me pidió que hablara contigo porque te quiere demasiado como para herir tus sentimientos.

—Intento ayudar. —Me sale la voz más pequeña de lo que pretendía.

—¿Microgestionando su enfermedad? —Niega con la cabeza—. Tu madre quiere vivir su vida, Sophie. No sentirse bajo vigilancia constante en busca de signos de deterioro.

Deterioro.

La palabra en la que pienso cada noche. El futuro que intento prevenir a base de pura fuerza de voluntad y tablas de medicación con código de colores. La pesadilla horrible de la que a veces despierto.

—¿Te acuerdas del Señor Burbujas? —La expresión de papá se suaviza—. Te sentaste junto a esa pecera tres días seguidos, midiendo la temperatura del agua cada hora. Hiciste un gráfico de sus patrones de nado.

A pesar de todo, me río.

—Intentaste reemplazarlo mientras yo estaba en el cole.

—Casi me salgo con la mía, hasta que te diste cuenta de que las aletas del nuevo eran ligeramente diferentes. —Su sonrisa es triste

—. Siempre has necesitado arreglar las cosas, Fee. Pero hay cosas que no se pueden arreglar. Solo podemos hacer lo posible por vivir con ellas.

La comparación me golpea de lleno. La esclerosis múltiple de mamá no va a desaparecer, da igual cuántas hojas de cálculo cree o cuántos síntomas catalogue. El conocimiento pesa en mi pecho. Soy lo bastante lista como para saberlo —joder, soy enfermera—, pero aceptarlo es más difícil.

—A veces siento que nadie más recuerda que está enferma. — Las palabras se me escapan antes de poder frenarlas—. Tú nunca preguntas cómo se encuentra. Hazel actúa como si nada hubiera cambiado. Soy la única a la que le importa que tenga una enfermedad degenerativa.

Papá se endereza, el humor desapareciendo de su cara.

—Eso no es justo, Sophie.

—¿No lo es?

—No. —Emerge su voz de entrenador, la que hace que hombres adultos esprinten hasta vomitar—. Hemos elegido no dejar que la esclerosis múltiple se convierta en el centro de nuestras vidas. Tu madre, especialmente, no quiere que su diagnóstico la defina.

—Pero...

—Sin peros. —Levanta una mano—. Si pasa algo importante con la salud de tu madre, te lo diremos. Mientras tanto, trátala como hacías antes. Como a tu madre, no como a una paciente a la que estás monitorizando.

La lógica quema. Tienen razón. Sé que tienen razón. Pero aceptarlo significa reconocer que no puedo controlar esto, que no puedo ahuyentar el futuro mediante la observación vigilante. La impotencia sabe amarga.

—Fee. —Papá nota la humedad acumulándose en mis ojos—. No quería disgustarte.

—No estoy disgustada. —La mentira tiembla cuando la primera lágrima se escapa. Me la seco con rabia—. Mensaje recibido. Me echaré atrás.

—No es eso lo que quería decir...

—Me tengo que ir. —Agarro la mochila, necesitando escapar antes de desmoronarme del todo—. Llego tarde a... algo.

Estoy fuera antes de que pueda responder, caminando lo bastante rápido como para que los jugadores de hockey que rondan junto a los vestuarios se difuminen en formas sin sentido. Pasos pesados me siguen hasta el pasillo, pero no freno. No puedo frenar. Si dejo de moverme, me pondré a llorar en medio del complejo deportivo.

Las puertas de salida se alzan delante de mí. Solo tengo que llegar afuera y volver a casa, donde puedo llorar a moco tendido en paz...

Uf.

El sonido se me escapa de golpe cuando choco contra algo sólido y cálido.

Unas manos fuertes me estabilizan mientras trastabillo hacia atrás.

—Eh, tranquila. —La voz de Mike me envuelve mientras mis ojos ascienden hasta su cara. Su expresión cambia cuando ve mis mejillas mojadas—. Oye, ¿qué pasa?

—Nada. —Intento esquivarlo, *desesperada* por escapar—. Perdona. No miraba por dónde iba.

Se mueve conmigo, bloqueando mi huida sin que resulte obvio.

—Claro. Y yo estoy haciendo la prueba para el Ice Capades.

Se me escapa una risa a pesar de todo, húmeda y ligeramente histérica.

—Tu triple axel necesita trabajo.

—Duro pero justo. —Se recoloca la bolsa de hockey que le resbala del hombro—. Mira, lo que sea que te haya hecho llorar, no te voy a obligar a hablar de ello. Pero iba a las jaulas de bateo a golpear cosas muy fuerte con palos de metal, lo cual es altamente terapéutico.

—¿Jaulas de bateo? —A mi cerebro le cuesta cambiar el chip—. ¿Béisbol?

—En realidad es para mi trabajo de medicina deportiva sobre lesiones por estrés repetitivo. Tengo que experimentar la rotación del hombro en primera persona.

—¿Otra cosa nueva?

—Exacto. Aunque empiezo a pensar que necesito una hoja de cálculo para llevar la cuenta de todas. —Hace una pausa—. ¿Demasiado pronto para bromas de hojas de cálculo?

Entrecierro los ojos.

—¿Cómo te has...?

—Casualidad. —Me estudia la cara—. Entonces, ¿quieres venir a golpear cosas? A lo mejor puedes imaginar que la pelota es quien te ha hecho llorar.

—No estaba llorando.

—Claro que no. —Se encoge de hombros—. Solo riego facial agresivo.

Debería irme a casa y procesar el choque emocional de la confrontación con papá en privado, quizá comerme el helado directamente del envase. Pero en lugar de eso, estudio la cara de Mike —la preocupación genuina, la paciencia, cómo me deja decidir a mí.

—¿Tú haces los deberes alguna vez? —le pregunto.

Me guiña un ojo.

—Esto cuenta técnicamente como investigación.

—Estoy bastante segura de que así no funciona la investigación.

—Funciona cuando interpretas los requisitos del trabajo de forma creativa y a nadie le importa *en realidad* si te gradúas. —Extiende la mano, con la palma hacia arriba—. ¿Qué dices, Pearson? ¿Quieres ayudarme a recopilar datos extremadamente cuestionables?

Cada parte racional de mi cerebro grita que esto es mala idea. Estoy en carne viva emocionalmente, confundida con todo, y pasar tiempo con Mike solo va a complicar el lío de mi cabeza.

Pero le tomo la mano de todas formas.

dieciséis

MIKE

SOPHIE ATACA cada lanzamiento con la intensidad concentrada de alguien que está purgando demonios.

Me apoyo contra la cerca de malla de la jaula contigua, mi propio bate olvidado mientras otra bola rápida se encuentra con el aluminio con un chasquido que resuena por todo el campo. Su forma es sorprendentemente buena —no, mejor dicho, es excelente— y me quedo mirando, hipnotizado, la rotación de sus caderas, el seguimiento del golpe, la manera en que planta los pies.

Zas. Un gruñido de esfuerzo, sus ojos grises llenos de una concentración feroz.

Zas. Otro gruñido, la mandíbula tensa.

El ritmo me atrapa, y me descubro respirando al compás de sus bateos. Hay algo crudo y honesto en verla canalizar lo que sea que la está carcomiendo en pura descarga física, sabiendo que sin ello podría combustionar espontáneamente.

Dios sabe que entiendo la necesidad.

Durante mi recuperación, había empujado mi cuerpo más allá de todo límite razonable, convencido de que si me esforzaba lo suficiente, podía dejar atrás la lesión y el miedo a no volver a jugar. Mi terapeuta tenía otras ideas sobre mecanismos sanos de afrontamiento, pero esto —lo que Sophie está haciendo— se ve diferente.

Catártico en lugar de punitivo.

Un mechón de pelo rubio arena se ha escapado de su cola de caballo, pegado a su mejilla sonrojada por el sudor. No se lo aparta, demasiado concentrada en el siguiente lanzamiento. La tela mojada de su camiseta se le pega al cuerpo, delineando la curva de su pecho, y esos vaqueros...

Dios, necesito mirar a otra parte antes de que me pille mirándola. Pero no puedo.

La noche de poesía vuelve de golpe: la forma en que sus muros se habían derrumbado mientras compartía esos fragmentos de sí misma. Su cara había quedado tan abierta después, ojos grandes y vulnerables bajo la luz tenue. Cada instinto me había gritado que la besara, que cerrara esa pequeña distancia entre nosotros, pero me había obligado a dar un paso atrás.

A presionar mis labios contra su mejilla, y pedirle que eligiera. Si ella quería.

Después de lo que habíamos compartido meses atrás en su departamento —después de haberla visto descubrir lo que quería cuando se le daba la libertad de elegir— necesitaba que supiera que esto era diferente. Que lo que pasara después sería su decisión, no producto de mi insistencia.

Alejarme esa noche fue probablemente una de las cosas más difíciles que he hecho. Todo mi cuerpo había protestado, la piel todavía vibrando por nuestro baile, por la sensación de ella pegada a mí. Pero quería que ella nos eligiera, si es que había un nosotros, y lo que fuera que pudiera llegar a ser.

Finalmente, la máquina tose y se apaga, sin munición. Sophie baja el bate despacio, los hombros subiendo y bajando con respiraciones profundas. Se quita el casco y su cola de caballo cae suelta, mechones húmedos enmarcando su cara. Es entonces cuando nota que la estoy mirando, sus ojos abriéndose ligeramente.

El rubor en sus mejillas se intensifica, aunque si es por el esfuerzo o la vergüenza, no sabría decir.

—¿Te quedaste sin pelotas? —dice.

—Verte es más entretenido que darle a mis propias pelotas... de béisbol. —Dios, Altman. Muy fino—. ¿Dónde aprendiste a batear así?

Un atisbo de sonrisa le asoma en la comisura de los labios.

—Sóftbol en el instituto. Estaba en el equipo de competición.

—Bueno, ahora me siento como un idiota por creer que te estaba enseñando algo nuevo.

La sonrisa se amplía un poco más.

—Han pasado años. Y tenía algo de... energía que quemar.

—Me di cuenta. —Sonríó—. Esas pelotas probablemente tienen problemas de confianza ahora, y están considerando demandarte por contusión.

Eso me gana una risa genuina, breve pero luminosa, que atraviesa las nubes de tormenta que la han seguido desde que me la encontré afuera de la pista. Señalo el bate que todavía agarra.

—Entonces, ¿quieres hablar de lo que te pasa, o seguir? Puedo buscarte más víctimas si quieres.

La risa muere, reemplazada por algo más cauteloso. Pero no se retira, no busca excusas para irse. En cambio, apoya el bate contra la cerca y refleja mi postura, dejando un cuidadoso espacio de treinta centímetros entre nosotros. Progreso.

—¿De verdad quieres saber por qué estaba molesta?

—Solo si tú quieres contármelo. —Me muevo levemente, asegurándome de que mi lenguaje corporal se mantenga abierto, no amenazante.

El silencio se extiende entre nosotros, roto solo por los golpes lejanos en otras jaulas, lo suficientemente largo como para que me pregunte si ha cambiado de opinión. Entonces toma una respiración que tiembla ligeramente en los bordes.

—Mi mamá tiene EM. Esclerosis múltiple.

Las palabras quedan suspendidas, pesadas, en el aire entre nosotros. Resisto la urgencia de responder de inmediato, de llenar el espacio con frases vacías. Sabía que estaba enferma, gracias a su poema y las referencias vagas que Coach había hecho sobre la salud de su esposa, pero no conocía los detalles.

—Por eso nos mudamos desde Michigan —continúa, con la voz cuidadosamente controlada—. Hay un tratamiento experimental en Nueva York para el que calificó. Mi papá consiguió el puesto de entrenador, yo trasladé mi máster, Hazel cambió de escuela.

—Sophie...

—No es terminal —dice rápido—. No es así. Pero es impredecible. Puede estar bien durante meses, corriendo maratones y trabajando turnos de doce horas, y de repente... —Chasquea los dedos, el sonido cortante en la relativa quietud—. Ya no.

La observo, de pronto consciente de que estoy muy adentro de su espacio personal, y quiero asegurarme de ser bienvenido ahí.

—Sophie, no tienes que contarme todo...

—Hoy mi papá me dijo que tengo que aflojar. —Su voz flaquea, pero sigue adelante, pasando por encima de mi oferta de parar—. Como si fuera una especie de hija helicóptero. Pero él no estaba ahí cuando ella se desplomó en el partido de fútbol de Hazel y no pudo levantarse.

—Dios. —La palabra se me escapa antes de que pueda detenerla—. Siento mucho que tú y tu familia estén pasando por esto, Sophie.

—Así que sí, quizás le escribo demasiado. Quizás la llamo cada mañana para asegurarme de que se tomó sus medicinas. Quizás me da pánico cuando no contesta enseguida. —Levanta la barbilla, a la defensiva y feroz—. Pero al menos me voy a enterar. Si algo pasa, me voy a enterar, y ella no va a estar tirada en el piso de su casa durante horas hasta que alguien la encuentre.

—A mí me parece perfectamente lógico —digo, en serio—. Yo probablemente sería peor.

Se gira para encararme del todo, la sorpresa escrita en sus facciones.

—¿En serio?

—¿Estás bromeando? —Sonríó con suficiencia, intentando desesperadamente ayudarla—. A estas alturas probablemente la tendría con rastreo GPS. Quizás uno de esos botones de Life Alert.

Se le escapa una risa acuosa.

—De hecho le sugerí el Life Alert. Amenazó con colgarlo del espejo retrovisor de su auto.

—Parece que tu mamá tiene sentido del humor al respecto.

—Lo tiene. Lo cual a veces lo hace casi peor, si es que eso es posible. —La voz de Sophie baja—. Actúa como si no fuera gran

cosa, como si adaptarse fuera solo otra aventura. Pero sé que tiene miedo. Lo veo a veces, cuando cree que nadie la está mirando.

Caemos en silencio de nuevo, parados aparte pero sintiéndonos cerca, y ahora es diferente. Más pesado, pero también de alguna forma más cómodo. Me ha confiado esto, y quiero darle algo a cambio. Las palabras se forman antes de que decida del todo decírlas.

—Mis padres nunca harían lo que hicieron los tuyos.

Inclina la cabeza, interrogante.

—Desarraigarlo todo por uno de nosotros —aclaro—. Son buenas personas, pero sus carreras van primero. Siempre ha sido así. —Me encojo de hombros, tratando de hacer que parezca cosa vieja, sin importancia—. Si a Lea o a mí nos diagnosticaran algo serio, encontrarían el mejor tratamiento que el dinero pueda comprar. Pero ¿mudarse físicamente? ¡Ni de casualidad!

—Mike...

—El año pasado, cuando estaba lesionado, deprimido como la mierda y convencido de que mi vida se había acabado, ¿sabes qué me mandó mi papá? Memes de hockey. De los malísimos que tu tío comparte en Facebook. Esa fue su versión de apoyo emocional. —Intento reírme, luego sacudo la cabeza—. Perdón.

Inclina un poco la cabeza.

—¿Por qué?

—Por hacer algún tipo de falsa equivalencia con esto. —Me encojo de hombros—. O sea, tu familia literalmente...

—Para. —La mano de Sophie toca mi brazo, breve pero cálida—. No es una competencia. Diferente no significa menos válido.

Su toque se demora un momento antes de retirarse, y tengo que concentrarme en no perseguir el contacto. Porque, ahora mismo, en este momento, sé que quiero esto tanto como quiero el cuerpo de Sophie y su risa y su forma de bailar y todo lo que es ella. Quiero esta conexión emocional, ayudarla y que me ayuden.

—¿Puedo sugerirte algo? —pregunto—. ¿Sobre la espiral de preocupación en la que parece que caes?

Su expresión se vuelve cautelosa.

—No voy a dejar de ver cómo está, Mike, así que no...

—No te estoy pidiendo eso. Pero ¿y si... la próxima vez que estés esperando a que te conteste y tu cerebro empiece a componer escenarios catastróficos, me escribes a mí?

—¿Y eso qué lograría?

—Distracción. Redirección. Mi terapeuta lo llamaba «interrumpir el ciclo». —Me recuesto contra la cerca, el metal frío a través de mi camiseta—. Cuando yo estaba en espiral por la recuperación, convencido de que nunca volvería a jugar, le mandaba a Lea un emoji de disco de hockey para que supiera que necesitaba ayuda para salir de mi propia cabeza.

—¿Funcionó?

—Mejor de lo que esperaba. Me mandaba las cosas más raras que encontraba en internet. Sobre una mujer que entrenó ardillas para hacer esquí acuático, o un tipo que construyó una computadora funcional dentro de Minecraft. —Me encojo de hombros—. Es difícil catastrofizar cuando estás viendo roedores diminutos navegando una pista de obstáculos.

Sophie se está riendo ahora, de verdad y sin reservas.

—¿Tu hermana te mandaba videos de ardillas?

—Entre otras cosas. El punto es que a veces necesitas a alguien que te saque cuando te estás ahogando en los «y si». Así que la oferta sigue en pie. Escíbeme. Te encontraré las mejores distracciones de internet. —Le sonrío—. Y le da a tu mamá el descanso que parece que necesita.

Me estudia, ojos grises buscando algo.

—Lo pensaré. —Una pausa—. Hablas mucho de tu terapeuta.

El cambio de tema es tan sutil como un ladrillazo en la cabeza, pero le sigo la corriente.

—Me cambió la vida. Literalmente. Sin terapia, probablemente seguiría haciendo entrenamientos dobles y fingiendo que mi tobillo no me estaba gritando. Y ahora no me cabe duda de que eso me habría dejado en el banquillo, roto, sin futuro.

—Así que ahora te la pasas ayudando a estudiantes de enfermería descarriadas a asaltar pelotas de béisbol y probando cosas nuevas —añade.

—Exacto. La idea central de mi terapeuta era que había construido toda mi identidad alrededor del hockey. Cuando eso se vio amenazado... —Señalo vagamente mi tobillo, el bastardo traicionero que casi me arruinó—. Bueno, tuve un colapso total del sistema, así que ahora pruebo cosas en las que soy pésimo a propósito.

—¿No te da miedo? —dice, con voz queda—. ¿O sientes que es una pérdida de tiempo?

—No.

Su respiración se traba ligeramente.

—¿No?

—No. —La palabra queda suspendida entre nosotros, con peso—. Si no hubiera empezado todo este experimento, si no hubiera estado dispuesto a hacer el ridículo de formas nuevas, probablemente habría vuelto a caer en viejos hábitos, obsesionado con el hockey. Y no habría... —Hago una pausa, de pronto inseguro de cuánto revelar.

—¿No habrías qué?

—No te habría conocido. —Me encojo de hombros—. Sentarme solo en ese bar fue algo nuevo que probar. Concentrarme en tu placer fue algo nuevo que probar. —La honestidad se siente arriesgada, pero su expresión se suaviza, haciendo que valga la pena—. Claro, eventualmente nos habríamos cruzado, pero no habría llegado a conocerte. A la verdadera tú.

Sophie cambia el peso, acercándose inconscientemente.

—La yo de verdad es medio desastre ahora mismo.

—Y una mierda.

—Lo digo en serio. —Suspira—. Estoy constantemente a un mensaje de un ataque de pánico, apenas puedo con el posgrado...

—Estás haciendo malabares con un máster, gestión de crisis familiar, y lo que sea esta cosa complicada que está pasando entre nosotros, con más gracia de la que la mayoría podría manejar en su mejor día. —Me giro para encararla del todo, necesitando que vea la verdad en mi expresión—. Créeme, yo sí he sido un desastre de verdad. Tú solo eres humana.

El espacio entre nosotros se ha reducido de alguna forma a centímetros. Puedo ver cada peca cruzando su nariz, la forma en que sus pupilas se dilatan cuando me mira hacia arriba, la manera en que sus labios se aprietan mientras piensa. El aire entre nosotros se siente inflamable, y lo único que necesita es una sola chispa para encenderse.

—Eres bueno en esto —dice suavemente.

—¿En qué?

—En hacer que me sienta menos loca.

—No estás loca. Solo estás... —Busco las palabras correctas—. Sintiendo todo a máximo volumen. Lo entiendo.

—¿Incluso cuando estoy destrozando pelotas con un bate?

—Especialmente entonces. Tu batazo asesino es bastante sexy, de hecho.

Las palabras se me escapan antes de poder detenerlas, y el calor me inunda la cara. Pero Sophie no se aparta. Al contrario, se acerca un poco más, hasta que puedo sentir el calor que irradia su piel, y quizás sea suficiente para encender la chispa que nos prenda fuego.

Levanta la mirada hacia mí.

—¿Mike?

—¿Sí?

—Estás haciendo eso otra vez.

Mi pulso martillea contra mis costillas.

—¿Qué cosa?

—Mirarme como si quisieras besarme pero no fueras a hacerlo.

Todo el aire abandona mis pulmones.

—Sophie...

—La otra noche, después de la poesía, me besaste en la mejilla.

—Sus dedos encuentran la cerca cerca de los míos, sin llegar a tocarse—. Y luego te fuiste.

—Lo sé —digo, con cuidado, genuinamente sorprendido de que esto no haya salido antes pero contento de que por fin lo estemos hablando.

—¿Por qué?

Dios, ¿cómo explico esto sin que parezca que estoy jugando?

Trago con fuerza.

—Porque me gusta estar contigo. Hablar contigo. Ayudar cuando lo necesitas. Y no quiero que pienses que solo me interesa...

—¿El sexo? —ofrece, con una ceja levantada.

—Sí. —Mi cara arde más—. Esa noche en tu departamento fue increíble. Más que increíble. Pero conocerte estos meses, ser tu amigo, eso también me importa. Así que si eso es todo lo que quieres, solo amistad, estoy bien con eso. Necesito que sepas que es tu decisión.

Es solo una mentira a medias. Nunca estaría bien con ser solo su amigo, pero no la quiero fuera de mi vida, y respetaré esa decisión si la toma. Y, mientras me mira fijamente durante un largo momento, puedo ver el instante exacto en que sus muros se derrumban. Toda su cara se transforma, la suavidad reemplazando la cautela.

—¿Mike?

Trago a pesar de la repentina sequedad en mi garganta.

—¿Sí?

—¿Y si no quiero solo amistad?

Se pone de puntillas, sus manos encontrando mis hombros para equilibrarse, y me jala hacia ella. Sus ojos buscan los míos, una pregunta y una invitación a la vez. Esta es —su decisión, clara, sin ambigüedad ni incertidumbre— y todo mi cuerpo grita de anticipación.

—Sophie —exhalo, y entonces su boca está sobre la mía.

El primer contacto es suave, casi tentativo, como si ambos estuviéramos recordando cómo funciona esto. Luego sus labios se abren ligeramente, un pequeño suspiro escapando, y cualquier pensamiento de contención se evapora. Rodeo su cintura con mis brazos, jalándola contra mí mientras ella se derrite en el beso.

Lo había olvidado —¿cómo demonios lo había olvidado?— la manera en que encaja contra mí, cada curva alineándose perfectamente a pesar de nuestra diferencia de estatura. Pero nunca podría olvidar el pequeño sonido que hace cuando inclino la cabeza para profundizar el beso, que desata fuegos artificiales en mi torrente sanguíneo.

Sip. Estamos total y absolutamente en llamas...

diecisiete

SOPHIE

MIKE SE QUEDA inmóvil como una estatua cuando presiono mis labios contra los suyos, cada músculo de su cuerpo bloqueándose como si estuviera procesando una jugada que no estaba en el plan de juego. Durante un segundo aterrador, estoy convencida de que va a apartarme, de que he malinterpretado por completo cada mirada prolongada y cada roce cuidadoso.

De que acabo de incendiar nuestra amistad en una llamarada espectacular de hormonas desubicadas y vulnerabilidad emocional.

Pero entonces cierro los puños sobre su camiseta y tiro de él hacia mí con una desesperación que nos sorprende a los dos. Se derrite contra mí con un sonido que es mitad sorpresa, mitad rendición, y una electricidad pura me recorre la columna como si alguien me hubiera inyectado un rayo directamente en las venas.

Sus labios son aún más suaves de lo que recuerdo, como terciopelo y menta y promesas que no debería querer escuchar. Por un momento, me dejo disolver en el beso, en el calor familiar de su boca y ese aroma limpio a jabón y cedro que es solo suyo.

Parece una eternidad desde aquella noche en mi departamento, pero mi cuerpo tiene memoria fotográfica en lo que respecta a Mike Altman: cada terminación nerviosa cobrando vida con un destello de reconocimiento. La forma en que encajamos como dos piezas de un rompecabezas que alguien separó cruelmente.

Pero incluso mientras un calor líquido se acumula en la parte baja de mi vientre, la duda se cuele por las grietas entre las piezas. Este es Mike. El capitán niño de oro de mi papá. El tío que aguanta mis espirales de ansiedad sin que se le vidrien los ojos, el que de algún modo descifra el caos de mis emociones mejor que yo misma.

¿Qué demonios estoy haciendo?

Cuando lo busqué, se sintió inevitable: como la gravedad, como respirar, como volver a casa. Después de todo lo que había dicho sobre que no estoy rota, después de la forma en que me miró como si fuera una especie de milagro en vez de un desastre andante, no podía no besarlo.

Mis manos se movieron solas, mi cuerpo tomando decisiones que mi cerebro estaba demasiado agotado para vetar.

Pero ahora que nuestros labios se están tocando de verdad, ahora que saboreo chicle de menta y el dulzor tenue de bebida deportiva en su lengua, ahora que la pared sólida de su pecho bajo mis palmas me hace querer trepar por él como si fuera un árbol particularmente atractivo, la magnitud de lo que estoy apostando me golpea de lleno.

Una de sus manos sube para acunarme la cara con la clase de reverencia que suele reservarse para reliquias religiosas, su pulgar recorriendo el arco de mi pómulos, mientras su otro brazo me rodea la cintura, eliminando cada molécula de espacio entre nosotros hasta que puedo sentir su corazón golpeando contra el mío.

Dios, había olvidado cómo ser sostenida por Mike Altman se siente como estar envuelta en llamas y arropada con la manta más segura del mundo al mismo tiempo. Mi cuerpo está firmando cheques que mi mente sabe que no puede cobrar, la memoria muscular tomando el control donde la lógica falla.

La forma en que besa como si tuviéramos décadas de experiencia juntos en vez de momentos, lento y minucioso y devastador. La forma en que sus dedos se habían enredado en mi pelo aquella noche, tirando justo lo suficiente para hacerme jadear y pedirle más.

La forma en que preguntó por todo lo que me gustaba y mapeó cada punto sensible de mi cuerpo con la intensidad concentrada de

alguien estudiando para un examen, y luego usó ese conocimiento para deshacerme pieza por pieza hasta que no fui más que sensación y su nombre en mis labios.

Sería tan fácil caer de nuevo en esa oscuridad cálida, dejar que me lleve a casa y pasar otra noche aprendiendo el cuerpo del otro como si estuviera escrito en braille. Descubrir qué otros sonidos puedo arrancarle de la garganta, de qué otras formas puedo hacer que su control cuidadoso se quiebre en pedazos hermosos.

Sería incluso mejor ahora, intensificado por el contexto y la conexión. Pero precisamente por eso no puedo hacer esto. Por eso este beso sabe a despedida aunque se siente como un comienzo. Y está claro que no soy la única que lo piensa, porque Mike es quien rompe el beso.

Sus manos son suaves pero firmes sobre mis hombros mientras crea justo el espacio suficiente para que el pensamiento racional se cuele de vuelta. Mi estómago ejecuta un triple lutz directo a la caída libre, cada instinto de autopreservación gritándome que lo he arruinado todo.

Va a decirme que fue un error, que deberíamos fingir que nunca pasó, que he cruzado una línea que no se puede descruzar. He tomado la única cosa buena y sin complicaciones de mi vida y la he complicado irreparablemente porque aparentemente tengo el control de impulsos de una ardilla con cafeína.

—Sophie. —Su voz suena como grava y miel, áspera y dulce—. ¿Qué estamos haciendo?

Parpadeo mirándolo. Mi cerebro es aproximadamente un setenta por ciento estática, veinte por ciento deseo y diez por ciento pánico absoluto.

—Yo... ¿qué?

—¿Esto es lo que realmente quieres? —Sus ojos escrutan los míos con una intensidad que me hace sentir como si estuviera bajo un microscopio.

Me cuesta responder de inmediato —maldita seas, estática— pero hay algo dolorosamente vulnerable en su expresión, una grieta en su armadura que revela la suave incertidumbre que se esconde debajo. Y me doy cuenta, por primera vez, de que ha estado

esperando a que yo dé el salto, pero quiere asegurarse de que estoy lista.

Continúa.

—Porque esto es definitivamente lo que yo quiero, pero necesito asegurarme de que estamos en la misma página, y de que hacemos esto con la cabeza despejada y los ojos abiertos.

La duda debe estar escrita en mi cara con letras de neón porque veo su expresión cambiar en tiempo real. Había interpretado mi beso como una declaración, un sí definitivo a la pregunta que lleva flotando entre nosotros desde que salió del recital de poesía. Pero ahora está dudando, recalibrando, tratando de leer las señales contradictorias que estoy emitiendo.

—¿Qué quieres decir? —Mi voz sale más pequeña de lo que pretendía, como si se hubiera encogido en la lavadora.

—Soph, somos amigos. —No me suelta los hombros, pero su agarre se suaviza—. Amigos que acaban de descargarse un montón de equipaje emocional encima como si estuviéramos en una terapia conjunta o algo así. Y ya venías tensa cuando llegamos aquí, recién salida de ese choque con tu papá.

Siento cómo me arde la cara. Claro. Cree que lo estoy usando como un parche humano, pegándomelo encima de mis heridas emocionales con la esperanza de que cure todo mágicamente. Y lo peor es que puede que no esté del todo equivocado, y el pensamiento me revuelve el estómago.

—No quiero que nos enrollemos solo porque estamos buscando consuelo —continúa—. No cuando yo me valido a mí mismo cuidando a los demás, y tú claramente necesitas mucho apoyo ahora mismo. Apoyo que estoy encantado de dar, para que conste, pero que no tiene que venir con una relación incluida...

Tiene razón. Por supuesto que tiene razón. Mike está siendo el adulto responsable mientras yo soy la que toma decisiones con las hormonas en vez de con el cerebro. Doy un paso atrás, necesitando oxígeno y objetividad, pero Mike me atrapa la mano antes de que pueda retirarme a una distancia segura.

—Espera. —Me agarra la mano—. Si nos estamos besando porque de verdad nos deseamos, porque tú sientes aunque sea una

fracción de lo que siento yo, como que eres esta presencia constante en mi cabeza y no puedo sacarte de ahí por mucho que lo intente, entonces es una conversación completamente diferente.

Mi corazón se olvida de latir. Se detiene en seco en mi pecho como si alguien hubiera tirado del freno de emergencia.

—Tú... ¿piensas en mí?

Una sonrisa autocrítica le tira de la comisura de la boca, y es injustamente atractiva.

—¿Estás de broma? Sophie, he estado pensando en ti desde el segundo en que entraste en ese bar con pinta de problemas en una sudadera de la facultad de enfermería. Y ahora que te conozco de verdad, es mucho peor.

—¿Peor? —repito, intentando procesar esta información con un cerebro que aparentemente se ha desconectado por mantenimiento.

—Pienso en ti durante los entrenamientos cuando debería estar concentrado en las jugadas. En clase, garabateo tus iniciales en los márgenes como si tuviera trece años. —Sonríe de medio lado—. Miro el teléfono constantemente como un adolescente enamorado, esperando que me hayas escrito.

Cuando hace una pausa, sé que debería decir algo, pero lo único que puedo hacer es mirarlo fijamente con la boca ligeramente abierta.

Sigue hablando.

—Me quedo despierto por las noches repasando nuestras conversaciones como si fueran grabaciones de partidos, analizando cada sonrisa, cada risa, cada vez que me tocaste el brazo, preguntándome si sientes lo mismo que yo. Me pregunto si piensas en aquella noche en tu departamento aunque sea la mitad de lo que yo, porque yo pienso en ello constantemente.

—Mike... —Su nombre sale sin aliento, como si hubiera estado corriendo a toda velocidad, intentando seguirle el ritmo a mi mamá.

—Pienso en ti, en eso, en momentos extremadamente inapropiados. Durante las reuniones de equipo. Durante clase. Durante... —Se corta, el color subiéndole por las mejillas como una marea—. Perdón, eso probablemente es demasiada información, porque básicamente estoy admitiendo ser un acosador.

—No —susurro, mi voz apenas audible por encima del retumbar de mi pulso—. No es demasiado. Es...

Perfecto. Aterrador. Es todo lo que quiero y todo lo que sé que no puedo tener envuelto en un metro noventa de músculo, chistes terribles y una inteligencia emocional sorprendente.

Mike suelta una risa corta y avergonzada.

—Mírame con el vómito verbal. La jugada maestra que vuelve locas a las mujeres.

No puedo evitar la sonrisa que se extiende por mi cara, aunque siento el pecho como si alguien estuviera sentado encima.

—Es bastante tierno, la verdad.

—¿Tierno? —Parece físicamente herido—. Justo lo que todo tío sueña con escuchar. Ahí al lado de «eres como un hermano» y «tienes una gran personalidad».

—¿Preferirías «devastadoramente sexy»? —Las palabras se me escapan antes de que mi cerebro pueda interceptarlas; aparentemente mi boca ha decidido actuar por su cuenta.

Sus ojos se oscurecen hasta el color de sombras profundas de bosque.

—No me opondría, siendo sincero.

La broma no parece aligerar la pesadez del momento mientras estamos ahí de pie, respirando el mismo aire e intentando navegar este campo de minas. Sigo sujetándole la mano y su pulgar traza patrones sobre mi piel como si escribiera secretos que solo mis nervios entienden.

Mi corazón golpea contra mis costillas.

—Mike...

—Sé que debería mantener la distancia. Eres la hija de Coach, necesito concentrarme en el hockey este año, y me voy después de este curso. —Me aprieta la mano suavemente—. Pero no solo te deseo, me importas, así que necesito saber que ambos vamos con todo. Porque no puedo hacer algo casual contigo, Sophie. Contigo no.

La euforia me golpea primero. Es embriagador, ser deseada así por alguien a quien le importo como a nadie antes, y que pregunta qué necesito y de verdad escucha. Pero entonces la ansiedad inunda

todo, fría y abrumadora, porque esto es exactamente lo que juré que no haría.

No con la salud de mamá.

No con el posgrado devorándome la cordura.

No con Hazel necesitando que la lleve a catorce actividades.

Y Mike acaba de decir que a él tampoco le funcionaría. Tiene ojeadores de la NHL observándolo cada semana. Al final del año, se irá a alguna ciudad que no estará a distancia de un viaje en coche. Lo más probable es que tendríamos fecha de caducidad desde el primer día.

Mike es caos sobre patines de hockey. El tío que se apuntó al karaoke por capricho. Que posó desnudo para una clase de arte porque «podría ser interesante». Y sé que, por muy bueno que sea el envoltorio y por muy bien construido que esté el motor, salir con él sería como atarme a un cohete.

La idea de enamorarme de Mike Altman es como decidir lanzarme en paracaídas sin paracaídas cuando ni siquiera he dominado atarme los cordones. Aterrador, imprudente y probablemente estimulante, pero con la garantía de terminar hecha pedazos en el suelo.

Y hay demasiado descansando sobre mis hombros —demasiada gente que depende de mí— para eso. Así que doy un paso atrás y le suelto la mano, creando distancia física para igualar las paredes emocionales que necesito reconstruir. Mi estómago se retuerce con algo que se parece sospechosamente al arrepentimiento.

—Tienes razón —digo, y las palabras me saben amargas—. Esto no es... No estoy lista para nada más que amistad contigo.

Las palabras cuelgan entre nosotros como una barrera física. Me preparo para la decepción, para la discusión, para el dolor que confirmaría cuánto le importo. En cambio, su expresión se transforma en algo calmado y comprensivo, que es lo que más me sorprende de todo.

—Está bien —dice simplemente.

Parpadeo, descolocada por su fácil aceptación. Si me desea tanto como acaba de asegurar, ¿por qué no lucha más? ¿Por qué no

intenta hacerme cambiar de opinión? La ausencia total de decepción visible es a la vez un alivio y extrañamente desalentadora.

—¿Lo está?

—Claro. —Su voz es suave pero firme—. Sophie, lo dije en serio. Me importas. Eso significa que respeto lo que quieres.

Trago con dificultad, sin saber cómo responder a esta aceptación madura. Jimmy habría insistido, me habría hecho sentir culpable, habría señalado cuánto mejor podría ser nuestra relación que nuestra amistad. No estoy acostumbrada a un tío —amigo o lo que sea— que simplemente acepta mi decisión sin cuestionarla.

—¿No estás molesto? —pregunto, incapaz de ocultar la confusión en mi voz—. ¿De verdad estás bien?

—Estoy decepcionado —admite con un pequeño encogimiento de hombros—. Pero no tengo derecho a más que amistad solo porque la quiera. He disfrutado conocerte, y no quiero que eso se detenga. Así que si eso significa que seguimos siendo amigos, me parece bien, Sophie.

La tensión en mis hombros se alivia un poco.

—Yo también lo he disfrutado.

—Entonces seguimos siendo amigos —dice Mike, como si fuera la cosa más sencilla del mundo. Como si mantener una amistad con toda esta atracción ardiente fuera fácil.

—Probablemente debería irme a casa —digo, de pronto desesperada por escapar antes de hacer algo estúpido como besarlo otra vez—. Tengo un trabajo de investigación que entregar.

—Sí, yo también debería atacar mi pila creciente de tareas —dice con una mueca exagerada—. Tengo un estudio de caso sobre lesiones del manguito rotador que me está dando pesadillas. Cada vez que cierro los ojos, veo dibujos anatómicos de músculos del hombro persiguiéndome por pasillos oscuros.

La imagen mental me arranca una risa genuina, aliviando parte de la incomodidad. Esto es lo que tengo miedo de perder: esta complicidad fácil, la forma en que puede hacerme reír incluso cuando estoy hecha un nudo emocional. Pero sé que enamorarme de él conlleva un riesgo mayor, y ahora mismo no puedo permitirme saltar sin red.

Salimos de las jaulas de bateo y soy hiperconsciente del espacio entre nosotros. Antes, podría haber pasado un brazo por mis hombros o tomado mi mano. Ahora, hay una distancia cuidadosa que se siente a la vez necesaria y dolorosa. En cierto modo, esto se siente peor que cuando me dejó en el bar con un beso en la mejilla.

Entonces, había existido la promesa de más, si yo la quería.

Ahora, se siente como un final.

Me giro para mirarlo, de pronto incómoda otra vez.

—Gracias por traerme aquí. Tenías razón sobre lo terapéutico de pegarle a cosas.

—Tengo mis momentos de sabiduría accidental —dice con una sonrisa torcida—. Aunque si lo repites alguna vez, lo negaré. Tengo una reputación de idiota guapo que mantener.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo reprimir una sonrisa, a pesar de todo lo que acaba de pasar y todo lo que acaba de cambiar.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

Cuando se da la vuelta y se aleja, camino a su departamento, no puedo dejar de mirarlo: la postura confiada de sus hombros, la forma en que se mueve con una gracia atlética despreocupada. Lucho contra el impulso de llamarlo, de decirle que he cambiado de opinión, que tal vez podríamos intentar ser más que amigos después de todo.

Pero no lo hago. Porque Mike se va después de este año. Porque la salud de mi mamá es impredecible. Porque tengo a Hazel y los estudios y un millón de responsabilidades que no dejan espacio para el desamor cuando todo se desmorone. Y porque, para mi sorpresa, parece totalmente bien con que lo haya relegado a la zona de amigos.

Así que me quedo en silencio, mirándolo y preguntándome por qué hacer lo sensato se siente tanto como cometer un terrible error.

dieciocho

MIKE

EL TOBILLO ME PALPITA, y cada latido me lanza fuego pierna arriba, un recordatorio de que tres periodos contra Northeastern tienen consecuencias.

Me reacomodo en la rígida silla de cuero frente al escritorio del entrenador, buscando una posición que no me haga querer gritar. El equipo médico me dio el visto bueno para jugar —técnicamente—, pero eso no significa que la articulación me haya perdonado el castigo de anoche.

Es mi primer revés desde que volví al hielo este semestre, pero estaré bien.

Es el otro revés el que me preocupa más.

Siete días. Eso es lo que ha pasado desde que Sophie me besó en las jaulas de bateo y después se arrancó de vuelta a la zona de amigos. Siete días repitiendo ese momento en mi cabeza, preguntándome si fue un error preguntarle si de verdad me quería a mí, aunque sé la verdad incómoda.

Pero cada vez que esos pensamientos se cuelan, me recuerdo la promesa que hice: solo quiero estar con ella si genuinamente quiere estar conmigo. No porque sea vulnerable. No porque busque consuelo. Porque ha tomado una decisión clara y deliberada.

Y quizá sea lo mejor de todos modos. Los ojeadores llenan las gradas en cada partido ahora, con los ojos clavados en cada turno

mío. Mi sueño de llegar a la NHL por fin vuelve a estar al alcance después de la implosión espectacular del año pasado, y una relación podría ser lo último que necesito.

Me lo repito las veces suficientes como para casi creérmelo.

El hockey ha sido toda mi vida desde que aprendí a caminar. Papá me puso patines a los tres años y nunca miré atrás. Pero últimamente, empiezo a preguntarme si se supone que debería haber algo más. Si la gente normal tiene vidas fuera de la pista que no giran en torno al tiempo en hielo y los batidos de proteínas.

Mis dedos tiran del borde deshilachado de mi camiseta.

—¿Por qué demonios quería verme el entrenador? —me susurro.

Quizá va a decirme que me aleje de Sophie. Porque, aunque el entrenador no me parece del tipo padre sobreprotector, quizá piensa que no soy lo bastante bueno para ella y que ha pasado por demasiado como para salir conmigo. Pero antes de que pueda seguir dándole vueltas, la puerta se abre y el entrenador entra a grandes pasos.

—¡Mike! —Se deja caer en su silla con la soltura de alguien que nunca jugó un deporte de contacto, sonriendo de oreja a oreja—. Gracias por venir.

—Por supuesto, Coach. —Me enderezo, ignorando el nuevo pinchazo de dolor en el tobillo, esperando que se calme pronto.

Se inclina hacia delante, entrelazando las manos sobre el escritorio.

—He estado haciendo algunas llamadas a mis contactos en el Medio Oeste.

Se me encoge el estómago.

—OK...

—Los comentarios sobre ti son excelentes —continúa—. Si sigues jugando como lo has hecho, los ojeadores van a olvidarse por completo de tu año perdido. La liga te concedió esa extensión de elegibilidad por la exención médica, y los equipos lo están siguiendo de cerca. Puede que seas el más veterano en sus listas del draft, Mike, pero también eres el más preparado.

Algo en sus palabras no me cuadra.

—Oh. Eso es... genial.

Debería inundarme el alivio. En cambio, la irritación sube, caliente e inesperada. No quiero que borren ese año. Claro, hubo momentos en que deseé poder eliminar la lesión, la depresión, la falta de tiempo en hielo, la forma en que traté a todos a mi alrededor...

Pero ese año me convirtió en quien soy ahora.

Soy mejor jugador y mejor persona gracias a él. Mi tobillo nunca volverá a ser del todo el mismo, pero el entrenamiento cruzado durante la recuperación no solo reconstruyó mi fuerza: me enseñó a moverme distinto, a pensar distinto, a ver el hielo de formas que antes ni imaginaba.

Más que eso, me cambió como persona. Me llevó a terapia, donde aprendí que los sentimientos no son el enemigo y que hablar de ellos no provoca combustión espontánea. Me llevó a mi enfoque de «probar cosas nuevas» que ha expandido mi mundo más allá de los confines del hockey.

Me llevó a un bar en una noche de viernes cualquiera donde conocí a una chica preciosa.

Si no me hubiera lesionado, si no me hubieran obligado a madurar de una puta vez, ¿habría sido el tipo de persona capaz de escuchar los miedos de Sophie sin intentar arreglarlos de inmediato? ¿Habría respetado sus límites cuando ella se apartó de nuestro beso?

El viejo Mike habría insistido y seducido hasta conseguir lo que quería.

El viejo Mike era bastante cabrón.

—¿Mike? —La voz del entrenador me corta los pensamientos mientras sus ojos me taladran—. ¿Estás bien?

Me doy cuenta de que llevo un rato mirando la pared detrás de su cabeza, completamente ido. El calor me sube por el cuello.

—Perdón, Coach. Solo... procesando.

Frunce el ceño.

—Pensé que estarías más emocionado. Es por lo que has estado trabajando, ¿no?

La preocupación en su voz me toma desprevenido. De verdad le importa mi reacción, no solo mis estadísticas, lo que lo pone a años

luz de nuestro antiguo entrenador, al que le importaba una mierda todo menos ganar.

—No, sí estoy emocionado —digo, forzando entusiasmo en la voz—. Ha sido un camino largo.

Me estudia, y tengo la inquietante sensación de que me cala por completo. Pero lo deja pasar. Se recuesta en la silla, cruza los brazos y suelta un largo suspiro.

—Mira, Mike. Llevo el tiempo suficiente entrenando como para saber cuándo algo le come la cabeza a uno de mis jugadores...

—Todo bien. —Las palabras salen demasiado rápido—. Solo estaba pensando en el partido de anoche.

La sonrisa del entrenador vuelve, aunque no le llega del todo a los ojos.

—Mike, sabes que puedes hablar conmigo, ¿verdad? No solo de hockey.

La oferta queda suspendida entre nosotros. Durante un momento de locura, considero aceptarla. Oiga, Coach, historia graciosa, resulta que creo que me estoy enamorando de su hija, pero ella piensa que soy demasiado complicado y además no puedo dejar de pensar en ella aunque debería estar concentrado en el hockey, ¿usted qué opina?

Sí, eso saldría genial.

—Lo sé, Coach. Se lo agradezco. —Me reacomodo otra vez, usando el movimiento para disimular la incomodidad—. De verdad, estoy bien. Listo para salir esta noche.

No parece convencido, pero asiente.

—Está bien. Mejor ve al vestuario, entonces. Enciende a los chicos.

Salgo de la oficina y me dirijo al vestuario. Los fluorescentes zumban sobre mi cabeza, bañándolo todo en ese tono particular de infierno institucional que hace que hasta los atletas de élite parezcan vagamente enfermos. Mi mente da vueltas a las palabras del entrenador, tan distraído que casi me estampo contra el obstáculo que tengo delante.

—Hola, Capitán.

Amber McKenzie.

Cómo no.

Se ha plantado justo en el centro del pasillo: metro setenta y tres y copa doble D de la jefa de las chicas del hielo de Pine Barren, bloqueándome la ruta de escape. Su pelo rubio le cae en cascada por los hombros, el tipo de cascada cara que probablemente costó trescientos dólares y requirió algún sacrificio a los dioses de la peluquería.

—Gran partido esta noche —ronronea, enroscándose un mechón de pelo en el dedo.

—Todos los partidos son grandes. —Intento esquivarla, una maniobra que tengo perfeccionada desde segundo año, cuando me puso en la mira por primera vez.

La física sugiere que este pasillo debería dar para que pasen dos personas sin incidentes. Amber aparentemente opera bajo leyes de movimiento distintas, porque espejea cada paso mío con precisión defensiva, y queda claro que solo lograré pasar cuando ella haya terminado conmigo.

—He notado que no has ido a ninguna de las fiestas después de los partidos esta temporada. —Su voz baja a territorio de línea erótica—. La de la casa de Schmidt el fin de semana pasado fue épica. Te la perdiste, Mike, y yo esperaba verte ahí, y ver más de ti ahí...

Épica. Claro.

Mi concepto de lo épico ha cambiado bastante desde que mi tobillo hizo una audición para película de terror el año pasado. Además, la mayoría de los tipos con los que salía de fiesta se graduaron —Dec por su sueño artístico, Linc por la NHL—, lo que significa que me he convertido en el abuelo del equipo sin querer.

—He estado ocupado. Ya sabes, probando cosas nuevas. —Tiro por lo aburrido—. ¿Sabías que puedes hacer un curso de tres días de...?

Bosteza, exactamente como era mi intención. Los intereses de Amber abarcan el hockey, los jugadores de hockey, la moda y las fiestas. Punto. En todos los sentidos, es lo opuesto a Sophie. Carajo, ni el viejo Mike estaba interesado en Amber, y eso que se llevó a bastantes chicas a la cama.

—Solo trabajo y nada de diversión hacen de Mike un chico aburrido. —Extiende la mano, con uñas que podrían clasificarse como armas, y me endereza el cuello—. Pero si no te van las fiestas, quizá pueda ayudarte a relajarte después del partido. ¿Qué te parece un masaje?

Alarga la palabra «masaje» hasta que su significado queda claro.

La cosa es que Amber es objetivamente guapísima. Tiene el tipo de cara que lanza barcos y arruina historiales crediticios, piernas que exigen su propia póliza de seguros y curvas que hacen que los pantalones de yoga consideren la jubilación anticipada. Pero cuando la miro, lo único que veo es todo lo que no es.

No mide metro sesenta y dos con pecas esparcidas por la nariz. No tiene ojos grises que van del plateado al gris tormenta según su humor. No se muerde el labio cuando está nerviosa ni se le forma ese pequeño surco entre las cejas cuando le preocupa algo.

No me dan ganas de aprender qué la hace reír solo para volver a escucharla, ni de abrazarla cuando llora. No me dan ganas de escribir poesía terrible ni de hacer el ridículo en el karaoke ni de pasar horas en las jaulas de bateo solo para verla sonreír.

No es Sophie.

—Es muy amable de tu parte —digo, apuntando a gentil pero firme—. Pero no estoy buscando nada así ahora mismo.

—¿Como qué? Solo te estoy ofreciendo un masaje, Mike. —Su tono sugiere que los dos sabemos exactamente qué hay sobre la mesa.

—Lo sé. —Me encojo de hombros, deseando que simplemente se eche atrás—. Pero estoy un poco enganchado con otra persona.

Las palabras se me escapan antes de poder frenarlas, y al instante me arrepiento. Mierda. Los ojos de Amber se encienden con el tipo de interés que suele reservarse para las rebajas del Black Friday y los divorcios de famosos, porque acaba de oler chisme del equipo de hockey.

—¿Otra persona? —Genuina sorpresa le tiñe la voz, como si que Mike Altman no estuviera disponible fuera contra las leyes de la naturaleza—. ¿La conozco?

Dios, lo último que necesito es que Amber juegue a ser detective. Tiene la determinación de un sabueso y una red de espionaje que rivaliza con la NSA. Si empieza a escarbar, todo el campus sabrá que estoy suspirando por la hija del entrenador en cuestión de horas.

—Solo alguien especial —digo, intentando sonar misterioso pero probablemente logrando estreñido.

Amber me estudia la cara con intensidad de ladrona de cajas fuertes. Prácticamente puedo ver su base de datos mental repasando a todas las mujeres del campus —otras chicas del hielo, chicas de hermandad, atletas, profesoras, asistentes de investigación — y puntuándolas por físico y por cuánto se acuestan por ahí.

Al fin, da un paso atrás y se encoge de hombros.

—Bueno, si las cosas no funcionan con tu chica misteriosa...

—Serás la primera en enterarte —digo, mintiendo descaradamente, pero sin querer herir sus sentimientos ni alargar más la conversación.

—Buena suerte esta noche, Capitán —dice.

Mientras escapo por el pasillo, un calor se extiende por mi pecho. Quizá sea orgullo, quizá sea estupidez, pero rechazar a Amber se siente como aprobar un examen que no sabía que estaba dando. La he rechazado antes, claro, pero no a todas como ella, no todas las ofertas como la que acaba de hacer.

Ese tipo al que le destrozaron el tobillo y le demolieron el ego de alguna forma salió mejor parado. Aprendió a tratar bien a la gente, a usarla menos, y a sentirse más completo como resultado. Descubrió que las cosas nuevas valen la pena y que algunas cosas —algunas personas— valen la espera.

Si no puedo tener a Sophie, no quiero a nadie.

La certeza se asienta en lo profundo de mis huesos.

Quizá eso me hace patético. Quizá Maine organizaría una intervención si supiera que estoy rechazando algo seguro por una mujer que me relegó a la zona de amigos. Quizá debería intentar pasar página, buscar chicas que vengan con menos complicaciones.

Pero no puedo.

No quiero.

Porque esto es lo que estoy aprendiendo: ya no voy a lo fácil. Ni con mi cuerpo, ni con mi tiempo, y desde luego no con mi corazón. Sophie Pearson me ha arruinado para cualquier otra, y lo más extraño es que estoy completamente bien con eso, porque no me imagino que nadie más valga la pena.

Y, por un momento, me permito sentir el peso de esta decisión. El peso de elegir la posibilidad por encima de la certeza. De elegir la esperanza por encima de la distracción. De elegir el quizá de Sophie por encima de lo seguro de cualquier otra. Se siente como crecer.

Se siente bien.

diecinueve

SOPHIE

ESTOY RESTREGANDO una encimera que ya está lo bastante limpia como para operar encima.

Pero hay una mancha —una mancha invisible, microscópica, que posiblemente solo yo puedo ver— que se niega a rendirse ante mi ataque con lejía y aceite de codo. Así que la ataco de nuevo, el olor penetrante a químico quemándome las fosas nasales mientras pongo todo el peso de mi cuerpo en el movimiento.

Mi cocina no ha estado así de impecable desde... bueno, nunca. El fregadero de acero inoxidable brilla bajo la luz del techo. He frotado los fogones tan a fondo que estoy bastante segura de que he eliminado una capa de la superficie en sí.

Y ahora estoy con esta mancha terca en la encimera que probablemente ni siquiera existe, pero le da algo que hacer a mis manos mientras mi cerebro da vueltas en su rotación habitual.

Mike. Mamá. Hazel. Papá. Mike. Mamá. Hazel. Papá. Mike.

Mike.

Se me encoge el estómago al recordar cómo prácticamente me lancé sobre él en las jaulas de bateo, solo para frenar en seco cuando me preguntó si estaba segura. Su cara —confusa, un poco herida, pero aun así tan jodidamente respetuosa— me quema detrás de los párpados.

Me había preguntado si estaba segura porque no quería ser algo casual. La declaración soñada para la mayoría de las chicas. Y yo había huido, porque no quería —no podía— querer eso tampoco, por demasiadas razones. Su hockey, mis responsabilidades, y el terror frío de depender de alguien otra vez solo para que desaparezca.

Y por eso exactamente tuve que alejarlo.

Entonces, ¿por qué siento el pecho vacío, días después?

Ni siquiera ver su partido en línea anoche (pura investigación, obviamente, ya que papá entrena al equipo) sirvió de algo. Mike dominaba el hielo —potente, patinando con esa elegancia sin esfuerzo que no debería ser posible para alguien de su tamaño— y lo hacía con una sonrisa en la cara.

Los comentaristas no paraban de hablar sobre los ojeadores de la NHL, sobre cómo era una apuesta segura para el draft. Lo que significa que después de este año, desaparecerá. A Pittsburgh o Boston o Canadá. Una razón más por la que involucrarme sería catastrófico.

Mamá.

Me arde el bíceps mientras ataco la encimera con más fuerza. Mamá me había escrito antes sobre aceptar otro turno en el hospital esta semana, llamándolo «divertido». Divertido. Pero todos me dicen que soy yo la que presiona demasiado y que necesito dar un paso atrás, mientras ella trata la EM como una molestia menor.

Hazel.

Mi hermana pequeña con su agenda imposible que de alguna manera tengo que gestionar. La niña que necesita estar en tres sitios a la vez y lo considera perfectamente razonable. La niña que hace poco anunció que también quiere apuntarse al coro del colegio, que ensaya —¡sorpresa!— exactamente a la misma hora que el fútbol.

Papá.

La tensión entre nosotros no se ha suavizado desde que me dijo que «lo dejara ya» con lo de la salud de mamá. En el más puro estilo Pearson, estamos librando nuestra guerra fría a base de charla educada y evasión estratégica, pero la tensión se podría cortar con un cuchillo de mantequilla...

El teléfono suena, sobresaltándome tanto que la esponja se me escapa de la mano. El nombre y la cara de Ally parpadean en la pantalla. Me seco las manos en los pantalones deportivos y contesto.

—Uf, sueñas estresada —dice Ally de inmediato—. Casi puedo oírte rechinar los dientes a través del teléfono.

Recupero la esponja del suelo y la tiro al fregadero.

—No estoy estresada. Estoy limpiando.

—Contigo es lo mismo. —Se oye tela moverse al otro lado, la señal inequívoca de que Ally se está acomodando para una conversación larga—. Solo limpias a fondo cuando estás a punto de explotar. ¿Te acuerdas de la semana de exámenes en segundo? Reorganizaste el cajón de los calcetines por degradado de color a las tres de la mañana.

—Lo de los calcetines era práctico —protesto, dejando por fin caer la esponja en el fregadero.

—Estabas flipando. Igual que ahora estás evitando algo. —Su voz se suaviza—. ¿Qué te pasa de verdad, Soph?

Me apoyo en mi encimera recién desinfectada y siento cómo se desmoronan mis defensas. Es Ally, la chica que cubrió el coche de un tipo con crema batida deletreando «el pene más pequeño del mundo» cuando difundió rumores sobre mí, la que me sujetó el pelo cuando bebí de más después de suspender mis primeros parciales de la universidad...

La chica que me conoce mejor que nadie, que ahora vive a horas de distancia.

—Es complicado —suspiro.

—¿Contigo no lo es siempre? Venga, suéltalo. No he sabido de ti desde que te mudaste a Jersey y me muero por saber qué pasa en el Mundo Sophie.

Los vapores de la lejía me deben estar afectando, porque de repente me escuecen los ojos tanto que creo que voy a llorar. La he echado muchísimo de menos. Fuimos inseparables en Michigan durante años, y alejarme de Ally fue lo más difícil de dejarlo todo para venir aquí.

—Bueno, mamá está mejor, al menos comparado con cuando le diagnosticaron —empiezo, acercándome a abrir una ventana—. Pero

probablemente se está exigiendo demasiado. Y ni siquiera puedo sugerirle que quizá debería descansar sin que todos actúen como si quisiera envolverla en plástico de burbujas y guardarla en un almacén.

—¿Sigues siendo la vigilante de la familia, eh?

—Alguien tiene que serlo —murmuro—. Papá desde luego no se preocupa lo suficiente.

—¿Y cómo está la enana?

Una sonrisa genuina se me escapa al mencionar a Hazel.

—Objetivamente perfecta, como siempre. Tiene una agenda social de locos: fútbol, baile, gimnasia, y ahora quiere añadir coro, porque al parecer estar ocupada con tres actividades no era suficiente reto.

—¿Y subjetivamente?

La perspicacia me pilla desprevenida.

—Me preocupa que esté enterrando sentimientos complicados sobre la enfermedad de mamá. Actúa como si todo fuera normal, como si el desmayo de mamá en su partido de fútbol fuese solo un bache, no algo que cambió nuestras vidas de raíz.

—Los niños son resilientes —dice Ally—. Quizá solo lo está procesando de otra manera.

—Quizá. —Ni siquiera yo sueño convencida.

—¿Y tu padre?

—Papá está... —Busco las palabras adecuadas—. Tuvimos un enfrentamiento en el que me dijo que lo dejara ya con lo de la salud de mamá.

—O sea que eso es todo el mundo —dice Ally tras un momento—. Excepto que no has mencionado al chico.

Casi se me cae el teléfono.

—¿Qué chico?

—Ay, cariño. —La voz de Ally destila diversión cómplice—. Te conozco desde primero del instituto. Me sé todas tus señales. Y escondido en tu voz está el inconfundible sonido de una mujer con un flechazo. Sophie Elizabeth Pearson, me vas a contar todo.

—Ese ni siquiera es mi segundo nombre —resoplo, con las mejillas ardiendo a pesar de que no puede verme.

—Ya lo sé, pero sonaba con autoridad. —Casi puedo verla sonriendo con suficiencia—. Deja de desviar el tema y desembucha. ¿Quién es?

Me desplomo en el sofá, derrotada. Si no confieso, encontrará algún método de extracción más despiadado, como aquella vez que amenazó con leer en voz alta las entradas de mi diario de séptimo durante el almuerzo a menos que admitiera que había besado a Jason Miller en la fiesta de Emily.

—Vale. Sí, hay un chico. Se llama Mike, y sí, me gusta, pero las cosas no pueden ir a ningún lado, así que da igual.

—Ah, la famosa autonegación de Sophie Pearson. Dime por qué está condenado antes de empezar esta vez.

—No estoy... —Pero la protesta muere porque tiene razón. Ya estoy matando posibilidades antes de darles aire para respirar.

—Bueno —dice Ally, adoptando su tono de interrogatorio—, ¿es guapo?

—Eso es irrelevante —murmuro, yendo a guardar los productos de limpieza.

—Eso significa que está buenísimo. —Su sonrisa se oye—. Detalles, Pearson. ¿Altura? ¿Complexión? ¿Tiene ese rollo atormentado? ¿Tatuajes?

—Es alto —admito a regañadientes—. Metro noventa. Pelo oscuro. Sin atormentamiento actual, aunque las pruebas sugieren tendencias pasadas. Sin tatuajes. Y... es deportista.

—¿Deportista como el típico que hace CrossFit y no para de hablar de macros, o deportista como atleta de verdad?

Dudo un segundo de más.

—Dios mío —jadea Ally—. Jugador de hockey. Uno de los jugadores de tu padre. ¡Sophie Pearson, eres una temeraria!

—¿Cómo haces eso? —exijo, hundiéndome más en el sofá—. ¿Ahora eres vidente?

—Por favor. Te conozco mejor de lo que te conoces tú. No has salido con nadie desde Jimmy, y de repente hay un chico misterioso en Jersey que te tiene fregando juntas a medianoche. Tenía que ser alguien complicado, ¿y qué es más complicado que un jugador de tu padre?

—Prácticamente nada —suspiro, rindiéndome—. Se llama Mike. Es... no sé, Ally. Es diferente.

—¿Diferente cómo?

Miro al techo, intentando poner en palabras qué hace que Mike destaque.

—Escucha. O sea, escucha de verdad. No lo de fingir que escuchan mientras mentalmente te están desnudando o soltando monosílabos a todo lo que dices hasta que les toca hablar.

—Vaya, me tienes intrigada.

—Me llevó a las jaulas de bateo después de una discusión con mi padre —digo, sabiendo lo absurdo que suena.

—¿Jaulas de bateo? —Casi puedo oír los engranajes girando en su cabeza—. ¿Es un eufemismo que no conozco?

—No —me río a pesar de todo—. Jaulas de bateo de verdad. Vallas metálicas, máquinas lanzapelotas, todo el paquete. Dijo que era bueno para procesar emociones.

—¿Y lo fue?

—Sorprendentemente, sí. —Me clavo las uñas en la palma—. Lo besé allí.

El chillido emocionado de Ally me hace apartar el teléfono de la oreja.

—¡Por fin! ¡Algo de acción! ¿Cómo fue? ¿Se te levantó el pie como en esas películas antiguas?

—Fue... —El recuerdo me inunda—. Perfecto. Pero entonces él paró y me preguntó si estaba segura, y de repente ya no estaba segura de nada.

—Espera. ¿Paró para asegurarse? ¿En pleno beso? —Su sorpresa refleja lo que yo sentí en ese momento—. ¿Quién es este chico?

—Sí. Dijo que quería asegurarse de que no estábamos liándonos solo porque yo estaba alterada. Que quería que fuera por las razones correctas.

—¿Que son?

—No puede ir de algo casual conmigo. Tendría que ser en serio. Un largo silencio se extiende entre nosotras.

—Y eso te aterró —dice Ally en voz baja.

—Totalmente —confieso—. Le dije que no podía ir en serio, y él simplemente... lo aceptó. Sin discusión. Sin intentar hacerme cambiar de opinión. Solo respeto absoluto por mi decisión, aunque se notaba que no era lo que quería. Es la tercera vez que lo alejo después de que claramente quería más, y me ha respetado todas y cada una de las veces.

—¿Lo has alejado tres veces? Entonces, ¿cómo fue que lo besaste en el intento número tres?

Me doy cuenta de lo ridículo que suena, porque lo es.

—Después de acostarnos —cosa de una noche y nada más— le dije que las relaciones estaban descartadas. Lo aceptó, dijo que estaba bien siendo amigos. Luego bailamos en un bar y me dijo que me deseaba, pero solo si significaba algo real. Y luego otra vez, en las jaulas de bateo...

—Y no sabes qué hacer con alguien que respeta tus límites.

—Es desconcertante —admito—. Estoy acostumbrada a tíos que insisten en lo que quieren o se enfurruñan cuando no lo consiguen. Pero Mike simplemente... da un paso atrás cuando se lo pido. Dice que está bien siendo amigos, y le creo, y ahora no puedo dejar de pensar en él.

—Entonces, ¿qué te frena de verdad? —Hace una pausa—. ¿Restos de lo de Jimmy, o algo más?

Me acerco a la ventana, mirando las hojas de otoño dispersas por el patio central. Los estudiantes se apresuran por los caminos arrebujados contra el frío de finales de octubre, y de repente agradezco que la calefacción de mi apartamento funcione mejor que la de Michigan, que me dejaba helada en cuanto llegaba el invierno.

—Se va, Ally —por fin verbalizo el miedo que me carcome—. Los comentaristas no paraban de hablar de que tiene el draft asegurado. Luego se irá a Chicago o a donde sea. Y yo seguiré aquí con todas mis responsabilidades.

—Tienes miedo de depender de alguien que se irá.

Me hundo en el sofá.

—No puedo pasar por eso otra vez. Jimmy huyó cuando las cosas se pusieron difíciles con mamá. Y lo que siento por Mike después de solo unas semanas ya es más fuerte que cualquier cosa que sentí

por Jimmy después de un año. Así que, claramente, si me dejo caer más hondo...

—Sophie —dice Ally, inusualmente seria—. ¿Se te ha ocurrido que esto es algo bueno?

—¿Qué parte de «se va» suena bien?

—Esa parte no. La parte en la que por fin te estás abriendo. La parte en la que acabas de admitir que lo que tenías con Jimmy nunca fue tan profundo. No estaban hechos el uno para el otro —eso era obvio para todo el mundo menos para ti—, pero eso no significa que todos los chicos sean malos para ti.

—Gracias por el aviso retroactivo —digo con sequedad.

—¡Lo intenté! Estabas demasiado ocupada planeando el imperio médico que iban a montar juntos como para escuchar.

Suspiro.

—Cierto.

Continúa:

—Pero este tal Mike suena exactamente a lo que mereces.

—¿Que es?

—Alguien que te eleve en vez de alguien en quien apoyarte.

Frunzo el ceño.

—¿Cuál es la diferencia?

—No necesitas que nadie te sostenga, Sophie. Ya eres la persona más fuerte que conozco. —Las palabras quedan suspendidas entre nosotras, cargadas de una verdad que no estoy lista para aceptar—. Necesitas a alguien que te haga sentir que puedes volar, no a alguien que te atrape cuando caigas.

La distinción me golpea con fuerza. Se me cierra la garganta. Todo este tiempo, he visto a las posibles parejas como redes de seguridad, como mulas de carga, porque asumía que no podía con todo sola.

—Nunca lo había visto así —susurro—. He estado tan centrada en encontrar a alguien que me ayude a cargar con todo.

—No necesitas ayuda para cargar con nada —dice Ally con firmeza—. No eres tú quien sostiene a tu familia, por mucho que hagas el doble y trates de convencerte. Tus padres son adultos. Tu

padre entrena a atletas de élite. Tu madre sigue trabajando como enfermera a pesar de la EM. No están indefensos.

—Ya lo sé —protesto débilmente.

—¿De verdad? Porque desde donde yo lo veo, te has nombrado gerente familiar, y ese no es tu trabajo. —Ally hace una pausa que se siente como una eternidad, dejando que las palabras calen hondo —. Aprecian lo que haces, pero no esperan que te sacrifiques.

Mi cocina inmaculada de repente parece la prueba de algo más grande.

—A lo mejor eso es lo que papá intentaba decirme. Cuando me dijo que lo dejara ya. A lo mejor no estaba diciendo que me preocupara demasiado. A lo mejor estaba diciendo que intento controlar demasiado.

—Bingo. —Ally suena orgullosa—. ¿Y ha sido terrible dejarlo?

—La verdad es que no. Mamá y yo hablamos por mensaje sobre el nuevo álbum de Taylor Swift ayer. Ni una sola mención a la EM.

—¿Ves? Progreso.

Algo se afloja en mi pecho por primera vez en semanas.

—¿Cuándo te volviste tan sabia?

—Siempre lo he sido. Es que estabas demasiado ocupada ordenando el especiero por orden alfabético como para darte cuenta.

—Nunca he ordenado el especiero por orden alfabético —protesto—. Están organizadas por frecuencia de uso.

La risa de Ally me reconforta a través del teléfono.

—Dios, cómo te he echado de menos.

—Yo también.

—Tengo que irme, pero ¿me prometes algo?

—¿Qué?

—Dale una oportunidad a Mike. O al menos, date a ti misma una oportunidad con Mike. Deja de asumir que está condenado.

Miro la foto enmarcada en mi estantería: mamá, papá, Hazel y yo en la boda de mi primo, antes del diagnóstico. Todos nos estamos riendo de algo que dijo papá. ¿Cuándo fue la última vez que nos reímos todos juntos? ¿O cuánto hace que me reí cuando Mike no estaba cerca?

—Lo pensaré —digo al fin.

—Eso en tu idioma significa «le daré vueltas hasta inventarme diez escenarios catastróficos».

—Se llama ser minuciosa.

—Se llama ser gallina.

—Prefiero «prudente».

—Clo, clo, clo. —Los sonidos de gallina de Ally continúan hasta que me río.

—Adiós, Ally.

—Te quiero, gallina.

—Yo también te quiero.

La línea se corta. Me quedo ahí sentada, con el teléfono todavía pegado a la oreja, sus palabras resonando.

Alguien que te eleve en vez de alguien en quien apoyarte.

veinte

MIKE

LA CACOFONÍA del hockey de jueves por la noche me golpea antes de que logre acomodarme en el reservado: discos estrellándose contra las vallas en tres pantallas distintas, rock clásico colándose por altavoces de lata, el olor punzante de cerveza derramada y comida frita tan denso que casi se saborea. Y frente a mí, Rook está en una misión. Nombre de la misión: tercer intento de ligue. Objetivo localizado: chica menuda de tercer año con una risa que se oye desde lejos. Estado de la misión: de alguna manera, contra toda lógica y buen gusto, teniendo éxito.

—¿En serio acaba de soltar la frase de la multa de estacionamiento? —La voz de Maine tiene ese tono particular de incredulidad que se reserva para ver desastres en cámara lenta, mientras se hunde más en el vinilo agrietado hasta hacerlo protestar.

—A la tercera va la vencida, por lo visto. —La espuma de mi cerveza sabe amarga, o quizá es solo mi humor—. Pero supongo que como nunca tira a puerta en el hielo, tiene que compensar de algún modo.

—¿Dos rechazos y rebota así? —La rodilla de Maine sube y baja bajo la mesa, un ritmo inquieto que no ha parado desde que nos sentamos—. Hay que respetar la falta total de instinto de supervivencia.

En la pantalla sobre nosotros, un delantero de los Bruins parte la defensa y la mete por la escuadra. Golazo. Hace cinco años habría puesto a todo el bar de pie. ¿Ahora? Nada. Cuando la mitad de tus compañeros de tragos podrían meter ese tiro con los ojos vendados, la magia pierde brillo un poco.

—Veinte a que lo rechaza. —Los ojos de Maine siguen a Rook como un francotirador; luego sonrío—. Mejor que sean diez.

La chica está enroscándose el pelo, inclinándose hacia cualquier basura que Rook le esté vendiendo. Su mano aterriza en su antebrazo: la señal universal de algo estás haciendo bien.

—Veinte o nada, idiota —digo.

—Hecho.

Me río.

—Mira su lenguaje corporal. Ve sacando la cartera, porque está a punto de cerrar el trato.

Maine entrecierra los ojos, y prácticamente puedo escuchar los engranajes girando.

—¿Qué pasó con «Rook no podría cerrar ni con una puerta automática»?

—El chico está más gracioso este año. —Mi dedo traza patrones de condensación en el vaso—. Debería ser capitán el año que viene, cuando te gradúes y yo me... haya ido.

—Muchas putas gracias, yo también voy a llegar a la liga. —El humor muere en su voz—. ¿Rook? ¿Capitán? ¿Hablas en serio?

—Cooper es sólido técnicamente, pero tiene la personalidad de una pared de yeso. Kellerman es demasiado verde. Schmidt cree que liderar es organizar fiestas enormes...

—Entonces por descarte...

—Por mérito. El equipo necesita a alguien que levante la moral. Alguien que no haga llorar a los novatos durante los castigos de patinaje.

—Ah, o sea nada que ver contigo.

Debería doler. Pero solo me encojo de hombros.

—Exacto. Además, encajará mejor con el sistema de Pearson; le gustan los capitanes accesibles.

Como si sintiera que estamos hablando de él, Rook me mira y me lanza un guiño que grita observa y aprende. Levanto mi vaso en un brindis burlón, sabiendo que hubo un tiempo en que ese habría sido yo coleccionando números como cromos de hockey, cada uno una pequeña validación.

¿Ahora?

El único número que quiero ya está guardado en mi teléfono.

—Miren al Capitán Solidario. —Maine me estudia con una intensidad que normalmente reserva para las grabaciones de partidos—. ¿Qué pasó con las sesiones pospartido de crítica despiadada? «Tu técnica es una mierda, Rook.» «Se te nota cada jugada, Rook.» «Mi abuela muerta liga más que tú, Rook.»

—Crecimiento personal. Muy de moda. Puede que dé una charla TED.

—¿Qué coño es una charla TED?

—Exacto.

Los nudillos de Maine crujen.

—Bueno. La oficina de Coach.

La cerveza de pronto requiere toda mi atención. Tres tragos largos. Cuatro.

—¿En serio? ¿Eso es todo lo que me das? Tienes una reunión a puerta cerrada con Coach y ¿me sueltas monosílabos?

—Fue bien.

—¿Bien? —Su voz se quiebra como si estuviéramos de vuelta en juveniles—. Mike, si estás en la mierda, si...

—No es nada de eso. —El vinilo del reservado cruje cuando me muevo—. Dijo que si sigo jugando así, los ojeadores se olvidarán del año perdido. Como si nunca hubiera pasado.

Esas palabras —como si nunca hubiera pasado— todavía me saben mal. Como si Coach sugiriera que debería estar agradecido por la amnesia colectiva sobre el peor año de mi vida. Simplemente borrar esos meses mirando el techo de mi habitación, contando las manchas de humedad mientras mi tobillo palpitaba con su propio ritmo. Olvidar las sesiones de terapia donde no podía ni decir «hockey» sin que se me cerrara la garganta. Fingir que no pasé

noche tras noche en el banquillo, vestido pero no vestido, mirando a mi equipo desde afuera como un fantasma en su propio funeral.

—Eso es... ¿bueno? —La confusión de Maine corta mi espiral—. ¿No?

—Claro.

—Suenas súper convencido.

Las palabras correctas no llegan. ¿Cómo explicas que eres diferente ahora sin sonar como un cliché de autoayuda? Que romperte te cambia de maneras que no tienen nada que ver con el tejido cicatricial y todo que ver con descubrir que existías como algo más que tu próximo turno en el hielo.

—Ese año me reconfiguró. —Cada palabra pesa demasiado para una conversación de bar—. No digo que me apuntaría otra vez a la gira de destrucción de tobillo, pero me cambió.

—Joder, qué profundo estás esta noche. Lo siguiente será decirme que el hockey no lo es todo.

—No lo es.

El silencio que sigue podría parar corazones. Maine me mira como si hubiera anunciado que me meto en un monasterio o que sigo a Declan a montar una galería en Francia, con la cerveza congelada a medio camino de su boca.

—A ver, ¿quién eres tú y qué mierda rara le hiciste a mi capitán, idiota?

—Sigo siendo yo. Solo con las prioridades ajustadas.

—¿Como qué, todo tu experimento de «probar cosas nuevas»? —Sus comillas en el aire casi tumban su cerveza—. ¿Cómo va eso, por cierto? ¿Ya aprendiste a hacer malabares?

—Entre otras cosas.

Su sonrisa se vuelve depredadora.

—¿Otras cosas como la hija de Coach?

La mirada que le lanzo podría congelar el infierno.

Maine, inmune después de años de amistad, se limita a reír.

—Da igual. Solo digo que pareces... más ligero últimamente. Con menos probabilidades de asesinar novatos por existir.

—¿De verdad era tan insoportable?

—Eras un cabrón miserable. —Lo dice alegremente, como si comentara el clima—. Saltándole a todo el mundo, actuando como si el mundo te debiera algo. Lo entiendo: tu tobillo estaba jodido, los sueños en pausa, lo que sea. Pero era activamente desagradable estar cerca de ti.

—Lo siento. —La disculpa pesa porque cada palabra es verdad.

Maine lo descarta con la gracia despreocupada de alguien que nunca ha guardado rencor.

—Historia antigua. El punto es que lo que sea que estés haciendo ahora —terapia, pasatiempos nuevos, definitivamente algo que involucra a la hija de Coach— sigue haciéndolo. Casi pareces humano.

—El mayor elogio viniendo de ti.

—El único que doy.

En la pantalla, los Bruins meten otro. Los dos seguimos la falla defensiva automáticamente, nuestros cerebros catalogando la marca perdida sin pensarlo. ADN de hockey compartido, un idioma que no necesita palabras y es tan fácil como respirar.

Mi teléfono pesa en el bolsillo. Sophie no ha escrito desde el martes. No es que lleve la cuenta. No es que haya escrito y borrado doce mensajes diferentes que van desde lo casual (hola) hasta lo patético (no puedo dejar de pensar en ti contra esa pared).

—¿La situación de vivienda sigue jodida? —El cambio de tema es tan sutil como papel de lija, pero necesito distanciarme de los pensamientos sobre Sophie.

El gemido de Maine podría despertar a los muertos.

—Seis entrevistas. Seis sabores distintos de psicópata.

—Tus criterios no pueden ser tan altos. —Me río—. He visto tu departamento y el moho extraño que crece en tu baño.

—Hay límites, Michael. —Suspira—. El tipo número tres coleccionaba recortes de uñas de los pies. En un frasco. Para «arte».

La cerveza casi me sale por la nariz.

—¿Qué tipo de arte requiere...?

—Arte de asesino en serie. Del tipo en que termino repartido en varias bolsas de basura porque necesitaba dinero para el alquiler.

—Yo podría ayud...

—No. —Su mano corta el aire, definitiva—. No voy a aceptar tu dinero.

—El orgullo sale caro.

—Dice el que no aceptó que lo llevaran a fisioterapia durante tres meses.

—Exacto. Aprende de mi estupidez.

La atención de Maine se va hacia la tele, pero su pierna mantiene ese ritmo ansioso, y ahora le toca a él cambiar de tema.

—¿Supiste lo de la esposa de Coach?

Se me aprieta el pecho.

—¿Qué de ella?

—Está enferma. Muy enferma. Esclerosis múltiple o algo así. Por eso dejó Michigan, por un ensayo clínico en Nueva York.

Lo sé. Sophie me lo dijo en las jaulas de bateo, las palabras saliendo a borbotones como si ya no pudiera contenerlas. Que su madre tenía días buenos y días malos. Que los buenos eran cada vez más escasos. Pero Maine no sabe nada de eso, así que me quedo callado.

—Veinte años en Michigan —sigue Maine—. Un programa dinástico. Y se va por un ensayo clínico.

—La familia primero. —Las palabras salen más ásperas de lo que pretendía.

—¿Pero es así? O sea, sí, la familia es importante, pero renunciar a todo lo que construiste...

La pregunta queda suspendida entre nosotros, cargada de implicaciones que ninguno quiere examinar demasiado. El Mike de antes habría estado de acuerdo: hockey primero, todo lo demás segundo. El hockey era religión, y cualquier cosa que te alejara del hielo era herejía.

Pero ahora pienso en Sophie leyendo ese poema en la noche de micrófono abierto, la voz temblándole pero decidida. En cómo se ve cuando habla de su hermana, diligente y cariñosa y exhausta. En cómo carga el peso de su familia como una armadura, pero del tipo que no se puede quitar.

—Antes pensaba que nada importaba más que llegar a la liga. — La admisión se siente como saltar de un acantilado—. Que todo lo

demás era ruido.

—¿Y ahora?

—Ahora creo que Coach tomó la decisión correcta.

La risa de Maine no tiene nada de humor.

—Y una mierda. Nunca dejarías la NHL. No por nadie.

—No la estoy dejando. —Vacío mi cerveza—. Solo estoy... reconociendo que hay más en la vida que tiempo en hielo.

—No hay nada más que el hockey. —Lo dice como sagrada escritura—. Por eso no tengo relaciones. Las chicas son divertidas, pero no son el sueño. Incluso cuando llegue, tengo años antes de pensar en sentar cabeza. Una chica diferente en cada ciudad, viviendo la vida.

Algo en su certeza me irrita. Ese también era mi plan: llegar a la liga, ganar millones, acumular recuerdos. Mike Altman: ganador del Norris Trophy. Mike Altman: campeón de la Stanley Cup. Mike Altman: definido enteramente por lo que pasaba entre bocinas.

—Lo que hizo Coach fue amor —me escucho decir—. Amor de verdad. Del tipo en que la lucha de otra persona se convierte en la tuya.

—Claro, es romántico y todo eso. —Maine tira de la etiqueta de su cerveza, haciéndola trizas—. Pero tenemos veintitrés, no cuarenta y tres. Nuestras carreras ni siquiera han empezado.

Cierto. También cada vez más irrelevante. Cuando Sophie y yo estábamos bailando, los plazos de la carrera dejaron de importar. Cuando ella se ríe —de verdad se ríe, no el sonido cortés que hace cuando finge— cambiaría cada canción de gol por el privilegio de provocarlo otra vez.

—Creo que tengo envidia —admito—. De lo que ellos tienen. De ese tipo de apoyo.

Las cejas de Maine suben.

—¿Tus padres no te apoyan? Son doctores. Tienen que entender la dedicación.

—Están... dedicados a sus propias carreras. —Es la versión diplomática que he perfeccionado. Mejor que explicar que los intentos de emoción de mi papá llegan en forma de mensajes con memes incomprensibles, o que mi mamá todavía me envía artículos

sobre solicitudes para la facultad de medicina—. Un partido al año es todo lo que me dan, y no se mudarían por mí.

—Mis padres tampoco vienen. —Maine se encoge de hombros, pero la tensión se filtra—. Están demasiado ocupados, y Chloe está demasiado enferma para viajar.

—¿Te molesta?

—No. No juego para nadie más que para mí.

Mentiroso, pienso, pero no lo digo. Todos jugamos para alguien, aunque no lo admitamos. Yo jugaba para demostrar que era más que el chico que se rompió. ¿Ahora? Si Sophie apareciera mañana, jugaría cada turno como poesía, solo para ver si se daría cuenta e intentar hacerla sonreír.

—Altman. Aterriza, Altman, joder.

La mano de Maine se agita a centímetros de mi cara. La aparto de un manotazo.

—¿Qué?

—Te fuiste a otro planeta. ¿Pensando en cierta hija de cierto entrenador otra vez?

—Preguntándome cuándo fue la última vez que lavaste esa sudadera.

—El miércoles. O el miércoles pasado. El tiempo es un constructo.

Rook se materializa en nuestra mesa, irradiando éxito. Su teléfono ondea como un trofeo.

—Cita mañana. Y el número de su compañera de cuarto como respaldo.

—Redundancia estratégica, inteligente —aprueba Maine—. Y son veinte dólares para Altman.

Fabrico una sonrisa mientras se me revuelve el estómago. El plan B. El juego de los números. El cálculo despreocupado de la cultura de rollos universitarios que solía ser mi lengua materna. Ahora se siente ajeno, como intentar recordar la letra de una canción que se me ha quedado pequeña.

Rook se desliza en el reservado.

—Hablando de eso, Amber preguntó por ti hace un rato.

—No me interesa.

El silencio que sigue podría medirse en eras. Maine y Rook intercambian el tipo de mirada que suele preceder a las intervenciones, y sé hacia dónde va esto.

—Amber —aclara Maine lentamente—. Piernas que paran el tráfico. Tetas que podrían fundar religiones. Hace esa cosa con su...

—Sé quién es Amber.

—¿Y no te interesa? —Rook parece genuinamente preocupado por mi salud—. ¿Te estás muriendo? ¿Llamamos a alguien?

—Está colgado de la hija de Coach —explica Maine con la sutileza de un slapshot.

Los ojos de Rook se abren enormes.

—¿Sophie Pearson? Oye. Eso es...

—Lo sé.

—O sea, espectacularmente estúpido.

—Soy consciente.

—Estúpido a nivel de acabar con tu carrera.

—Entendido, gracias.

—¿Pero vale la pena? —Su voz deja las bromas, se pone serio.

La pregunta queda ahí, exigiendo verdad. ¿Vale la pena arriesgar la ira de Coach? ¿Complicarlo todo? ¿Desbaratar el equilibrio cuidadoso que he construido entre quien era y quien me estoy convirtiendo?

—Sí —digo, sintiéndolo hasta los huesos—. Vale la pena.

El ruido del bar crece a nuestro alrededor —risas, discusiones, la banda sonora eterna de casi-adultos fingiendo que tenemos respuestas—. Pero todo en lo que puedo pensar es en Sophie, en algún otro lugar, quizá pensando en mí también, quizá escribiendo y borrando sus propios mensajes.

—¿Otra ronda? —pregunta Maine.

Miro la hora. 11:47.

—Me voy —digo—. Entrenamiento temprano.

—Es jueves por la noche —protesta Rook—. Vive un poco.

Pienso en el poema de Sophie. En vivir como si no tuvieras miedo del aterrizaje.

—Quizá la próxima —miento, ya caminando hacia la puerta.

Porque la verdad es que ya estoy viviendo.

Solo que no de una forma que estos dos reconocerían.

veintiuno

SOPHIE

LA DIAPOSITIVA del PowerPoint cambia para revelar el temario de hoy, y una chispa de anticipación poco habitual me recorre el cuerpo.

Fisiología Avanzada y Fisiopatología no suele ser lo mejor de mi semana —son tres horas de terminología médica tan densa que hasta los estudiantes de enfermería más comprometidos se plantean abandonar—. Pero el temario de hoy lo cambia todo.

La profesora Mahoney se aclara la garganta. —Hoy van a trabajar en grupos para evaluar las necesidades de atención de un paciente ficticio basándose únicamente en su historial clínico.

Un quejido colectivo recorre el aula, pero yo me enderezo en mi asiento, el pulso acelerándose. Esto es exactamente el tipo de aplicación práctica que llevo deseando —la razón por la que me arrastré a través de interminables clases sobre patología celular e interacciones bioquímicas.

Mahoney continúa, inmune a la falta de entusiasmo del aula. —Tendrán cuarenta y cinco minutos para revisar el caso y desarrollar un plan de atención integral. Espero una evaluación detallada de las necesidades físicas, consideraciones psicológicas y estrategias de manejo a largo plazo.

Acerco mi portátil, ya organizando mentalmente cómo abordarlo. Incluso antes del diagnóstico de mamá, esto era lo que me atraía de

la enfermería. No solo tratar síntomas, sino ver a la persona completa y entender cómo abogar por ella cuando está en su momento más vulnerable.

Mamá siempre decía que ese era el corazón de la enfermería. Incluso cuando se quejaba de turnos de doce horas, médicos difíciles y la burocracia hospitalaria, siempre volvía a esos momentos en los que sabía que había marcado la diferencia. Cuando luchó por un paciente que no podía luchar por sí mismo.

—Los voy a asignar a grupos de cuatro —anuncia Mahoney, empezando a leer nombres de su tableta.

Escucho atenta esperando el mío, medio deseando que me toque con Maya. Pero cuando dicen mi nombre, es con tres personas que apenas conozco: Ethan, que se sienta en la última fila y hace preguntas que son a la vez inteligentes e irritantes; Brielle, cuyo pelo con mechas capta la luz de la mañana perpetuamente lista para Instagram incluso en las clases de las ocho; y Damian, a quien literalmente nunca he oído pronunciar una sola palabra.

Nos movemos con torpeza hacia una esquina del aula, arrastrando nuestras sillas hasta formar un círculo desigual. Ethan se levanta de inmediato —cómo no— prácticamente trotando hasta el frente donde Mahoney está repartiendo carpetas de manila. Sus mocasines Cole Haan repiquetean contra el linóleo con una autoridad innecesaria.

—Puedo pasar las notas a limpio si alguien más quiere dirigir la discusión —ofrece Brielle, sacando su MacBook en oro rosa y exhibiendo unas uñas impecables.

—Yo me encargo de los aspectos de atención holística —digo, sabiendo que Damian no se va a ofrecer para nada.

Damian asiente otra vez —aparentemente su sello personal— y agradezco lo fluido que está siendo todo. Los trabajos en grupo suelen implicar al menos quince minutos de negociación incómoda mientras todos intentan evitar hacer trabajo de verdad, pero al menos tres de nosotros parecemos con ganas de ponernos a ello, y el cuarto no está bloqueando el camino.

Ethan vuelve con nuestra carpeta, ligeramente sin aliento a pesar del trayecto de seis metros. —Nos tocó esclerosis múltiple —anuncia.

El aire abandona mis pulmones y mis dedos se convierten en hielo mientras le quito la carpeta, el papel de manila pesando de pronto una tonelada. No puede estar pasando en serio. De todas las enfermedades crónicas que nos podrían haber asignado...

Obligo a mis manos temblorosas a abrir la carpeta, a mirar el perfil del paciente pulcramente mecanografiado. Mujer, cuarenta y dos años, diagnosticada con EM remitente-recurrente hace ocho años. Problemas de movilidad que afectan principalmente al lado derecho. Fatiga. Niebla cognitiva durante los brotes.

Diferente a la presentación de mamá. Los síntomas de mamá atacan su equilibrio con más ferocidad, y le dan esas extrañas sensaciones de hormigueo que la hacen describir su piel como «abejas furiosas». Pero las similitudes me abruma... la imprevisibilidad... la progresión... la manera en que un cuerpo puede traicionarte.

Están hablando a mi alrededor, pero sus voces suenan como bajo el agua. Miro fijamente el papel, intentando concentrarme, pero lo único que veo es a mamá en el suelo de nuestra cocina hace dos años. El sol de la mañana entrando por la ventana, iluminando motas de polvo que bailaban mientras ella yacía allí, incapaz de levantarse.

No fue la primera vez que se desplomó (el partido de fútbol de Hazel tiene ese honor), pero fue la peor, y ella intentó hacer una broma —«Bueno, esta es una forma de evitar hacer el desayuno»— incluso mientras sus palabras se arrastraban un poco, las consonantes suavizándose en los bordes.

—Sophie, ¿estás bien? —La voz de Brielle corta el recuerdo—. Estás muy pálida.

—Estoy bien —digo automáticamente, pero mis pulmones han olvidado su función. Cada respiración sale superficial y rápida.

—No pareces estar bien —dice Damian, y oírlo hablar es lo suficientemente impactante como para penetrar mi pánico durante medio segundo—. Estás hiperventilando.

¿Lo estoy?

Me llevo una mano al pecho, sintiendo el aleteo frenético bajo mis costillas. Puntos negros danzan en los bordes de mi visión,

pequeñas señales de advertencia de que mi cuerpo está a punto de organizar su propia rebelión. Necesito desesperadamente a Maya, pero cuando miro a mi alrededor, la veo inmersa en la discusión con su grupo, y no quiero arruinarle el proyecto.

—Tengo que irme —tartamudeo por fin, agarrando mi mochila con dedos entumecidos—. Lo siento.

—¿Llamo a la profesora Mahoney? —Ethan se levanta a medias, ya interpretando al héroe de su propio drama médico.

—¡No! —La palabra estalla fuera de mí, más fuerte de lo que pretendía—. No, solo necesito un poco de aire.

Mis piernas flaquean mientras me tambaleo hacia la puerta, hiperconsciente de los ojos que siguen mi salida sin gracia —mis compañeros de grupo con su mezcla de confusión y preocupación, otros estudiantes agradecidos por la distracción de la jerga médica, la profesora Mahoney cuya expresión no puedo soportar interpretar.

Llega a la biblioteca. Planta baja. Rincón del fondo. Sin gente.

Es mi mantra de ansiedad, las coordenadas GPS de mi sala del pánico personal. El sótano de la biblioteca es mi santuario, un lugar donde los únicos sonidos son el resoplido prehistórico del sistema de ventilación y el crujido ocasional de alguien desenterrando revistas académicas que no han visto la luz del día desde la administración Clinton.

Aprieto el portátil y el cuaderno contra mi pecho mientras mis pies me llevan por el campus en puro piloto automático. Mi mente sigue reproduciendo ese perfil de paciente en bucle: mujer, cuarenta y dos años, EM remitente-recurrente. No es mamá, pero lo bastante cerca como para que mi pecho se comprima un poco más con cada respiración.

Estoy tan hundida en mi espiral que el muro sólido de músculo me pilla completamente desprevenida. Unas manos fuertes, cálidas incluso a través de mi rebeca, me estabilizan por los hombros antes de que pueda tropezar hacia atrás y convertir mi portátil en escombros caros o hacerme daño contra el suelo.

—Perdona, no estaba... —Levanto la mirada y las palabras se disuelven, porque aparentemente solo puedo tener crisis en presencia de Mike.

—¿Sophie? —Su ceño se frunce, creando líneas que de algún modo lo hacen más atractivo, lo cual parece científicamente injusto —. ¿Qué pasa?

Intento componer mi cara en algo que transmita nada, estoy bien, sigue tu camino, pero aparentemente mis músculos faciales se han unido a la rebelión. Mi barbilla desarrolla un temblor humillante, y cuando intento hablar —solo esa única palabra, bien— mi voz se quiebra.

Los ojos avellana de Mike se agudizan, pasando de preocupación casual a atención plena en un latido. Sin decir una palabra, me guía hacia un banco cercano bajo un arce que ha renunciado a sus hojas. Su mano permanece en mi codo, un ancla cálida que odio cuánto necesito ahora mismo.

—Eh —dice en voz baja mientras nos sentamos, su voz bajando a ese registro que probablemente hace que sus rivales de hockey quieran confesar sus pecados—. Háblame.

—Solo un mal momento en clase —logro decir por fin, odiando lo pequeña que suena mi voz—. Estamos haciendo estudios de caso de evaluación de pacientes.

Mike espera. Como siempre, no me apresura ni llena el silencio con frases vacías. Simplemente existe ahí a mi lado, sólido y paciente, y de algún modo eso hace que sea más fácil continuar.

—A mi grupo le asignaron un paciente con esclerosis múltiple —susurro—. Y, bueno, digamos que ahora todos piensan que soy rara.

La comprensión inunda sus ojos de inmediato. Sin confusión, sin necesidad de explicación. Solo reconocimiento. —Mierda —dice en voz baja—. Eso es duro.

Algo en su absoluta falta de consuelos vacíos afloja el nudo en mi pecho. No dice va a estar bien ni no te preocupes tanto ni ninguna de las frases inútiles que la gente suele desplegar cuando se enfrenta a la ansiedad ajena.

—Perdí el control completamente —admito, las palabras saliendo ahora a borbotones—. No podía respirar, no podía pensar. Lo único que veía era a mamá empeorando, necesitando una silla de ruedas, perdiendo su independencia, quizá su trabajo... —Mi voz se quiebra —. Todo lo que intento no pensar cada día vino de golpe.

—Entonces tuviste un ataque de pánico —dice Mike con sencillez—. Pasa.

—No a futuras enfermeras que se supone que deben manejar situaciones médicas.

—Estoy bastante seguro de que hasta las enfermeras tienen derecho a sentir cosas sobre su propia familia. —Se mueve ligeramente, y su rodilla roza la mía. El contacto me envía una sacudida inesperada—. Tener emociones respecto a tu madre no te hace débil. Te hace humana.

Bajo las manos y lo miro, asimilando la expresión sincera de su cara estúpidamente guapa. —¿Cómo eres siempre tan... razonable?

—Es una función nueva que estoy probando —dice con esa sonrisa torcida que hace cosas lamentables a mi capacidad de pensar con claridad—. Garantía limitada.

A pesar de todo —a pesar del ataque de pánico, la humillación pública y el hecho de que mi rímel probablemente está en algún lugar alrededor de mi barbilla— se me escapa una pequeña risa.

—Entonces —pregunta después de un momento, su voz suave—, ¿cómo lo manejas normalmente? La ansiedad por tu madre.

Se me escapa una risa con bordes afilados. —¿Manejarlo? No lo manejo. Solo... coexisto con ello.

—Eso suena agotador.

—Lo es. —Me concentro en mis manos, en el esmalte transparente descascarillado que llevo semanas diciendo que voy a retocar—. Y cuando pasa algo como esto, me doy cuenta de que no he mejorado en absoluto. Solo he mejorado en esconderlo. Y lo único que quiero es llamar a mamá ahora mismo y repasar todos los escenarios posibles.

La mano de Mike encuentra la mía en el banco entre nosotros. Sus dedos son cálidos, con callosidades en los sitios que hablan de palos de hockey, salas de pesas y una vida vivida en movimiento. No entrelaza nuestros dedos, solo cubre mi mano con la suya, y de algún modo eso lo hace aún más íntimo.

—Cuando me lesioné —dice, su voz adquiriendo una cualidad diferente, más profunda, más cruda—, volví absolutamente loca a mi fisioterapeuta.

—¿En serio? —Giro mi mano palma arriba sin pensarlo, y su pulgar traza un patrón suave en mi muñeca que dificulta la concentración.

Asiente, los ojos fijos en algún punto intermedio. —Me convertí en un obseso del control total. Quería que me detallara todas las cronologías posibles, todos los resultados potenciales. Tenía hojas de cálculo, Sophie. Hojas de cálculo reales con escenarios de recuperación codificados por colores. —Su risa es autocrítica—. Era absurdo. Y estaba aterrorizado.

—¿Aterrorizado de qué? —pregunto en voz baja.

—De que todo por lo que había trabajado hubiera desaparecido. De convertirme en una historia de advertencia más, ya sabes: «jugador prometedor cuya carrera terminó antes de empezar». —Baja la mirada a nuestras manos unidas—. No podía soportar la incertidumbre, así que intenté planificar cada futuro posible.

—¿Y qué pasó?

—Me dijo algo que me cabreó mucho en su momento. —Su pulgar sigue moviéndose en mi muñeca, y me pregunto si se da cuenta de que lo está haciendo—. Dijo que planificar para cada problema posible es como hacer la maleta para un viaje a todas partes a la vez. Acabas con una maleta tan pesada que ni puedes sacarla por la puerta.

La analogía da en el blanco con una fuerza inesperada. Así es exactamente como me siento —lastrada por preparativos para desastres que solo existen en mi imaginación.

—Dijo que es mejor lidiar con las cosas según llegan —continúa Mike—. Porque en realidad no puedes predecir cómo vas a manejar algo hasta que estás en ello. Los tratamientos podrían mejorar. Tu red de apoyo podría sorprenderte. Podrías ser más fuerte de lo que crees. —Por fin me mira a los ojos—. Planificar para el peor escenario solo roba energía de lidiar con el ahora.

—Eso es... irritantemente sabio.

—Lo sé, ¿verdad? La oí durante una semana más o menos. —Su sonrisa se desvanece en algo más serio—. Pero tenía razón. Me costó meses empezar siquiera a creerlo, otros seis intentar vivirlo de

verdad. Aún sigo trabajando en ello, sinceramente, pero ha sido un antes y un después para mí.

Considero esto, dándole vueltas al concepto en mi mente. —¿Entonces me estás diciendo que debería simplemente... dejar de preocuparme?

—No, eso es imposible. —Su mano aprieta la mía con suavidad—. Digo que intentes redirigir parte de esa energía de preocupación hacia cosas que realmente ayuden en el presente.

—No estoy catastrofizando —protesto débilmente—. Estoy... preparándome.

—Para cosas que puede que nunca pasen.

—Pero podrían.

—Podrían —concede—. O tu madre podría ser de las personas que se mantienen estables durante décadas. O podrían salir tratamientos nuevos el año que viene.

La brisa se levanta, enviando una lluvia de hojas a nuestro alrededor como confeti de la naturaleza. Una aterriza en el pelo oscuro de Mike, y tengo el absurdo impulso de alargar la mano y quitársela. En su lugar, me concentro en la presión constante de su mano sobre la mía, en la manera en que su presencia hace que el caos de mi cabeza se calme.

—Gracias —digo finalmente—. Por escuchar. Y por no hacerme sentir que estoy siendo ridícula.

—No estás siendo ridícula. Estás siendo humana. —Hace una pausa, parece debatirse con algo, y luego añade—: ¿Quieres que quedemos mañana?

La invitación queda suspendida entre nosotros, cargada de posibilidad, y suspiro. —Por tentadora que suene una espiral de ansiedad competitiva, no puedo. Tengo guardia de Hazel.

—¿Guardia de Hazel?

Retiro mi mano de la suya con cuidado, echando de menos el calor al instante. —Mis padres se van a Nueva York por el día. Mamá tiene cita con su especialista, y luego papá la lleva a un restaurante que lleva semanas investigando.

—Eso es bueno, ¿no? Que hagan cosas normales de pareja.

—Es increíble. Es la primera vez que hacen algo así desde el diagnóstico. —Recojo una sámara rota, haciéndola girar entre mis dedos—. O sea, a veces van al Applebee's, pero esto es... diferente. Papá se compró una corbata nueva. Mamá lleva toda la semana debatiendo entre conjuntos.

Mike sonríe ante eso. —Y tú tienes tiempo de calidad con tu hermana.

—Exacto. La verdad es que me hace ilusión. Últimamente soy básicamente su chófer. Mañana podemos pasar el rato de verdad, las dos solas. —Dejo caer la sámara y la veo revolotear hasta el suelo—. Salvo que «pasar el rato» con Hazel significa que voy a estar persiguiéndola durante seis horas mientras literalmente rebota contra las paredes.

Algo cambia en la expresión de Mike —un destello de incertidumbre seguido de determinación—. —Podría ir con vosotras.

Me giro para mirarlo fijamente, convencida de que he oído mal. —¿Qué?

—Con Hazel y contigo —aclara, y definitivamente hay nerviosismo entretejido en su voz—. Podría ayudar. Ya sabes, divide y vencerás.

—Tú... ¿quieres pasar tu sábado con una niña de ocho años?

—Claro. ¿Por qué no? —Se encoge de hombros, pero percibo la ligera tensión en sus hombros, la manera en que sus dedos tamborilean contra su muslo—. Será otra cosa nueva que probar.

Estudio su cara, buscando señales de falta de sinceridad o segundas intenciones. Pero su expresión es abierta, quizá incluso un poco vulnerable, y me doy cuenta de que va completamente en serio.

—Te das cuenta de que te va a hacer aproximadamente nueve millones de preguntas, ¿verdad? Y te va a obligar a jugar a lo que se le ocurra sobre la marcha. —Sonrío con picardía—. La semana pasada decidió que éramos agentes secretos buscando un tesoro enterrado, pero el tesoro eran solo las chuches de Halloween que había escondido y olvidado.

—Suenas divertido.

—Probablemente intentará hacerte trenzas.

—Me está creciendo bastante —dice, pasándose una mano por un pelo que definitivamente ha superado la longitud reglamentaria de hockey—. Aunque pongo el límite en la purpurina.

—Ah, va a haber purpurina seguro. —Resoplo mientras algo real y pleno se afloja en mi pecho. La idea de Mike pasando el día con Hazel es a la vez aterradora y extrañamente atractiva—. La verdad es que sería muy bonito, Mike. ¿Seguro?

—Seguro. Me gustaría ir. Como amigos, obviamente —añade rápido, y algo en su expresión se cierra—. Sé que es lo que acordamos. Me parece perfecto. Amigos ayudando a amigos con niñas hiperactivas. Muy normal. Muy platónico.

La palabra «platónico» queda flotando en el aire entre nosotros, evidentemente falsa, una imitación de marca que cualquiera puede detectar. Me pregunto si puede oír mi pulso acelerándose, si nota que mi respiración se ha vuelto superficial por una razón completamente distinta al pánico.

Su sonrisa regresa, pero hay calor en sus ojos ahora que hace que mi piel se sienta demasiado tensa. —¿Me escribes los detalles? ¿Hora, lugar, alertas de purpurina?

—Vale, llego tarde al entrenamiento. —Se pone de pie, y luego se detiene, mirándome con preocupación—. ¿Estás bien ahora? ¿Puedes volver sola?

—Sí, estoy bien. Significativamente menos propensa a hiperventilar, lo que me ahorrará cualquier colapso vergonzoso.

—Eso me gusta oír. —Se echa la bolsa al hombro, da un paso, y se vuelve—. Oye, ¿Sophie? Por lo que valga, creo que vas a ser una enfermera increíble. El hecho de que te importe tanto lo de tu madre es exactamente lo que te va a hacer genial cuidando de otras personas.

Antes de que pueda responder, ya camina a zancadas hacia el pabellón. Lo observo alejarse, este deportista complicado que cita a su fisioterapeuta, se ofrece voluntario para hacer de niño y hace que mis peores momentos parezcan manejables. El chico que ve mi vida desordenada y complicada y da un paso hacia ella en vez de alejarse. El chico que no intenta arreglarme a mí ni mi ansiedad,

sino que simplemente se queda a mi lado mientras lo resuelvo yo sola.

Puede que Ally tenga razón.

Puede que lo que necesito no sea alguien que me ayude a cargar el equipaje ni que lo haga más pesado. Puede que necesite a alguien que me haga querer soltar parte de él y volar un poco más alto. Y, por primera vez en semanas, la preocupación en mi pecho tiene competencia.

Es pequeña, frágil y probablemente estúpida, pero se parece sospechosamente a la esperanza.

veintidós

MIKE

EL AIRE de la mañana tiene dientes: ese frío cortante de noviembre que te hace doler los pulmones si respiras demasiado hondo. Así que llevo las manos hundidas en los bolsillos mientras bajo por el camino de entrada, el camino de entrada de mi entrenador de hockey, hacia la puerta roja, la puerta roja de mi entrenador de hockey.

La normalidad suburbana de su casa me golpea, pero me distrae más el hecho de que, en algún lugar detrás de esa puerta roja, está Sophie. Me dijo que la recogiera en casa de sus padres en vez de en su departamento, porque, y cito textualmente, «preparar a Hazel es un proceso de diez pasos que lleva horas...».

Para mí, bastante fácil.

Lo más difícil que tuve que hacer fue reunir las provisiones en el asiento trasero de mi coche, lo cual me llevó una hora esta mañana. No porque esté intentando impresionarla (lo estoy totalmente), sino porque necesita que alguien cuide de ella por una vez, aunque preferiría masticar vidrio antes que admitirlo.

La puerta se abre de golpe antes de que mis nudillos toquen la madera.

—¿Tú eres Mike, verdad? —Un torbellino rubio rebota sobre las puntas de los pies, con una sonrisa que le estira toda la cara—. Sophie me dijo que no dijera nada sobre cómo te ves o...

—¡Hazel! —Sophie se materializa detrás de su hermana, con las mejillas tiñéndose de rosa—. ¡Eso no es...! ¡Yo no lo dije así!

—Sí lo dijiste. —Manos pequeñas se plantan en caderas más pequeñas—. Lo dijiste exactamente así, y cuando pregunté por qué nos iba a importar a ti o a mí cómo se ve, pusiste la cara.

Algo peligrosamente parecido a la esperanza me aprieta el pecho.

—¿Y qué cara sería esa, Hazel?

Hazel transforma sus rasgos en una expresión soñadora exagerada: ojos suaves, labios curvados en una sonrisa embelesada.

—Esta que pone cuando le gusta un...

—Yo no pongo esa cara —protesta Sophie, pero su sonrisa socava cualquier intento de indignación.

—Literalmente la estás poniendo ahora mismo —señalo, registrando cómo se le arrugan las comisuras de los ojos cuando está avergonzada.

Los ojos de Sophie se entrecierran, pero hay calidez bailando en ellos. Lleva unos vaqueros que han visto días mejores y una sudadera de Pine Barren Hockey que le traga el cuerpo. Lleva el pelo recogido en un moño desordenado que deja ver la curva delicada de su cuello. Se la ve agotada, con una necesidad desesperada de doce horas de sueño.

Está preciosa.

—Pasa. —Se hace a un lado, haciéndome señas para que entre—. Hazel no encuentra sus zapatos, que a estas alturas es básicamente nuestra tradición matutina.

—¡Necesito las brillantes con los unicornios! —Hazel ya va por la mitad de la escalera—. ¡Tienen magia!

—¡Mira debajo de tu cama! —le grita Sophie, y luego se vuelve hacia mí con un encogimiento de hombros de disculpa—. Esto puede tardar un rato, así que ponte cómodo.

Desaparece escaleras arriba, persiguiendo el caos de Hazel, y me deja solo en el salón de Coach. Las fotos cubren cada espacio disponible en las paredes, y gravito hacia ellas, buscando pistas sobre la hija del hombre que controla mi futuro en el hockey.

La evolución de la familia Pearson se despliega en cronología cuidadosa. Ahí está Coach, más joven y menos curtido por temporadas de analizar grabaciones de partidos. La señora Pearson irradia energía en cada foto: medallas de maratón al cuello, tierra en las manos de trabajar en el jardín, siempre en movimiento incluso cuando está sentada.

Y Sophie.

Me acerco a lo que debe ser su graduación del instituto. Sonríe radiante a la cámara con una alegría sin complicaciones, el birrete ligeramente torcido, encajada entre sus padres. Ninguna tensión tirándole de los hombros. Ningún inventario cuidadoso de las necesidades de los demás detrás de sus ojos. Solo felicidad pura, sin guardia.

Otra foto me atrapa la atención: Sophie en lo que parece una fiesta universitaria, con el brazo alrededor de una chica rubia, las dos pilladas a media carcajada por algo fuera del encuadre. Esto fue antes, me doy cuenta. Antes de que el diagnóstico de su madre le recableara todo el sistema nervioso para funcionar en alerta máxima, antes de que se nombrara a sí misma guardiana de todos.

—¡Las encontré! —El triunfo de Hazel resuena desde arriba—. ¡Estaban en el lavabo del baño!

—¿Por qué estaban tus zapatos en el...? Da igual. —El suspiro de Sophie se oye incluso desde aquí abajo—. Solo pónelos.

Paso a las fotos más recientes, y la diferencia en Sophie golpea con una claridad brutal. Sigue sonriendo, claro, pero ya no le llega del todo a los ojos. Sus manos siempre están ocupadas: sosteniendo el codo de su madre, agarrando la mano de Hazel. Incluso en las fotos espontáneas, parece vigilante ante algún peligro o alguna tarea pendiente.

¿Se dan cuenta sus padres de que se ha hecho responsable de mantener su mundo en pie?

—Perdona por eso. —Sophie aparece al pie de la escalera, interrumpiendo mis pensamientos antes de que pueda responder a la pregunta, con Hazel rebotando a su lado en toda su gloria unicornio—. Ya está lista, gracias a Dios, así que solo tengo que preparar algo para picar y entonces podemos...

—En realidad, traje todo lo que necesitamos, a menos que Hazel tenga sentimientos muy negativos hacia los sándwiches de crema de cacahuete con mermelada. —Señalo hacia la puerta, observándola de cerca—. Y también tracé una ruta fácil con un sitio para hacer pícnic donde supuestamente hay ardillas muy simpáticas.

Sophie se queda paralizada.

—¿Trajiste comida?

—Y repelente de insectos. Y agua suficiente para hidratar a un pequeño ejército. —Mantengo un tono ligero, pero observo cómo sus dedos se van soltando lentamente de la correa de la bolsa—. Incluso metí un botiquín de primeros auxilios, porque nada dice «adulto responsable» como estar preparado para rodillas raspadas.

—Mike, ¿planeaste todo nuestro día? —Las palabras le salen sin aliento, casi vulnerables.

Algo en su tono me hace dudar. ¿Me he pasado de la raya? ¿Le he quitado el control cuando más lo necesita?

—Podemos hacer otra cosa si...

—No. —La palabra le escapa de los pulmones de golpe—. No, eso suena... suena perfecto.

Sus hombros suben un centímetro entero, como si le acabara de levantar físicamente un peso de encima, y de repente está sonriendo. No la sonrisa cuidadosa y medida de las fotos recientes, sino algo más cercano a la chica de la graduación. Es abierta y real, y el impacto se me aloja en algún lugar debajo de las costillas.

—¡Vamos yaaa! —Hazel pasa como un cohete junto a nosotros hacia la puerta, las zapatillas destellando con cada paso—. ¿Vamos a ver osos? ¡Quiero ver osos!

—Osos no —le aseguro, sin dejar de mirar a Sophie—. Pero creo que puede haber una o dos salamandras si tenemos suerte.

—¡SALAMANDRAS! —Ya está fuera antes de que ninguno de los dos pueda responder—. ¡SÍÍÍÍÍÍ!

Sophie niega con la cabeza, pero la sonrisa permanece.

—¿Seguro que sabes en qué te estás metiendo? Es básicamente un tornado con zapatos de unicornio.

—Sophie. —Espero hasta que esos ojos grises encuentran los míos, hasta que puedo ver la guerra desarrollándose detrás de ellos:

la parte que necesita controlarlo todo luchando contra la parte que está cansada hasta los huesos. Entonces le doy la mejor sonrisa tranquilizadora que puedo reunir—. Yo me encargo. ¿Vale?

El momento se estira entre nosotros, tenso como una escapada con la portería vacía. La veo sopesar el riesgo de soltar las riendas, y veo el segundo exacto en que elige la confianza por encima del control. Algo se afloja en mi pecho cuando asiente, porque sé que eso es una concesión enorme viniendo de ella.

—Vale —dice por fin, y la palabra suena como una oración—. Vale.

Salimos y Hazel ya está intentando trepar a mi coche. Mientras la ayudo a subir al asiento trasero y veo a Sophie acomodarse en el del copiloto, con las manos vacías, sin nada que gestionar ni arreglar ni de qué preocuparse, me hago una promesa silenciosa.

Hoy no tiene que ser la responsable. Hoy, alguien más puede encargarse de los detalles mientras ella simplemente existe. Simplemente respira. Aunque ese alguien sea técnicamente solo su amigo. Aunque ella nunca me vea como algo más que el tipo que la ayudó aquella vez.

Al menos puedo darle esto.



El sol otoñal se refleja en las hojas mojadas, convirtiendo el sendero en una brillante carrera de obstáculos de potenciales torceduras de tobillo. Pruebo cada paso, buscando ese giro revelador que me mandaría de vuelta a fisioterapia y arruinaría mis sueños de hockey de una vez por todas.

Pero... nada.

Solo suelo firme y el crujido satisfactorio de noviembre bajo mis pies. Apenas llevamos veinte minutos, pero Hazel ya se ha transformado en una especie de naturalista salvaje, desapareciendo y reapareciendo con anuncios sin aliento sobre la flora local.

—¡Eso es un roble blanco! —Señala un árbol que a mí me parece exactamente igual a todos los demás—. ¡Y allí hay un abedul de

papel! ¡Se puede escribir en la corteza!

Le lanzo una mirada a Sophie.

—¿Siempre es así de enciclopédica con la naturaleza, o estudió específicamente para impresionarme?

La risa de Sophie sale más fácil de lo que se la he oído nunca. La tensión constante que vive en sus hombros, ese peso invisible que la he visto cargar desde que nos conocimos, se ha aflojado. Por una vez, el teléfono se queda enterrado en su bolsillo en lugar de aferrado con los nudillos blancos en su mano.

—Últimamente está obsesionada con los árboles —dice Sophie—. El mes pasado eran las piedras. Lo que sea que le capture la atención, se lo memoriza todo.

—Una niña lista.

—Demasiado lista. A veces juro que en secreto tiene cuarenta y cinco años.

Hazel vuelve disparada hacia nosotros.

—¡Mike! ¿Sabías que la corteza de los árboles es como las huellas dactilares? ¡Cada especie de árbol tiene patrones de corteza diferentes!

—No lo sabía. —Me agacho a su altura—. Es información bastante útil por si los árboles alguna vez cometen un crimen.

Ladea la cabeza, procesándolo, y luego asiente con solemnidad.

—Sí. Tiene sentido, la verdad.

La niña sale disparada otra vez, y Sophie la ve irse con esa mezcla particular de agotamiento y cariño.

—¿De dónde saca esa energía? —pregunta Sophie.

—Del mismo sitio que todos los niños —digo—. La absorben directamente del agotamiento de los adultos y de las golosinas rojas.

El resoplido de Sophie envía una calidez inesperada expandiéndose por mi pecho.

—¿Por qué senderismo? De todas las «cosas nuevas» que podrías haber elegido para hoy.

Rodeo una roca cubierta de musgo.

—Mi padre solía arrastrarnos a Lea y a mí los martes al azar cuando no estaba de guardia en la clínica —digo—. Mamá siempre estaba en el hospital, así que era la solución de papá para todo:

meternos en el coche, encontrar un sendero, caminar hasta que alguien se quejara lo suficiente como para dar la vuelta. Se le daba genial lo de distraer. Solo que... no tan genial lo serio.

—Suenas bonito.

—Lo era. —Me encojo de hombros—. Bueno, excepto la vez que Lea se cayó a un arroyo intentando atrapar una rana y papá tuvo que cargarla tres millas hasta el coche, los dos empapados. Apestó a agua de pantano durante días. Les dije a todos en el colegio que se estaba convirtiendo en una bruja del pantano.

—¿Cómo está Lea? —La sonrisa de Sophie le llega a los ojos por primera vez hoy, y me doy cuenta de lo raro que es verla relajada de verdad.

—Está bien. De hecho te mencionó ayer, dijo que se divirtió en el karaoke... —Dejo la invitación flotar entre nosotros—. Y ella y Declan están asquerosamente enamorados. Tiene un calendario de cuenta regresiva en su cuarto, los días hasta que vuelve el Chico de París, con corazoncitos dibujados en cada casilla. Es nauseabundo.

—Se nota que son muy unidos.

—Ahora sí. No siempre fui el mejor hermano del mundo. Cuando empezó a salir con Declan, actué como si ella hubiera traicionado personalmente el honor de la familia o algo así.

—¿Qué cambió?

—Todo. —Me concentro en el sendero frente a mí, sin querer excavar demasiado en los escombros del año pasado—. Lesión, depresión, terapia: la santa trinidad de la autorreflexión forzada. Resulta que yo no era el centro del universo. Una revelación impactante, lo sé. Lea merecía tener a alguien, y yo estaba siendo un imbécil al respecto.

Caminamos sin hablar un momento, solo la percusión de las hojas y las negociaciones distantes de Hazel con lo que suena como una ardilla extremadamente desinteresada. Pero estar aquí, con Sophie, se siente tan natural y agradable y como todo lo que quiero y no puedo tener (salvo desde la zona de amigos).

—Eres un buen hermano —dice Sophie por fin—. No todos los chicos admitirían estar equivocados, y mucho menos cambiarían de verdad.

—Lo intento. —Miro a Hazel mantener el equilibrio sobre un tronco caído, los brazos girando como aspas—. ¿Y tú y Hazel? Parece que son muy unidas.

La expresión de Sophie se suaviza en algo dolorosamente tierno.

—Lo somos, pero probablemente la sobreprotejo demasiado. Desde el diagnóstico de mamá y la mudanza, he sido... sobreprotectora. Sigo esperando que muestre señales de trauma o de desajuste, pero ella simplemente sigue adelante como si nada.

—¿Y lo está? ¿Traumatizada?

—Ni un poco. Colegio nuevo, amigos nuevos, actividades nuevas... se adapta como el agua. —Patea una piña de pino con fuerza innecesaria—. Mientras tanto, yo sigo intentando descubrir dónde están las buenas cafeterías. No creo que pueda hacerlo otra vez. Mudarme, quiero decir. Cuando termine mi carrera, voy a echar raíces aquí en Pine Barren.

Las palabras caen con fuerza, soltando algo dentro de mi pecho. Se me cierra la garganta. Lo veo de repente: dos futuros desplegándose como senderos que se bifurcan. En uno, me estoy atando los patines en alguna habitación de hotel anónima en una ciudad de hockey profesional, mientras Sophie construye su vida aquí.

Concéntrate en el ahora, me digo. En este momento. En su felicidad. Eso es lo que importa.

—¡SOPHIE! —El chillido de Hazel podría despertar a los muertos—. ¡ENCONTRÉ EL BICHO MÁS INCREÍBLE DEL MUNDO! ¡VEN A VER!

Sophie se pone rígida a mi lado, todos los músculos bloqueándose. El color le abandona la cara.

—Oh, mierda.

—¿Qué pasa?

—Odio los bichos. —Las palabras le salen estranguladas—. O sea, un odio de cuerpo entero, completamente irracional, que me hace quedar en ridículo.

—¿En serio? ¿La futura enfermera que va a lidiar con fracturas expuestas y enfermedades infecciosas le tiene miedo a los bichos?

—La sangre no tiene antenas —sisea—. Ni alas. Ni pinzas. Ni lo que sea que sean los apéndices de pesadilla que posea este engendro del infierno en particular.

Hazel agita los brazos frenéticamente.

—¡SOPHIE! ¡SE ESTÁ MOVIENDO! ¡DATE PRISA!

Mientras el pánico puro le transforma las facciones, le toca el hombro con suavidad.

—Yo voy a investigar al monstruo. Tú búscanos un sitio para comer.

El alivio le inunda la cara tan completamente que es casi cómico.

—Eres mi héroe, señor Altman.

Entonces se pone de puntillas y me presiona los labios contra la mejilla. El contacto me atraviesa entero: su boca suave y cálida, y siento como si la piel me ardiera donde me tocó. Y cuando termina, se aleja deprisa hacia un claro soleado, mientras yo me quedo ahí, congelado, con la mano a medio camino de la cara.

—¿POR QUÉ NADIE ME HACE CASO? —La impaciencia de Hazel me saca del trance—. ¡SE ESTÁ ESCAPANDO!

Troto hasta donde está agachada junto a un tronco podrido, el cuerpo entero vibrándole de emoción por lo que parece ser... Dios santo... un río interminable de insectos brotando del suelo. Mantengo lo que parece una distancia segura de la masa pululante.

—Eso es... definitivamente algo —digo.

—Es una colonia entera de hormigas de campo —susurra con reverencia—. ¿Ves cómo son rojizas tirando a marrón pero también negras? Y son de tamaño mediano para ser hormigas. No como las hormigas carpinteras, que son enormes, o las hormigas faraón, que son diminutas y amarillentas.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Por mi enciclopedia de bichos. —No levanta la vista, completamente hipnotizada por la autopista de insectos—. ¿Sabías que hay más de doce mil especies diferentes de hormigas? ¿Y que pueden levantar veinte veces su peso corporal? Si yo pudiera hacer eso, podría levantar a la señora Cranston, la de al lado.

La imagen mental de la diminuta Hazel levantando en peso a una vecina anciana me hace reír.

—Esa es... una aplicación muy específica de la superfuerza.

—Siempre me da esos caramelos asquerosos de toffee —explica Hazel con seriedad mortal—. Así que simplemente la reubicaría lejos del tazón de caramelos.

—Pensamiento estratégico. Me gusta.

—¡Ah! Y las hormigas de fuego ni siquiera son hormigas de verdad. Bueno, sí lo son, pero en realidad pertenecen a la familia de las avispas. ¿No es rarísimo?

La miro trazar el camino de las hormigas con el dedo, manteniéndolo justo por encima del río de cuerpos. Hay algo fascinante en su completa ausencia de asco o miedo.

—¿Quién te regaló la enciclopedia de bichos?

—Sophie. —Su voz se ablanda—. Me regaló tres libros de bichos diferentes la Navidad pasada, justo después de que mamá se pusiera enferma.

—Eso fue muy bonito de su parte.

—Sí. —Hazel hurga experimentalmente en la tierra cerca del hormiguero—. Creo que pensó que los libros harían que dejara de estar triste.

No estoy seguro de cómo responder a eso. Es algo tan típico de Sophie: intentar arreglar todo con investigación cuidadosa y soluciones prácticas mientras probablemente ignora sus propios sentimientos por completo.

—¿Estabas triste?

Hazel se encoge de hombros, de repente pareciendo muy pequeña.

—A veces. Pero no como Sophie. Ella está triste y asustada todo el tiempo, incluso cuando finge que está bien.

—Sophie no está...

—Sí lo está. —Hazel me mira con ojos demasiado sabios para tener ocho años—. Pero yo no le tengo miedo a la EM de mamá. No le tengo miedo a nada.

Hay tal certeza en su voz, tal fe inquebrantable en que todo va a salir bien, que la admiro. Y, de repente, desearía poder embotellarlo y darle una pequeña dosis a Sophie.

—Sophie es una de las personas más valientes que conozco —me descubro diciendo.

—Bueno, obvio. Es valiente. Solo que también se preocupa por todo. —Hazel pone los ojos en blanco con una maestría que podría ganar premios, y luego sonrío—. Me pregunto si atacarían si yo...

—¡HAZEL! ¡MIKE! —La voz de Sophie llega entre los árboles—. ¡Encontré el lugar perfecto!

—¡Ya vamos! —Hazel suelta su palo de investigación y se levanta de un salto, luego me lanza una mirada de complicidad—. Volveré por las hormigas después.

—Seguro que ya están planeando su estrategia de defensa.

Mientras caminamos hacia la voz de Sophie, Hazel avanza a saltos por delante, deteniéndose a anunciar más datos sobre la naturaleza mientras yo la sigo, procesando todo lo que he aprendido sobre las hermanas Pearson en quince minutos.

EL LEVE roce de mis zapatillas contra la tierra me detiene en seco. Entre el dosel de hojas teñidas de otoño, distingo a Mike y Hazel más adelante. Mike está agachado junto a ella mientras examina algo en el suelo. Y, aunque es cierto que me había adelantado para buscar un sitio, también tenía curiosidad por ver cómo interactuaban.

"—ni siquiera son hormigas de verdad," declara Hazel con autoridad, su voz flotando con la brisa. "En realidad son avispa que fingen ser hormigas. ¿No es raro?"

"¿Quién te regaló el libro de bichos?" La voz de Mike tiene esa calidez particular que reserva para los niños y los perros.

"Sophie." La suavidad con la que dice mi nombre me provoca un dolor en el pecho. "Me regaló tres libros de bichos diferentes las últimas Navidades, justo después de que mamá se pusiera enferma."

"Fue un bonito detalle."

"Sí." Una pausa, el sonido de un palo arrastrándose por la tierra. "Creo que pensó que los libros harían que dejara de estar triste."

"¿Estabas triste?"

"A veces. Pero no como Sophie. Ella está triste y asustada todo el tiempo, incluso cuando finge que está bien."

Las palabras me alcanzan de lleno en el plexo solar. Ocho años y ya ha catalogado cada una de mis señales, archivado todos mis

intentos fallidos de ser la estable. El hecho de que esté compartiendo este perfil psicológico con Mike —*Dios, con Mike precisamente*— hace que el calor me trepe por el cuello.

Pero bajo la vergüenza, hay una sabiduría en su evaluación tan directa que me hace arder los ojos y amenaza con hacerme llorar. ¿En qué momento mi hermanita se convirtió en el ancla emocional de la familia mientras yo me transformaba en la profeta del apocalipsis residente?

"Pero Sophie no es ninguna miedica."

La voz de Mike —de repente más alta— corta mi espiral en seco.

Me quedo inmóvil, sin siquiera respirar.

"En realidad es una de las personas más valientes que conozco."

La certeza en su tono, la forma en que lo dice sin un ápice de duda... algo caliente y agradecido florece detrás de mis costillas. Ahora me arden las mejillas por una razón completamente distinta, pero decido que se acabó el espionaje y se acabó que hablen de mí.

"¡HAZEL!" Mi voz rompe entre los árboles antes de que pueda pensarlo mejor. "¡MIKE! ¡Encontré el sitio perfecto!"

Giro sobre mis talones y vuelvo corriendo al claro, con la cara todavía ardiendo. Pero bajo la vergüenza, esa calidez en mi pecho sigue expandiéndose. Mike me defendió. Me llamó valiente cuando tenía toda la oportunidad de estar de acuerdo en que sí, Sophie Pearson es un desastre ansioso que probablemente debería invertir en terapia.

Para cuando llegan al claro, ya he conseguido extender la manta y colocarme en lo que espero parezca una mezcla de relajación casual y diosa doméstica, y no "acabo de espiar vuestra conversación y ahora estoy teniendo sentimientos."

Hazel entra dando brincos, ya en pleno monólogo sobre la colonia de hormigas. "—debían ser miles y miles y ¿sabías que algunas hormigas son granjeras?"

"No creo que tengan tractores," digo, agradecida por la distracción. "Primero a comer, luego podemos discutir sobre agricultura de hormigas."

Se deja caer y ataca la nevera de inmediato. "¿Qué tipo de sándwiches hay?"

"De los mejores," dice Mike, acomodándose en la manta. Su calor irradia a través del espacio entre nosotros, tan cerca que el mínimo movimiento juntaría nuestros muslos. "De crema de cacahuete con mermelada, de pavo con queso, y ensalada de pollo que es mi receta secreta..."

"Espera, ¿están hechos en casa?" Se me cae la mandíbula. "¿Y tú tienes una receta secreta de algo?"

Su sonrisa debería venir con una advertencia. "Bueno, técnicamente la ensalada de pollo es la receta de mi amigo Linc con modificaciones."

"¿Linc? ¿El Linc de la NHL?"

Asiente. "Es un gran cocinero y tiene un slapshot impresionante."

"¿Qué modificaciones?" pregunta Hazel con suspicacia.

"Uvas en vez de pasas. Las pasas en la ensalada de pollo son un crimen contra la humanidad."

"Por fin alguien que lo entiende," digo con énfasis. "Y también las pasas en las galletas. Mejor con pepitas de chocolate y punto."

"¡Gracias!" Mike me pasa una botella de agua.

Nuestros dedos se rozan y una corriente me sube directa por el brazo —no como tocar un cable pelado, sino como si cada terminación nerviosa recordase de golpe cómo sentir. Dios. Contrólate, Sophie. Es distribución de bebidas, no una declaración de eter—

Su rodilla presiona contra mi muslo cuando se estira para coger las servilletas. Su calor se filtra a través de la tela vaquera, y tengo que frenarme físicamente para no inclinarme hacia él. Para no catalogar la presión exacta, la forma en que el músculo de su pierna se tensa ligeramente cuando se mueve.

"Sophie hace muy buen sándwich de queso fundido," anuncia Hazel. "Pero solo sándwich de queso fundido. Una vez quemó los espaguetis."

"No se pueden quemar los espaguetis," protesto. "La alarma de humo estaba defectuosa, y nadie más—"

"¿Y el incendio de las tortitas?"

Le tiro una uva. "¿Has terminado con el asesinato de mi reputación?"

"Solo digo que Mike debería saber estas cosas antes de que tengáis bebés."

Agua. Pulmones. Incompatibles. Mike me da palmadas en la espalda mientras yo jadeo, con la cara aproximadamente a la temperatura del núcleo del sol. Porque aunque el día empezó como una prueba —¿podría Mike Altman encajar en el caos de mi vida real?— no estaba preparada para las proyecciones matrimoniales de Hazel.

"Hazel," jadeo, "hablamos de pensar antes de hablar."

"Pero Maya dijo que esto es una cita. Eso significa bebés tarde o temprano, ¿no?"

La mano de Mike se queda quieta contra mi espalda. "¿Maya dijo eso?"

"Maya dice muchas cosas. Suele haber vino de por medio."

"Pero os quedáis mirando. Y os tocáis cuando no hace falta. Como ahora."

Nos separamos de un salto, lo cual probablemente le da la razón. Mike desarrolla un interés profundo por las formaciones de nubes mientras yo reordeno cosas que no necesitan ser reordenadas.

"Bueno, ¿y ese postre?" intento.

"Suave," murmura Mike, luchando contra una sonrisa.

"Soy excepcionalmente suave. Como la crema de cacahuete con trocitos."

"La más crujiente."

Volvemos a encontrar nuestro ritmo después de eso. Mike nos entretiene con historias de los entrenamientos, usando todo el cuerpo para narrar: brazos que giran en el aire, cara que cambia entre personajes. Intento no catalogar la forma exacta en que se le arrugan los ojos, cómo el entusiasmo le transforma toda la cara.

"Los chicos son raros," concluye Hazel.

"Los más raros," confirmo.

Mi móvil vibra: mamá. Mi estómago hace su encogimiento y vuelco automáticos, pero el mensaje es inofensivo:

¡Estamos pasando un día precioso! ¿Puedes quedarte con Hazel un rato más?

El alivio me recorre entera. No por tener que hacer de niñera más rato, sino por la imagen de mis padres disfrutando de la vida en vez de gestionar síntomas y citas médicas. Tecleo una respuesta rápida de que sí, podemos quedarnos con Hazel más tiempo, y no, que no se den prisa en volver.

"¿Buenas noticias?" pregunta Mike.

Me doy cuenta de que estoy sonriendo al teléfono. "Mis padres están contentos."

"Eso es genial. ¿Tu madre debe estar bien?"

El cariño casual en su voz le hace algo peligroso a mi corazón. "Sí."

"¿Eso significa más diversión?" pregunta Hazel esperanzada.

Mike y yo nos miramos. Debería llevarla a casa, ponerle la tele y atacar mi montaña de lecturas. Ser responsable. Pero la rodilla de Mike vuelve a encontrar la mía, y la luz de la tarde convierte sus ojos marrones en whisky, y desesperadamente no quiero que esto se acabe.

"La verdad," dice Mike despacio, "hay un rocódromo que quería probar. Tienen rutas para niños..."

"¿Podemos?" Hazel da botes. "¿Porfa porfa porfa?"

Mi cerebro cataloga inmediatamente posibles desastres: huesos rotos, quemaduras por cuerda, formularios de exención de responsabilidad que nos dejarán indefensos y sin recursos legales mientras intentamos pagar facturas médicas carísimas—

Pero Mike interrumpe con suavidad. "Tienen aseguramiento automático y personal cualificado. Colchonetas de treinta centímetros de grosor. Lo comprobé."

Por supuesto que investigó los protocolos de seguridad antes de sugerir una actividad para mi hermana. "Vale," me oigo decir. "Vamos."

Hazel celebra con un grito. Mike sonrío. Y yo finjo que esto no se parece peligrosamente a algo a lo que podría acostumbrarme. Y, mientras recogemos, lo observo organizar la nevera con la misma concentración que probablemente dedica a la superioridad numérica, y hay una pequeña cicatriz en la esquina de su mandíbula que me he memorizado pero nunca le he preguntado.

"¿De dónde es la cicatriz?" pregunto. "¿Hockey?"

"Qué va." Se encoge de hombros. "Me resbalé en un trampolín de piscina y me di en la barbilla."

"¿Cosa nueva?" Alzo una ceja.

"Sí, no voy a volver a tirarme de un trampolín en una buena temporada."

Sonríó. "¿Algún día se te van a acabar las cosas nuevas?"

"No mientras te tenga a ti."

El calor me sube a la cara. "Probabas cosas antes de conocerme..."

"Cierto." Se mece sobre los talones. "Pero es más divertido contigo. Todo lo es."

Su mirada baja a mi boca —rápida, un instante y se va— pero suficiente para enviar mi pulso a territorio de paro cardíaco. Debería decir algo ingenioso. Desactivar esto antes de hacer algo estúpido como tirarlo sobre la manta de pícnic y averiguar si sabe tan bien como huele.

En vez de eso, agarro el recipiente más cercano. "Deberíamos irnos. Llegar antes de que se llene el rocódromo."

"Claro. La famosa hora punta de las tres de la tarde en el rocódromo." Su voz rezuma diversión.

"Es algo muy real. Horas pico. Pregúntale a quien quieras."

"¿A alguien de la extensa comunidad escaladora?"

"Exacto. Es de dominio público."

"¿Basándote en tus años de experiencia escalando?"

Esa sonrisa debería ser ilegal en varios estados. Sabe exactamente lo que hace, ahí sentado pareciendo un anuncio de equipamiento deportivo que cobró conciencia y decidió atormentarme específicamente a mí. Pero antes de que tenga la oportunidad de admirarlo más, o de soltar otra réplica ingeniosa, Hazel suspira.

"¿Vais a estar así todo el día o vamos a escalar?" Está de pie junto al sendero, manos en las caderas, ocho años de edad y ya harta de nuestras gilipolleces.

"No estamos haciendo nada," protesto.

Mike sonrío. "Define 'nada.'"

Hazel nos mira con una paciencia agotada. "Tenéis suerte de que haga buenos sándwiches. Y de que no huya de los bichos. El último novio de Sophie era un asco."

"No era... ¡salimos dos veces!"

La risa de Mike resuena por el claro, rica y desbordante, y a pesar de mi bochorno, yo también me río. Porque sí, esta es mi vida. Incluso cuando está exponiendo mi historial amoroso, incluso cuando me ve directamente a través de mis defensas...

Y si Mike sigue riéndose de mis desastres, sigue mirándome con esos ojos, sigue buscando excusas para que nuestras piernas se toquen, sigue defendiéndome ante niñas de ocho años como si mereciera la pena protegerme... Bueno, quizá al final sí hay espacio en mi vida para él.

Probablemente.

—EH, dormilona. —Mi susurro apenas llega al asiento trasero, donde Hazel se ha hecho un ovillo, los rizos rubios cayéndole sobre la cara—. Ya llegamos.

Silencio.

La observo un momento, hipnotizada mientras su pecho sube y baja con el ritmo constante del sueño profundo, la boca ligeramente abierta. La farola atrapa la purpurina que aún se aferra a su mejilla, resto de cualquier manualidad con la que nos emboscó en McDonald's.

—Creo que alguien agotó todas sus reservas de energía —dice Mike, con la voz baja y divertida mientras aparca.

La luz del porche de mis padres se derrama dorada sobre el jardín delantero, convirtiendo su colonial de siempre en algo cálido y acogedor contra la oscuridad. La imagen me aprieta algo en el pecho —no es exactamente nostalgia, pero se le parece.

Me giro hacia Mike y sonrío.

—Gracias por hoy. Por todo. Pero sobre todo por asumir el puesto de Jefe de Bichos.

—¿Incluso la parte en la que tu hermana montó un flash mob de «Baby Shark» y reclutó a medio rocódromo?

El calor me inunda la cara con el recuerdo.

—Especialmente esa parte. Te movías como si alguien te estuviera pasando electricidad por las extremidades a media velocidad.

—Eso es muy específico y emocionalmente devastador a la vez. —Su indignación fingida se disuelve en una sonrisa—. Algunos guardamos toda nuestra coordinación para los patines de hielo.

El coche vuelve a quedarse en silencio, pero es de ese tipo cargado —denso con la consciencia de lo cerca que estamos sentados, de cómo su colonia se ha adueñado de cada molécula de aire en este espacio. Sé lo que estoy pensando, y las decisiones que he tomado en las últimas horas, pero ahora desearía poder leerle la mente.

Mis dedos retuercen el dobladillo de mi chaqueta.

—Deberíamos...

—Claro. Sí. Por supuesto.

Sale y abre la puerta trasera antes de que me dé tiempo a darle más vueltas. Recojo los restos de Hazel —mochila, chaqueta, tres juguetes del Happy Meal a los que les puso nombre y les inventó toda una historia— y cuando levanto la vista, Mike ya tiene a mi hermana acunada contra su pecho.

Mis pulmones se olvidan de cómo funcionar. El aire me abandona en un golpe silencioso y algo se acumula en la parte baja de mi vientre. No es solo atracción —aunque esa sin duda está ahí, insistente e innegable— sino algo más aterrador, algo que se siente como certeza.

No solo pasó mi prueba hoy. La aprobó con matrícula de honor.

Lo guío por el camino de entrada con piernas que se sienten desconectadas de mi cerebro. Antes de que mis nudillos lleguen a tocar la madera, la puerta se abre hacia dentro. Papá está ahí con su antigua sudadera de Michigan Hockey que ha conocido décadas mejores, pero sin la cual se moriría.

—Llegan tarde. —No hay acusación en su tono, solo observación—. ¿Hazel ya dormida?

—Perdón. Paramos a cenar después del rocódromo. —Cambio el peso de un pie a otro—. Y luego estuvo todo el asunto de la fiesta de baile improvisada...

—No pasa nada, Sophie. —Pero su mirada ya ha viajado más allá de mí hasta Mike, catalogando cada detalle. Su ceja ejecuta ese arco sutil que recuerdo de mi infancia, el que significaba que estaba a punto de recibir un sermón por dejar la bici en la entrada.

Desesperada por romper el silencio, balbuceo una presentación completamente innecesaria.

—Supongo que ya se conocen...

—Coach. —Mike ejecuta un saludo impresionante teniendo en cuenta que tiene veinte kilos de niña de ocho años babeante decorándole el hombro.

Los ojos de papá completan otro circuito: Mike, yo, Hazel dormida, de vuelta a Mike. Casi puedo ver los cálculos sucediendo —hija, jugador, actividad inesperada de sábado, presentándose en la casa familiar. Aunque sabía que los dos íbamos a salir con Hazel hoy, está sacando cuentas sobre qué es exactamente esta situación.

—Altman. —Se hace a un lado—. Segunda puerta a la derecha.

Mike asiente, se escurre entre los dos y sube las escaleras con la gracia de un atleta mientras yo me quedo flotando en la entrada, intentando transmitir «aquí no hay nada que ver» con cada fibra de mi ser. Mi padre y yo permanecemos en un silencio incómodo hasta que estamos seguros de que Mike está fuera del alcance del oído.

—Bueno —me aferro a literalmente cualquier tema que no sea el jugador de hockey de metro noventa y tres que está arrojando a mi hermana en este momento—, ¿qué tal Nueva York?

—Bien. —Su mirada sigue fija en las escaleras—. Tu madre disfrutó del restaurante.

—Qué bien.

—Mmm.

El silencio se tensa entre nosotros una vez más, la Guerra Fría aún sin tregua. Estoy contemplando un análisis detallado del tiempo de mañana cuando Mike reaparece en lo alto de las escaleras, a contraluz con la luz del pasillo de una manera que me da un vuelco en el estómago.

—Ni se ha movido. —Baja con la misma facilidad—. Me aseguré de que la lamparita estuviera encendida. Espero que no haya problema.

Algo detrás de los ojos de papá se ablanda imperceptiblemente.

—No hay problema. Te agradezco que la hayas traído a casa.

Mike se coloca a mi lado, lo bastante cerca como para que su calor presione contra mi consciencia, pero lo bastante lejos para mantener una negación plausible. La mirada de papá oscila entre nosotros con la concentración de alguien que lleva décadas leyendo posiciones de jugadores.

—¿Qué tal el rocódromo? —La pregunta va dirigida a Mike, pero en realidad no es sobre escalada.

—Bien, señor —dice Mike, y luego sonrío—. Hazel no le tiene miedo a nada. Llegó arriba antes que cualquiera de los dos.

—Como su madre. —El fantasma de una sonrisa cruza la cara de papá—. La verdad, me sorprende que solo los ganara una vez.

—Tres veces —añado, desesperada por llevarnos a territorio conversacional más seguro—. Habría seguido si no hubieran anunciado la hora de cierre.

Papá asiente, todavía diseccionando a Mike con la mirada. Pero no es su mirada de entrenador. Esa la conozco. Esto es otra cosa. Esto es un padre evaluando al joven que pasó el sábado con sus hijas, y el silencio se prolonga hasta que la piel me hormiguea bajo su peso. Y entonces, por fin, papá le dedica a Mike un pequeño gesto de asentimiento.

Los hombros de Mike descienden una fracción. Había entendido la prueba, aceptado el riesgo. Papá podía hacerle la vida imposible —recortarle tiempo en el hielo, envenenar sus referencias con los ojeadores, lo que quisiera— pero él se había presentado igualmente. Y mi padre lo sabe, y acaba de dar el visto bueno a... lo que sea que es esto.

—Rose está en la cocina —dice papá, con un tono más ligero—. Le gustaría saber cómo fue tu día, Sophie.

Es una despedida envuelta en cortesía. Dudo, atrapada entre ellos.

—Eh, creo que...

—No pasa nada, Sophie. —Su voz se suaviza—. Ve.

Le dirijo a Mike lo que espero sea una sonrisa tranquilizadora —aunque probablemente parezca más bien que estoy sufriendo una

leve indigestión— y escapo hacia la cocina, donde encuentro a mamá desplazándose por su iPad cuando entro. No me ve enseguida, así que me tomo un segundo para hacerle un inventario mental.

Se la ve cansada, pero contenta.

Y su cara se transforma al verme.

—¡Ahí está mi niña! —Se pone de pie y me envuelve en un abrazo cálido—. ¿Qué tal el día con Hazel y *Mike*?

El énfasis en su nombre podría alimentar una ciudad pequeña.

—*Hazel* lo pasó genial —digo con intención, rompiendo el abrazo y sentándome frente a ella.

—¿Solo Hazel? —La malicia maternal le ilumina la mirada.

—¿Qué tal tu cita?

Agita la mano.

—Bien, bien. Pero tu padre encontró ese restaurante italiano que llevo acosando en Instagram. Sophie, la pasta. Casi le pido al camarero que me dejara lamer el plato.

—¡Mamá!

—¿Qué? El camarero fue muy comprensivo. —Se encoge de hombros—. Dijo que pasa constantemente.

A pesar de mí misma, me río. La imagen de mi correcto padre observando a mamá comulgar con su cacio e pepe es divertida hasta el extremo, pero unos pasos en el pasillo cortan mi respuesta. Mike aparece en la puerta con cara de ligero estupor pero entero. Sea lo que sea que le dijo papá, Mike sobrevivió.

—¡Oh! —El entusiasmo de mamá probablemente se vería desde el espacio—. Sophie no me dijo que iba a *conocerte*.

La cara se me incendia.

—Mamá, este es Mike. Mike, mi madre, Rose.

Da un paso adelante con esa facilidad natural que probablemente vende entradas de hockey.

—Encantado de conocerla, señora Pearson.

—Rose, por favor. —Nos estudia a ambos con precisión científica—. Así que tú eres el que conquistó el rocódromo con mis chicas.

—Más bien ellas lo conquistaron mientras yo intentaba no hacer el ridículo. Hazel nos dejó a los dos en la cuneta.

La risa de mamá llena la cocina.

—Suenas típico de ella. Siempre lanzada, esa niña.

Pasa un instante incómodo y lleno el silencio.

—Mike fue tan amable de traernos a casa. Hazel se quedó dormida en el asiento de atrás.

—Hablando de eso, debería irme ya. —Mira su reloj—. Mañana tengo entrenamiento temprano.

—Claro. —Mamá le dedica una sonrisa radiante—. Ha sido un placer conocerte, Mike.

—Lo mismo digo. —Se gira hacia mí—. ¿Necesitas que te lleve?
El alivio me inunda.

—Sería genial.

Articulo un adiós silencioso a mamá, cuya expresión sugiere que ya está componiendo el mensaje grupal a sus hermanas sobre el bombón del hockey que le ha robado el corazón a su hija mayor. Fuera, el aire de octubre me muerde a través de la chaqueta, cortante y clarificador después del calor de la casa.

—Bueno. —Me detengo junto a su coche, la mano en la manija de la puerta—. En una escala del uno al funeral de deportista profesional, ¿cuánto de muerto estás?

Su risa retumba por la calle silenciosa.

—Tu padre solo dijo que lo tratará como a cualquier otro padre.

—Eso es extrañamente normal viniendo de él.

—Aunque sí me echó una mirada. —Mike entrecierra los ojos en una imitación clavada de la expresión característica de papá de «estoy-evaluando-tus-decisiones-vitales».

La risa me brota mientras subo al coche.

—Esa la conozco *muy* bien, no te va a sorprender saberlo.

Arranca el motor, y mientras nos alejamos de la casa de mi infancia por las calles familiares de mi barrio, las farolas pintan patrones cambiantes sobre su perfil —la línea firme de su mandíbula, el surco de concentración entre sus cejas, la forma en que sus manos descansan sobre el volante con una confianza relajada.

Menuda *vista*.

Cada pocas manzanas me mira de reojo, y algo en su expresión me hace sentir las costillas demasiado estrechas para mi corazón. Me hundo más en el asiento de cuero y dejo que el día me recorra en oleadas. Los músculos me duelen agradablemente por la escalada, un buen agotamiento mezclándose con la energía nerviosa que se había acumulado y luego disipado.

Y Mike fue la razón por la que me sentí más cómoda a medida que avanzaba el día.

La forma en que habló con Hazel, habló *de verdad*, no con ese tono condescendiente que adoptan algunos adultos. El aliento paciente en su voz mientras la guiaba pared arriba. Cómo se le transformó toda la cara cuando ella lo abrazó después de conquistar la ruta difícil, alegría pura que no tenía nada que ver con impresionarme.

Y el peso de su mirada a lo largo del día.

Constante. Presente. Como si yo mereciera ser memorizada.

Me presiono el esternón con la palma donde el calor florece y se expande, recordando su risa con los chistes de Hazel, la delicadeza con que atrapó esa araña con una servilleta cuando ella gritó, lo naturalmente que encajó en nuestra caótica cena en McDonald's.

Encuentra a alguien que te eleve.

Las palabras de Ally me cruzan la mente, y por una vez las dejo reposar.

—Esa es una cara de pensar muy intensa la que tienes ahí. —Su voz me trae de vuelta.

—Solo estoy procesando. Hoy fue muy bonito.

—Tu hermana es para morirse de risa. El mejor sábado que he tenido en meses.

—¿En serio? —No puedo disimular mi sorpresa—. ¿Un día con una niña de ocho años y su hermana mayor perpetuamente ansiosa están tan arriba en la lista?

—Primero, no eres un desastre. Cautelosa, quizá. Un poco neurótica, claro. —Sonríe ante mi indignación fingida—. Y segundo, sí. Las hermanas Pearson son una compañía excelente.

Algo se me aprieta en el pecho por la naturalidad con que lo dice. Como si fuera un dato objetivo. Como si pasar tiempo con el

caos de mi familia fuera algo que realmente quiere. Me giro hacia la ventanilla antes de que pueda leer lo que sea que está escrito en mi cara, viendo pasar edificios familiares en la oscuridad.

—¿Archer Heights, no? —pregunta finalmente—. ¿Edificio C?

—El que tiene la gárgola demoníaca en la entrada.

—Ah, Gerald. —Asiente con solemnidad.

—¿Quién?

—La leyenda dice que si le llevas café en semana de exámenes, los apruebas con nota.

Me río.

—¿Le pusiste nombre a la gárgola?

—Mis compañeros de equipo del Edificio C hicieron toda una ceremonia. Hubo discursos.

Lo absurdo de la escena —jugadores de hockey celebrando un bautizo de gárgola— me hace reír a pesar de la energía nerviosa que crepita bajo mi piel. Y entonces, otra vez, caemos en un silencio cómodo. Se siente ensayado, de alguna manera. Como si lo hubiéramos hecho cien veces, pudiéramos hacerlo cien veces más.

El pensamiento aterriza con fuerza, robándome el aliento.

Cuando llegamos a mi edificio, aparca en una plaza de visitantes y apaga el motor. El silencio repentino se siente vivo, expectante. No me muevo, pero él se gira para mirarme de frente, un brazo apoyado sobre el volante, y el espacio entre nosotros se encoge.

—Eres muy buena hermana. —Las palabras llegan suaves, inesperadas—. Y muy buena hija.

Desestimo con un gesto de la mano mientras el calor me trepa por el cuello.

—Solo hago lo que haría cualquiera...

—No. —Su voz se vuelve firme—. No es así.

Estira la mano, sus dedos atrapando mi barbilla con una delicadeza imposible, inclinándose la cara hasta que no tengo más remedio que mirarlo directamente a los ojos.

—La forma en que los cuidas, cómo te preocupas, cómo aun así sacas tiempo para tus propias cosas... eres bastante increíble, Sophie.

No digo nada, literalmente *no puedo* decir nada, mientras su pulgar me roza la mandíbula y cada terminación nerviosa de mi cuerpo se pone en alerta. Su mirada cae a mi boca, se queda ahí, vuelve a subir a mis ojos, y en ese instante sé exactamente lo que está pensando.

—Tengo muchas ganas de besarte. —Las palabras se me escapan antes de poder detenerlas.

Sus ojos se oscurecen hasta algo que me provoca un vuelco en el estómago.

—Sophie...

—En las jaulas de bateo, debería haber... quería hacer más... tenía miedo...

—Lo sé. Sé que lo tenías. Sé que *lo tienes*.

—No sé qué significa esto. —Mi voz sale sin aliento, honesta—. Sé que no quieres algo casual y que estás listo para algo más, pero no sé qué puedo prometerte más allá de ahora mismo, Mike. Pero puedo prometerte que lo voy a intentar y sé que quiero tocarte. ¿Es suficiente?

—Sophie. —Mi nombre en sus labios suena como una plegaria—. Intentarlo y vivir el momento me suena jodidamente perfecto.

Asiento, sin fiarme de mi voz, y él se inclina hacia mí. Su mano se desliza de mi mandíbula a la nuca, y el primer roce de sus labios es suave, una pregunta. Pero cuando avanzo, borrando la distancia entre nosotros, emite un sonido desde el fondo de la garganta que me enciende desde dentro.

El beso se profundiza, su lengua trazando la línea de mis labios en una petición que concedo. Su mano se tensa en mi pelo, inclinándose la cabeza, y me ahogo en él —el sabor a menta y café, el roce áspero de la barba incipiente contra mi piel, la solidez cálida de su pecho cuando le agarro la camiseta para atraerlo más cerca.

Es familiar, de hace meses, pero completamente nuevo, porque ahora conozco la paciencia de sus manos cuando enseña, la forma en que se le ablanda la cara cuando Hazel se ríe, cómo encaja en los espacios vacíos de mi vida sin forzar nada a cambiar de forma. Cuando por fin nos separamos, los dos respiramos con dificultad.

Apoya su frente contra la mía.

—¿Sin arrepentimientos?

Niego con la cabeza, todavía aferrada a su camiseta.

—Ninguno.

—Bien. —Sonríe, y lo siento más de lo que lo veo—. ¿Y ahora qué?

Debería aterrarme. Todo por lo que he pasado, todo lo que sigo cargando... el peso debería ser aplastante. Pero mirándolo, el calor y la esperanza en sus ojos, descubro que no tengo miedo. No sé dónde termina esto, pero sé que quiero empezar el camino juntos.

Dejo que mis labios rocen los suyos otra vez, ligeros como una pluma.

—¿Quieres subir a tomar un café?

Las cejas le suben.

—¿Café? ¿A las... —mira el reloj— nueve y cuarenta de la noche?

—Bueno, tengo té si prefieres. —Mantengo un tono mortalmente serio—. Manzanilla.

Su voz baja lo suficiente como para vibrar a través de mí.

—¿Me estás seduciendo?

—Depende. —Le recorro el pecho con un dedo—. ¿Está funcionando?

—Joder, sí. —Las palabras salen crudas—. Pero Sophie, si no estás lista...

La preocupación entrelazada con el deseo evidente en su voz confirma lo que ya sabía. Este hombre me ve entera —las partes desordenadas, las partes asustadas, las partes que intento esconder— y aun así me quiere.

—Estoy segura. —Le sostengo la mirada para que vea que lo digo en serio—. Quiero esto. Te quiero a ti. Quizá no puedo prometer cómo será mañana o la semana que viene o el mes que viene, pero ahora mismo quiero ser egoísta. Quiero tomar lo que quiero. Y lo que quiero eres tú, Mike, más que nada en el mundo.

Su sonrisa se despliega lenta y devastadora.

—Entonces vamos a ser egoístas juntos.

acto 3

veinticinco

MIKE

LA BOCA de Sophie se abre bajo la mía y los meses de deseo me golpean todos a la vez. Mi cuerpo recuerda todo: la presión exacta que la hace jadear, el punto donde el cuello le encuentra la mandíbula que siempre la derretía, la manera en que mece las caderas sin darse cuenta cuando está excitada.

Han pasado dos meses, tres semanas y seis días desde aquella noche. No es que haya estado contando como un adolescente enamorado. Solo que mi cuerpo, al parecer, lleva su propio calendario, y ahora mismo cada uno de esos días de sequía me grita que tome lo que sea que ella me esté ofreciendo.

Le acuno el rostro, los pulgares acariciándole los pómulos mientras profundizo el beso. Sus labios son más suaves de lo que recordaba, lo cual parece imposible dado que he recreado este escenario exacto unas ocho mil veces. En la sala de pesas. Durante el análisis de video. En la ducha.

Especialmente en la ducha.

Sophie emite un sonido diminuto —mitad gemido, mitad suspiro— y la memoria muscular toma el control. Deslizo una mano hasta acunarle la nuca, los dedos enredándose en seda que huele a champú de vainilla. Mi otra mano encuentra su cintura, las yemas rozando la franja de piel cálida donde el suéter se le ha subido.

Joder.

Diez centímetros de piel expuesta y ya estoy más duro que nuestros entrenamientos defensivos.

El cinturón de seguridad le cruza el pecho, una barrera molesta que la mantiene demasiado lejos. Forcejeo con el cierre, rompiendo el beso solo lo suficiente para liberarla. En el segundo en que el cinturón se suelta con un clic, Sophie se trepa a mi regazo con la misma determinación que usa para todo: decidida, grácil, absolutamente demoledora.

Sus rodillas me enmarcan las caderas y de pronto está en todas partes. Su peso asentándose contra mí, la cortina de su pelo bloqueando la luz de la farola, sus manos aferradas a mis hombros como si pudiera desaparecer. Mi cerebro se cortocircuita porque Sophie Pearson está a horcajadas sobre mí en mi coche y restregándose contra mí.

Y, sobre todo, estoy eufórico y hambriento porque dijo que había una posibilidad. Una posibilidad de nosotros. Puede que sea un desastre, puede que tenga desvíos y curvas y puede que esté condenado desde el principio, pero le dije que solo la quería a ella si ella me quería a mí —y nos quería a nosotros— y así es. No necesito más certeza que esa, solo la necesito a ella.

—Dios, Soph —logro decir contra su boca—. No tienes idea de cuántas veces he pensado en esto.

Mece las caderas y descubre exactamente cuánto he estado pensando en ello. Una sonrisa se curva contra mis labios.

—Creo que me hago una idea.

Mis manos se deslizan bajo su suéter en piloto automático. Su piel es imposiblemente suave, y se estremece cuando mis dedos le recorren la columna.

—¿Calor? —pregunto.

—Ni de lejos. —Se aprieta más contra mí, eliminando cualquier espacio restante entre nosotros—. La verdad es que me estoy quemando.

Los dedos de Sophie bajan por mi pecho con intención, deteniéndose en mi esternón como si estuviera memorizando mis latidos. Y cuando su mano continúa hacia el sur, hacia mi cinturón, y

presiona la palma contra la evidencia obvia de lo que me provoca, todo pensamiento coherente se evapora.

El gemido que se me escapa suena como si me hubieran estampado contra las vallas.

A través de la niebla de deseo, la realidad me da un toque en el hombro. Estamos empañando las ventanillas de mi coche en medio de su calle, directamente bajo la farola más potente del mundo. En cualquier momento, otro estudiante podría tener asientos de primera fila para ver a la hija del entrenador restregándose contra el capitán del equipo de hockey.

—Sophie. —Su nombre me sale estrangulado. Le sujeto las muñecas con suavidad, aunque es lo último que quiero hacer—. Seguimos en mi coche.

Parpadea despacio, como si emergiera del fondo del agua. El rubor que se le extiende por las mejillas me hace querer trazar su recorrido con la lengua. Mira de reojo las ventanillas empañadas, y observo cómo la conciencia le vuelve y una sonrisa le cruza el rostro.

—Claro. Coche. Calle. Estudiantes. Profesores. No es ideal para...

—Para lo que planeo hacerte —termino.

—¿Que es? —La pregunta vibra contra mi cuello, donde ha pegado los labios.

Me acerco lo suficiente para que mis palabras le rocen la oreja.

—Empieza con quitarte toda la ropa y termina contigo olvidando tu propio nombre.

Se estremece con tanta fuerza que lo siento, y luego se aparta para estudiarme la cara.

—¿Recuerdas lo que dije antes? ¿Lo del café?

—Vagamente. —Estoy distraído por el hecho de que en realidad no ha dejado de moverse contra mí, esos pequeños movimientos inquietos que están destruyendo mi cordura.

—Mentí. —Una sonrisa le tira de la comisura—. Ni siquiera tengo café arriba, Mike...

—Traición imperdonable. ¿Qué clase de monstruo atrae a alguien con la promesa de un café inexistente?

—La clase que lleva intentando descifrar cómo meterte en su cama sin tener que decir directamente «por favor, sube y fóllame

hasta que pierda el sentido».

Mi cerebro colapsa. Por completo. Sophie Pearson acaba de decir esas palabras sentada en mi regazo, y estoy bastante seguro de que estoy muerto.

—Bueno —consigo decir—, el café está sobrevalorado de todas formas. Dicen que te mantiene despierto toda la noche.

—Por suerte para ti, eso es exactamente lo que tenía en mente.

Con desgana evidente, se baja de mi regazo. Inmediatamente echo de menos su peso, su calor, la presión perfecta de ella contra mí. Y mientras la observo, se arregla la ropa con manos que le tiemblan ligeramente; ese pequeño detalle hace que la desee aún más.

Esta mujer serena y brillante está temblando por mí.

Porque lo quiere tanto como yo.

—¿Vienes? —pregunta, con un desafío brillante en los ojos.

—Dame treinta segundos arriba y nos venimos los dos.

Se ríe, un sonido brillante y sorprendido.

—Eso es horrible.

—Y sin embargo me sigues invitando a subir.

—Sí.

Salimos los dos del coche, y sus dedos se entrelazan con los míos mientras caminamos hacia la entrada, un gesto sencillo que me hace martillear el corazón como una muerte súbita en prórroga. Y, mientras me guía hacia su edificio, la pillo mirándome por encima del hombro con esa mezcla de determinación y deseo que refleja todo lo que se desata dentro de mí.

Que se joda lo que esto signifique para nosotros mañana.

Ahora mismo, sigo a Sophie Pearson a donde quiera llevarme.



Pop-Tarts de Wild Berry.

Genial.

Mientras sigo a Sophie por su departamento, cada detalle que me perdí durante nuestro primer encuentro hace meses reclama

atención. Aquella vez, estaba demasiado concentrado en desnudarla como para fijarme en la vida esparcida por sus encimeras. Ahora, mi cerebro cataloga las pruebas de algo valioso que se me permite presenciar.

La taza de café en el fregadero que podría servir de sopera.

Los libros de enfermería dispuestos en ángulos perfectos sobre la mesita.

Los dibujos de Hazel cubriendo el refrigerador junto a tarjetas de citas médicas.

Cada detalle encaja en su lugar, construyendo un retrato de la mujer.

Una mujer maravillosa, estresada, cansada, preciosa, desbordada, asustada.

—¿Baño? —digo cuando pasa de largo la puerta de su dormitorio.

—Confía en mí.

Hay algo diferente en su voz, una seguridad que me atraviesa como una descarga de calor. La Sophie de hace meses se habría sonrojado con solo pensar en guiar a un hombre a cualquier sitio. Esta Sophie se mueve con propósito, y mi cuerpo responde a esa certeza, cada nervio encendiéndose.

El baño apenas cabe dos personas. Cuando cierra la puerta detrás de nosotros, su aroma me llena los pulmones, y estiro la mano hacia ella pero se aparta. Me confundo un segundo, hasta que la veo abrir un cajón con determinación de gol de la victoria y, un instante después, silicona morada reluce en su mano.

Me mira con una expresión que me desafía a juzgarla por tenerlo, por querer usarlo, por ser lo bastante atrevida para proponerlo.

—Siempre estás hablando de probar cosas nuevas, siempre preguntándome qué quiero, así que aquí tienes las dos cosas en una para que decidas qué quieres hacer.

—Sophie Pearson —digo—. Cada vez que creo que te tengo calada...

—¿Eso es malo?

—Es jodidamente perfecto.

Deja el vibrador sobre el lavabo con un clic suave que resuena en el espacio reducido. El vapor se eleva de la ducha cuando la abre, empañando el espejo en cuestión de segundos. Sus manos van al borde de su suéter, pero se las atrapo, la necesidad presionándome las costillas.

—Necesito que sepas algo —digo.

Ladea la cabeza, esperando. Un mechón de pelo le cae sobre la mejilla.

—Sé que tomas el café con suficiente azúcar para pudrir los dientes. Sé que organizas tus apuntes por colores según la materia y la importancia. Sé que compras Pop-Tarts pero te sientes culpable comiéndolos para desayunar, así que te dices que son un snack de media tarde. —La atraigo hacia mí, hasta que cada curva se aprieta contra mí—. Te conozco, Sophie.

—Mike. —Mi nombre se le quiebra en los labios.

—Todavía no termino. —Le suelto las muñecas para enmarcarle el rostro, los pulgares rozando las pecas que me sé de memoria—. Conozco a la verdadera tú. Sé que las arañas te hacen chillar y agitar los brazos. Sé que le das a todo el mundo trozos de ti hasta que no queda nada. Sé que eres la persona más fuerte que he conocido, pero no lo ves.

—Si estás intentando hacerme llorar antes de que nos desnudemos siquiera...

—Solo me aseguro de que entiendas. —Mi mirada le recorre el cuerpo, demorándose en el ascenso y descenso rápido de su pecho antes de encontrarle los ojos de nuevo—. Esto no es solo físico para mí, y tengo muchas ganas de descubrir adónde va esto. Aunque lo físico tampoco está nada mal...

Su risa rebota en los azulejos, brillante y auténtica.

—Qué labia.

—También tengo otros talentos.

El vapor se espesa a nuestro alrededor mientras nos desvestimos mutuamente. Ninguna vacilación marca ahora los movimientos de Sophie; sus dedos desabrochan los botones de mi camisa con precisión mientras sus ojos se mantienen fijos en los míos. Cuando

me desliza la tela de los hombros, sus palmas se extienden sobre mi pecho, recorriendo los músculos con atención concentrada.

—Dios, cómo echaba de menos esto. —La confesión se le escapa de los labios mientras me recorre los abdominales.

—Literalmente nos vimos ayer.

—Me refiero a esto. —Abre los dedos, reclamando más piel—. Tocarte.

—Estás sentando un precedente peligroso, Pearson.

Sonríe, no su sonrisa pública educada sino la curva perversa que me hace hervir la sangre, y levanta los brazos. El suéter se desliza y revela encaje de un morado intenso que hace juego con el juguete que espera sobre el lavabo, un millón de grados más atrevido y sexy que la ropa interior básica que le había visto antes.

—Esto fue claramente premeditado.

—Soy previsor. —Busca mi cinturón—. ¿Algún problema con eso?

—Absolutamente ninguno.

Mis manos encuentran el encaje, recorriendo los bordes mientras ella ataca mi hebilla con un entusiasmo que me obliga a abrir más las piernas. Nos quitamos el resto de la ropa entre un enredo de extremidades y risas, el espacio reducido forzándonos a pegarnos con cada movimiento. Su piel arde contra la mía antes incluso de que el agua nos toque.

—Ducha —jadea, tanteando a su espalda.

Tropezamos a través de la mampara. El agua caliente nos golpea de lleno, y el gritito de Sophie se transforma en un gemido que me va directo a la polla, que ya me duele. El agua le corre por el cuerpo, convirtiéndola en algo salido de cada fantasía que he tenido.

—¿Cómo quieres...?

Me corta empujándome contra los azulejos. El contraste frío contra mi espalda choca con su calor apretándose contra mi frente.

—Todo —dice, el agua corriéndole por los labios—. Quiero probarlo todo contigo, Mike, hasta que te rompas.

—Tenemos toda la noche.

—Bien. —Coge el gel de ducha, se echa una cantidad generosa en la palma. El aroma de su gel de ducha —ese mismo floral limpio

que siempre se le pega a la piel— llena el espacio mientras lo extiende por mi pecho en círculos lentos y deliberados—. Más vale que sea una promesa.

En vez de contestar, me arrodillo. Los azulejos me muerden las rótulas, pero su jadeo hace que cualquier incomodidad valga la pena. El agua nos cae en cascada mientras presiono la boca contra la cara interior de su muslo, tomándome mi tiempo, reaprendiendo cada punto sensible.

—Mike, por favor...

—Paciencia. —Le muerdo suavemente donde el muslo se encuentra con la cadera, y todo su cuerpo se sacude.

Su gemido frustrado se convierte en un lamento roto cuando por fin le doy lo que quiere. Una lamida larga contra su clítoris, y sus manos se enredan en mi pelo mojado con la fuerza suficiente para escocer. Sabe a gloria y a pecado y a cada sueño que me ha mantenido despierto estas últimas semanas.

—Ahí —jadea, con las caderas meciéndose contra mi boca—. Justo ahí, no...

No paro. La devoro, usando cada truco que aprendí aquella primera noche más todo lo que he imaginado desde entonces. Cuando deslizo dos dedos dentro de ella, curvándolos justo así, las rodillas se le doblan. Con la mano libre le sujeto las caderas contra la pared mientras continúo mi asalto, sintiendo cómo se aprieta alrededor de mis dedos.

—El vibrador —consigue decir entre respiraciones entrecortadas—. Quiero enseñarte cómo...

Mi mano lo encuentra en la repisa donde debió de dejarlo. Sumergible, porque Sophie por supuesto piensa en todo. El zumbido apenas me llega a los oídos por encima del agua, pero la vibración contra mi palma promete mucho más que eso.

—Enséñame —digo contra su piel—. Enséñame exactamente cómo lo usas cuando piensas en mí.

Me mira desde arriba, con el agua aferrada a sus pestañas, las mejillas encendidas de excitación y quizá vergüenza. Pero entonces coge el juguete y se lo lleva al clítoris. Le caen los párpados y puedo ver cómo el estrés y la fatiga huyen de su cuerpo al instante.

—Los ojos abiertos. —La orden me sale más ronca de lo que pretendía—. Quiero verte.

Se obliga a abrir los ojos, sosteniendo mi mirada mientras hace girar el vibrador en círculos cortos. Yo acompaño su ritmo con mis dedos, aprendiendo qué le corta la respiración, qué le hace temblar entera. La confianza en sus ojos —dejarme verla así, vulnerable y persiguiendo el placer— me aprieta algo en el pecho.

—Pienso en ti —admite, las palabras derramándose entre gemidos—. Cuando lo uso sola. Pienso en aquella noche, en tu boca, en tus manos...

—Dime más.

—Pienso en... —Se muerde el labio inferior.

—Dime.

—Pienso en que me doblas sobre mi escritorio. En que me haces quedarme callada mientras tú... joder...

Su confesión se corta cuando se deshace encima de mí. Observo, hipnotizado, cómo el placer le recorre el rostro. El vibrador se le resbala de los dedos y repiquetea contra los azulejos. Ninguno de los dos se mueve a recogerlo, aunque tengo la corazonada de que no hemos terminado con él todavía.

Me levanto despacio, con las rodillas protestando, y la atrapo cuando se tambalea.

—Eso fue...

—El principio —dice sin aliento, y entonces su mano me envuelve la polla.

Antes de que pueda responder, me está girando para que mi espalda golpee la pared otra vez. El frío de los azulejos se diluye contra el calor de su exploración. Se toma su tiempo, las manos recorriendo cada relieve de músculo mientras su boca sigue el camino del agua por mi pecho.

—Yo también me he imaginado esto —dice, acariciándose con un agarre que me nubla la visión—. Me preguntaba cómo te verías cuando te dejaras ir por completo.

—Sophie...

—Enséñame. —Se aparta lo justo para mantener el contacto visual sin dejar de mover la mano—. Quiero verte perder el control.

Hay algo intensamente erótico en su exigencia directa, la manera en que me estudia como si fuera una obra maestra que intenta memorizar. Envuelvo mi mano alrededor de la suya, guiando su ritmo, incapaz de apartar la mirada del hambre en sus ojos mientras trabaja.

—¿En qué estás pensando? —Su voz baja un registro.

—En ti. —La palabra me raspa la garganta—. Siempre en ti.

—Sé más específico. —Aprieta el agarre, y me afianzo contra la pared.

—Aquella primera noche. Cómo te veías desplegada en tu cama, tan malditamente perfecta que se me olvidó respirar. Los sonidos que hacías cuando estaba dentro de ti. Lo apretada que estabas. Cómo encajabas perfectamente contra mí.

Se aprieta más, su mano libre trazando dibujos en mi pecho.

—¿Qué más?

—Pienso en tenerte en todas partes. Contra la puerta de mi departamento porque no puedo esperar. En la encimera de mi cocina mientras se quema la cena. En mi cama durante horas hasta que ninguno de los dos pueda articular una frase. —Las fantasías se me derraman sin censura—. En todas partes.

—Mike... —Su respiración se acompasa con la mía ahora, desgarrada y desesperada.

—Pienso en despertar contigo. En hacerte correrte antes de que estés del todo consciente. En oír mi nombre mientras sigues medio dormida. Todo, en todas partes, todo el tiempo, mientras me dejes.

Jadea, su mano moviéndose más rápido.

—Te quiero dentro de mí ahora mismo.

—Condón —consigo decir, porque al parecer alguna parte de mi cerebro todavía funciona.

—Dormitorio. Primer cajón.

Salimos de la ducha, dejando charcos por todo el suelo del baño, pero a ninguno de los dos le importa. La sigo hasta el dormitorio, donde revuelve el cajón con una urgencia que iguala la mía, y por fin saca un envoltorio con un sonido triunfal que no debería ser tan adorable como es.

La observo mientras me lo pone, y la seguridad con que me maneja me aprieta algo en el pecho más profundo que la lujuria.

—¿Cómo quieres...?

Me corta empujándome hacia la pared. Al parecer las superficies verticales se están convirtiendo en lo nuestro, y no me quejo. Sin decir palabra, engancha una pierna alrededor de mi cadera, rodeándome el cuello con los brazos. La levanto con facilidad, su espalda contra la pared, ambas piernas trabadas en mi cintura.

Y cuando me deslizo dentro de ella, los dos nos quedamos inmóviles.

Es más profundo así, más intenso, su cuerpo acoguéndome a la perfección.

—Oh —exhala, las uñas clavándoseme en los hombros—. Eso es...

Las palabras me abandonan. Lo único que puedo hacer es sostenerla firme y luchar contra el impulso de perder el control de inmediato. Usa la pared como palanca, meciendo las caderas de una forma que me blanquea la visión. Lo apretada que está. Lo mojada que está. Ella. Una combinación tan perfecta que me destruye.

—El vibrador —jadea—. ¿Puedes...?

Me desconcierta un segundo, y entonces me doy cuenta de que lo traje al dormitorio con nosotros. Lo cojo de la cama, y me enseña exactamente dónde colocarlo entre los dos. La sensación añadida le hace poner los ojos en blanco, y una sarta de palabrotas le cae de los labios que archivo para más tarde.

—Mírame —le digo, haciendo eco de mi exigencia de antes—. Necesito verte.

Sus ojos se abren de golpe, fijándose en los míos. Lo que veo ahí me para el corazón. Confianza, completa y devastadora. Deseo sin reservas. Esperanza sin miedo. Confianza sin límites. Una combinación que se parece peligrosamente a lo que yo siento cada vez que la miro.

—Mike —susurra, y es pregunta y respuesta y plegaria todo a la vez.

El vibrador zumba entre nosotros, añadiendo capas de sensación a cada movimiento. Sophie marca el ritmo, toma lo que necesita, y

nunca he visto nada más hermoso que esto: Sophie Pearson persiguiendo su placer sin disculpas ni vacilaciones.

Cuando se corre, es con mi nombre en los labios y la cara enterrada en mi cuello. Todo su cuerpo se contrae a mi alrededor en oleadas que detonan mi propio clímax. El placer me arrasa con una fuerza demoledora, y agradezco el apoyo de la pared porque mis piernas han dejado de funcionar por completo.

—Joder —exhala Sophie contra mi garganta.

Consigo algo entre un gruñido y un gemido mientras la bajo con cuidado hasta que sus pies tocan el suelo, manteniéndole las manos en la cintura hasta que sus piernas parecen firmes. Cuando me mira, parece triunfante y satisfecha y absolutamente jodidamente destrozada, y me encanta.

—¿Estás bien? —Mi voz suena arrasada.

—Estoy... no sé. —Se ríe, brillante y genuina—. Eso ha sido increíble.

—¿Increíble bien o increíble «qué he hecho»?

—Definitivamente bien. —Me besa—. Aunque mis vecinos puede que tengan algo que decir.

—No has sido tan ruidosa. —Le aparto el pelo mojado de la cara.

—Mentiroso. —Pero está sonriendo esa sonrisa auténtica que le transforma toda la cara.

—Deberíamos secarnos antes de congelarnos.

Sonríe con malicia, y ese destello perverso le vuelve a los ojos.

—¿Y quién dice que he terminado?

veintiséis

SOPHIE

CUANDO MIKE EXTIENDE la mano para atraerme hacia él, se la detengo. Mis dedos tiemblan contra su palma, no por los nervios, sino por la necesidad abrumadora de corresponderle. De hacerle sentir aunque sea una fracción de la satisfacción profunda que todavía vibra en mi cuerpo.

—¿Qué haces? —Su voz baja una octava, ronca de interés renovado más que de confusión.

—Me toca a mí. —Empujo contra su pecho y él retrocede hacia la cama. La sorpresa que le cruza la cara envía una oleada de calor al fondo de mi vientre.

Sophie Pearson, tomando el mando en el dormitorio, empapada.

¿Quién lo habría predicho?

—La investigación de posgrado requiere experimentación práctica. —Las palabras me sorprenden a mí misma. Son seguras, casi sensuales. ¿Cuándo aprendí a hablar así?

Se ríe, el sonido vibrando a través de su pecho mientras lo empujo boca arriba.

—Entonces adelante, profesora. Estoy ansioso por contribuir a tus afanes académicos.

Trazo con la lengua el borde definido de su pectoral, y el sabor me hace salivar. Cada surco y plano de su abdomen merece una investigación exhaustiva.

Mi lengua cartografía el territorio mientras mis manos exploran las texturas contrastantes: vello áspero descendiendo desde su ombligo, piel suave tensada sobre músculo duro, cómo cede levemente cuando presiono los dedos en sus costados.

El vibrador morado reluce sobre las sábanas revueltas a nuestro lado. Una idea se forma, y mi pulso martillea contra las costillas. Mike me ha regalado tantas primeras veces esta noche. Me ha hecho sentir poderosa, deseada y completamente desinhibida.

Quizá pueda devolverle el favor.

Cuando mi mano se cierra alrededor del juguete, sus pupilas se dilatan hasta casi hacer desaparecer el marrón de sus iris.

—Sophie... —Su voz se apaga.

—¿Confías en mí? —El suave zumbido llena el espacio entre nosotros cuando lo acerco a su pecho, y de pronto el momento se carga.

Su brusca inhalación responde por él. Rodeo su pezón izquierdo con la punta vibrante, observando cómo se endurece hasta formar un pico tenso. Sus abdominales se contraen, creando sombras bajo la luz de la lámpara. El leve arco de su espalda, la forma en que sus dedos se aferran a las sábanas...

La electricidad me recorre las venas. Control real. No la confianza impostada que a veces finjo en el trabajo o en clase, sino el conocimiento embriagador de que estoy reduciendo a este hombre fuerte y seguro de sí mismo a jadeos y temblores musculares.

—¿Alguien alguna vez...? —La pregunta muere en mi lengua. Claro que alguien lo ha hecho. Es Mike. Dios del hockey, leyenda del campus, dueño de unos abdominales que hacen llorar a los ángeles.

Pero niega con la cabeza.

Y algo cálido y posesivo florece detrás de mi esternón.

Mío. Esto es mío para dárselo.

Deslizo el vibrador más abajo, siguiendo ese sendero oscuro de vello. La piel se le eriza, y cuando llego donde ya se está endureciendo otra vez —en serio, ese tiempo de recuperación—, el sonido que se le arranca de la garganta me llega directo al centro.

—Joder, Sophie.

—¿Bien o mal?

Mi mano se detiene.

—Bien. —Su voz se quiebra—. Jodidamente bien.

El estímulo me envalentona. Me acomodo entre sus muslos, y la posición me concede una vista intimidante de todo ese músculo esculpido y vulnerabilidad masculina. Pero en vez de replegarme a mi incertidumbre habitual, me siento... capaz. Segura. Las novelas románticas definitivamente subestimaron esta emoción en particular.

El vibrador zumba en mi mano derecha mientras me inclino y lo tomo en mi boca. Sal y almizcle me inundan los sentidos. La combinación de sensaciones —calor húmedo y vibración mecánica— le arranca un jadeo. Sus dedos se enredan suavemente en mi pelo. Sin exigir. Sin guiar. Solo... ahí. Conectados.

Con mi ex, esto era una obligación. Tres minutos de dolor de mandíbula mientras él yacía ahí sin reaccionar, dándome palmaditas en la cabeza de vez en cuando con todo el entusiasmo de quien acaricia a un gato dormido, avisándome antes de correrse porque los fluidos le daban asco.

¿Pero Mike?

Cada giro de mi lengua obtiene una reacción.

Una respiración entrecortada cuando ahondo las mejillas. Un gemido grave cuando lo tomo más profundo. Un muslo tembloroso cuando le paso los dientes suavemente por toda su longitud. Y todo el rato, el vibrador le recorre la cara interna del muslo y detrás de los huevos mientras mi boca sigue con su tarea.

—Sophie...

Alzo la vista a través de mis pestañas.

La pregunta debe ser evidente, porque asiente, abriendo más las piernas.

Rendición completa, absoluta.

Mi corazón amenaza con romperme las costillas de tanto latir. El lubricante de mi mesita de noche —gracias a Dios la Sophie del pasado no escatimó en el bueno— me cubre los dedos y el juguete. Con un cuidado infinito y probablemente demasiado lubricante, introduzco el vibrador en él.

El sonido que emite —crudo, desesperado, completamente desinhibido— no se parece a nada que haya oído del sereno y

seguro Mike Altman. Su espalda se arquea despegándose del colchón cuando inclino el juguete, encontrando ese punto del que he leído pero nunca tuve el valor de explorar.

—¿Esto es...?

Su mano busca la mía, entrelazando los dedos. El gesto lo dice todo, así que en respuesta muevo el juguete dentro de él mientras mi boca vuelve a su tarea. La coordinación que requiere me recuerda a aprender a conducir con palanca de cambios: torpe al principio, pero las recompensas...

Dios, las recompensas.

Cada sonido entrecortado.

Cada temblor a través de su cuerpo poderoso.

Cada vez que sus dedos se tensan en mi pelo, no exigentes sino desesperados.

Sophie Pearson, revolucionaria sexual.

Cuando lo llevo hasta el fondo de mi garganta mientras inclino el vibrador en el ángulo justo, todo su cuerpo se pone rígido. Cada músculo se bloquea, y lo sé...

—Sophie, voy a...

Aquí es donde siempre me retiraba antes. Donde terminaba con la mano mientras calculaba lo rápido que podría enjuagarme la boca después. ¿Pero esta noche? ¿Con este hombre que ha derribado cada muro que construí?

Le sostengo la mirada, intentando comunicar lo que mi boca ocupada no puede decir. La comprensión amanece en su expresión, seguida de algo que se parece peligrosamente a la adoración.

Su clímax llega con mi nombre rompiéndose en sus labios. Me quedo con él durante todo, aceptando este regalo tan íntimo. No porque tenga que hacerlo. No porque se espere de mí.

Porque con Mike, lo quiero todo.

La vulnerabilidad que exige, la confianza que se comparte... no se trata del acto físico. Se trata de elegir estar completamente presente con otra persona. Sin muros. Sin pretensiones.

Cuando retiro el vibrador con cuidado y trepo por su cuerpo, sus brazos me atraen hacia él de inmediato. Los dos respiramos en jadeos entrecortados. Su corazón martillea contra mi pecho.

—Dios —dice—. Sophie, eso fue...

—Lo sé.

Y es verdad. Mi cuerpo todavía vibra con el eco del control, de la conexión.

Una vulnerabilidad cruda reemplaza su expresión habitual de confianza.

—Dos primeras veces.

—¿Qué?

—Nadie nunca ha... ninguna de las dos cosas. Conmigo.

La confesión se deposita entre nosotros con el peso de un regalo. Mike Altman, de quien asumí que había experimentado todos los placeres posibles, guardó algo para mí. Para nosotros.

Trazo patrones perezosos en el vello de su pecho mientras una timidez repentina se cuela.

—¿Estuvo bien?

Una carcajada le estalla, pura incredulidad.

—¿Bien? Sophie, no sabía que mi cuerpo podía sentir eso. No sabía que yo podía...

—Bien. —La satisfacción tiñe mi voz, y siento una ligereza que no sentía en meses. Unos tres meses, de hecho—. Porque pienso repetirlo.

—Joder, gracias a Dios. —Me estrecha contra él hasta lo imposible—. Aunque puede que hayas roto algo. Dame un minuto.

—¿Solo un minuto? —Hago un puchero, fingiendo decepción—. Yo que creía que había causado una verdadera impresión.

Sonríe y me presiona los labios contra la sien. El gesto se siente más íntimo que todo lo que acabamos de hacer, y entonces me estrecha más de lo que creí posible.

—Las novelas románticas siempre se saltan esta parte —digo al fin, hiperconsciente de los distintos fluidos que se enfrían sobre nuestra piel—. La nada sexy limpieza.

—La realidad necesita mejores editores. —Pero no hace ningún movimiento para soltarme—. En un minuto.

Ninguno de los dos se mueve en varios más. Al final, mi cerebro práctico —el que pasó un semestre estudiando infecciones urinarias — gana la partida.

—¿Ducha?

—Guíame.

Llegamos al baño con una facilidad sorprendente. Sin buscar ropa torpemente ni esquivar miradas. Nos movemos el uno alrededor del otro como amantes de toda la vida, aunque solo llevamos una noche siendo lo-que-sea-que-somos.

El agua caliente me corre por la piel, arrastrando el sudor y la evidencia de nuestras actividades. Mike entra detrás de mí. Por un momento, simplemente existimos entre el vapor y la lluvia del agua. Entonces alcanza mi champú: el caro.

—¿Puedo? —La pregunta contiene una ternura inesperada.

Asiento, sin confiar en mi voz.

Sus dedos trabajan en mi pelo enredado con atención minuciosa. Cada movimiento deliberado, meticuloso. El simple acto de que me masajee el champú en el cuero cabelludo, trabajando cada mechón, sosteniendo mi peso mientras me deshago contra él, desenreda algo profundo en mi pecho.

—Sea lo que sea esto, me alegro de que lo estemos haciendo —murmura contra mi oído—. No sabes lo que me haces.

El agua me corre por la cara cuando echo la cabeza hacia atrás para verlo.

—Bastante segura de que acabo de recibir una demostración exhaustiva.

Esa sonrisa suave aparece en su cara, esa que estoy empezando a entender que es solo mía.

—Me refiero a todo. Cada parte.

Las palabras se forman antes de que pueda detenerlas.

—Me haces sentir capaz, Mike. Me haces sentir invencible.

Sus brazos se tensan.

—¿Qué?

Me giro en su abrazo.

—No porque vayas a encargarte de las cosas por mí. Porque crees que puedo manejarlas yo sola, pero que no siempre tengo que hacerlo.

Sus ojos buscan los míos. Veo mis propias emociones apenas controladas reflejadas ahí: miedo de lo rápido que avanza esto,

abrumada por la intensidad, la esperanza de que quizá sienta lo que estoy empezando a sentir.

—Sophie...

Mi nombre suena diferente en su boca ahora.

Cargado.

Importante.

Le presiono los dedos contra los labios.

—Sé que dijimos que lo resolveríamos, sea lo que sea esto. Pero después de esta noche... no puedo fingir que es casual.

Por un momento, solo me mira. Entonces se lanza hacia delante y me captura la boca en un beso que sabe a promesas y posibilidad y a cada cliché de comedia romántica del que me he burlado. Cuando nos separamos, los dos jadeamos.

El calor me sube por el cuello al pensar en lo que acabamos de hacer.

—Probablemente deberíamos hablar de esto. Decidir qué somos...

—¿Sophie?

—¿Sí?

—Deja de pensar.

Y por una vez en mi vida, lo hago.

veintisiete

SOPHIE

LA HORA punta de la mañana en Campus Grind me golpea de lleno: el calor del vapor del espresso mezclándose con el frío de la puerta que no para de abrirse, el café molido amargo y el sirope de vainilla creando ese olor particular a desesperación y esperanza que define las mañanas universitarias.

Por primera vez desde que me mudé aquí, se siente como un hogar.

Y no tiene nada que ver con el café y todo que ver con Mike.

La fila serpentea casi hasta la puerta, todos aferrados a sus teléfonos y con pinta de estar dispuestos a cometer crímenes relacionados con el café. Doy saltitos sobre la punta de los pies, mi propio teléfono quemándose en el bolsillo, pero por una vez no estoy revisando las constantes de mi madre ni el horario de Hazel. En cambio, me pregunto si Mike ya se habrá despertado. Tenía...

—Vale, ¿qué le pasa a tu cara? —La voz de Maya corta mis pensamientos.

Entrecierro los ojos. —¿Qué le pasa a mi cara?

—Está haciendo esto... —Agita la mano vagamente en mi dirección—. Estás toda radiante y rara.

Maya me observa durante tanto tiempo que, cuando la fila avanza, ella no se mueve. Puedo sentir cómo me cataloga como si estuviera haciendo triaje con una paciente particularmente difícil,

decidiendo si algo se puede salvar. Entonces abre la boca en un grito ahogado tan dramático que varias cabezas se giran.

—Dios mío. Estás contenta. Contenta de verdad. No contenta de borracha ni contenta de acabo-de-clavar-un-examen. Esto es... —Su voz sube hasta convertirse en un chillido—. ¡Esto es contenta de sexo!

—¡Maya! —siseo, agarrándola del brazo, justo cuando el tío delante de nosotras se gira con un interés evidente.

—No me vengas con «Maya». Andas flotando por ahí toda... —Gesticula frenéticamente—. Hasta tu pelo se ve diferente. Con más rebote. Eso es claramente pelo de sexo.

—Mi pelo no está...

—Es totalmente pelo de sexo. —Me agarra de los hombros, prácticamente vibrando—. ¿Por fin dejaste de darle mil vueltas a todo y te tiraste otra vez al buenorro del hockey?

El tío interesado me dedica un pulgar arriba entusiasta. Lo fulmino con la mirada hasta que se da la vuelta, pero mi cara me sigue traicionando con esta sonrisa estúpida que no puedo controlar. Quiero que me trague el suelo de linóleo gastado.

Pero también...

Quiero contárselo todo. Porque por primera vez en una eternidad, tengo algo bueno que compartir. Algo que no tiene que ver con horarios de medicación, ni con las actividades de una niña de ocho años, ni con la carga aplastante de mis asignaturas. Es algo que es solo mío.

—Está bien —murmuro, y la palabra me sabe extraña y dulce—. Sí, Mike y yo estamos juntos.

El chillido de Maya podría romper cristales. —¡LO SABÍA! ¿Cuándo? ¿Cómo? ¡Detalles! ¿Es tan bueno como parece? Porque parece que sería muy...

—Somos los siguientes —interrumpo desesperada, empujándola hacia el mostrador, donde un estudiante medio dormido espera para tomarnos el pedido.

Pero mientras pedimos —mi café habitual capaz de provocar diabetes más uno solo para papá—, la sonrisa vuelve a asomar,

porque Maya tiene razón. Estoy estúpida, ridícula y aterradoramente feliz.

—Necesito todos los detalles —exige Maya otra vez mientras esperamos, sin caer ni por un segundo en mi rutina de disimulo y evasión—. ¿Cuándo pasó?

—El sábado. —Me apoyo en el mostrador de recogida, el falso mármol fresco bajo mis palmas—. Pasó el día con Hazel y conmigo.

—¿Fue a una salida familiar? ¿Con la hermana que proteges como si fuera secreto de estado? —A Maya se le desencaja la mandíbula—. ¿Pero quién eres tú?

—Ya lo sé. —Las palabras me salen con asombro, como si yo misma todavía estuviera procesándolo—. Ha sido tan paciente. Sin presionar nunca, siempre dejándome marcar el ritmo...

—Sí...

—Y el sábado por la noche, después de dejar a Hazel...

Me quedo en silencio, perdida en el recuerdo de sus manos, su boca, la forma en que susurraba mi nombre como si fuera una oración. Y las repeticiones, todos los días desde entonces, y la mayoría de los días más de una vez.

—¡Sophie Pearson, te estás poniendo roja! —Maya se abanica—. Esto es precioso. Te mereces que alguien te folle todo el estrés hasta sacártelo del cuerpo.

—Me trajo Pop-Tarts a las dos de la mañana durante el infierno de estudio para las rotaciones clínicas —admito—. Cuatro cajas de Wild Berry.

—Cásate con él.

—También hace el peor café que he probado en mi vida, pero jura que su método de preparación es revolucionario.

—Olvidalo, huye.

—Y cuando estamos en la cama, me traza patrones en la piel, como si estuviera escribiendo mensajes secretos...

—Vale, cástate con él otra vez. —Maya se lleva las manos al pecho—. Dios, mírate. Brillando como un faro recién follado. Nunca te había visto así.

Tiene razón. Estar con Mike es como estar al borde de algo inmenso y desconocido, solo que en vez de quedarme paralizada por

el precipicio, quiero saltar y volar con él.

—¡Dos cafés para Sophie! —grita la barista—. ¡Invita la casa, porque a alguien le están dando lo suyo!

Agarro ambos vasos con la cara en llamas. —Luego te mato, pero tienes suerte de que llevo prisa.

Maya me envuelve en un abrazo incómodo haciendo malabares con los cafés. —Me alegro mucho por ti, Soph. Te mereces todos los Pop-Tarts y todo el café horrible del mundo.

El camino hasta el centro deportivo me da demasiado tiempo para pensar. El aire fresco me muerde las mejillas, las hojas crujen bajo mis pies; todo más nítido, más brillante, como si alguien hubiera ajustado el contraste del mundo. Esta ligereza extraña en el pecho que estoy empezando a reconocer como satisfacción no para de expandirse.

Los últimos días se difuminan en una bruma de primeras veces: despertar enredada en las sábanas de Mike, sus canciones espantosas bajo la ducha, la forma en que me mira como si fuera algo valioso. Todo ha sido maravilloso, fácil y cálido, aunque todavía no hayamos definido exactamente qué es esto.

Y el sexo...

Maya no se equivocaba con lo de brillar.

Pero son los momentos tranquilos los que me pillan desprevenida. Sus chistes horribles que me hacen reír a mi pesar. Cómo de verdad escucha cuando me pongo a divagar sobre cosas de enfermería, incluso las partes asquerosas. La forma en que ha aprendido que necesito silencio absoluto durante exactamente diez minutos después de despertar antes de poder articular palabra.

He pasado años construyendo muros, convenciéndome de que no tenía tiempo para relaciones, de que depender de alguien significaba prepararme para el abandono. Pero Mike no asaltó mis defensas. Simplemente... siguió apareciendo con su sonrisa torcida hasta que dejé de poder imaginar mis días sin él.

El centro deportivo se siente diferente hoy. Este también es el mundo de Mike, me doy cuenta. Otra pieza suya que estoy

aprendiendo. Así que, mientras recorro los pasillos camino al despacho de papá, me fijo en las fotos de equipo, localizo a Mike un par de veces y sonrío. Y cuando llego a la puerta de mi padre, llamo suavemente antes de entrar.

Levanta la vista del ordenador, un destello de sorpresa cruzándole la cara. —¿Sophie? ¿Todo bien? ¿Se me ha olvidado algo con Hazel?

—Todos bien, papá. —Levanto el café extra como una ofrenda de paz—. Solo pensé que te vendría bien cafeína.

Su expresión cambia a algo que no logro descifrar. —¿Me has traído café? ¿Así, porque sí?

—Concepto revolucionario, lo sé. —Me acomodo en la silla de visitas—. Se me ocurrió que podíamos hablar. Ya sabes, una conversación que no implique coordinar horarios.

Me mira un segundo de más. —Eso... me gustaría mucho.

El silencio se alarga, los dos aparentemente habiendo olvidado cómo interactúan las personas normales. ¿Cuándo fue la última vez que hablamos de algo que no fuera logística o gestión de crisis? ¿Cuándo fue la última vez que hablamos en absoluto desde que empezó nuestra Guerra Fría?

Se aclara la garganta. —¿Cómo van las clases?

—Bien. Agotadoras, pero bien. —Doy un sorbo al café—. ¿Cómo va el equipo?

Y de repente somos simplemente un padre y una hija otra vez. Se le transforma toda la cara cuando se lanza a analizar partidos, los ojos brillándole con la pasión que lo convirtió en un gran entrenador. Normalmente desconecto cuando se habla de hockey, pero hoy me inclino hacia delante, genuinamente interesada.

—Y Mike —dice, abriendo un vídeo en el ordenador—. Tiene un instinto que no se puede enseñar. Mira esta jugada del entrenamiento de ayer.

Algo me aletea en el pecho mientras veo a Mike en pantalla. Se mueve de otra forma sobre el hielo —pura potencia controlada y concentración absoluta, leyendo jugadas antes de que se desarrollen—, y esta es otra versión de él, una que aún estoy descubriendo.

—La lesión podría haber acabado con él —continúa papá—. La mayoría de los jugadores nunca se recuperan del todo mentalmente. Pero Mike la usó para crecer. Eso es raro. Eso es alguien especial.

Alguien especial.

De pronto, esas palabras me aterran un poco: lo especial que se ha vuelto, lo rápido que ha sido. Porque ¿qué demonios pasa cuando lo especial se convierte en esencial? ¿Cuando no puedo imaginar las mañanas sin su café espantoso o las noches sin su calor a mi lado?

—También ha sido muy bueno para la moral del equipo. Sabe cuándo apretar y cuándo aflojar. Sabe que el verdadero liderazgo consiste en entender a las personas.

Hay peso en sus palabras, capas debajo del análisis de hockey. Mi padre entrenó al chico que me destrozó en el instituto. Sabe por qué los deportistas se convirtieron en campos de minas en mi vida, por qué pasé años cruzando de acera para evitar chaquetas del equipo.

Abre el cajón de su escritorio y saca papel de periódico doblado: el crucigrama del sábado de nuestro periódico local, que sigue llegando aquí aunque estemos a varios estados de distancia. El olor familiar de la tinta de periódico me golpea, y de repente tengo doce años otra vez, antes de que todo se complicara.

—Viejas costumbres —murmura, desplegándolo entre nosotros.

Se me cierra la garganta, ese dolor peculiar de cuando las lágrimas amenazan. Los sábados por la mañana antes de que el hockey lo devorara todo, antes de que mamá enfermara, antes de que aprendiera a tener miedo de depender de alguien. Solo nosotros dos, crucigramas compartidos y un silencio cómodo. El ritual que perdimos en algún lugar entre el diagnóstico y ahora.

—El siete horizontal es «eterno» —digo, con la voz ronca—. Se cruza con el doce vertical.

Caemos en el ritmo de siempre: él golpeando el lápiz contra los dientes (sigue siendo la misma marca, Dixon Ticonderoga número dos), yo mordiéndome el labio inferior. Durante veinte minutos no somos cuidadores agotados haciendo malabares con horarios imposibles. Solo somos nosotros, conectados por papel de periódico y juegos de palabras horribles.

—He echado esto de menos —dice mientras rellenamos la última casilla.

—Yo también.

Deja el lápiz y se gira para mirarme de frente. —Sophie, sobre lo tuyo con Mike.

Se me tensa la espalda. —Papá...

Sonríe. —Me lo crucé ayer en la tienda del campus. Comprando Pop-Tarts.

Dios, esta conversación no. —¿A lo mejor simplemente le gustan los Pop-Tarts?

—Impongo estándares nutricionales estrictos durante la temporada.

—¿Y? —digo, con la esperanza de que no haya conectado los puntos.

—Ningún jugador mío se arriesga a provocar mi ira por comida basura a menos que... —deja la frase en el aire.

—¿A menos que sean idiotas?

—A menos que estén enamorados.

Enamorados.

La palabra queda suspendida entre nosotros, demasiado grande para este despacho estrecho lleno de grabaciones de partidos y trofeos viejos. El pulso se me tropieza y luego se acelera. Amor. No «me gustas», no encaprichamiento, no solo sexo increíble. Amor. Lo que he pasado tres años evitando porque amor significa necesitar a alguien y necesitar a alguien significa...

—Papá, acabamos de empezar...

—No para de mirar el teléfono durante los entrenamientos, que debería ser motivo para dejarlo en el banquillo, pero... —Su mano cubre la mía sobre el escritorio, callosa y familiar—. También veo lo feliz que estás, y me alegro. Has cargado con el mundo durante mucho tiempo, cariño. Es bueno verte vivir tu propia vida.

Las lágrimas me pinchan los ojos. —Gracias, papá.

—Ese chico es de los buenos. Y no sonreías así desde hacía años.

Rodeo el escritorio y lo envuelvo en un abrazo, respirando Old Spice, café y seguridad. Y, por un instante, vuelvo a tener ocho

años, a salvo en los brazos de mi padre, antes de aprender que querer significaba vulnerabilidad y dolor.

Pero quizá Mike me está enseñando algo diferente.

Que hay personas que se quedan.

Que hay riesgos que merecen la pena.

Que la felicidad no tiene por qué ser temporal.

—Gracias —susurro—. Por todo.

—Siempre, Fee. Te mereces ser feliz.

veintiocho

MIKE

LA SALA de medicina deportiva me golpea con esa misma combinación nauseabunda —desinfectante de alcohol penetrante mezclado con el olor a látex y goma de la cinta deportiva— a la que me acostumbré el año pasado.

Solo que el año pasado, venir aquí significaba horas machacando ejercicios que me hacían llorar los ojos, las manos cuidadosas del doctor Morges manipulando mi tobillo inútil, la humillación de necesitar ayuda para caminar.

Ahora es solo otro consultorio médico, quizá con mejor equipamiento, y cuando me dejo caer sobre la camilla, el vinilo chirriando bajo mi peso, lo único en lo que puedo pensar es en el mensaje de Sophie brillando en la pantalla de mi teléfono:

Si traes otra caja de Pop-Tarts a casa, voy a organizar una intervención.

Mis pulgares vuelan por la pantalla.

Te encanta. Admítelo.

Tres puntos pulsan de inmediato.

¿Los Pop-Tarts o tú?

La sonrisa se apodera de mi cara antes de que pueda evitarlo.

Los dos, obviamente.

Más puntos bailan en la pantalla.

Los Pop-Tarts están en la cuerda floja. Tú eres... tolerable.

Estoy escribiendo una respuesta cuando el doctor Morges entra, el mismo portapapeles, la misma sonrisa alentadora que me impidió abrir agujeros en las paredes durante lo peor de la rehabilitación.

—¡Mike! —Deja el portapapeles y cruza los brazos—. No cojeas, no vienes con cara de pocos amigos, así que, ¿los extraterrestres secuestraron a mi paciente o qué?

—Muy gracioso. —Me guardo el teléfono—. Solo amenacé con asesinar las bandas elásticas, no a personas reales.

—Las bandas elásticas presentaron una orden de alejamiento. —Me indica que me ponga de pie—. Veamos cómo va ese tobillo.

La rutina se despliega con precisión practicada: equilibrios sobre una pierna que antes me hacían temblar, elevaciones de talón que alguna vez me arrancaron lágrimas que jamás admitiría, ejercicios de resistencia que me hacían querer dejar el hockey para siempre. Ahora mi tobillo ejecuta cada movimiento con fluidez, casi lucéndose ante su antiguo torturador.

—El rango de movimiento es excelente. —Sus dedos palpan la articulación. Ningún dolor, ni siquiera una punzada—. Sin inflamación, sin compensar. ¿Estás haciendo los ejercicios en casa?

—Todos los días.

Es casi verdad. Los hago cuando me acuerdo. Cuando mis mañanas no empiezan con el pelo de Sophie desparramado en mi almohada y su mano tibia sobre mi pecho. Pero él lo deja pasar, tragándose mi mentira, y me pone a hacer saltos y movimientos laterales que el año pasado me habrían dejado sin aliento. Mi cuerpo responde a la perfección.

—La fuerza está mejor que antes de tu lesión. —Sueno genuinamente impresionado—. El entrenamiento cruzado realmente dio resultados.

—Sí, ¿quién iba a decir que el yoga me haría mejor defensa? —Me subo de nuevo a la camilla—. Aunque todavía no puedo ponerme el pie detrás de la cabeza.

—Por favor, no lo intentes. —Morges suelta una carcajada larga—. No quiero verte de vuelta aquí.

Acerca su taburete con ruedas, la señal universal de los médicos para las conversaciones serias.

—¿Cómo va la temporada?

—Genial. —La palabra sale demasiado rápida, demasiado brillante—. Llevamos una racha de seis victorias. He tenido al menos un punto en cada partido. Ojeadores en cada partido de local...

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, huecas y ensayadas.

—Todo eso es muy impresionante. —Inclina la cabeza, esperando—. Pero te pregunté cómo crees *tú* que va.

La sala de examen se encoge. Las luces fluorescentes zumban más fuerte.

—¿Qué quieres decir? Acabo de decirte...

—El año pasado por estas fechas, me habrías dado porcentajes de tiro desglosados por periodo. Comparativas de tiempo en hielo. Estadísticas de plus-minus ordenadas por rival. —Su voz se mantiene suave, curiosa—. Una vez me preguntaste si podías graficar tus métricas de recuperación mientras dormías.

—Era una pregunta legítima.

—No lo era. —Sonríe—. Ahora me estás dando titulares. ¿Qué cambió?

Considero la respuesta. Todo. Nada. El hockey todavía importa —Dios, importa— pero en algún punto del camino, después de conocer a Sophie y estar con ella, los bordes de esa necesidad se han suavizado.

—Cosas de la vida —logro decir al fin—. Equilibrio.

Sus cejas se elevan.

—¿Equilibrio? ¿Tú?

Se ríe, pero hay algo más en su expresión. Orgullo, tal vez.

—La verdad —dice—, un amigo mío dirige un programa de movilidad de élite. Tres sesiones por semana, dos horas cada una, perfecto para alguien que va a ser profesional.

Los números me golpean de lleno. Seis horas por semana. Más el trayecto. Eso son las noches de películas de los martes con Sophie. Las sesiones de estudio de los jueves en las que ella lee casos médicos espeluznantes mientras yo juego con su pelo. Las mañanas de sábado en las que intentamos hacer el desayuno y básicamente solo hacemos un desastre.

Hace seis meses, me habría apuntado antes de que terminara la frase. Habría reestructurado todo, calculado el porcentaje de aumento en mi probabilidad de ser seleccionado en el draft y cuánto más me habría ganado en mi primer contrato en la NHL. Pero ahora...

—¿Puedo pensarlo?

Las palabras nos sorprenden a ambos.

El doctor Morges parpadea, y luego su expresión se suaviza en algo cómplice.

—Por supuesto. —Me observa—. Pareces diferente, Mike. Más tranquilo. Más feliz.

—Retomé la meditación. —La mentira me sale disparada—. Después de que dijiste que la dejé demasiado pronto.

—¿En serio? —Su tono dice que me está siguiendo la corriente, porque sabe que *ese* experimento duró una semana—. ¿Cómo te va con eso?

—Oh, ya sabes. Muy... meditativo. —*¿Qué demonios es la meditación, de todas formas?*—. Mucho respirar. Enfocarse en el presente. ¿Om?

Se ríe de verdad.

—Mike, eres el peor mentiroso que he conocido en mi vida.

—Está bien. Me quedaba dormido. Todas las veces.

—Entonces, ¿qué cambió realmente? —Se recuesta, genuinamente curioso ahora—. Porque algo cambió.

La verdad pesa en mi lengua. ¿Cómo explico que Sophie hace chistes malísimos durante las películas de terror? ¿Que Lea y yo pasamos el fin de semana pasado fracasando espectacularmente en el minigolf? ¿Que los estúpidos retos de Mario Kart de Maine importan tanto como los porcentajes de superioridad numérica? ¿Que las cosas nuevas me emocionan tanto como el hockey?

—¿Recuerdas que dijiste que debería encontrar cosas fuera del hockey? —Mi voz sale más áspera de lo que pretendía—. Pues lo hice. Cerámica, clases de baile, lecturas de poesía, escalada con niños de ocho años. Soy terrible en todo, lo cual es bastante agradable, la verdad.

—No necesitar ser el mejor en todo es crecimiento. —Su aprobación calienta algo en mi pecho—. Eso es enorme para ti.

—Y conocí a alguien —digo, las palabras saliéndome antes de poder detenerlas.

—Ah. —Su sonrisa se vuelve cómplice—. Eso explica lo del teléfono.

—¿Era tan obvio?

—Lo has mirado cuatro veces desde que mencioné el programa de movilidad.

El calor me inunda la cara.

—Tiene un examen la semana que viene. La estoy... apoyando.

—Seguro que es solo eso. —Pero sus ojos son amables—. Mike, he trabajado con cientos de atletas. Los que perduran, los que tienen carreras y vidas de las que están orgullosos, descubren que hay más en la vida que su deporte, y que no tiene nada de malo ser feliz.

—Pero ¿y si enfocarme en otras cosas significa que pierdo mi oportunidad? —El miedo que llevo semanas tragándome se desborda—. ¿Y si estoy sacrificando la NHL por...?

—¿Por la felicidad? —Se pone de pie—. Déjame preguntarte algo. Si solo pudieras tener una cosa, la NHL o esta vida que estás construyendo, ¿cuál elegirías?

La respuesta debería ser automática. El hockey ha sido mi religión desde que pude sostener un palo. La NHL no es solo un sueño; es el único sueño que alguna vez importó. Pero, como la noche en el bar con Maine, de repente *no* se siente como todo lo que quiero.

En cambio, pienso en Sophie robándome el café esta mañana, y en lo ofendido que estuve por la cantidad de azúcar que le echó. En su baile de victoria cuando por fin entendió algún concepto complicado de enfermería. En despertar emocionado por razones que no tienen nada que ver con tiempo en hielo o informes de ojeadores.

—No lo sé. —Reconocerlo arranca algo dentro de mí—. Ahora no.

—Bien. —Me palmea el hombro—. ¿El hecho de que ya no sea automático? Eso se llama madurar, Mike. Sigue haciendo tus

ejercicios, sigue jugando con todo, y sigue haciendo tiempo para lo que sea que te está poniendo esa sonrisa en la cara. Lo demás se resolverá solo.

Me bajo de la camilla y me acompaña a la puerta, terapia física barra mental terminada por hoy. Y cuando estoy afuera, mi mente da vueltas a las implicaciones de esa pregunta.

El viejo Mike tenía una sola configuración: hockey. Cada decisión pasaba por el filtro de cómo afectaba mi juego, mis estadísticas, mi oportunidad de llegar a profesional.

Este Mike: está calculando si seis horas de entrenamiento de movilidad compensan perder tiempo con Sophie.

Y, justo en ese momento, mi teléfono suena cuando empujo las puertas de salida. El nombre de Sophie ilumina la pantalla.

—Creía que estábamos escribiéndonos —contesto, ya sonriendo.

—Así era, pero luego me di cuenta de que necesitaba oír tu voz para transmitir mi horror como es debido. —Su respiración es rápida, de pánico, no de esfuerzo—. Maya acaba de informarme de que hay un evento social obligatorio de la escuela de enfermería el viernes que viene. Con baile, Mike.

—¿Y?

—Pues que no bailo. Especialmente no bailo delante de los profesores que me califican. —Su voz sube de tono—. Es un desastre.

El pánico en su voz me aprieta algo en el pecho.

—Podría ir contigo. Si quieres.

—¿A mi evento social de la escuela de enfermería?

—Claro. Seré tu protección antidanza. Si alguien intenta hacerte bailar, lo reto a un duelo de baile.

—Es el peor plan que he escuchado en mi vida. —Hace una pausa, y su voz se suaviza—. ¿De verdad vendrías a un aburrido evento de enfermería por mí?

—Sophie, haría cosas mucho más vergonzosas que colarme en un evento social de enfermería por ti.

Su risa llena el estacionamiento, brillante y real.

—OK. El viernes. Es una cita. Pero si de verdad intentas enseñarme el two-step o lo que sea, termino contigo.

—¿Estamos saliendo? —la provoco—. Nadie me avisó. Me habría puesto mejor ropa interior de haberlo sabido...

Cuelga, pero sé que está sonriendo. Siempre lo sé.

Y de pronto, un evento social de enfermería con ella suena genial.

El doctor Morges lo llamó equilibrio.

Pero yo lo llamo todo.

veintinueve

SOPHIE

MI REFLEJO en el espejo del baño parece más preparado para enfrentarse a un pelotón de fusilamiento que para asistir a un evento social de la facultad de enfermería.

—Es solo un baile —le digo—. Delante de profesores que determinan las asignaciones clínicas y podrían juzgar tu capacidad para interactuar con seres humanos...

No parece convencida.

El vestido que Maya insistió en que comprara cuelga detrás de mi puerta: azul marino, lo bastante profesional para el profesorado, con un escote que reconoce que tengo pulso. He cambiado de opinión sobre ponérmelo diecisiete veces en la última hora, pero el zumbido de mi teléfono me salva de la decimoctava.

Mike:

A cinco minutos. ¿Llevo una espada para espantar a tus admiradores?

Le contesto:

La única pelea será entre yo y mis ganas de fingir una emergencia médica.

Su respuesta llega al instante:

Por favor, no. Ya le dije a Maine que le llevaría sobras del catering elegante.

El hecho de que ya esté planificando el reparto de aperitivos post-fiesta para sus compañeros de equipo me llena de calidez. La mayoría de los tíos se quejarían de tener que ir al evento laboral de su novia. Mike lo trata como una aventura.

Novia.

La palabra todavía me sorprende a veces. Un regalo que no estoy segura de merecer.

Me pongo el vestido antes de que tanto darle vueltas me descarrile por completo. La tela se desliza sobre curvas que Mike ha memorizado hace poco con sus manos, y mi piel se eriza con el recuerdo de anoche. Cómo me presionó contra la puerta de mi departamento en cuanto entramos, cómo sus dedos trazaron caminos que todavía queman...

Concéntrate, Sophie. Evento profesional. Profesores. Contactos.

El timbre me salva de esa espiral en particular. Cuando abro la puerta, mi cerebro se detiene. Mike en vaqueros y camiseta Henley me devasta a diario, pero verlo con una chaqueta gris marengo sobre una camisa blanca impecable debería ser ilegal en al menos treinta y siete estados.

—Hola. —La palabra sale vergonzosamente jadeante.

Sus ojos recorren lentamente desde mis tacones hasta mi cara.

—Estás...

—¿Como alguien que tiene plancha?

—Increíble. Aunque tus habilidades con la plancha también son notables. —Entra—. Te he traído algo.

Miro con recelo la bolsa pequeña que lleva en la mano.

—Si es alcohol para ayudarme a sobrevivir esta noche, me caso contigo.

—Mejor. —Saca un paquete de bolígrafos de colores, los caros, de punta fina, esos que codicio cada vez que paso por la librería del campus.

Me quedo mirándolos. Son exactamente lo que necesito pero nunca me compraría, porque la librería cobra precios delictivos.

—Mike...

—¿Demasiado friki? Puedo cambiarlos por flores o...

Lo beso. Fuerte. Lo que empieza como gratitud se enciende rápido en algo más cuando su mano encuentra mi cintura y de pronto estoy pegada a él, los bolígrafos olvidados. Mis manos se deslizan bajo su chaqueta, buscando piel, desesperadas por más contacto, y...

—Sophie. —Se aparta, respirando con dificultad—. Vamos a llegar tarde.

—¿Sería tan terrible?

Se ríe.

—Sí, porque te pasarías toda la noche sintiéndote culpable.

Ya me conoce demasiado bien.

—Está bien. Pero me debes una.

—Cobraré esa deuda más tarde.

Me ofrece el brazo y salimos a la fresca noche de octubre. El centro estudiantil está a solo diez minutos a pie, pero Mike insiste en llevarme en coche por los tacones. Me abre la puerta, espera hasta que estoy acomodada y luego rodea el coche hasta el lado del conductor. Un gesto tan pequeño, pero algo tenso en mi pecho se afloja.

—Entonces, ¿qué pasa exactamente en un evento social de la facultad de enfermería? —pregunta mientras conduce—. ¿Competiciones de tipificación sanguínea? ¿Carreras de inserción de vías?

—Básicamente nos quedamos de pie hablando de nuestras marcas favoritas de gasa mientras fingimos que el ponche no está mezclado con decepción.

—Fascinante.

—Ya lo creo. El año pasado alguien sugirió jugar a las charadas usando solo terminología médica. La fiesta casi se amotina.

—Rebeldes. —Me lanza una mirada—. ¿A cuántas de estas has ido desde que llegaste?

—Esta es la tercera. Me salté una porque... —Porque mamá estaba teniendo un mal día y me necesitaba.

La mano de Mike encuentra la mía sobre la consola.

—Porque tenías otras prioridades. Eso no es un delito.

—¿No lo es? Todos los demás se las arreglan para equilibrar...

—Son mejores escondiendo sus problemas. —Su pulgar acaricia mis nudillos—. Maine lleva tres semanas sin lavar la ropa porque entre el hockey y su nuevo trabajo literalmente no tiene tiempo. Rook suspendió el parcial de estadística porque estaba ayudando a su madre con la mudanza. A todos se nos caen cosas, Sophie.

Estudio su perfil a la luz intermitente de las farolas: la línea afilada de su mandíbula, cómo su pelo oscuro se riza ligeramente en el cuello de la camisa.

—¿Cuándo te volviste tan sabio?

—En algún punto entre mi espectacular crisis mental del año pasado y mi tercer desastre en la clase de cerámica. —Entra en el estacionamiento del centro estudiantil—. Aviso justo: voy a avergonzarte esta noche seguro, pero ¿hay algo específico que deba evitar?

—Maya te va a interrogar. A fondo. Lleva recopilando preguntas desde la noche del karaoke.

—Puedo con Maya.

Últimas palabras famosas, pero su confianza me encanta de todos modos. Y al salir del coche, me tambaleo sobre los tacones a los que no estoy acostumbrada. La palma de Mike encuentra inmediatamente la parte baja de mi espalda, estabilizándome. El calor de su tacto a través de la tela fina pone en alerta cada terminación nerviosa.

El salón del centro estudiantil se ha transformado con serpentinas azul marino y plateadas, mesas redondas con centros de mesa que definitivamente representan el sistema circulatorio si has bebido suficiente ponche. Los profesores se agrupan cerca de la barra mientras los estudiantes se apiñan en las esquinas, ocultando mal sus petacas.

—¡Sophie! —Maya se materializa con un vestido rojo que haría parecer una boca de incendios a cualquier otra persona, pero que ella lleva con total dominio—. ¡Y el famoso Mike!

Mike extiende la mano.

—Me alegro de verte otra vez.

Maya ignora el apretón de manos y le da un abrazo.

—Cualquier hombre capaz de sacar a Sophie de su cueva de estudio merece más que un apretón de manos.

Le lanzo una mirada que ignora alegremente.

—Venga, todo el mundo se muere por conocerte. —Enlaza su brazo con el mío, arrastrándonos de hecho hacia un grupo de mis compañeras de clase.

Los siguientes veinte minutos se difuminan en una sucesión de presentaciones. Mike las maneja con una gracia sorprendente, haciendo preguntas genuinas sobre especialidades y rotaciones. Cuando Priya menciona sus prácticas de pediatría, él comparte una historia sobre su hermana rompiéndose el brazo a los siete años.

—¿Te acuerdas de la enfermera de tu hermana de hace dieciséis años? —pregunta Priya, atónita.

—Hacía mariposas de origami con depresores linguales mientras esperábamos al traumatólogo. —Su sonrisa se vuelve tierna—. Lea todavía tiene una por algún sitio.

Lo observo cautivando a mis compañeras y algo se mueve dentro de mí. Está genuinamente interesado en mi mundo, haciendo preguntas de seguimiento y recordando nombres. La culpa que había enterrado antes resurge; debería esforzarme más por entender su mundo, aprender las reglas del hockey más allá de «el disco entra en la portería».

Entonces su mundo irrumpe en el mío.

—¡ALTMAN! —La voz de Maine retumba por todo el salón—. ¡Mira qué sorpresa encontrarte aquí, precisamente!

Mike gime.

—Por favor, dime que Rook no...

—Lo siento, no puedo confirmar ni desmentir. —Reprimo una sonrisa mientras los dos jugadores de hockey se acercan.

—Solo pasábamos por aquí —anuncia Maine al grupo— y pensamos en echarle un vistazo al panorama enfermero. Estoy considerando un cambio de carrera.

—Te desmayas al ver sangre —señala Mike.

—Detalles. —La atención de Maine se desplaza hacia las mujeres—. Señoritas, soy Maine. Quizá recuerden mi estilo vocal de la noche del karaoke.

—Dios mío, ¿eras tú cantando «Total Eclipse of the Heart»? —Keiko se ríe—. ¡Fue horrible!

—Memorablemente horrible —corrige Maine con un guiño—. Es una distinción importante.

Mientras tanto, Rook se acerca a Maya.

—Tu vestido es muy... rojo.

—Tu chaqueta parece estar soltando purpurina —observa Maya, poniendo los ojos en blanco.

—Es para romper el hielo. —Tira de una lentejuela—. ¿Funciona?

Arrastro a Mike hacia la barra.

—¿Los invitaste tú?

—Rotundamente no. Pero Maine tiene un sexto sentido para la comida gratis y el caos potencial.

—Tus amigos son...

—¿Ridículos? ¿Vergonzosos? ¿Capaces de robar material médico?

—Iba a decir refrescantes.

Parece genuinamente sorprendido.

—¿En serio?

—Mike, paso la mayoría de las noches con personas que recitan interacciones farmacológicas como entretenimiento. Tus amigos son maravillosamente normales en su anormalidad.

—Nadie ha llamado a Maine maravilloso en nada jamás. —Sirve ponche en dos vasos con el cucharón—. Pero aviso: va a intentar ligar con todo lo que tenga pulso.

—Maya puede con él. Una vez hizo llorar a un tío usando solo terminología médica.

La risa de Mike atrae la atención de la profesora Mahoney. Se acerca con el paso decidido de alguien que ha acorralado a una presa nueva. Se me tensa el pecho, porque ella fue quien asignó el estudio de caso sobre esclerosis múltiple que me provocó el ataque de pánico, y ha estado un poco rara conmigo desde entonces.

—¡Señorita Pearson! —Su sonrisa se afila—. ¡Qué alegría verla aquí!

—Profesora Mahoney. —Fuerzo una sonrisa—. Le presento a Mike Altman.

Alza las cejas.

—No sabía que siguieras el deporte, Sophie...

—No lo sigo. —La admisión escuece con esa culpa ya familiar—. Pero sigo a Mike.

Las palabras se escapan antes de que pueda censurarlas. Mike me aprieta la mano con suavidad mientras la profesora Mahoney nos estudia con intensidad clínica.

—Pareces diferente últimamente, Sophie.

Se me acelera el pulso.

—He estado probando nuevas técnicas de gestión del estrés.

—Sea lo que sea lo que estés haciendo, sigue así. Tu último análisis de caso mostró verdadera perspicacia.

Se aleja para aterrorizar a otros estudiantes. Exhalo despacio, sin haberme dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

El pulgar de Mike traza círculos en mi muñeca.

—¿Estás bien?

—Se ha dado cuenta. De que soy diferente.

—Diferente para bien.

El DJ cambia de música de ascensor a algo con ritmo de verdad. Maine inmediatamente comienza lo que solo puede describirse como un manoteo agresivo cerca de la pista de baile, atrayendo las miradas de todos en un radio de seis metros.

—¿Está teniendo una emergencia médica? —pregunto.

—Ese es su ritual de apareamiento. Deberíamos prob...

—¡Sophie! —Maya aparece—. ¡Están poniendo música de verdad!

Nos arrastra hacia la pista de baile, donde se ha reunido un número sorprendente de mis compañeras. Incluso algunos profesores se balancean torpemente cerca de los bordes, claramente calculando los riesgos profesionales del ritmo.

Mike me levanta una ceja.

—¿Segura de que quieres?

—No tenemos que hacerlo —digo rápidamente—. Sé que bailar no es exactamente...

Pero ya me está guiando entre la multitud, buscándonos un sitio donde las luces se atenúan un poco. Cuando me atrae hacia él, sus movimientos son controlados y seguros. Una mano se posa en la parte baja de mi espalda mientras la otra acuna la mía.

—Me lo tenías escondido. —Tengo que echar la cabeza hacia atrás para encontrar sus ojos—. Sabes bailar de verdad.

—Lea me obligó a tomar clases antes de su baile de invierno. Estaba pasando por una fase desafortunada.

—¿Llevaste a tu hermana a su baile del instituto?

—Me lo pidió. —Se encoge de hombros, pero el cariño tiñe su voz—. No podía dejarla ir sola cuando llevaba brackets y ese corte bob agresivo.

Otro destello de Mike más allá de la estrella del hockey: hermano protector, hombre de familia, alguien que siempre aparece. Se me tensa el pecho con una emoción que todavía no estoy lista para nombrar.

La música se ralentiza, cambiando a algo sensual con una línea de bajo grave. Más parejas se unen, creando un colchón de anonimato. La mano de Mike se extiende más en mi espalda, las yemas de los dedos rozando el borde de la cremallera.

—Estás pensando muy alto —murmura junto a mi oído.

—Solo me pregunto cómo pasé de temer esto a estar disfrutando de verdad.

—¿Mi devastador atractivo físico?

—Tu humildad, obviamente.

Su risa resuena en su pecho, donde estoy pegada a él. La canción se vuelve más lenta, más íntima, y de pronto soy hiperconsciente de cada punto donde nuestros cuerpos se tocan. Su muslo roza entre los míos mientras nos movemos, y casi jadeo.

—Sophie. —Su voz se vuelve más ronca—. No puedes hacer esos sonidos en público.

—No he hecho ningún sonido.

—Estabas a punto —dice.

—Eso es muy presuntuoso.

—Eso es muy preciso. Estás intentando con todas tus fuerzas mantener la compostura.

Sonríó con suficiencia.

—Y tú estás intentando con todas las tuyas romperla.

—Culpable. —Sus labios rozan mi oreja—. ¿Está funcionando?

El calor se acumula bajo en mi vientre, insistente y apremiante.

—Sabes que sí.

—Aviso justo. Esto es solo el calentamiento para después.

Mi respiración se vuelve superficial.

—¿Para qué exactamente?

—Para cuando te quite este vestido, y entonces...

—¡Búsquense un cuarto! —grita Maine desde algún lugar a nuestra izquierda.

El hechizo se rompe. Doy un paso atrás, rezando para que la poca luz oculte mi cara sonrojada. Mike parece perfectamente compuesto excepto por sus ojos, que prometen cosas que me debilitan las rodillas.

—¿Quieres tomar el aire? —logro decir.

—Tú primero.

Nos abrimos paso entre la multitud hacia las puertas del balcón. Atisbo la sonrisa cómplice de Maya y el movimiento teatral de cejas de Maine, pero no me importa. El aire fresco golpea mi piel sobrecalentada como una bendición.

—Eso ha sido...

—¿Ruín? —ofrece Mike—. ¿Injusto? ¿Cruel e inusual?

—Iba a decir inesperado.

Sonríe.

—No puedes ponerte un vestido así y esperar que me porte bien.

—¡Este es un vestido perfectamente profesional!

—Sophie, podrías llevar uniforme sanitario y redecilla y yo seguiría queriendo...

—¿Sophie?

Nos separamos de golpe cuando Keiko asoma la cabeza.

—¡Están a punto de hacer la rifa!

—Sí. Claro. Ya vamos.

Desaparece, pero el momento se ha roto. Ninguno de los dos se mueve.

—¿Sophie? —dice Mike.

—¿Sí?

—Mantener las manos quietas el resto de la noche va a ser difícil.

—¿Y si no quiero que lo hagas?

Su quejido es satisfactorio.

—No puedes decir cosas así cuando tenemos que volver.

Me río y le doy un golpe juguetón en el brazo.

—Considéralo venganza por lo de la pista de baile.

Volvemos y encontramos la rifa en pleno apogeo. Los premios incluyen un año de calcetines de compresión («¡El regalo que sigue dando!», anuncia el presentador), tijeras quirúrgicas («¡Para todas sus necesidades de corte!»), y varias pelotas antiestrés con logotipos.

Ninguna de las enfermeras de mi grupo gana nada, aunque Maine gana un tensiómetro e inmediatamente intenta tomar las constantes vitales de todo el mundo con entusiasmo pero técnica nula.

—¿Podemos devolverlo? —Entierro la cara en el hombro de Mike

—. ¿Hay ticket de compra?

—Sin devoluciones ni cambios. Aunque si quieres canjear por Rook...

—Rook acaba de preguntarle a Maya si quiere «examinar su pentámetro yámbico».

—Eso en realidad es sofisticado viniendo de él. Debió de preparárselo.

La velada va terminando con discursos sobre la noble vocación de la enfermería. Mike está a mi lado, con la mano apoyada en la parte baja de mi espalda, el pulgar trazando círculos enloquecedores que sabe perfectamente que me están volviendo loca poco a poco.

—Antes de terminar —anuncia el presentador—, ¡un último baile!

Las primeras notas de «Wonderwall» llenan la sala.

Gimo.

—Esta canción persiguió cada baile desde el colegio hasta la universidad.

—Y ahora acosa tu evento social de posgrado. El círculo completo de lo horrible.

—Odio esta canción con el fuego de mil soles.

—Baila conmigo de todas formas.

—Mike...

Pero ya me está guiando de vuelta a la pista, y la resistencia resulta inútil cuando me mira con esa combinación suya de deseo y

ternura. Esta vez me abraza más cerca desde el principio, aparentemente decidiendo que el decoro está sobrevalorado.

—La gente nos mira —murmuro, aunque no hago ningún esfuerzo por crear distancia.

—Que miren.

—Mis profesores seguro que están mirando y juzgando.

—Bien —dice—. Deberían saber que estás ocupada.

La nota de posesividad en su voz me llena de calor.

—¿Eso es lo que estoy? ¿Ocupada?

—¿Quieres estarlo?

La pregunta queda suspendida entre nosotros, más pesada de lo que probablemente pretendía. Me acerco más en lugar de responder, fundiéndome en su calor sólido, dejando que la horrible canción nos envuelva.

—¿Sophie?

—¿Hmm?

—Es hora de irnos.

Me aparto y encuentro sus ojos oscuros con una intención inconfundible, las pupilas dilatadas. Lo que sea que ve en mi cara lo hace agarrar mi mano y llevarnos hacia la salida con determinación absoluta.

En cuanto estamos fuera, me gira contra la pared de ladrillo junto a la entrada y su boca se apodera de la mía. Este beso es desesperado y exigente, todo lenguas y dientes y las promesas que ha estado haciendo toda la noche.

Mis manos se enredan en su pelo, atrayéndolo más cerca. Gime contra mi boca, el sonido vibrando a través de mí mientras su cuerpo aprisiona el mío contra la pared, duro y firme y *Mike*.

—Coche —jadeo cuando nos separamos para respirar—. Ya.

No discute, solo agarra mi mano y prácticamente me arrastra por el estacionamiento. En cuanto estamos dentro de su coche, me atrae hasta medio cruzar la consola, retomando el beso con más fervor.

—Espera... —logro decir—. Conduce. Tu casa está más cerca.

—Gracias a Dios.

Arranca el coche con una mano, la otra todavía enredada en mi pelo. Intento volver a mi asiento, pero me retiene para un beso

abrasador más que me dice exactamente adónde va esta noche.

—La seguridad ante todo —digo, sin aliento.

—Ahora le preocupa la seguridad.

Pero me suelta para que pueda abrocharme el cinturón. Su mano encuentra inmediatamente mi muslo en cuanto sale del estacionamiento, el pulgar trazando patrones que hacen imposible el pensamiento coherente.

—Que conste —dice mientras entra en su complejo—, he disfrutado esta noche.

La sinceridad en su voz me aprieta la garganta.

—Mike...

—Pero ahora mismo —sus ojos se oscurecen de nuevo—, quiero sacarte de ese vestido.

El calor me inunda.

—¿Qué te lo impide?

Sale del coche y me abre la puerta antes de que pueda parpadear. Su mano me sujeta mientras bajo, pero puedo sentir el control apenas contenido vibrando a través de él, y sé que esta noche va a superarse.

El viaje en ascensor hasta su planta crepita de anticipación. Está de pie detrás de mí, sin llegar a tocarme, pero siento el calor que irradia su cuerpo. Cuando las puertas se abren, me guía afuera con los dedos extendidos en la parte baja de mi espalda.

Le tiemblan ligeramente las manos mientras abre la puerta; ese pequeño indicio de lo afectado que está me da audacia. En cuanto estamos dentro, lo presiono contra la puerta cerrada y lo beso exactamente como he querido hacerlo toda la noche.

Su respuesta es inmediata y entusiasta, manos agarrando mis caderas mientras nos gira para que sea yo la que está contra la puerta. La madera se siente fresca a través de mi vestido, un contraste marcado con el calor en cada lugar donde Mike me toca.

—Me has estado volviendo loco toda la noche. —Me besa a lo largo de la garganta, sus dientes rozando mi punto del pulso—. ¿Tienes idea de lo que me haces?

—Demuéstramelo —susurro.

Y... lo hace.

treinta

MIKE

EL AGUA caliente taladra los puntos exactos donde mis músculos se han anudado en rebelión. Cada chorro encuentra su objetivo, trabajando el tejido con presión implacable. Las diez de la noche de un martes, después de una sesión intensiva de estudio seguida de día de piernas y ejercicios de patinaje.

Echo la cabeza hacia atrás, el agua cayéndome en los ojos. El lugar resuena con ese vacío particular de las noches tardías: solo yo, el conserje nocturno que a estas alturas seguro está dormido en su oficina, y las almas en pena que rondan las instalaciones de División I. Probablemente algún pobre novato que murió haciendo su burpee número quinientos.

Genial. Un fantasma que va a criticar mi técnica.

La puerta del vestuario chirría al abrirse, las bisagras protestando.

—Putá madre —susurro. A lo mejor sí que es el Chico Burpee que viene a vengarse.

El silencio se extiende. Resoplo ante mi propia paranoia y agarro el champú, pero entonces vuelvo a oír esos pasos. El bote se me escurre entre los dedos y rebota contra las baldosas con un chasquido que resuena. Me estoy agachando a recogerlo cuando la puerta de mi ducha se abre de par en par.

Sophie.

Sin nada encima excepto determinación y una toalla.

—¿Qué estás...?

Cuelga la toalla en el gancho de la puerta con la misma concentración que dedica a las rotaciones clínicas y se mete bajo el chorro. El agua le oscurece el pelo rubio al instante, creando riachuelos que le trazan la clavícula, el valle entre los pechos, la suave curva de la cadera. Mi cerebro agotado se reinicia de golpe.

—Hola —dice, tan tranquila como si fuera a por café un domingo por la mañana.

—Sophie... —La palabra me sale estrangulada cuando me rodea con los brazos.

—Me mandaste un mensaje diciendo que estarías en el gimnasio hasta tarde. —Las yemas de sus dedos me encuentran los abdominales—. Así que...

—Considérame sorprendido. —Mi voz baja una octava—. ¿Cómo has...?

—Tengo mis métodos. —Se pone de puntillas y me besa—. ¿Alguna queja?

En vez de contestar, la hago retroceder hasta que las baldosas le tocan los omóplatos. El beso sabe a su bálsamo labial de cereza mezclado con vapor y algo eléctrico que salta entre nosotros cada vez que chocamos. Murmura su aprobación contra mi boca, rodeándome el cuello con los brazos, alzándose contra mí.

—Te echaba de menos —murmuro contra su boca.

—Literalmente me viste hace seis horas.

—Seis horas de más.

Su risa rebota en las paredes, amplificada.

—Hombre ridículo.

—Dice la mujer que está cometiendo allanamiento.

—La puerta estaba abierta. Yo...

Le silencio la defensa legal con otro beso, enredando los dedos en sus mechones mojados mientras mi otra mano le agarra la cadera. Me atrapa el labio inferior entre los dientes, aplica la presión justa para hacerme gemir, y luego alivia el escozor con la lengua.

Esta mujer va a ser mi perdición total. Antes de que pueda dominarme por completo, caigo de rodillas sobre las baldosas

implacables y le engancho la pierna sobre mi hombro en un solo movimiento fluido. Empiezo despacio, aprendiéndola con la lengua mientras ella lucha por agarrarse a las paredes resbaladizas.

—Oh, Dios... —Su mano vuela a taparse la boca.

—Shh, nena. A no ser que quieras compañía.

Me concentro en llevarla cada vez más arriba, leyendo cada espasmo y cada jadeo. Cuando le deslizo dos dedos dentro, todo su cuerpo se arquea. Los curvo justo así, encontrando ese punto que le hace temblar los muslos mientras mi lengua mantiene presión constante sobre su clítoris.

—Mike, por favor, yo...

Sus músculos se tensan, se sueltan, se tensan otra vez mientras el orgasmo la recorre. La guío por cada ola, ajustando la presión mientras ella agota las réplicas. Cuando me levanto, con las rodillas protestando, inmediatamente aplasta su boca contra la mía. El hambre en su beso me hace palpar la polla casi dolorosamente.

—Dentro de mí —jadea contra mis labios—. Te necesito dentro de mí. Ya.

—Sophie, no tengo nada encima.

Sus manos me enmarcan la cara, forzando el contacto visual.

—Anticonceptivos. Analítica hecha. ¿Tú?

—Justo antes de nuestra primera noche. Nadie desde entonces.

—Entonces quiero sentirte. —Su sonrisa se vuelve tierna—. Solo a ti.

Madre mía.

—¿Estás segura? —digo.

Como respuesta, me guía hasta su entrada, ya húmeda y lista. Y el momento del primer contacto sin nada entre nosotros envía electricidad disparada por mi columna, cada terminación nerviosa activándose a la vez.

—Joder. —La palabra se me escapa en una exhalación.

—Esa es la idea —dice, pero su voz tiembla, delatando cuánto le afecta.

Avanzo despacio, observando las emociones cruzarle la cara: placer, vulnerabilidad, confianza absoluta. Y sin barreras, cada sensación se multiplica. Por primera vez, siento su calor, la presión

perfecta de sus músculos, la forma en que pulsa a mi alrededor. Me detengo a medio camino, respirando con dificultad, abrumado.

—¿Bien? —susurra, las uñas trazándome los hombros.

—Es increíble lo que siento. Dame un segundo o voy a...

Se contrae a mi alrededor a propósito.

—Sophie. —Advertencia en mi voz.

—Muévete. Por favor. Necesito que te muevas.

Me retiro y embisto a fondo. Los dos gemimos, demasiado alto para la discreción pero sin importarnos ya, y el ángulo la hace jadear con cada embestida. Le levanto la otra pierna, sosteniendo todo su peso mientras la clavo contra la pared. La nueva posición le arranca un grito que apenas amortigua contra mi hombro, y me hundo más.

—Shh, Soph. No nos pueden pillar ahora.

—No puedo—ahí—oh—

Se aprieta a mi alrededor, cerca ya. Cuelo una mano entre nosotros para dibujar círculos sobre su clítoris y eso la lleva al límite: su cuerpo se bloquea alrededor del mío mientras el placer la sacude entera. La sensación de ella pulsando desnuda a mi alrededor, la intimidad de no tener nada entre nosotros, me arrastra con ella. Entierro la cara en su cuello mientras me derramo dentro de ella.

Su risa sin aliento vibra contra mi pecho.

—¿Qué? —Le bajo las piernas con cuidado.

—Solo pensaba que hemos redefinido «recuperación post-gimnasio».

—La vuelta a la calma más efectiva de mi vida.

—Tu fisioterapeuta no estaría de acuerdo.

—Merece la bronca. —Le aparto el pelo mojado de la cara—. Otra primera vez para los dos.

—Me ha gustado.

Coge el gel de ducha, pero me sorprende al hacer espuma entre las palmas y empezar por mi pecho. Nadie me ha lavado nunca después del sexo, y la intimidad del gesto me pilla desprevenido. Sus manos trabajan metódicamente, masajeando los músculos doloridos a su paso.

—Puedo hacerlo yo —protesto sin mucha convicción.

—Lo sé. —Sus manos bajan, rozando mi polla agotada—. Quiero hacerlo.

Se toma su tiempo con cada grupo muscular, los dedos encontrando cada nudo. Gimo cuando me trabaja un punto especialmente tenso de la espalda, y cuando termina, la excitación se reaviva a pesar de nuestras actividades recientes.

—Sophie...

—Mike. —Sonríe, el agua cayendo a nuestro alrededor—. Necesito decirte algo.

Me da un vuelco el estómago. Esas palabras son el anticipo de la ruptura.

—Vale...

—He estado pensando. Sobre nosotros. Sobre lo que es esto.

Cierro el agua y agarro las toallas.

—¿Y?

—Y yo... —Se detiene, cuadra los hombros—. ¿Por qué es tan difícil?

—Eh. —Le acuno la cara, inclinándosela hacia arriba—. Sea lo que sea, dímelo. Aunque hayas decidido que esto fue un error, o necesites espacio, o...

—Te quiero.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, casi visibles en el vapor. Mi cerebro tartamudea, procesa, confirma que no acaba de dejarnos después del sexo alucinante en la ducha, sino que ha soltado todo lo contrario. Exactamente lo contrario.

—Sophie...

—Te quiero. Amor completo, aterrador, de no-puedo-dejar-de-pensar-en-ti.

El pecho se me queda pequeño, las costillas amenazando con partirse de lo fuerte que me late el corazón. Estas palabras han vivido en mi garganta durante días, y aquí está ella, lo bastante valiente para decirlas primero en un vestuario que huele a cloro y sudor viejo.

—Di algo —susurra—. Me estás mirando como si te hubiera atropellado al perro.

La beso. No urgente como antes, sino suave, reverente, intentando volcar todo lo que siento a través de la conexión. Y cuando me separo, los dos estamos temblando.

—Yo también te quiero —le digo—. Desde hace tiempo. Llevaba intentando encontrar la forma perfecta de decírtelo.

Toda su cara se transforma.

—¿En serio?

—En serio. Tenía un plan entero. Velas, comida de verdad hecha por mí, quizá algo de música.

—No sabes cocinar.

—Iba a practicar. —La atraigo hacia mí—. Ahora mi plan superromántico ha sido completamente descarrilado por ti.

Se ríe contra mi pecho.

—En un vestuario masculino que probablemente no se ha limpiado a fondo en años.

—Décadas —replico.

Nos quedamos ahí envueltos en toallas y en el otro mientras las luces fluorescentes zumban sobre nuestras cabezas. En algún lugar del edificio, una tubería golpetea en código morse. Es el escenario menos romántico posible, y absolutamente perfecto.

—Probablemente deberíamos huir de la escena —murmura contra mi pecho.

—Probablemente.

A estas alturas, el pelo mojado y la piel de gallina nos obligan a movernos. Nos vestimos rápido: yo con ropa de deporte, Sophie con vaqueros y mi sudadera de Pine Barren Hockey que definitivamente me robó la semana pasada. Pero no me importa, porque a ella le queda más sexy que cualquier lencería.

—Esto es diferente ahora —dice mientras me echo la mochila al hombro—. Decirlo en voz alta.

—¿Diferente cómo?

—¿Más real? ¿Más aterrador?

Lo pienso mientras nos dirigimos a la salida.

—Creo que ya era real.

Entrelaza nuestros dedos en el pasillo vacío.

—¿Cuándo lo supiste?

—¿Que te quería? —El recuerdo aflora con facilidad—. Las jaulas de bateo.

—Tu técnica terapéutica de «violencia contra objetos inanimados».

—Funcionó, ¿no?

—Tu negativa testaruda a dejarme caer en espiral fue lo que funcionó. —Me aprieta la mano—. También tu culo con esos pantalones de béisbol.

—¿Mi personalidad estelar no cuenta para nada?

—Eso también, supongo.

—¿Te quedas a dormir? —La idea de separarnos ahora se siente mal—. Pongo una alarma, hago café, finjo que sé hacer huevos revueltos.

—Tengo prácticas a las seis...

—Pongo tres alarmas. Y tengo esas barritas de proteínas de las que finges que no te comes la mitad de mi reserva.

—Las de pepitas de chocolate apenas son barritas de proteínas.

—Bufa—. Son dulces disfrazados.

—¿Y por eso me has arrasado las existencias?

Estudia su coche fijamente.

—Alguien tiene que salvarte de ti mismo.

La acorralo contra la puerta del conductor.

—Qué generosa.

—Soy muy generosa. —Las palabras salen entrecortadas, prometedoras.

—Cuidado. Seguro que hay cámaras aquí fuera.

Echa un vistazo al estacionamiento vacío y luego me mira.

—¿En todas partes?

—Sophie. No.

—No estaba sugiriendo nada...

Pero su sonrisa dice lo contrario, y sé que estoy completamente perdido por esta mujer. Esta mujer brillante, testaruda y sorprendente que me hace querer ser algo más que el tipo cuya vida entera solía ser el hockey.

—Sube al coche —le digo—. Antes de que haga algo que nos expulsen a los dos.

—Promesas, promesas.

Me besa una vez más —rápido pero a conciencia— y se mete en el coche. Mientras la veo alejarse, me doy cuenta de que todo se siente más nítido ahora, más real. El riesgo de todo esto me aterra, pero no lo suficiente como para hacerme huir.

No de ella. Nunca de ella.

treinta y uno

SOPHIE

LA COCINA de Mike parece la escena de un crimen.

Hay harina en cada superficie, la salsa de tomate salpica la pared de azulejos en patrones de salpicadura arterial, y algo que alguna vez pudo haber sido masa de pizza ha alcanzado consciencia propia y está intentando fugarse por el borde de la encimera.

—Creo que usamos demasiada levadura. —Mike pincha la masa fugitiva con una cuchara de madera, y tiembla de forma ominosa.

—¿Tú crees? —Recojo un puñado de la masa prófuga, su textura glutinosa y equivocada—. Esto es lo que pasa cuando calculas las medidas a ojo.

—Duro.

—Preciso. —Me río, sometiendo la masa de nuevo—. Y te cito: "Un sobre parece más o menos correcto" y "confía en el proceso".

—En mi defensa, nunca había hecho masa, así que fue otra "primera vez" que se descontroló un poco. —Se desliza detrás de mí, y de repente cada terminación nerviosa de mi espalda traza los contornos exactos de su pecho a través de nuestras camisetas cubiertas de harina—. Y tú me distraes.

Sus labios encuentran ese punto justo debajo de mi oreja que solo él conoce, el que cortocircuita mi capacidad de formar oraciones completas. Las rodillas se me vuelven líquido instantáneamente cuando Mike me toca así.

—¿Cómo te distraigo? Literalmente solo estoy aquí parada.

—Y eso lo demuestra. —Sus manos se posan en mis caderas—. Ahí parada toda... tentadora.

—¿Tentadora? —Me giro entre sus brazos, mis palmas cubiertas de harina dejando huellas perfectas en sus hombros. Evidencia. De qué, no estoy segura. Quizá de esto entre nosotros que todavía se siente demasiado bueno para ser real—. Estoy cubierta de harina y huelo como si me hubiera bañado en ajo.

—Mmm. —Hunde la nariz en mi cuello, y yo emito un sonido que sería vergonzoso si todavía me importara la dignidad—. Mi perfume favorito.

Le lanzo el paño de cocina, pero lo atrapa y lo usa para acercarme más. Mi protesta se disuelve cuando su cuerpo se presiona contra el mío, sólido y cálido y oliendo a harina mezclada con ese desodorante que me dan ganas de enterrar la cara en su pecho y simplemente respirar.

—Eres ridículo —logro decir.

—Te encanta. —Su sonrisa es torcida.

—Te quiero *a ti*. —Las palabras todavía se sienten nuevas en mi lengua, preciosas y aterradoras. Solo ha pasado una semana desde que las dije por primera vez, y parte de mí sigue esperando que el universo se dé cuenta de su error y me arrebate esto—. Tu ridiculez es algo que simplemente tolero.

Entonces me besa, lento y profundo, reclamando cada rincón de mi boca con una intensidad paciente. Su lengua se desliza contra la mía y saboreo el pepperoni que ha estado "probando para control de calidad" desde que empezamos. A este ritmo, no va a quedar nada para la pizza.

Su mano se enreda en mi cola de caballo desordenada, el pulgar acariciando la piel sensible en la nuca, y ese sonido se me escapa otra vez, pura necesidad envuelta en un gemido. Dios, las cosas que este hombre me hace, como ponerme a calcular qué tan resistente es su encimera.

—Mike —murmuro, incluso mientras mis manos se deslizan bajo su camiseta—. La salsa.

Sus dientes rozan mi labio inferior.

—¿Qué salsa?

Un siseo violento desde la estufa responde por mí.

Nos separamos de golpe. Me lanzo hacia la olla, bajando el fuego justo cuando el tomate fundido comienza su escape volcánico. El olor a ajo se intensifica a niveles de arma letal. Se me llenan los ojos de agua, y no del tipo delicado de una sola lágrima, sino del tipo destruye-rímel, llamen-a-materiales-peligrosos.

—Dios. —Agito la mano para dispersar la nube tóxica—. ¿Cuánto ajo le pusiste a esto?

—La receta decía cuatro dientes. —Intenta hacerse el inocente. Fracasa espectacularmente.

—¿Usaste cuatro dientes o cuatro cabezas?

Se muerde el labio inferior.

—¿Cuál es la diferencia?

—Mike. No.

—¡En mi defensa, eran cabezas *muy* pequeñas!

—Vamos a repeler a todos los vampiros en un radio de cincuenta millas. —Agarro la cuchara para revolver, y él se amolda contra mi espalda otra vez. La dureza de él se presiona insistente contra mí a través de sus vaqueros—. Aunque por el lado bueno, los dos vamos a comerlo, así que ninguno va a notar el hedor del otro.

—¿Ves? El romance no ha muerto. —Su mentón se engancha sobre mi hombro, su aliento cálido contra mi oído.

Me recuesto contra él de todas formas, amando lo natural que se siente. Qué fácil. Hace una semana estaba blindada de ansiedad, analizando cada caricia en busca de señales de abandono inminente. Ahora puedo simplemente... existir. Con él. Cubierta de harina y apestando a ajo y más feliz de lo que he estado desde—

—Tienes salsa en la mejilla —murmura.

—¿Dónde?

—Justo... —Se inclina, presionando un beso sobre mi pómulos—. Ahí.

—Qué sutil.

Entonces me da asco lamiendo la cuchara y metiéndola de vuelta en la salsa.

—Le estoy añadiendo esencia de Sophie a la salsa.

Se me calienta la cara.

—Eso es asqueroso.

—No te estabas quejando de cuánto me gustaba la esencia de Sophie anoche. —Su voz baja a ese registro que vibra directo a través de mí hasta lugares que se contraen con el recuerdo—. Ni esta mañana. Ni en la ducha después de que terminamos pero no habíamos *realmente* terminado...

Le planto una mano enharinada sobre la boca.

—Límites, Altman.

Me lame la palma. Lento. Deliberado.

—¡Michael Altman! —chillo, retirando la mano de golpe y limpiándola en su camiseta.

—¡Sophie Pearson! —Imita mi tono escandalizado a la perfección.

—Me voy directo de esta cocina si no te comportas.

—No te atreverías a abandonar a nuestro hijo de masa. —Me acorrala contra la encimera, manos apoyadas a cada lado. Sus caderas fijan las mías en su sitio, un peso delicioso que hace casi imposible pensar con coherencia—. Eso es abandono de custodia compartida.

—Nuestro hijo de masa es un delincuente. —Pero no me muevo. No puedo moverme. No cuando me mira como si yo fuera lo único de lo que tiene hambre. Mis manos suben por su pecho para explorar la solidez cálida a través de su camiseta fina, preguntándome si podemos vigilar la comida mientras nosotros—

—Manos quietas, Pearson. —Su sonrisa se ensancha ante mi hipocresía—. Tenemos trabajo que hacer.

Logramos domar la masa en algo vagamente circular, aunque se parece más a arte abstracto que a una forma de pizza propiamente dicha. Mike sigue encontrando excusas para tocarme: sujetándome la cintura cuando me estiro para alcanzar el aceite de oliva, metiéndome un mechón enharinado detrás de la oreja, presionando besos rápidos en mi hombro mientras trabajo la masa.

Ha sido así toda la semana.

Esta burbuja perfecta donde me despierto enredada en sus sábanas y todo simplemente tiene sentido. Donde puedo dormir la noche entera sin despertarme de golpe a las tres de la mañana para

revisar el teléfono buscando desastres. Donde estudiar se siente manejable porque Mike está ahí.

Donde puedo pasar horas —horas de verdad— sin que el nudo familiar de ansiedad se apriete en mi pecho por los horarios de medicación de mamá o si Hazel llegó a tiempo a gimnasia o si le estoy fallando a cada persona que depende de mí por tener veintitrés años y estar egoístamente enamorada.

—Oye. —Mike me da un golpecito con la cadera—. Estás haciendo la cosa.

—¿Qué cosa?

—La cosa donde resuelves todos los problemas del mundo en tu cabeza. —Lo demuestra, frunciendo el ceño y mordiéndose el labio.

—Yo no me veo así.

—Te ves exactamente así. —Roba mozzarella del tazón—. ¿Cuál es la crisis? ¿El hambre mundial? ¿Si la piña va en la pizza?

—No va.

—Controversial. Pero estás evadiendo.

Me concentro en esparcir la salsa, evitando su mirada que sabe demasiado. ¿Cómo me lee tan fácilmente ahora?

—Solo pensaba en lo normal que se siente esto.

—¿Hacer pizza terrible?

Me arriesgo a mirarlo, captando algo suave en su expresión antes de acobardarme y volver a la distribución de salsa.

—No estar esperando que llegue el golpe.

—Oye. —Sus dedos me atrapan el mentón, suaves pero insistentes, inclinándome la cara hacia arriba—. No va a llegar ningún golpe. Solo masa de pizza. Y eso fue culpa tuya.

—¡Yo estaba intentando arreglar tu situación de levadura!

—Mi situación de levadura es perfecta, gracias. —Pero su pulgar acaricia a lo largo de mi mandíbula, y su voz se pone seria—. Esto es real, Soph. Tú y yo.

El pecho se me llena de tanto sentimiento que podría explotar —no la opresión del ataque de pánico que conozco tan bien, sino la plenitud aterradora de demasiada emoción.

—¿Sí?

—Sí. —Parece que quiere decir más, los ojos oscuros con esa intensidad que por lo general termina conmigo desnuda y extremadamente tarde para todo. Pero mi teléfono vibra.

Me congelo. Viejo hábito. El sonido todavía me hace saltar el corazón —sin saber nunca si no es nada o si todo se está derrumbando. Mi mano se queda suspendida sobre el teléfono, y leo un mensaje de Maya:

¿Estudiamos mañana? El examen de farmacología me va a devorar.

El aire se me escapa de golpe.

—¿Ves? —Los hombros de Mike se relajan también—. No es una crisis.

—Cállate —digo, sonriendo mientras escribo la confirmación.

Agarra un poco de mozzarella.

—Oye, ¿Sophie?

Levanto la vista y veo su intención un segundo demasiado tarde.

—¡Ni se te ocurra, Mike!

Lluvia de queso.

Me quedo ahí, atónita y decorada en lácteos, mirando su sonrisa triunfante. Entonces agarro la cuchara de la salsa, lanzando con la precisión de alguien que creció con un entrenador. El rojo le salpica la camiseta en un arco perfecto.

Sonríe.

—¿Acabas de convertirme en una escena del crimen?

—¡Tú me mozzareleaste primero!

—¡Eso no es un verbo!

—¡Ahora lo es!

Se lanza por la bolsa de harina. Yo grito y me esquivo hacia un lado, pero su cocina es demasiado pequeña y él demasiado rápido. El polvo blanco explota entre nosotros, y pronto estoy tosiendo y riendo y ciega, con las manos extendidas para defenderme.

—¡Tregua! —jadeo entre la nube de harina—. ¡Pido tregua!

—¿Cuáles son los términos? —Está más cerca de lo que pensaba, la voz cálida de risa.

—¿No más guerras de comida?

Abro un ojo incrustado de harina. Está cubierto de polvo blanco y salsa, viéndose ridículo y perfecto y mío. Devastadoramente guapo a pesar de todo. O quizá por todo.

Me estoy riendo demasiado fuerte para mantenerme de pie, desplomándome contra él. Me atrapa, siempre me atrapa, y los dos jadeamos cubiertos de ingredientes y definitivamente arruinando su camiseta más allá de toda salvación.

—Somos un desastre —jadeo contra su pecho.

—El desastre más sexy. —Sus manos enmarcan mi cara—. Desastres extremadamente follables.

—¡Mike!

—Es verdad. —Me arrincona contra la encimera otra vez, y el ánimo juguetón cambia—. No tienes idea de cómo te ves ahora mismo.

—¿Como si hubiera perdido una pelea con Italia?

—Como si fueras mía.

Me besa. No suave esta vez. Este es el beso de un hombre que se ha estado provocando a sí mismo con caricias toda la tarde. Su lengua barre mi boca, reclamando, mientras sus manos se enredan en mi pelo, mandando a volar la goma de mi cola de caballo. El sonido que hago sería vergonzoso si pudiera pensar ahora mismo.

—A la mierda la pizza —gruñe contra mi boca.

—Eso no es higiénico.

Lo oigo reírse mientras le arranco la camiseta, desesperada por piel. Necesitando sentir cómo sus abdominales se contraen bajo mi tacto, cómo se le corta la respiración cuando le paso las uñas por los costados.

—Sophie. —La forma en que dice mi nombre debería ser ilegal. Toda ronquera y deseo y control apenas contenido—. Llevo pensando en esto todo el día.

—Solo han pasado dos horas desde—

—Demasiado. —Me sube a la encimera en un movimiento fluido, metiéndose entre mis muslos—. Siempre demasiado.

Mis piernas lo envuelven por instinto, acercándolo. Sus manos se deslizan bajo mi camiseta, palmas ásperas contra mis costillas, pulgares rozando la parte inferior de mis pechos a través del sostén.

Me arqueo sin vergüenza hacia su contacto, mi cuerpo reconociendo el suyo como los pulmones reconocen el aire.

—Mike, la pizza —logro decir débilmente, incluso mientras mis dedos atacan el botón de sus vaqueros.

—¿Qué pizza? —Me atrapa el lóbulo de la oreja entre los dientes, enviando electricidad por mi columna.

Entonces suena mi teléfono.

No un mensaje. Una llamada.

Y, al instante, el sonido corta mi excitación como agua helada. Nos quedamos congelados, los cuerpos presionados, respirando agitados. El corazón me martillea por una razón diferente ahora.

Miro la pantalla, y la palabra me congela la sangre.

Papá.

Mike se aparta de inmediato, leyéndome la cara. Mi papá y yo no nos llamamos. Nos mandamos mensajes sobre pistas de crucigramas y las obras maestras en crayón de Hazel y a quién le toca recogerla hoy. No nos llamamos a menos que—

—Contesta —dice Mike en voz baja. Sus manos suaves en mi cintura, ya no sexuales. Solo... ahí.

Me bajo de la encimera. El teléfono pesa mil kilos en mi mano cubierta de harina. Mi pulgar se queda suspendido sobre el botón verde mientras mi mente se dispara por posibilidades —cada una peor que la anterior.

—Hola, papá.

—Sophie.

Una palabra. Dos sílabas. Pero la forma cuidadosa en que la dice —como si estuviera manejando algo frágil, como si ya se estuviera preparando para el impacto— me hunde el estómago hasta el suelo.

—Estábamos en el ShopRite. —La voz de papá tiene esa calma forzada que me hace subir la bilis a la garganta—. Tu madre...

Sus palabras se difuminan. Empezó a temblar. No podía sostenerse. Un cliente la atrapó antes de que cayera contra el piso. Paramédicos. Sirenas. Hospital. Ala norte. Habitación 302. Un vecino va a recoger a Hazel y la llevará al hospital. Maneja con cuidado.

—¿Sophie? ¿Sigues ahí? —dice.

—Sí. —La palabra sale mecánica—. Sí. Nos vemos pronto.

La línea se corta. Sigo sosteniendo el teléfono, mirando la salpicadura de salsa en la camiseta de Mike. Hace cinco minutos yo puse eso ahí. Hace cinco minutos nos estábamos riendo. Hace cinco minutos mi mayor preocupación era demasiado ajo y ahora—

—¿Sophie? —Mike está frente a mí, sus manos enmarcando mi cara, pulgares acariciando mis mejillas.

—A la mierda —digo con un sollozo, sin darme cuenta de que había empezado a llorar, mis lágrimas silenciosas trazando surcos en la harina de mi cara—. A la mierda, a la mierda, a la mierda.

Me lanzo hacia adelante contra su pecho. Sus brazos me rodean al instante, sólidos y seguros, intentando mantenerme entera mientras todo dentro de mí se fractura por líneas de falla conocidas.

—¿Qué pasó? —Su voz retumba en su pecho donde mi oído se presiona contra él.

—Mi mamá. —Las palabras saben a la bilis que estoy luchando por contener, mientras le explico lo que pasó, como cada pesadilla que he tenido desde el diagnóstico hecha realidad.

—Vale. Vale. —Se está moviendo, apagando la estufa, agarrando las llaves de la encimera, sus movimientos rápidos y eficientes—. Nos vamos. Ahora mismo.

—No tienes que—

—Sophie. —Se separa lo suficiente para encontrar mis ojos. Los suyos son feroces y decididos, sin la menor duda—. Yo manejo.

Debería discutir. Debería insistir en que estoy bien. Debería protegerme de depender de él porque depender de la gente cuando las cosas se ponen difíciles solo lleva a promesas vacías en pasillos de hospitales. Pero no estoy bien. Y estoy cansada de pretender que sí.

—Vale —susurro.

Me besa la frente, rápido pero tierno.

—Déjame buscar camisetas limpias.

Asiento, ya quitándome la camiseta destruida con manos temblorosas. Mike lo nota —por supuesto que lo nota— y viene a ayudarme, su tacto infinitamente suave mientras me guía la camiseta limpia por la cabeza.

—Vamos a salir de esta —dice en voz baja.

—No sabes eso. —Se me quiebra la voz—. ¿Qué tal si esto es...?

—Oye, vamos a salir de esta. Sea lo que sea. Juntos.

—No puedes prometer eso.

—Puedo prometer que no me voy a ir a ningún lado. —Sus pulgares limpian lágrimas frescas.

Me toma la mano, entrelazando nuestros dedos. Dejo que me guíe fuera del departamento y dejo que sea lo estable cuando todo lo demás se siente como si se estuviera desmoronando.

Porque ya no voy a hacer esto sola.

Y eso es lo mejor que me ha pasado en la vida, o lo más aterrador.

Probablemente ambas cosas.

Definitivamente ambas cosas.

Pero ahora mismo, con la mano de Mike en la mía y mi madre preguntando por mí y mi hermanita que necesita ser recogida de una fiesta de cumpleaños de la que tendrá que irse temprano, voy a elegir lo aterrador antes que la soledad.

Voy a elegir a Mike.

Voy a elegir esto.

Aunque duela. Aunque depender de él signifique arriesgarme a ese tipo de dolor que viene de tener a alguien que perder. Porque la alternativa —enfrentar esto sola, ser fuerte sola, romperme sola— de repente parece mucho peor.

treinta y dos

SOPHIE

LA MANO de Mike me presiona cálida en la parte baja de la espalda, firme y estabilizadora, mientras cruzamos las puertas automáticas. Y, una vez dentro, esa mezcla particular de hospital — solución de limpieza industrial y miedo humano— despierta de golpe mi cerebro de enfermera, justo cuando mi cerebro de hija cae en una espiral de y-si inútiles.

Si hubiera ido a correr con ella esta mañana.

Si hubiera notado la infección gestándose.

Si hubiera insistido más con la vacuna de la gripe.

—Sophie. —La voz de papá corta en seco mi flagelación mental.

Está encajado en una de esas sillas de plástico diseñadas por alguien que claramente odia la columna vertebral humana. Su polo de Pine Barren Hockey tiene una mancha de café expandiéndose por el cuello en una floración oscura, que mamá normalmente habría atacado con un quitamanchas Tide antes de que llegara al coche.

—¿Cómo está? —Mi voz sale firme, un pequeño milagro cortesía de la presencia silenciosa de Mike.

—Estable. Le están haciendo pruebas. —Se pasa una mano por el pelo, dejándolo en picos exhaustos—. Las piernas simplemente... se rindieron.

Se me cae el alma a los pies. Presentación clásica de recaída. No pseudoexacerbación por calor o estrés, sino inflamación real, daño

real, la enfermedad avanzando de verdad.

Activo el modo ametralladora de preguntas.

—¿Cuándo empezaron los síntomas? ¿Alguna señal de alerta? ¿Fiebre? ¿Entumecimiento? ¿Alteraciones visuales?

Papá abre los ojos como platos ante mi interrogatorio a quemarropa.

—Sophie...

—Necesito la línea temporal. Si podemos determinar el inicio, evaluar patrones de progresión, determinar si esto se correlaciona con los hallazgos de su última resonancia...

Su voz de entrenador se activa, amable pero inamovible.

—La doctora tiene todo controlado, Sophie.

Claro. Porque las manos de otros son mucho más capaces que las mías. Otros a los que no les ha ordenado «dejarlo ya» cuando se implicaban demasiado. Otros que no estaban enredados en las sábanas de Mike mientras su madre se desplomaba.

—Su historial —digo—. Debería revisar los análisis, asegurarme de que están comprobando anticuerpos JCV antes de cualquier inmunosupresor nuevo, y...

—Sophie. —El aliento de Mike me calienta la oreja—. Sentémonos un momento.

—No necesito sentarme. —Me aparto, ya moviéndome hacia el puesto de enfermería donde viven las respuestas—. Necesito hablar con la doctora, porque la última vez el esteroide fue...

—¿Sophie?

Giro en redondo y ahí está la propia doctora Breene, el pelo plateado recogido en su moño característico, irradiando esa calma particular que viene de décadas dando noticias devastadoras con desapego profesional. Aunque su expresión sugiere que las noticias de hoy podrían no ser completamente catastróficas.

Estoy en su espacio antes de que mi cerebro alcance a mis pies.

—¿Cómo está? ¿Panel completo? ¿Análisis de LCR? ¿Resonancia con gadolinio?

—Su madre está estable y cómoda. —Cada palabra medida, profesional—. Creemos que una infección respiratoria desencadenó esta recaída. Vamos a iniciar corticosteroides a dosis altas —ciclo de

cinco días, luego reducción gradual— y creemos que con eso llegará donde necesita estar.

Mi cerebro se dispara por algoritmos de tratamiento.

—¿Y la plasmaféresis? Estudios recientes demuestran que la PLEX puede ser beneficiosa para...

—Veamos primero cómo responde a los esteroides. —Sus cejas se elevan una fracción—. Su madre siempre ha respondido bien a los esteroides.

—Pero, ¿y si esta vez...?

—Sophie. —Papá está usando ahora su voz de hacer llorar a hombres hechos y derechos—. La doctora Breene sabe hacer su trabajo.

El calor me inunda la cara, pero no puedo parar.

—Estoy considerando todas las opciones, porque la investigación más reciente de Johns Hopkins sugiere que la intervención temprana con...

—Su preocupación es natural. —La interrupción suave de la doctora Breene me salva de mí misma—. Pero su madre necesita descansar. Diez minutos, y podrá verla.

Se aleja deslizándose antes de que pueda lanzar mis citas memorizadas, dejándome ahí plantada con los puños cerrados y el pecho tan apretado que podría resquebrajarme, sintiéndome completa y jodidamente inútil.

—Ven. —Mike me atrapa la mano, y es entonces cuando me doy cuenta de que estoy tan agitada que tiemblo—. Café.

—No quiero café. —Me suelto de un tirón—. Quiero su historial. Quiero protocolos neurológicos. Quiero...

—Control sobre algo que no puedes controlar. —La dulzura en su voz hace que la verdad escueza más—. Vamos, Sophie...

—Eso no es... —La mentira muere porque eso es exactamente lo que quiero. Rebobinar. Arreglar. Importar—. Tendría que haber estado allí.

Teníamos planes. Salir a correr por la mañana. Podría haber controlado su esfuerzo, detectado síntomas tempranos...

Sus manos me encuentran los hombros, forzando el contacto visual.

—A la EM le importa una mierda tu agenda.

Un movimiento detrás de él me llama la atención: una mata de rizos rubios familiares rebotando por las puertas de la sala de espera, sonrisa mellada intacta a pesar de todo.

—Hazel. —Papá se levanta cuando se acerca, nuestra vecina Patricia detrás, con cara de preocupación—. Gracias por traerla, Patricia.

—Faltaría más. —Le aprieta el hombro a papá con simpatía curtida—. Llamen si necesitan algo.

Hazel se estrella contra las piernas de papá. Me preparo para lágrimas, para trauma, para el derrumbe que llevo temiendo desde que encontró a mamá en el suelo de la cocina aquel día. En cambio, se echa hacia atrás agarrando un libro de la biblioteca.

—¡He traído La guía fantástica de los escarabajos! —Sonríe radiante—. A mamá le encantan los datos de bichos cuando está malita.

Se me cierra la garganta por completo. Ocho años y ya más funcional que su hermana de veintitrés, que está teniendo una crisis que le daría a Chernóbil una buena competencia.

—Eso es muy bonito, Haze. —A papá se le quiebra la voz.

—¿Puedo verla?

—En unos minutos. —Papá le sonríe—. Le están poniendo medicinas.

—Vale. —Se deja caer en una silla y abre su libro—. ¿Sabían que...?

Mientras gorjea sobre superpoderes de insectos y escarabajos capaces de levantar 850 veces su peso, observo a mi hermanita tratar esto como un martes cualquiera y manejable mientras yo aquí estoy catastrofizando.

—Eh. —El aliento de Mike me hace cosquillas en la oreja otra vez—. Los diez minutos casi se han acabado.

Asiento, sin fiarme de mi voz, siguiendo a papá hacia las habitaciones mientras Hazel sigue parloteando sobre datos de escarabajos. Papá se detiene en la habitación 314, abre la puerta, y ahí está.

Mi madre.

Está pálida contra las sábanas blancas, con una vía intravenosa serpenteando hasta su mano izquierda y monitores rastreando la rebelión de su cuerpo en tiempo real. Pero está despierta, y me busca a mí primero.

—Hola, cariño. —Su voz flota fina pero firme.

Cruzo la habitación en dos zancadas, las manos ya buscando el punto de inserción de la vía.

—¿El ritmo de goteo es óptimo? ¿Alguna extravasación? ¿Es posicional?

—Sophie. —Me atrapa las manos—. Estoy bien.

—Estás en el hospital. —Mi voz trepa—. Tus vainas de mielina están bajo ataque activo. Eso es literalmente lo contrario de bien.

—Sophie, por favor. —Mira a Hazel, que ya está instalada con su enciclopedia de escarabajos—. Solo ha sido un brote.

—Un brote prevenible. Si yo hubiera estado allí...

—No podías haber evitado un resfriado, cielo.

—Pero podría haber detectado los síntomas antes en vez de...

—¿En vez de vivir tu vida? —Sus ojos ven demasiado—. Sophie, para.

—Hola, señora Pearson. —Mike da un paso al frente, salvándome.

Su sonrisa calienta toda la habitación.

—Por favor, llámame Rose.

Tomo su historial del pie de la cama.

—¿Podemos centrarnos en tu estado médico?

—Sophie. —La advertencia de papá queda suspendida.

—¿Qué? Tengo formación pertinente.

—Eres su hija. —Su voz se suaviza—. Sé eso ahora mismo.

Las palabras escuecen más que cualquier bofetada.

—Estoy intentando ayudar.

—Estás intentando controlar —dice en voz baja—. No es lo mismo.

La mano de Mike me encuentra el codo antes de que pueda espiralizar más.

—¿Café? —sugiere.

Y luego se va, dejándome indefensa contra la verdad. Mamá da palmaditas en la cama, y me poso con cuidado, esquivando la maraña de cables. Hazel ha progresado a un capítulo apasionante sobre escarabajos peloteros, compartiendo datos repugnantes de vez en cuando.

—Tienes cara de agotada —observa mamá.

—Estoy bien.

—Mentirosa.

—Aprendí de la mejor.

—Sophie. —Su tono de enfermera sigue funcionando incluso conectada a una vía—. Tú no eres responsable de mi sistema inmunitario. No eres responsable de mi programa de ejercicio. No eres mi cuidadora, mi enfermera, mi asistente personal, mi estilista personal ni mi doctora.

—Entonces, ¿qué soy? —La pregunta se escapa más pequeña de lo que pretendía.

—Mi hija. Que merece domingos perezosos con su novio. Que tiene derecho a tener veintitrés años sin cargar con mis problemas. Que puede ser feliz sin culpa.

—¡Los escarabajos Goliath crecen hasta cuatro pulgadas! —anuncia Hazel—. ¡Es como toda mi mano!

Las dos nos giramos. Mamá se ríe —se ríe de verdad— y luego se reenfoca.

—Escucha. —Su tono se aligera un poco—. ¿Mi EM? No es culpa tuya. ¿Mis recaídas? No son tu responsabilidad. Y mi enfermedad no significa que pongas tu vida en pausa. Porque algún día ya no estaré y tendrás cuarenta años preguntándote adónde se fueron tus veinte, Sophie.

—Cuidado con lo que dices —susurro, mirando a Hazel, pero está en su propio mundo, que parece mucho más feliz y cálido que el mío—. Mamá, yo...

—¿Cuándo fue la última vez que tomaste una decisión sin calcular la distancia al hospital más cercano?

Abro la boca. La cierro. Porque cada decisión durante dos años ha pasado exactamente por ese filtro, y exactamente por ese tipo de

planes de contingencia. Bueno, excepto las últimas semanas con Mike.

—Exacto. —Mira hacia la puerta—. Parece maravilloso.

—Mamá, no.

—Eso es un hombre precioso que claramente te adora.

—No vamos a hablar de mi vida amorosa mientras estás hospitalizada.

—¿Cuándo si no? —Se pone seria—. No todo el mundo sale corriendo cuando la vida se complica, Soph.

El nombre de Jimmy queda suspendido sin pronunciarse.

—Algunos sí —consigo decir.

—No todos. —Mira a mi padre, que está ocupado entreteniendo a Hazel—. Yo estaba sana cuando me pidió matrimonio. La EM vino después, lo cual es más injusto para él que para mí, si soy totalmente sincera. Así que, ¿sabes lo que dijo cuando le ofrecí una salida?

Niego con la cabeza.

—Dijo: «En la salud y en la enfermedad no eran solo palabras bonitas. Eran una promesa». —Deja las palabras flotando con su peso, y sé que van dirigidas directamente a mí—. La persona correcta no se va, Sophie. Te trae café y te toma de la mano en los momentos que dan miedo.

Como un reloj, Mike aparece equilibrando una bandeja.

—Café para todos. Chocolate caliente para Hazel porque darle cafeína a una niña de ocho años me parece negligente.

—Hombre listo. —Mamá acepta su taza—. Aunque veo que el de Sophie tiene crema batida. ¿Favoritismos?

—Ella mencionó que el café de hospital solo es bebible como café con leche y caramelo. —Se encoge de hombros—. Yo sé quién me hace las tostadas por la mañana...

—Hombre muy listo —enmienda mamá.

—¿Sabían que los escarabajos existen desde hace 270 millones de años? —Hazel enarbola su libro, con bigote de chocolate ya formándose.

—Eso es increíble. —Mike se acomoda junto a ella, dándole un respiro a mi padre—. ¿Cuál es tu favorito, Hazel?

Mientras Hazel se lanza a un apasionado discurso sobre escarabajos, mamá me observa. Su expresión es sabia y tierna.

—Algunos se quedan —articula sin voz.

Observo a Mike debatiendo con total seriedad los méritos del escarabajo arcoíris con mi hermana. Observo a papá tomando la mano de mamá. Observo a mi madre con aspecto sereno a pesar de los químicos goteando en sus venas.

Quizá tenga razón.

—La doctora Breene quiere observación nocturna —interrumpe papá—. Para asegurarse de que los esteroides hacen efecto.

—Me quedo yo —digo automáticamente.

—No. —La voz de mamá no admite discusión—. Tú te vas a casa, Sophie. Y te duchas, comes y duermes.

—Pero...

—Me quedo yo. —Papá le aprieta el hombro—. Para eso estamos los maridos.

—¡Y mañana traeré libros de dinosaurios! —añade Hazel—. Para lectura de recuperación.

—¿Ves? Cubierto. —Mamá me clava la mirada—. Vete a casa.

Irme a casa, cuando ella está atada a maquinaria. La idea normalmente me aterrorizaría, pero ya puedo ver que los esteroides están funcionando: el color volviendo, la voz fortaleciéndose.

—Está bien. —Las palabras se escapan desinfladas—. Pero mañana a las ocho estoy aquí.

—A mediodía —contraataca mamá.

—A las ocho.

—A las once.

—Mamá...

—A las diez y media, última oferta. Los esteroides me ponen cabezota.

—Todo te pone cabezota.

—Vas aprendiendo.

Dejo escapar un suspiro exasperado, luego asiento.

—Está bien —digo.

La despedida dura una eternidad —más datos, más negociaciones, más papá fingiendo que todo es rutina— hasta que

finalmente estamos en el ascensor, luego en el garaje, luego en el coche de Mike.

—¿Estás bien? —pregunta Mike.

—No. —La sinceridad me sorprende—. No lo estoy ni de lejos.

Su mano encuentra la mía sobre la consola.

—¿Quieres hablar?

—No. Quizá. No sé.

—No pasa nada. —Aprieta—. Podemos simplemente conducir.

Así que eso hacemos. En silencio, salvo por el motor, mi pulso tronando y mi cerebro gritándome. Pero mientras espiraleo en silencio, su pulgar traza círculos en mi palma, ese contacto diminuto impidiendo que me haga pedazos.

La persona correcta no se va cuando las cosas se ponen difíciles.

Estudio el perfil de Mike a la luz del tablero. Lo dejó todo. Trajo café. Debatió sobre escarabajos con una sinceridad demoledora. Ni una sola vez hizo que esto fuera sobre él. Y, digiriendo todo eso, concluyo que quizá mi madre tenga razón.

—¿Dónde te has ido? —pregunta Mike.

—A ningún sitio bueno. —Consigo una respiración temblorosa—. Soy bastante desastrosa.

—Me gusta tu desastre.

—Eso es porque aún no has visto el espectáculo completo.

—Lo espero con ganas.

—No quiero estar sola —admito, las palabras raspando en carne viva.

—Entonces no lo estarás.

Simple. Como si quedarse fuera simplemente algo que la gente hace.

Y quizá, para él, lo sea.

treinta y tres

MIKE

PINE HILL LOOKOUT se extiende debajo de nosotros en la oscuridad, las luces del pueblo de Pine Barren frágiles contra la vasta negrura más allá. Descubrí este lugar durante mi fase de fotografía —otro brillante fracaso de «probar cosas nuevas» que al menos dio un acierto: encontrar el sitio perfecto para escapar cuando el mundo se vuelve ruidoso.

Pero esta noche, Sophie necesita el silencio más que yo.

No ha dicho más de diez palabras desde que salimos del hospital. Tiene los nudillos blancos alrededor del teléfono, el pulgar golpeando el botón de encendido cada treinta segundos para revisar mensajes que no están ahí. Y cada vez que la pantalla sigue vacía, sus hombros se tensan una fracción más.

La cara del entrenador Pearson me arde detrás de los ojos, ese alivio crudo, desnudo, cuando me vio guiando a Sophie hacia la puerta. Era un padre ahogándose en su propia impotencia, agradecido de que alguien más pudiera lanzarle un salvavidas a su hija cuando él tenía las manos ocupadas.

Apago el motor. El silencio repentino la hace estremecerse.

—Llamarán si algo cambia —digo.

—Lo sé. —Revisa el teléfono otra vez de todas formas, inclinándolo hacia su cara.

—Vamos —digo—. El aire fresco le gana al reciclado del hospital.

El frío de la noche me muerde a través de la camiseta en cuanto salgo del coche. Sophie me sigue, y cuando le pongo mi chaqueta sobre los hombros, se hunde en ella de inmediato, subiéndose el cuello hasta la nariz. Verla ahogada en mi chaqueta —la cara apenas visible, las manos perdidas en las mangas— me provoca un dolor agudo en el pecho.

El banco de madera cruje bajo nuestro peso. Sophie se acurruca contra mí al instante, presionando la cara contra mi cuello. Su respiración sale en soplos temblorosos contra mi piel, no exactamente llorando pero lejos de estar estable. La envuelvo con ambos brazos y apoyo la barbilla sobre su cabeza.

—No has comido en horas —murmuro contra su pelo.

Niega con la cabeza, el movimiento diminuto contra mi clavícula.

—No es para tanto.

Saco las barritas de proteínas arrugadas de mi bolsillo —mantequilla de cacahuete con chips de chocolate, las que finge que no le encantan pero siempre le roba mordiscos a la mía.

—Bueno, buenas noticias. La máquina expendedora del hospital tenía una oferta de decepción, así que te traje dos.

Toma una pero solo la sostiene, dándole vueltas al envoltorio entre las manos. El crujido llena el silencio entre nosotros. Pero entonces la abre y empieza a comer, masticando más de lo necesario, como si mover la mandíbula pudiera frenarle un poco la cabeza.

—Es igual que la última vez —susurra al fin, entre mordiscos—. El agotamiento que no se le quitaba. La infección. Debería haberlo visto venir.

Ahí está. La culpa que la ha estado devorando desde esta tarde, probablemente desde antes. La misma culpa que la tuvo caminando de un lado a otro por ese pasillo del hospital, intentando rebobinar el tiempo. Y, cuando eso falló, la culpa que la hizo atacar al doctor como si fuera una presa.

—Sophie...

—Ya sé lo que vas a decir. —Se aparta, los ojos llenos de lágrimas sin derramar—. No es mi culpa. Las recaídas de EM pasan. No había nada que pudiera haber hecho.

—En realidad, iba a preguntarte si has desarrollado poderes psíquicos recientemente. Porque esa es la única forma en que podrías haber predicho esto.

Su risa es más exhalación que sonido.

—Hablo en serio.

—Yo también. ¿Desde cuándo eres clarividente? —Sonríó—. ¿Y por qué no usaste esos poderes para ayudarme con el examen de biomecánica?

—Mike —dice, pero la comisura de su boca tiembla.

Le tomo la cara entre las manos. Su piel está fría y húmeda por las lágrimas que lucha por contener.

—Escúchame. Podrías vigilar a tu madre cada segundo de cada día, seguirla con un escáner médico, contratar un equipo de neurólogos para que le pisaran los talones, y la EM seguiría haciendo lo que le diera la gana.

—Pero se supone que debo notar...

—¿Notar qué? —Dejo que un toque de franqueza se cuele en mi voz—. ¿Los síntomas que su propio médico dijo que podían ser cualquier cosa, desde estrés hasta un resfriado o haber dormido mal?

Las lágrimas se desbordan entonces, calientes contra mis pulgares. La atraigo de vuelta contra mi pecho, y esta vez no se contiene. Sus hombros tiemblan —no los sollozos dramáticos que se ven en las películas, sino las lágrimas silenciosas y agotadas de alguien que ha estado cargando demasiado durante demasiado tiempo.

La sostengo un rato antes de volver a hablar.

—¿Sabes lo que me dijo mi terapeuta sobre la culpa, Soph?

Hace un sonido que podría ser interés o podría ser resignación.

—Dijo que la culpa es como rascarse una costra. Duele, pero al menos es un dolor que controlas. Es más fácil que aceptar que a veces las cosas terribles simplemente pasan.

Sophie se queda inmóvil contra mí. Luego habla tan bajo que casi no la oigo.

—¿Cuándo te volviste tan sabio?

—El martes. Hubo un taller. Tengo certificado y todo.

Se ríe de verdad —pequeña, pero real.

—No dejo de pensar en Hazel —continúa—. Encontrando a mamá en el campo de fútbol. Viéndola hoy, conectada a todas esas máquinas...

—¿Hazel, la que trajo su enciclopedia de insectos para leérsela a tu madre? ¿La que pasó veinte minutos explicando los hábitos de apareamiento de las mantis religiosas?

—Eso no significa que no esté traumatizada.

—O significa que sabe que su madre está enferma pero no rota. Que querer a alguien con una enfermedad crónica implica aceptar los días malos junto con los buenos. —Le presiono un beso en la coronilla—. Los niños son resilientes, sobre todo los que tienen hermanas mayores que les enseñan a enfrentar las cosas con dignidad.

—¿Dignidad? —Se aparta, con una ceja levantada—. ¿Viste cómo reorganicé el carro de las enfermeras porque su sistema era «ineficiente»?

—Vi que te aseguraste de que tu madre recibiera la mejor atención posible. Aunque hiciste llorar a aquella enfermera.

—Era nueva. Y no lloró, solo se le aguaron un poco los ojos.

—Sophie.

—Está bien. Pero estaba usando el calibre de aguja equivocado.

El envoltorio de la barrita cruje otra vez. Ha logrado tres mordiscos pequeños, lo cual cuento como una victoria. Debajo de nosotros, Pine Barren University brilla: la pista de hielo donde jugaré mi última temporada, el edificio de enfermería donde Sophie pasa noches en vela, las residencias donde mi hermana probablemente está volviendo loca a Em ahora mismo.

—¿Puedo contarte algo? —Mi voz sale más ronca de lo que pretendía.

Asiente.

—Después de mi lesión, pasé meses convencido de que si hubiera sido más cuidadoso, estirado mejor, entrenado diferente —lo que fuera— podría haberla evitado. La culpa era... —Hago una pausa, buscando las palabras—. Era más fácil que aceptar que no

tenía control. Que a veces los cuerpos se rompen sin importar lo cuidadoso que seas.

—No es lo mismo...

—¿No? —Le tomo la mano, entrelazando nuestros dedos—. Te estás torturando por algo que no puedes controlar. Y eso te impide ver todas las cosas increíbles que sí haces.

—¿Como hacer llorar enfermeras?

—Como ser el pegamento que mantiene unida a tu familia. Como sacar notas increíbles mientras básicamente ayudas a criar a una niña de ocho años. Como encontrar tiempo de alguna manera para aguantar mi ridículo trasero.

Su pulgar traza círculos en mi palma.

—Tu trasero no es tan ridículo.

—Ahora sí sé que estás delirando de hambre.

Su cara se pone seria, y el estómago se me cae a los pies.

—¿Qué pasa cuando te vayas?

La pregunta queda suspendida entre nosotros.

—¿Qué? —logro decir.

—El draft. El año que viene. —Su voz es cuidadosamente neutra, pero su mano se aprieta alrededor de la mía—. Te irás a Chicago o Dallas o Vancouver. Empezarás tu vida de verdad. Y yo seguiré aquí, revisando el teléfono cada diez segundos, fingiendo que todo está bien.

Se me comprime el pecho. Hemos estado esquivando esto durante semanas, fingiendo que el futuro no nos tocará. Pero aquí está, tan inmediato como sus lágrimas.

—Sophie...

—No hemos hablado de ello. —Intenta soltar mi mano, pero no la dejo—. Pero lo pienso. En cómo estoy dejando que te necesite cuando sé que eres temporal.

—¿Temporal? —La palabra me sabe mal en la lengua.

—Eres Mike Altman. El niño de oro de Pine Barren, camino a la NHL. —Aparta la mirada—. Y yo no puedo irme un fin de semana sin entrar en pánico por mi madre.

—Para. —Le giro la cara de vuelta hacia mí—. Primero, no sabemos qué va a pasar con el draft...

Su mirada podría derretir acero.

—Está bien, sí, probablemente me fichen. Pero ¿crees que eso significa que simplemente desaparezco? ¿Que todo lo que estamos construyendo se esfuma por la geografía?

—La geografía y tu carrera y mi familia y... —Suspira—. Mike, no vas a estar aquí, ¡y está bien!

—Lo resolveremos. —Apoyo mi frente contra la suya, lo bastante cerca para sentir su exhalación temblorosa—. ¿Crees que elegiría el hockey antes que a ti?

—Has elegido el hockey antes que todo lo demás toda tu vida.

La verdad duele, pero no como ella piensa.

—Sí, lo hice. Tiempo pasado. Entonces conocí a una chica terca y brillante que me hace querer cosas más allá del hielo.

—Mike...

—No he terminado. —Me aparto para mirarla a los ojos—. Me haces reír. Me pones en mi lugar cuando estoy siendo idiota. Eres la primera persona a la que quiero contarle cuando algo bueno pasa. O malo. O aburrido. Quiero contártelo todo, Sophie. ¿Crees que voy a alejarme de eso por un deporte?

—No es solo un deporte para ti.

—No, no lo es. Pero ya tampoco es todo. —Le pongo un mechón de pelo detrás de la oreja, dejo que mis dedos se demoren contra su cuello—. Pase lo que pase —ya sea que me vaya a Chicago o a Estocolmo o a la puta luna— lo haremos funcionar. Larga distancia, o vienes conmigo, o rechazo ofertas. Tendremos opciones.

—No puedes planificar tu carrera alrededor de...

—¿Alrededor de la mujer que quiero? —Resoplo—. Mírame.

Aspira de golpe, los ojos muy abiertos.

—No puedes hacer promesas así...

—Claro que puedo.

Me besa. Es salado y desesperado y perfecto, sus manos aferrándose a mi camiseta, tirando de mí más cerca de lo que la física permite. Cuando nos separamos, los dos respiramos con dificultad.

—Esto no arregla todo —susurra.

—Lo sé. —Le limpio una lágrima de la mejilla con el pulgar—. Pero es un comienzo.

Me estudia la cara, buscando grietas en mi convicción. Lo que sea que encuentra debe satisfacerla porque asiente una vez, y luego se hunde de nuevo contra mi pecho, como si yo fuera lo único que importa en todo el maldito mundo.

La abrazo más fuerte, presionando la cara contra su pelo. Sigue tensa, sigue preocupada, sigue cargando un peso que no le corresponde. Pero por primera vez desde que recibimos esa llamada esta tarde, la siento tomar una respiración completa.

No es suficiente. Todavía no. Pero bajo las estrellas en Pine Hill Lookout, con el mundo extendido debajo de nosotros lleno de futuros inciertos y posibilidades no deseadas, es un principio.

treinta y cuatro

SOPHIE

NO RECUERDO que la piel de Mike se haya sentido nunca tan fría.

El pensamiento me golpea mientras mis yemas descansan sobre su omóplato, sin encontrar nada del calor de horno que normalmente irradia de él después del sexo. Conozco los ritmos de su cuerpo: cómo arde después de un orgasmo, cómo me atrae hacia él en sueños, inconsciente, como si fuera algo valioso que pudiera perder.

Esta mañana, no.

Esta mañana yace a mi lado como el invierno, y quizá es apropiado.

Quizá los dos estamos congelados en este momento previo a que todo cambie.

La luz gris del amanecer se filtra por mis persianas, rayando de sombras su cara dormida. Las 5:17 según el despertador que nos ha visto follar y caer de cabeza en lo que sea que es esto, pero «esto» se siente distinto ahora, desde que ingresaron a mamá otra vez y desde que tuvimos esa conversación en Pine Hill Lookout.

Cuarenta y dos horas. Eso es lo que estuvo ingresada esta vez. Esteroides goteando en sus venas, conteos de infección bajando, todos fingiendo que esto es normal. Papá incluso tarareó mientras

firmaba los papeles del alta —una vieja canción de Springsteen sobre los días de gloria— y Hazel parloteó sin parar sobre mariposas.

¿Y Mike?

Mike fue una puta fortaleza.

Todo el tiempo.

Apareció con café exactamente cuando lo necesitábamos. Le enseñó trucos de cartas a Hazel cuando su energía amenazaba con explotar. Sabía cuándo entrelazar sus dedos con los míos y cuándo retroceder, dejarme respirar. Fue todo lo que una pareja debería ser y todo lo que cualquiera mataría por tener.

Todo lo que va a desaparecer en seis meses.

La certeza se aloja en mi pecho como cristal tragado. Algún equipo de la NHL lo va a draftear —Chicago o Calgary o cualquiera de veinte ciudades en husos horarios distintos al mío. Meterá sus cosas en una maleta, me besaré de despedida con promesas que los dos sabemos que tienen fecha de caducidad, y se convertirá en la vista de otra persona en la cama de otra persona.

Para. Para de una puta vez.

Mi mente me grita que deje de catastrofizar, que viva el momento como hacía hace unos días. Pero no puedo. Porque mamá se enfermó otra vez. Y porque esto es lo que mi cerebro hace a las cinco de la mañana la mayoría de las veces. Ejecuta escenarios, calcula probabilidades.

Recuerda, ahora con la cabeza despejada tras la sobredosis de felicidad inducida por Mike.

—Sophie. —La voz de Mike, rasposa de sueño, me trae de vuelta—. Tu cerebro hace tanto ruido que lo oigo desde aquí.

No me había dado cuenta de que se había despertado ni de que su respiración había cambiado, pero cuando su brazo se tensa alrededor de mi cintura, automático, el gesto quiebra algo dentro de mí. Siento una lágrima formándose en mi ojo y le grito en silencio, furiosa, a mi cuerpo para que la haga desaparecer, para que devuelva todo a lo que era hace dos días, para que me arregle a mí y a esta puta situación.

—Perdona —logro decir al fin, con la voz casi firme—. Solo estaba...

—¿Pensando de más?

Ahora abre los ojos, ese marrón cálido que me aprieta el pecho. Incluso con la luz gris, puedo verlo catalogando datos: la tensión en mis hombros, la forma en que me mantengo cuidadosamente separada a pesar de estar desnuda entre sus brazos, y preparándose para darme lo que necesite ahora mismo.

—Ven aquí —dice.

—Estoy aquí.

—No, no lo estás. —Se mueve, apoyándose en un codo. La sábana le resbala hasta la cintura, revelando la constelación de moretones que le dejé en el pecho anoche, cuando todo se sentía desesperado y necesario—. Estás en otro sitio. Un sitio que te hace mirarme como si ya me hubiera ido.

La precisión me roba las palabras, porque me doy cuenta de que esto es lo que pasa cuando dejas que alguien entre tan hondo. Aprenden a leer tu catastrofismo como si fuera un texto sagrado, y Mike ya tiene un doctorado en mí. Y, mientras me examina más detenidamente, sus ojos se estrechan ligeramente, ese pequeño pliegue apareciendo entre sus cejas.

—¿Café? —digo, desesperada por cambiar de tema, porque sé que cualquier escrutinio adicional ahora me llevará a un lugar que quiero evitar desesperadamente.

—Sophie.

—Puedo hacer esa prensa francesa que te gusta. O podemos ir a ese sitio en Maple que prepara los lattes de lavanda que fingiste no adorar la semana pasada...

—Sophie. —Más firme ahora, su mano libre subiendo para tomarme la mandíbula. Su pulgar me roza la comisura del ojo donde aparentemente mi puto cuerpo ha decidido traicionarme, sin escucharme cuando le grité que hiciera desaparecer esa estúpida lágrima—. Háblame.

La ternura me deshace. Porque quiero que esto sea Mike: Mike paciente, estable, presente, que aparece y se queda despierto y sostiene todo lo que amenaza con derrumbarse, y que me hace creer en futuros. Pero sé que es temporal, al menos para mí, un espejismo que seduce un tiempo pero al final es estéril.

Porque se va pronto.

—Necesito... —Se me quiebra la voz y tengo que tragar pasado el cristal en mi garganta—. Tenemos que hablar.

Algo cruza su cara —no miedo exactamente, sino una agudización de la atención— y se pone rígido. Pero no se aparta de mí, y no se cierra. Simplemente espera, dándome espacio para detonar la bomba que estoy construyendo, amable y considerado como siempre.

Me incorporo, necesitando distancia para pensar con claridad. La sábana se acumula alrededor de mi cintura y lo pillo mirando, cómo sus ojos siguen el movimiento antes de volver a mi cara. Incluso ahora, incluso en este momento, me desea. Saberlo lo hace todo más difícil y más fácil a la vez.

—Te quiero —empiezo, porque esa es la base sobre la que todo lo demás está construido.

—Yo también te quiero —dice sin dudar, como respirar.

—No, me refiero a... —Me paso los dedos por el pelo enredado, buscando palabras lo bastante grandes—. Te quiero de una forma que me aterroriza. Como si me hubieras recableado todo el sistema nervioso y ahora todo pasa primero por ti. ¿Eso está completamente jodido?

—¿Está jodido que oír eso me haga querer besarte hasta dejarte sin respiración? —Su voz baja—. Porque si lo está, estamos jodidos juntos.

—Mike, intento ser seria.

—Yo también. —Se incorpora, igualando mi posición, y la simetría —los dos desnudos y vulnerables en la luz gris del amanecer— se siente importante—. Pero sigue.

—Después de esta semana, de ver a mamá conectada a tubos otra vez. —Se me engancha la voz y tengo que parar, respirar—. Lo único en lo que podía pensar era en ti.

—Sophie...

Joder, ¿por qué es tan difícil? —No dejaba de pensar en cómo estuviste ahí. En cómo supiste exactamente lo que cada uno necesitaba sin que nadie te lo pidiera. En cómo hiciste reír a Hazel con ese estúpido truco de magia hasta que se olvidó de tener miedo.

En cómo me apretaste la mano con esa presión exacta que me mantiene en tierra.

—Eso es lo que haces cuando quieres a alguien —dice con sencillez, pero percibo la leve tensión en sus hombros ahora, como un atleta leyendo una jugada que se forma.

—¿De verdad? —Las palabras saben amargas—. Porque Jimmy decía que me quería, y cuando la cosa se puso seria —cuando diagnosticaron a mamá y tuve que mudarme aquí— calculó el inconveniente y decidió que no valía la pena reestructurar su plan a cinco años.

—Yo no soy...

—Ya sé que no lo eres. —Lo corto porque si no suelto esto ahora, perderé el valor—. Eres mejor en todo lo que importa, y por eso no puedo hacer esto.

Frunce el ceño. —¿Hacer el qué?

—Caer tan profundo que cuando te vayas, me destruya. —Suspiro—. Porque te vas a ir, Mike. Algún equipo va a draftearte y te va a ofrecer todo aquello por lo que has trabajado, y entonces te habrás ido y yo no lo voy a sobrevivir. —Las palabras se estrangulan en mi garganta—. Mike, te necesito, o necesito alejarme de ti, yo...

—Oye. —Alarga la mano hacia mí, pero levanto una mano.

—Por favor. Déjame terminar. —Tomo aire tembloroso, con sabor a sal y miedo—. Necesito que esto sea real. Necesito saber que estamos construyendo algo que dure más que tu elegibilidad en la NCAA. Necesito... —Mi voz baja casi a un susurro—. Necesito que te quedes.

El silencio se extiende entre nosotros como un aliento contenido. Fuera, en algún sitio, se cierra de golpe la puerta de un coche. No muy lejos de aquí, hay estudiantes despertándose o acostándose después de fiestas, profesores subiéndose al coche para ir a la oficina, baristas sirviendo lattes. El mundo sigue, mientras el mío se equilibra sobre el filo de un cuchillo.

—Me estás pidiendo que renuncie a la NHL.

No es una pregunta.

No es una acusación.

Solo el reconocimiento del tamaño de lo que le estoy pidiendo.

—Te estoy pidiendo que nos elijas. —Las palabras salen desesperadas y en carne viva—. Que elijas construir una vida aquí en vez de perseguir una que te lleve lejos. ¿Es tan malo? ¿Querer que la persona que amo esté aquí para las cenas de domingo y las catástrofes de un martes cualquiera y toda la mierda mundana que forma una vida juntos?

No responde de inmediato, y no lo culpo, porque sé que le estoy pidiendo mucho. Pero es lo que necesito pedirle si quiere un futuro conmigo. No hay otra forma de protegerme, y de protegernos, y espero con todas mis fuerzas que vea que le estoy pidiendo que elija algo en vez de perder algo.

—Vale —dice después de un largo rato, con la voz cuidadosamente neutra, como si estuviera leyendo términos y condiciones—. Si es lo que necesitas, vale.

Algo frío me recorre la espalda. Esto debería sentirse como una victoria —pedí todo y me lo está dando, seguridad y certeza y estabilidad— así que ¿por qué sabe a ceniza?

—Debería irme. —Ya se está moviendo, sacando las piernas de la cama, buscando los vaqueros arrugados en mi suelo—. Maine tiene una cosa esta mañana.

—Son las cinco y media de la mañana.

—Una cosa temprana. —Se pasa la camiseta por la cabeza y pierdo el mapa de moretones que dejé en su piel—. Necesita ayuda con... algo.

Lo veo vestirse con eficiencia mecánica, este hombre hermoso que hace treinta segundos accedió a remodelar todo su futuro por mí. Que ahora se mueve como si no pudiera irse lo bastante rápido.

—Mike...

—Te quiero —dice desde la puerta de mi habitación, sin mirarme a los ojos.

Y se va, y estoy sola entre sábanas que huelen a él, en una cama aún caliente por su cuerpo, intentando entender por qué conseguir todo lo que quería se siente exactamente igual que perder todo lo que importa.

treinta y cinco

MIKE

LLEVO siete horas sin moverme de este sofá.

O quizá ocho. El tiempo se estira y se comprime a la vez, cada minuto una hora, cada hora un parpadeo. Los resúmenes de ESPN pasan en silencio: algún equipo celebrando una blanqueada, jugadores amontonándose sobre su portero en esa avalancha familiar de alegría que nunca voy a volver a sentir.

El departamento apesta. Tres días de envases de comida a domicilio cartografían mi descenso sobre la mesita: pizza de ayer que ha evolucionado hasta convertirse en su propio ecosistema, comida china de quién sabe cuándo. El recibo seguro marca la hora exacta en que todo empezó a importarme una mierda.

Diecisiete llamadas perdidas de mi agente iluminan la pantalla del teléfono. Veintitrés mensajes sin leer. Dejé de mirarlo por ahí de la llamada doce, cuando sus mensajes pasaron de «te escribo por lo del ojeador de Calgary» a «Mike, ¿qué coño está pasando?».

Mi portátil hiberna en la esquina, pero me sé de memoria lo que me espera: tres ensayos atrasados, una participación en el foro de psicología del deporte y una bandeja de entrada que sangra preocupación profesoral. «Esto no es propio de ti, Mike.» «Solo quería saber si todo va bien.»

Hasta el doctor Morges llamó a la oficina de hockey para preguntar si estaba lesionado.

El sofá se ha amoldado a mi cuerpo, un sarcófago con forma de Mike. Todavía llevo la camiseta de Pine Barren Hockey del jueves. O la del miércoles. Es difícil llevar la cuenta cuando no duermes, cuando solo flotas entre la catatonia en vigilia y duelos de miradas en horizontal contra el techo.

Empiezan los golpes: alguien intentando tirar la puerta a cabezazos. Otros han venido, se han rendido y se han ido. Pero este es el golpe característico de Lea. Como a todos los demás, quiero que se vaya, que me deje marinar en paz. Pero entonces los golpes cesan y una llave raspa en la cerradura.

—¿Mike?

Su voz corta la oscuridad. Olvidé que tiene copia de la llave.

—Dios, joder.

Giro la cabeza —el primer movimiento voluntario en horas— y observo a mi hermana procesar el desastre. El departamento tiene mala pinta. Lo sé porque su cara recorre un ciclo: conmoción, reconocimiento y después algo que hace que mi corazón muerto se contraiga. Miedo puro.

—Mierda. —Las palabras se le escapan en un susurro—. Otra vez no.

Ataca el departamento con furia concentrada. Las botellas tintinean acusaciones mientras las mete en bolsas de basura. Sus movimientos son bruscos, violentos, pero le tiemblan las manos cuando cree que no la miro. Dejo que arrase como un tornado a mi alrededor, mi culo en el sofá como el ojo de la tormenta.

—Maine me llamó. —No me mira a los ojos, demasiado ocupada excavando un plato de debajo de capas geológicas de servilletas—. Dice que has faltado a dos entrenamientos.

¿Dos? Suena correcto. O no. El tiempo ya no es algo que controle.

—Dice que es como antes. —Empieza a fregar los platos—. Como tu bajón del año pasado.

Esa palabra, que encoge la catástrofe del año pasado hasta un tamaño manejable, me hierva la sangre. Pero corregirla requeriría energía que estoy reservando para respirar, y de repente el

derrumbe de mi último año parece poca cosa comparado con lo que Sophie está pasando y con lo que me ha pedido que haga.

—Estoy bien —digo.

—No lo estás. —Lea estampa el plato y empieza con el siguiente—. Te estás descomponiendo a oscuras a las dos de la tarde, ¿con una camiseta de cuántos días?

—Puede ser la del jueves. He perdido la cuenta.

—Y tu departamento es la escena de un crimen, y Maine dice que cuando apareces patinas como un zombi.

El pensamiento llega nítido: me importa todo una mierda. El hockey, la universidad, mantener esta actuación. Lo único que quiero es a Sophie, y ya la tengo. El resto es solo yo procesando lo que he perdido y lo que tengo que hacer ahora.

—Voy a renunciar a la NHL.

Lea se congela.

—¿Qué?

—Sophie me necesita aquí. Así que me quedo —digo—. Solo estoy procesándolo.

—¿Procesándolo? —Se vuelve hacia mí, con las lágrimas acumulándose, las del tipo furioso—. Esto no es procesar. Esto es caer. Esto es tu depresión devorándote vivo.

—Es mi decisión. La quiero. Me necesita aquí...

—¿Para qué? ¿Para renunciar a todo por lo que has sangrado? ¿A todo lo que ERES? —El rostro de Lea se contrae de dolor—. Te estás ofreciendo voluntario para tu propia destrucción.

Me encojo de hombros. Es todo lo que puedo ofrecer.

—Joder, Mike. —Las lágrimas caen ahora, pero su voz sigue siendo feroz—. ¿Sabes lo que fue? ¿Verte el año pasado? Dejaste de hablar. Dejaste de existir. Durante tres meses, no estabas. Lo que quedaba era esta cosa hueca que se parecía a mi hermano, pero... *joder, Mike.*

Lo recuerdo. El peso de la existencia aplastándome contra el colchón. La comida con sabor a ceniza. La distancia cuidadosa que mantuve con todos porque su preocupación se sentía insoportable, y la pérdida del hockey fue como desconectarle la sonda de alimentación a un paciente catatónico.

—LUCHASTE. —Su voz sube—. Luchaste *tan* jodidamente fuerte. Terapia dos veces por semana. Todas las cosas nuevas. Te reconstruiste, y estaba tan orgullosa de ti, joder.

Algo caliente me pincha detrás de los ojos.

—Y ahora... —Suelta un bufido—. Una conversación con ella y estás de vuelta aquí, como si nada de eso importara, como si TÚ no importaras.

—No es...

—Entonces explícamelo. Haz que tenga sentido. —Se deja caer a mi lado en el sofá—. Porque lo que veo es a mi hermano eligiendo ahogarse.

—El amor implica sacrificio.

—No. El amor implica crecer. —Su mano encuentra la mía, aprieta fuerte—. El amor es convertirte en más, no en menos.

Otro encogimiento de hombros.

Se acerca más.

—La última vez, el hockey te salvó. La posibilidad de volver a jugar te sacó adelante. Pero si renuncias a eso... ¿qué queda?

Nada. Los dos lo sabemos. Sin ese norte, soy solo esto: un fantasma embrujando su propio departamento. Lo superaré, porque tengo que hacerlo —Sophie me necesita—, pero hasta entonces, joder, claro que estoy hundido, y no voy a disculparme por tomarme el tiempo que necesito.

—Su madre estaba en el hospital y Sophie dijo que me necesita —digo—. Y si me voy, si estoy en Calgary cuando vuelva a pasar...

—¡No eres su animal de apoyo emocional! ¡Ese no es tu puto trabajo! —La voz de Lea se quiebra—. Si estar con ella significa borrarte a ti mismo, eso no es amor, Mike. Es un suicidio lento con compañía, es detonar tu propia puta vida porque ella tiene demasiado miedo de vivir la suya.

Nos sentamos en la oscuridad creciente. La tele continúa su burla silenciosa.

—Tienes partido en dos días —dice Lea finalmente.

—Lo sé.

—¿Vas a jugar?

La pregunta pesa más que mi bolsa de equipo.

—No lo sé.

—Mike...

—Iré. Me ducharé. Comeré algo. Apareceré.

—Me quedo esta noche —dice en ese tono que me recuerda que somos de la misma sangre—. Voy a dormir en el sofá que compraste pensando que ibas a firmar un contrato profesional.

La ironía escuece, apuntada y precisa.

—Y mañana, después de Cornell, vamos a hablar. De verdad. Quizá llamar a tu terap...

—No voy a volver a terapia.

—Entonces encontraremos algo. Pero Mike... —Suspira—. Este camino no lleva a ningún sitio bueno. No puedes superar esto apretando los dientes mientras renuncias a tu alma.

—Lo dramático viene de familia —intento.

—La depresión viene de familia —corrige ella—. Hay una diferencia.

Después de que desaparezca a buscar sábanas, me quedo en mi departamento ligeramente más limpio sintiéndome expuesto. De repente, el teléfono vibra con el nombre de Sophie. Su foto de contacto —los dos riéndonos de algo que no recuerdo— se siente como una prueba de otra vida.

¡Estoy deseando verte! 💙

Miro fijamente el emoji del corazón hasta que se difumina. Mis pulgares flotan sobre el teclado antes de obligarme a escribir:

Yo también.

Dos palabras. La mentira más pequeña que he dicho en mi vida.

Lea reaparece con la ropa de cama y me pilla mirando el teléfono.

—¿Sophie?

Asiento.

—¿Y estás fingiendo que la vida es maravillosa?

Otro asentimiento.

—Mike... si te quiere, si de verdad te quiere, tiene que saberlo.

—Se echará la culpa.

—Bien —dice Lea en voz baja—. Quizá debería. ¿Dudó ella?

Siento una chispa de rabia... de emoción... por primera vez en días.

—¿Qué?

—¿O simplemente decidió que sus necesidades valían más que tus sueños?

No contesto. No puedo contestar. Llevo tres días esquivando esa pregunta.

—Tú también importas —dice Lea por fin—. Tus sueños importan. Y cualquiera que te quiera no te pediría jamás que eligieras entre ella y el oxígeno.

Me besa la frente y empieza a preparar el sofá. Debería ayudar, o hacer algo que no sea marinarme en verdades que no quiero saborear, pero eso requeriría mucha energía.

Así que, en lugar de eso, cierro los ojos e imagino el partido en unos días. Atándome los patines que se sienten como grilletes. Las luces del pabellón iluminando todo a lo que estoy renunciando. Jugando un partido que solía ser mi religión y ahora es solo tortura.

El sofá se hunde cuando Lea se acomoda, y me obligo a levantarme. A ducharme. A fingir que sigo siendo humano. Pero mientras el agua caliente me recorre, arrastrando tres días de autocompasión, la pregunta de Lea rebota en los azulejos:

¿Qué te va a salvar esta vez?

Nada. Absolutamente nada, joder.

Voy a desvanecerme en esta versión hueca de mí mismo hasta que no quede nada salvo lo que Sophie necesita. Una proyección con forma de novio que aparece y poco a poco olvida que alguna vez quiso algo más.

Quizá es suficiente.

Quizá eso es amor.

Quizá es solo la mentira que voy a seguir contándome.

treinta y seis

SOPHIE

MIKE NO HA TOCADO su risotto en diez minutos.

Lo observo empujar champiñones por el plato con precisión mecánica: tenedor al plato, plato a la boca, boca al tenedor. Alguien lo programó para simular que come mientras su verdadero yo flotaba en algún lugar lejano, probablemente en la pista de hielo, de donde yo lo desterré.

—Está muy bueno —dice, y cómo no.

Todo lo que preparo es bueno ahora. Cada sugerencia, brillante. Cada opinión, incuestionable. El cumplido sabe peor que el risotto, que se me ha enfriado y apelmazado en la lengua.

Apuñalo mi propia porción. —Odias los champiñones.

—No, yo... —Durante medio latido, el verdadero Mike asoma: el que una vez pasó veinte minutos explicando por qué los hongos eran la mayor traición de la naturaleza, agitando las manos como loco mientras yo me reía hasta que me acalabró el estómago. Luego desaparece, reemplazado por una obediencia hueca que me retuerce las entrañas—. Me están empezando a gustar.

No es cierto. Ya nada crece. Ni sus gustos, ni nuestras conversaciones, ni el futuro que supuestamente estamos construyendo. Todo se marchita bajo el peso de mis exigencias.

—¿Qué quieres hacer esta noche? —digo, aunque ya sé la respuesta.

—Lo que tú quieras.

Dejo el tenedor con un cuidado exagerado, luchando contra el impulso de voltear la mesa entera. —Mike. ¿Qué quieres *tú*?

Me mira entonces, y el dolor desnudo que asoma tras sus ojos me aplasta las costillas. —Quiero lo que te haga feliz, Soph. Eso fue lo que acordamos.

Eso fue lo que te obligué a aceptar.

El pensamiento llega afilado y merecido.

—Claro. —Me aparto de la mesa, las patas de la silla chirriando contra la madera—. Tengo que ayudar a Hazel con su tarea.

—Puedo ir—

—No. —Demasiado brusco. Suavizo el tono, pero la falsedad permanece—. No tienes que hacerlo. Quédate aquí y descansa.

Descansa.

Ninguno de los dos ha logrado eso desde que lo encerré con mi miedo. Pero asiente de todos modos —siempre asintiendo ahora, siempre de acuerdo— y fuerza la boca en algo que podría parecerse a una sonrisa si entrecerraras los ojos.

Mientras él se pone a recoger, yo prácticamente salgo corriendo hacia mi coche, subiendo la música lo suficiente para ahogar mi conciencia, que suena sospechosamente a mamá diciéndome que el miedo toma pésimas decisiones.

Veinte minutos después, estoy en la mesa de la cocina de mis padres, teóricamente ayudando a Hazel a pintar Júpiter mientras en realidad creo arte abstracto titulado «Mujer destruye todo lo que toca».

—Sophie, estás pintándole naranja a Saturno. —La exasperación de sus ocho años me saca de la espiral—. Saturno *no* es naranja.

—Perdón, bichito. —Intento concentrarme en la esfera de poliestireno, pero la mano me tiembla y mando naranja por todo el periódico.

Deja el pincel con solemnidad judicial. —¿Por qué estás rara y triste?

Hay que ser alumna de tercero para diagnosticar todo mi estado emocional en seis palabras. Pero el silencio no es opción, así que suspiro. —No estoy triste.

Moja el pincel en pintura amarilla con precisión quirúrgica. — Pareces como si alguien te hubiera quitado tu cosa favorita.

Como yo le quité la suya.

Papá se materializa en el umbral —momento perfecto para crisis emocionales—, me echa un solo vistazo a la cara y manda a Hazel a lavar los pinceles. Se va, desplegando su giro de ojos más dramático y una mirada que dice: *los adultos son tan patéticos*.

—¿Café? —Papá ya se mueve hacia la cafetera, dándome la opción de hablar o huir.

Asiento, y mientras me marino en culpa, la cafetera borbotea. Afuera, el perro del vecino lanza su cruzada diaria contra amenazas invisibles, mientras adentro el silencio se estira hasta que se quiebra.

—La cagué bien, papá. —Las palabras salen cubiertas de autodesprecio—. Creo que rompí a Mike.

Papá pone una taza frente a mí —la que dice «La hija más pasable del mundo» en letras descoloridas que antes eran irónicas—. —¿Roto cómo?

—Le pedí que renunciara a la NHL. Por mí. Que se quedara aquí. —Cada palabra sabe más patética que la anterior—. Y él simplemente... aceptó. Como si le hubiera pedido que comprara leche en vez de que abandonara el sueño de toda su vida. Y desde entonces, ha sido... no él.

Las cejas de papá ascienden hacia lo que queda de su pelo. — Eso es... —Se recalibra—. No lo que esperaba.

—Mamá acababa de estar en el hospital, y entré en pánico. Necesitaba saber que no iba a desaparecer cuando las cosas se pusieran difíciles. Que no iba a estar en Vancouver o Toronto o donde fuera cuando ella... —La posibilidad se asienta en mi pecho, pesada como piedra.

—No hay necesidad de pensar en eso ahora —dice—. Pero Mike, ¿aceptó de inmediato?

—Sin siquiera parpadear. —Mi risa sabe ácida—. No negoció, no discutió, ni siquiera preguntó por qué. Solo «Está bien, Sophie, lo que necesites».

Papá se recarga contra la barra, estudiándome con ojos que detectaban cada señal cuando mentía sobre la tarea o los chicos o

por qué llegué a casa a las dos de la mañana en vez de a la hora acordada. —Sabes, cuando diagnosticaron a tu mamá, todos asumieron que ella me obligó a dejar Michigan.

Levanto la cabeza de golpe.

—No fue así. De hecho, me discutió la decisión. Dijo que podíamos manejar la distancia, que su tratamiento no valía que yo renunciara a un programa que había construido de la nada. —Le da un sorbo pensativo al café, y noto líneas nuevas alrededor de sus ojos, talladas a fuerza de ver a mamá pelear contra un nuevo enemigo—. Pero yo sabía dónde me necesitaban.

El paralelo aterriza justo en el blanco.

—La decisión fue mía —continúa, la voz suave pero firme—. Ella me dio esa dignidad. Esa autonomía. Y hasta en los peores días —cuando no puede levantarse de la cama, cuando el tratamiento la pone mal, cuando los dos sabemos que va empeorando— nunca lo he resentido. ¿Cómo podría? Fue *mi* decisión.

Las lágrimas llegan calientes y repentinas, rodándome por la cara más rápido de lo que puedo secarlas. —¿Pero y si elige el hockey? ¿Y si estoy sola cuando...?

—¿Cuando mamá empeore? —La franqueza de papá me sorprende. Normalmente andamos de puntillas alrededor del tema—. Sophie, su enfermedad no sigue nuestros horarios.

—Pero...

—Sin peros, Sophie. —Me corta—. Va a haber años buenos y días terribles y todo lo que hay en medio. Pero me tiene a mí aquí, y lo último que *ninguno* de los dos quiere es que vivas tu vida con miedo —o, peor, que *no* la vivas— por culpa de los «y si».

—¿Por eso me decías que me alejara? —digo, y la comprensión me golpea como un ladrillo en la cabeza.

—Así es. —Sonríe—. Tienes veintitrés años. Tienes toda una vida por vivir. No queremos que seas prisionera de esto. Y no es justo pedirle a Mike que lo sea tampoco.

—Demasiado tarde. —Las palabras salen empapadas de mocos y lágrimas—. Ya lo encerré en una jaula porque tenía miedo.

Papá rodea la barra y me envuelve en el tipo de abrazo que me ha sacado adelante desde humillaciones en el patio de recreo hasta

primeros corazones rotos, y algo en mí se quiebra por completo.

—No encierras a alguien que amas, Sophie —murmura contra mi pelo mientras yo sollozo contra su camisa—. Te conviertes en la razón por la que quiere volver volando a casa.

Me sostiene mientras lloro sin la menor dignidad, este hombre que reescribió el plan de toda su vida sin que nadie se lo pidiera. Y cuando por fin salgo de su abrazo, siento la cara hinchada y en carne viva.

—Gracias, papá.

—Cuando quieras. —Me pasa toallas de papel—. Aunque quizás la próxima vez podríamos hablar *antes* de que exijas sacrificios que alteran vidas, ¿no?

Se me escapa una risa húmeda. —Sí, lo voy a poner en mi Google Calendar. «Martes: Destruir los sueños del novio. Miércoles: Pánico. Jueves: Llorar encima de papá».

La voz de Hazel flota desde la puerta, goteando desdén. —¿Ya terminaste de estar rara? Porque Júpiter necesita otra capa.

Me arrastra de vuelta a la mesa, pero mi mente revuelve cada interacción con Mike. Lo egoísta que he sido, lo mucho que he aceptado su ayuda y su amor, y lo poco que le he devuelto.

Cómo solo veía sus partidos a medias en mi portátil mientras estudiaba, tratando cada explicación sobre superioridad numérica con el entusiasmo de alguien soportando una presentación de tiempos compartidos.

Cómo llamé «lindos» a sus sueños de la NHL —la misma palabra que usarías para las manualidades de macarrones de un niño— y cómo sus historias sobre tiros increíbles de Maine o paradas de Rook recibían el mismo «mm-hmm» que las llamadas de telemarketing.

Dos horas y un sistema solar después, estoy sentada en mi coche frente a mi departamento, con el motor encendido, paralizada. Mike está ahí adentro, probablemente reorganizando mi especiero en orden alfabético o restregando juntas de azulejo que ya están estériles.

Siendo perfecto.

Siendo obediente.

Siendo todo menos el hombre que me hacía reír hasta que me dolían los costados.

Mi teléfono vibra:

El partido empieza en 30. Voy camino a la pista.

Me quedo mirando este pequeño recordatorio de todo lo que estoy destruyendo. Antes de que el miedo pueda disuadirme, estoy manejando hacia el pabellón, las palabras de papá en repetición. *No encierras a alguien que amas. Te conviertes en la razón por la que quiere volver volando a casa.*

El estacionamiento rebosa de aficionados con camisetas de Pine Barren, su entusiasmo un idioma extranjero que nunca me molestó en aprender. Pero esta noche se siente distinta. Esta noche, estoy aquí para presenciar lo que le estoy pidiendo a Mike que abandone.

Compro un boleto y encuentro un asiento en lo alto de las gradas donde puedo ver todo pero permanecer invisible. Donde por fin puedo prestar atención a eso que hace que los ojos de Mike se iluminen como solían hacerlo cuando me miraba a mí.

El pabellón vibra con energía de precalentamiento —patines tallando hielo, palos chocando contra discos— y el aire pulsa con una anticipación lo bastante espesa para saborearla, hasta que la voz del anunciador lo corta todo.

«¡Número dieciocho, su capitán, Mike Altman!»

La multitud detona.

El sonido me golpea físicamente, sacudiéndome las costillas y robándome el aliento.

Y ahí está, deslizándose hacia la pista con una gracia líquida que he visto antes pero que nunca verdaderamente *presenció*. La camiseta que lleva puesta no es decoración: es identidad, responsabilidad, sueños, miedos, y todo lo que yo me contentaba con borrar como correo basura.

Levanta su palo para agradecer el rugido, pero incluso desde aquí, la ausencia se nota. Ejecuta los movimientos, presente pero no *presente*, alguien obligado a recitar su propio obituario.

Yo hice eso. Yo le quité esto.

Esto no es solo una carrera o un posible sueldo. Esto es su alma.

Y yo le pedí que se la arrancara y me la entregara.

Porque tenía demasiado miedo de amar sin garantías.

El disco cae y Mike explota en movimiento. Sobre el hielo, la obediencia robótica desaparece. Se convierte en potencia y gracia, más vivo de lo que ha estado toda la semana en mi departamento. Este es el verdadero Mike, al que he estado asfixiando con mi miedo.

Mi teléfono vibra. Mamá:

Papá dijo que pasaste. ¿Todo bien?

Respondo:

Viendo el partido de Mike.

Los tres puntos aparecen y desaparecen varias veces antes de:

Bien. Ya era hora.

La verdad arde. Ya era hora de que apareciera por él como él ha estado apareciendo por mí. Ya era hora de que presenciara su mundo en vez de tratarlo como un inconveniente. Ya era hora de que lo amara libremente en vez de condicionalmente.

Las luces del pabellón arden sobre el hielo, la energía de la multitud pulsando a través del edificio, y un pensamiento cristaliza con dolorosa claridad. Que si lo amo, tengo que dejarlo volar.

Y confiar en que elegirá volver a casa y ayudarme a volar a mí también.

treinta y siete

MIKE

EL HIELO ESTÁ MAL bajo mis cuchillas.

Llevo jugando hockey desde poco después de aprender a caminar, pero esta noche la pista se siente ajena. El rugido de la multitud me golpea cuando salgo al hielo para el calentamiento, veinte mil voces que solían ser mi droga favorita. Pero ahora son solo ruido fundiéndose, incapaz de ahogar el eco de mis palabras de hace una semana.

Si es lo que necesitas... está bien.

Mi propia voz.

Mi propia maldita rendición.

Disparo un disco a la portería más fuerte de lo necesario, y lo veo rebotar en el travesaño con un chasquido satisfactorio. Ese sonido solía significar algo. Precisión, control, el ángulo perfecto. Ahora es solo física. Es la primera vez que agarro un palo desde que acepté colgar los patines, y todo se siente al revés y mal.

Maine patina hasta ponerse a mi lado, su palo golpeando contra su pierna en ese ritmo nervioso que le da antes de los partidos grandes: tres golpes rápidos, pausa, y otros tres. Está claro que siente que algo anda mal, porque ha estado rondándome sin decir mucho desde que llegamos al pabellón, pero no quiero hablar.

—Hay ojeadores en masa esta noche —dice, señalando con la barbilla hacia el palco de prensa.

Sigo su mirada y los cuento. Seis hombres con carpetas y contactos que podrían cambiarme la vida con una llamada. Seis oportunidades que estoy a punto de tirar por el retrete porque no soporto ver llorar a Sophie. Al mismo tiempo se siente como un sacrificio digno y una pérdida terrible, pero la decisión está tomada.

—Fantástico —logro decir, agarrando otro disco.

Maine me observa con una mirada. Llevamos siendo amigos el tiempo suficiente para que lea mis estados de ánimo con precisión, pero esto es territorio inexplorado. ¿Cómo le digo a uno de mis mejores amigos que estoy a punto de incendiar todo por lo que hemos trabajado, y renunciar a sueños que cualquiera de los tíos en este hielo haría casi cualquier cosa por conseguir?

Por suerte, Coach pita el silbato, el sonido agudo cortando mis pensamientos y cualquier necesidad de conversar. Patino hacia allí en piloto automático, la memoria muscular pilotando mi cuerpo mientras mi mente sigue atrapada en el departamento de Sophie. El temblor en sus manos cuando me lo pidió. El alivio inundando su rostro cuando cedí de inmediato.

—iAltman! —la voz de Coach se quiebra—. ¿Estás con nosotros?

Veinte pares de ojos giran hacia mí. Mis compañeros. Mis hermanos. Los tíos que han sangrado conmigo, celebrado conmigo, que me sostuvieron cuando mi tobillo cedió y todo mi mundo se oscureció. Los tíos a los que estoy a punto de abandonar a mitad de temporada.

—Sí, Coach —miento—. Estoy aquí.

Suena el himno nacional, y me quedo de pie en la línea azul con la mano sobre el corazón, mirando la bandera mientras mis pensamientos divagan. A mi alrededor, los tíos rebotan sobre sus patines. Schmidt mueve los labios con la letra —siempre lo hace— mientras Kellerman tira de la cinta de su palo.

Soy una estatua con la camiseta de Mike Altman, preguntándome quién llevará mi número el año que viene.

El disco cae, y la memoria muscular toma el control. Mi cuerpo sabe qué hacer incluso cuando mi alma está ausente. Leer la jugada. Cerrar ángulos a los delanteros. Mantener el palo activo. Ponerme

donde necesito estar. Pero estoy viendo a otro pilotar mi cuerpo, a algún otro Mike Altman.

A mitad del primer periodo, filtro un pase perfecto por la zona neutral. Puro instinto. Veo a Maine desmarcarse antes de que ni él sepa que lo va a hacer, y el disco encuentra su pala, magnetizado. Finta al portero —una pequeña caída de hombro que vende de maravilla— y la clava en la escuadra.

El pabellón estalla. Mis compañeros de línea se estrellan contra mí, los guantes golpeando mi casco con fuerza suficiente para hacerme zumbir la cabeza. Pero mientras gritan y aúllan en mi oído, yo solo asiento. Después patino al banquillo, me siento, respiro y... no siento nada. Esto debería sentirse bien. Esto debería sentirse como todo.

Pero no siento absolutamente nada.

Unos minutos después, leo un dos contra uno a la perfección, deslizándome hacia la línea de pase en exactamente el ángulo correcto. El disco se desvía inofensivo hacia la esquina. Jugada defensiva de manual. De las que salen en los resúmenes y hacen que los ojeadores garabateen notas sobre «alto cociente de juego» y «conciencia posicional».

Sigo sin sentir nada.

Bueno, no es del todo cierto.

Siento el peso de mi decisión presionándome el pecho.

Siento las lágrimas de Sophie, la forma en que dijo *por favor* como si le doliera físicamente...

El golpe llega de la nada.

El defensa me pilla con la cabeza en las nubes y los pies en cemento, el hombro atravesándome el pecho. El hielo se precipita hacia mí con toda la ternura de un beso de hormigón, el aire explotando de mis pulmones en un soplido que sería vergonzoso si no acabaran de sacudirme cuerpo y cerebro.

—Mierda, Mike, ¿estás bien? —La cara de Schmidt flota sobre mí, la preocupación arrugando su frente eternamente quemada por el sol.

Me incorporo, las costillas cantando en protesta. —De maravilla.

Pero no estoy de maravilla. No lo estoy desde que dejé el departamento de Sophie con su ultimátum resonando en mis oídos. Mientras voy al banquillo y el fisio empieza a palpar mis costillas — los dedos encontrando cada punto sensible con precisión sádica—, me pregunto por qué siquiera estoy aquí esta noche.

¿Cuál es el sentido de jugar este último partido?

Coach se inclina, su aliento mentolando el aire entre nosotros. — ¿Necesitas sentarte?

—No. —La palabra sale cortante—. Estoy bien.

Me estudia un instante, luego asiente y pide un cambio de línea. Así de fácil, estoy de vuelta saltando la valla, pero mi ritmo está aún más desajustado. Todo va medio segundo retrasado. Me siento lento. En el repliegue, planeo cuando debería apretar, dejando que mi marca se escurra hacia el centro del área sin oposición.

El pase es inevitable.

El tiro le sigue.

La luz roja se enciende, como el dedo medio del hockey.

Mientras la línea vuelve al banquillo, el palo de Maine se casa con la valla en un matrimonio infeliz. El crujido resuena por nuestro banquillo, pero ni siquiera puedo reunir tanta emoción. En cambio, simplemente me hundo en el banquillo y me marino en la decepción que irradian mis compañeros. Es casi visible, ondulando sobre ellos.

Otro turno. Otro gol en contra. Este no es directamente culpa mía, pero tampoco estoy ayudando. Y para cuando suena la bocina de descanso, vamos perdiendo 3–1, y la emoción del público se ha agriado. Sigo a mis compañeros por el túnel, cada paso más pesado que el anterior.

El vestuario nos recibe con una calidez de morgue.

Los tíos se desploman en los bancos, mirando a la nada. La charla habitual —bromas para aliviar tensión, pullas para mantener el ánimo— está tan extinta como los dinosaurios. No hay nada más que respiraciones pesadas y el perfume del fracaso deportivo: sudor, tufo de equipo y sueños aplastados.

Coach irrumpe, el rostro tormentoso. —¿Qué demonios fue eso? ¿Dónde está la garra? ¿Dónde está el corazón? ¿Dónde está el equipo que llevo entrenando toda la temporada?

Disecciona nuestros fallos con precisión quirúrgica. Las palabras se difuminan —*repliegue perezoso y errores mentales y cabezas metidas en el culo*— pero resbalan sobre mí, sin significado. Porque ¿por qué iban a importar? Se acabó después de otros dos periodos, así que ¿cuál es el sentido?

—¡Somos mejores que esto! —termina Coach, golpeando la pizarra con la fuerza suficiente para hacer saltar los rotuladores—. ¡Espabilad!

Sale como un vendaval, dejando un silencio lo bastante espeso como para asfixiarte.

Me siento en mi casillero, estudiando mis patines. A mi alrededor, los tíos intentan resucitar. Rook suelta chistes que caen mal. Cooper reenvuelve su palo con una intensidad concentrada. Maine sigue lanzándome miradas, queriendo decir algo pero sin encontrar las palabras.

Se merecen algo mejor que esto.

Mejor que un capitán que ya tiene medio pie fuera.

Algo se resquebraja dentro de mí —no se rompe, exactamente, pero se abre.

Me pongo de pie. —Tengo que deciros algo —digo—. Después de este partido, se acabó. No me voy a presentar al draft y este es mi último partido con Pine Barren.

La reacción recorre el vestuario a cámara lenta.

Conmoción, confusión, incredulidad pintadas en cada rostro.

—¿Qué? —La voz de Maine se quiebra.

Me obligo a sostenerles la mirada. —Cuelgo los patines después de esta noche.

—Pero... —Kellerman parece perdido, más joven que sus diecinueve años—. Te van a seleccionar en el draft. Se supone que eres nuestra historia de éxito.

—Ya no. —Las palabras pesan en mi boca—. Estoy eligiendo... otra cosa. A otra persona.

Nadie habla.

Me aclaro la garganta, necesitando llenar el horrible silencio. —Vosotros me disteis todo cuando yo no podía dar nada a cambio. Cuando estaba en el banquillo con una bota ortopédica,

compadeciéndome, ahogándome, seguisteis llamándome Capitán. Seguisteis incluyéndome y haciéndome sentir que importaba cuando era inútil.

Nadie se mueve.

La voz se me engancha, pero sigo adelante. —Os debo algo mejor que esa basura de primer periodo. Os debo todo lo que me queda. Así que el resto de este partido no va de ojeadores ni del draft ni de contratos ni de lo que viene después. Va de nosotros. Este vestuario. Esta hermandad. Quiero dejarlo todo en el hielo. Una última cabalgada.

La calidad del silencio cambia, se transforma.

Maine se levanta primero, rápido y decidido. Los demás siguen, uno a uno, hasta que están todos de pie. No hay gritos de guerra ni discursos teatrales, solo una determinación tranquila asentándose sobre nosotros. Extiendo la mano, y ellos apilan las suyas encima. Veinte corazones latiendo con un propósito compartido.

—Devils a la de tres —digo—. Una, dos, tres...

—¡DEVILS!

El rugido sacude el polvo del techo, y por primera vez esta noche, algo perfora el entumecimiento. No es exactamente esperanza. No es exactamente felicidad. Pero quizá sea suficiente. Y cuando salimos disparados al hielo para el segundo periodo, la pista se siente diferente.

No amigable —nunca más un hogar— pero familiar.

El disco cae, y todo cambia.

Juego sin nada que perder.

Cuando el delantero rival se instala en nuestra zona, me tiro a bloquear un slapshot que me da de lleno en el muslo. El dolor florece inmediato y feroz, el morado de mañana ya anunciándose, pero la adrenalina lo transforma en combustible. La multitud ruge su aprobación, y recuerdo por qué me enamoré del hockey.

Dos minutos después, saco un disco de una maraña en la esquina que haría estremecerse a un jugador de rugby. El palo de alguien me alcanza en la parte baja de la espalda —accidente o intención, da igual. Me mantengo en pie por pura tozudez, girando para escapar de la presión, pero *joder*, duele.

Treinta segundos después, Maine se escapa hacia la portería con ese sexto sentido que lo hace especial, y filtro el pase a través de un bosque de piernas y palos. No duda. Suena la bocina de gol, y Maine va directo a por mí. Su guante se estrella contra el mío con fuerza suficiente para escocer a través de la protección.

El banquillo estalla cuando volvemos.

No porque fuera bonito ni porque los ojeadores estén mirando.

Porque estamos vivos otra vez.

Porque recordamos por qué jugamos.

Estamos poseídos ahora, jugando con la desesperación de hombres que acaban de recordar por qué luchan. Cada choque completado con autoridad. Cada batalla ganada. Cuando Rook hace una parada espectacular de guante en una escapada —extensión total, como volando— me apunta directamente con su palo.

Es un saludo de gladiador que levanta veinte mil culos de sus asientos.

A ocho minutos del final, empatamos. Gol de Schmidt nacido de una jugada de pase tan bonita que merece estar en un museo. Lo veo desde el banquillo, demasiado reventado de vender mi cuerpo por discos sueltos para contribuir, pero el corazón me late con algo que podría ser orgullo. O quizá solo amor por estos idiotas preciosos que se niegan a rendirse.

—¡Seguid apretando! —ruge Coach—. ¡Están fundidos!

Los cazamos. Oleada tras oleada, buscando sangre. El cuerpo me duele de golpes y discos, y siento los ojos de los ojeadores taladrándome la camiseta, pero por una vez, me da igual. Esto ya no va de ellos. Esto va de darles a estos chicos un último recuerdo de lo que podemos ser juntos.

Va de decir adiós.

A noventa segundos del final, su mejor delantero intenta lanzarse en una escapada. Lo leo perfectamente, angulando mi cuerpo para forzarlo hacia fuera. Intenta el pase de todas formas, porque la desesperación vuelve estúpida a la gente, pero el disco golpea mi patín y rebota hacia Kellerman.

No persigo la jugada.

No hace falta.

En cambio, veo a mis compañeros volar pista arriba en perfecta sincronización, un disco moviéndose de pala en pala. Es poesía en movimiento. Cooper a Martínez. Martínez a Schmidt. Schmidt a Maine en el centro del área. Maine al fondo de la red cuando la bocina grita.

Caos absoluto.

El banquillo se vacía, cuerpos estrellándose unos contra otros en el centro de la pista. Pero entonces ocurre algo hermoso. Se giran — todos— y patinan hacia mí. Me rodean, me levantan, corean mi nombre. La multitud se une mientras nos volcamos camino del vestuario, veinte mil voces unificadas en gratitud.

Pero no saben que están vitoreando a un fantasma.

Porque este Mike —el Mike del hockey— está muerto.

Y en su lugar, Sophie obtiene exactamente lo que necesita: un novio que nunca se irá, que nunca perseguirá sueños lejos de ella, que nunca será más de lo que cabe en su mundo cuidadosamente controlado. Me duele, es lo más doloroso que he tenido que hacer en mi vida, pero la quiero y ella me necesita.

Así que tendrá que bastar.

treinta y ocho

SOPHIE

EL AULLIDO de la bocina atraviesa los gritos de veinte mil aficionados, pero no puedo moverme. Mi culo sigue pegado al asiento de plástico mientras la gente pasa a mi lado como una marea, una ola de celebración a la que no pertenezco. Porque acabo de ver al hombre que amo arrojarse sobre su propia espada.

Se me han dormido los dedos alrededor de la barandilla. Abajo, en el hielo, los compañeros de Mike se amontonan unos sobre otros en el centro de la pista —un montón retorcido y jubiloso de cuerpos y palos— pero lo único que veo es al tipo en medio de todo, callado y contenido, como si estuviera de luto.

Ojos muertos. Movimientos mecánicos. Un desconocido con la cara de Mike Altman.

Igual después del partido que en el primer periodo.

Antes de la transformación. Dios, la transformación.

Había visto a Mike volver a ser él mismo en el segundo periodo. Cada tiro bloqueado que lo dejaba cojeando. Cada golpe que debería haberlo tirado de culo pero no lo hizo. La forma en que sus compañeros jugaban a su alrededor, por él, como si fuera el sol y ellos solo planetas en su órbita.

Cuando veinte mil personas corearon su nombre después de ese gol, llamándolo leyenda, el estómago se me dio la vuelta. Porque por fin lo entendí. No le había pedido que eligiera otro trabajo. Le había

pedido que se arrancara un trozo del alma y me lo sirviera en bandeja.

—Disculpa. —Me abro paso entre los aficionados que celebran—. Perdón, voy pasando.

Abajo, en los pasillos de hormigón bajo el pabellón, mis zapatillas chirrían contra el suelo mientras paro a un guardia de seguridad para que me indique el camino: tercera a la izquierda, todo recto, sigue el ruido. Y entonces echo a correr, con el corazón martilleándome más fuerte en cada giro, hasta que la celebración amortiguada se vuelve más y más fuerte y—

La puerta del vestuario está abierta de par en par, soltando oleadas de música, risas y euforia alimentada por testosterona. Me quedo paralizada en el umbral. Este es su templo, su espacio sagrado donde yo claramente no pinto nada. Pero entonces la voz de Mike atraviesa el caos —baja, agotada, rendida— y mis pies se mueven sin permiso.

Veinte cabezas giran hacia mí en cuanto cruzo a su territorio.

La música se corta. La cerveza de Maine se queda a medio camino de sus labios. Rook levanta la vista del móvil. Y ahí está mi papá, con las cejas subiendo hacia lo que queda de su línea del pelo. Pero hay algo más en su cara también. Como si supiera que esto iba a pasar. Como si tal vez lo estuviera esperando.

Pero Mike.

Mike.

Está desplomado en un banquillo junto a su casillero, todavía con el equipo puesto salvo la camiseta, que cuelga detrás de él como un fantasma. El sudor le aplasta el pelo oscuro contra el cráneo. Un verdugón rojo furioso le cruza el muslo donde le dio aquel slapshot, y tiene un corte en la espalda de algún palazo que habrá recibido en algún momento.

Sus manos preciosas —las que sujetaron las mías durante la recaída de mamá, las que saben exactamente cómo tocarme, las que escriben poesía terrible y la leen sin ningún miedo— desatan los cordones de sus patines con los movimientos precisos de alguien que se prepara para un funeral.

Y verlo quitarse esos patines me abre algo por dentro.

Cruzo el vestuario en cinco zancadas, con las lágrimas ya quemándome los ojos. Sé que los demás me están mirando, juzgándome, probablemente habiendo atado cabos sobre por qué su capitán parece un muerto en vida. Y cuando Mike levanta la cabeza de golpe, el agotamiento y la tristeza en su cara casi me derriban.

Pero paso el brazo por detrás de él, le arranco la camiseta del gancho y se la estampo contra el pecho. —Te pones esto. Ahora mismo.

La agarra, mirándome como si me hubiera salido una segunda cabeza. —Sophie, ¿qué es lo que—?

Le cojo la cara con las dos manos. Su barba incipiente me raspa las palmas: áspera, real y mía. —Lo vi todo. —Se me quiebra la voz, pero sigo adelante, consciente de veinte pares de ojos clavados en nosotros pero importándome una mierda—. Al zombi del primer periodo. Solo cumpliendo el trámite porque yo maté lo que te hace ser tú.

Se le tensa la mandíbula bajo mis manos. —Soph—

—Y luego vi el resto. —Se me escapa un sollozo a pesar de mis esfuerzos—. Vi lo que eres de verdad cuando dejas de fingir que estás bien con media vida. No eres solo bueno en hockey, Mike. TÚ ERES hockey. Eres arte sobre hielo. Eres su capitán, el tipo al que seguirían al infierno porque saben que los sacarías de vuelta.

Detrás de mí, Maine murmura:

—Joder, así es.

—Me enseñaste a probar cosas nuevas, a ser lo bastante valiente para ser malísima en ellas, pero daba igual porque las hacíamos juntos. —Estoy llorando abiertamente, con los pulgares pintando surcos húmedos por sus pómulos—. Me ayudaste, me animaste, me diste calor y me quisiste...

Mike suelta un suspiro agotado. —Y sigo haciéndolo, Sophie, por eso—

—Cuando mamá recayó, entré en pánico. —Sigo sin atreverme a dejarlo hablar hasta que termine, porque me cago de miedo de que me niegue esto, de que se niegue a sí mismo y se repliegue de vuelta en su caparazón—. Me agarré a ti tan fuerte que acabé

ahogándote, haciéndote exigencias que eran *tan* jodidamente irrazonables *sabiendo* que ibas a ceder.

Me tiemblan las manos mientras tomo aire. Es hora de saltar del precipicio.

—Así que esta es *mi* cosa nueva: confiar. —La palabra sabe a libertad—. Confiar en que somos lo bastante fuertes para manejar lo que venga. Confiar en que dos personas que se quieren pueden resolver la logística. Confiar en que encerrarte en una jaula mataría al hombre del que me enamoré desde el principio.

Le suelto la cara solo para cogerle las manos y apretarlas entre las mías. —Mañana llama a tu agente. Dile que Mike Altman vuelve al mercado. Y da la casualidad de que conozco a tu entrenador, y voy a decirle que *no* has terminado esta temporada.

El vestuario estalla en exclamaciones y «joder» y «¿acaba de—?»

Busco los ojos de papá. Nos observa con una expresión que no logro descifrar, pero está sonriendo. Y entonces vuelvo a mirar a Mike. —Lo resolveremos. A distancia si hace falta. Lo que sea. Porque tú me ayudaste a volar, y ahora quiero que vuelas conmigo, y estoy harta de ser el lastre atado a tus tobillos.

Mike no se ha movido. No ha respirado. Sus ojos oscuros escrutan los míos como si buscara la trampa, la letra pequeña, el momento en que me retracto. Y de pronto me doy cuenta de que así debió de ser el año pasado, durante su lesión y antes de empezar terapia.

—Mike, por favor, vuelve a mí. Lo siento mucho. —Las palabras apenas logran pasar el nudo de mi garganta—. Tenía tanto miedo de perderte.

Algo cambia en la expresión de Mike. El agotamiento se resquebraja, y debajo hay algo crudo y desesperado. Es como si lo viera emerger de la oscuridad hacia la luz, todo reflejado en su cara, y entonces se mueve más rápido de lo que le he visto moverse jamás fuera del hielo.

Un segundo estoy ahí de pie con los mocos probablemente cayéndome por la cara, y al siguiente estoy en su regazo con su boca aplastando la mía y sus manos aferradas a mi pelo como si

temiera que fuera a desaparecer. Veinte jugadores de hockey estallan en vítores y silbidos.

Mike se aparta lo justo para apoyar su frente contra la mía. —Eres todo —dice, con la voz destrozada—. Gracias por no obligarme a elegir.

—Mike. —La voz de papá corta la celebración como el silbato de un árbitro, seria y solemne.

Los dos nos giramos y lo encontramos a un metro de distancia, con los brazos cruzados. Pero tiene los ojos vidriosos y la boca luchando contra una sonrisa mientras nos mira. Está claro que el tono serio era puro teatro, porque todos los demás también están sonriendo.

—Te espero en el próximo entrenamiento —dice—. Tenemos un campeonato que ganar.

Mike me abraza más fuerte. —Sí, señor.

—¿Y Sophie? —La sonrisa gana—. ¿La próxima vez podrías esperar a que se hayan duchado?

La tensión se disuelve al instante. El pecho de Mike tiembla con algo entre risa y alivio mientras hunde la cara en mi cuello. Su aliento llega en oleadas contra mi piel, caliente e inestable. Alguien sube la música de nuevo y la fiesta se reanuda con el doble de energía.

Pero mientras el caos estalla a nuestro alrededor, Mike simplemente me abraza, meciéndose ligeramente en medio de la tormenta como si esto fuera nuestra cocina y no un vestuario lleno de jugadores de hockey medio desnudos. No sé lo que piensa, pero me abraza tan fuerte que está claro que tiene miedo de perderme si me suelta.

—¿Estás segura de esto? —Sus labios me rozan la oreja—. ¿Estar separados? ¿O mudarnos cada pocos años? ¿Y probablemente tener que aprender qué significa el *icing*?

Me aparto para mirarlo de verdad. Este hombre precioso y complicado que estaba dispuesto a amputarse una parte de sí mismo para mantenerme entera. El hombre que escala rocódromos con niñas de ocho años para facilitarme la vida y escribe poesía de mierda pero lo intenta de todos modos si consigue que sonría.

—Te quiero a ti —le digo—. Todo lo demás son solo logística y millas de avión.

Me besa otra vez, más suave esta vez pero de algún modo más intenso. Una promesa escrita en el idioma de labios y lenguas y manos que saben exactamente dónde tocar. Alguien empieza a corear «MVP», pero en nuestra burbuja de dos, el ruido se desvanece hasta convertirse en estática blanca.

—Te quiero —dice Mike contra mi boca—. Gracias por devolverme la vida.

—Yo también te quiero. —Le trazo la C en el peto, justo donde el corazón le late contra la protección—. Gracias por enseñarme a volar. Y por volar conmigo.

Esa sonrisa —su sonrisa de verdad, la que casi maté— le cruza la cara como un amanecer. —Venga. Vámonos de aquí.

Sus compañeros se apartan para dejarnos pasar, todavía gritando y vitoreando. Maine saluda con su cerveza. Rook grita algo sobre no hacer nada que él no haría. Y cuando salimos a trompicones al pasillo y la puerta se cierra sobre el hermoso caos, el silencio repentino se siente como romper la superficie después de una inmersión profunda.

—¿Tu casa o la mía? —pregunta.

—La tuya está más cerca.

—Gracias a Dios.

Avanzamos tal vez tres metros antes de que me acorrale contra la pared de hormigón. Su boca encuentra la mía con una precisión desesperada, como si intentara meterse dentro de mi piel a base de pura determinación. Sus manos me enmarcan la cara con una ternura devastadora mientras su lengua hace cosas que deberían ser ilegales en público.

—Creía que querías irte —jadeo cuando por fin me deja respirar, con las manos ya recorriéndome el cuerpo.

—He cambiado de opinión. —Sus labios bajan por mi cuello—. Necesito un momento para hacerte una pregunta—

Lo callo con otro beso, volcando cada disculpa, cada promesa, cada gramo de amor en la conexión. Mis manos se enredan en su

pelo sudado y me da igual que huela a equipamiento de hockey y desesperación, porque huele a Mike.

—No, en serio —se aparta otra vez—. Necesito saber.

—¿Qué? —gimo desesperada.

Se ríe, crudo y perfecto. —¿Así que ahora te gusta el hockey?

—No puedo decir eso, pero me gustas tú —le digo—. Y tú eres hockey, así que por la propiedad transitiva o lo que sea, sí. Y no me voy a ninguna parte. Excepto quizá a Calgary. O a Nashville. O a donde sea que te paguen mucho dinero por ser precioso sobre el hielo.

Deja caer la frente sobre mi hombro. —Pero odiabas el hockey *tanto...*

—No puedo odiar algo que te hace tan feliz.

Se aparta para estudiarme la cara, y lo que sea que encuentre ahí debe convencerlo, porque la última gota de tensión se escurre de sus hombros. La mirada atormentada por fin, por fin se desvanece.

—Venga —dice—. Vámonos a casa.

Casa.

Cuatro letras que de pronto significan algo completamente distinto a lo que significaban hace una hora. Porque casa no es mi departamento ni el suyo ni siquiera este pueblo. Es dondequiera que nos lleve esta aventura preciosa y aterradora que compartimos.

Y por primera vez en mi vida, me muero de ganas por descubrir dónde es.

treinta y nueve

SOPHIE

EN CUANTO CIERRO la puerta del departamento de Mike a nuestra espalda, se lanza sobre mí.

Su boca choca contra la mía, hambrienta y desesperada, nada que ver con la promesa suave de su beso anterior. Esto es necesidad pura, días de silencio y dolor comprimidos en el enredo feroz de dientes y lenguas. Sus manos se retuercen en mi pelo, inclinándome la cabeza hacia atrás para profundizar el beso, y gimo contra su boca.

Mis dedos forcejean con los botones de su camisa. Después del tercer intento, renuncio por completo a la dignidad, agarro la tela y tiro. Los botones se esparcen por el suelo de madera con chasquidos satisfactorios, como un aplauso de plástico a la destrucción de su vestuario.

—Sophie... —Su gemido reverbera contra mis labios mientras le clavo las uñas por el pecho recién expuesto, sintiendo los músculos contraerse bajo mi tacto.

Me gira, presionándome la espalda contra la pared con la fuerza suficiente para hacer temblar la camiseta de hockey enmarcada que cuelga cerca. El impacto me roba el aliento en un jadeo cortante que él se traga con otro beso. Su erección se marca contra mi estómago a través de la ropa, caliente e insistente, y me froto contra él.

—Echaba de menos esto —gruñe entre besos, trazando un camino ardiente con la boca hasta mi cuello—. Nos echaba de menos.

Cada palabra va puntuada por dientes y lengua en mi punto del pulso, y las rodillas me flaquean. Apenas llevamos un metro dentro de su departamento, ni siquiera hemos pasado de la entrada con su fila ordenada de zapatos y el palo de hockey apoyado en la esquina, pero me da igual. No cuando cada célula de mi cuerpo se rebela por él.

Me arde la garganta de necesidad, sedienta de él después de todos estos días separados. Es agua y vino y cada bebida que he deseado en mi vida.

Mis manos atacan su cinturón mientras las suyas luchan con mis vaqueros, nuestros movimientos frenéticos y descoordinados. Somos puro manotazo desesperado y respiración entrecortada, solo que esto no va de descubrir: va de reclamar. De llenar los huecos que la última semana nos talló por dentro.

—Fuera —exige, bajándome los vaqueros por las caderas.

Los aparto de una patada junto con la ropa interior, apenas registro el aire frío en la piel desnuda antes de que vuelva a estar pegado a mí, todo calor y músculo duro y hogar. Busco su polla, cerrando los dedos alrededor de su gruesa longitud, y sisea entre dientes.

—Sophie, joder...

—Esa es la idea. —Las palabras salen sin aliento, más jadeo que réplica, pero estoy orgullosa de mí misma por mantener algo de humor cuando el cerebro se me está derritiendo.

Nos desplomamos en el suelo en un montón sin gracia de extremidades y ropa a medio quitar. La madera está fría contra mi espalda, un contraste agudo con la boca ardiente de Mike mientras traza un camino por mi cuerpo: mis pechos, mi estómago, ese punto sensible donde la cadera se une al muslo que me hace retorcerme.

Cuando lo guío hacia mi boca, gime.

—No tienes que...

—Quiero hacerlo. —Arrastro la lengua desde la base hasta la punta, saboreando sal y almizcle y Mike—. He estado pensando en

esto. En ti. En cómo sabes.

Los ojos se le van hacia atrás cuando lo tomo entero, trabajándolo con labios y lengua y los dientes justos para hacerlo jadear. Los sonidos que hace —desesperados, guturales, completamente desinhibidos— hacen que el calor líquido se acumule entre mis muslos. Yo también soy ruidosa, gimiendo alrededor de él, dejándole sentir cada vibración de mi apreciación.

—Para —jadea de repente, apartándose—. Así no. Necesito estar dentro de ti.

Antes de que pueda lamentar la pérdida, me voltea boca abajo. El movimiento es rápido, casi brusco, y la anticipación me recorre la columna. Me levanta las caderas, colocándome a cuatro.

—¿Esto está bien? —Sus dedos provocan entre mis piernas, encontrándome empapada.

—Fóllame —exijo, empujando contra su mano—. Por favor, Mike. Necesito...

Se hunde en mí a mitad de frase, enterrándose hasta el fondo en una sola embestida. Grito, mis dedos arañando el suelo pulido buscando dónde agarrarse mientras marca un ritmo implacable.

Sí. Esto es lo que necesitábamos. El choque de piel contra piel, el ardor de él abriéndome, el abandono total. Cada embestida llega más adentro, más fuerte, cada una una declaración: Mía. Todavía mía. Siempre mía.

—Sí —jadeo, encontrándolo embestida a embestida—. Más fuerte.

Obedece, una mano deslizándose por mi espalda hasta agarrarme el pelo, tirándome la cabeza hacia atrás. El tirón agudo lo amplifica todo, y cuando su otra mano rodea mi cuerpo hasta encontrar mi clítoris, casi grito.

—Eso es —gruñe en mi oído—. Déjame oírte.

Lo hago. Me permito ser ruidosa, dejo que cada gemido y quejido y súplica desesperada llene su departamento. Que se enteren los vecinos. Que todo el edificio entienda que estamos aquí, estamos juntos, no estamos rotos sin remedio.

Estamos volando sin un plan, y me encanta.

El orgasmo me embosca, repentino y abrumador. Me contraigo alrededor de él, todo mi cuerpo temblando mientras olas de placer me arrasan. Él me sigue segundos después con un rugido, derramándose en lo profundo de mí.

Nos desplomamos en un montón sudoroso en el suelo, con el pecho agitado, las extremidades enredadas. Mi mejilla se aprieta contra la madera fría, y siento su corazón martilleando contra mi espalda donde está tumbado sobre mí.

Después de un largo momento, me giro de costado para mirarlo. Mirarlo de verdad. A este hombre que habría dejado el hielo, el rugido de la multitud, todo lo que lo hace ser quien es.

Por mí.

La magnitud de ello me vuelve a robar el aliento.

—Estabas dispuesto a renunciar a todo —susurro, con la voz todavía ronca de gritar su nombre.

Se gira de costado también, frente a mí, sus ojos oscuros suaves. Una gota de sudor le baja por la sien, y alargo la mano para atraparla con el pulgar, maravillándome ante esta intimidad simple.

Me arrastro sobre él, montándome a horcajadas en sus caderas, y me inclino hasta que mis labios le rozan la oreja.

—Déjame darte algo nuevo.

Sus manos se posan en mis muslos, cálidas y firmes.

—¿Sophie?

—Te quiero en todas partes. —Muevo las caderas, dejándole sentir lo mojada que sigo, lo lista que estoy—. Donde quieras ir, iremos juntos.

La comprensión le ilumina los ojos, seguida rápidamente por un calor que me hace revolotear el estómago.

—¿Estás segura?

—No quedan más puertas cerradas entre nosotros —le digo, sosteniéndole la mirada—. Ni esta noche. Ni nunca.

Una sonrisa suave se extiende por su cara, no arrogante ni triunfante, sino agradecida, reverente.

Me voltea boca abajo otra vez, pero esta vez su tacto es devoto. Sus manos cartografían la geografía de mi cuerpo: mi espalda, mis

caderas, la curva de mi culo. Cuando me abre, me tenso levemente, pero sus labios presionan contra mi omóplato para tranquilizarme.

—Iremos despacio —promete, y le oigo escupir. Su dedo traza círculos alrededor de mi culo, esparciendo la humedad, antes de presionar suavemente dentro.

La sensación me detiene en seco: extraña e invasiva, pero no desagradable. Mi cuerpo quiere resistirse, proteger este espacio inexplorado, pero respiro a través de ello, confiando en él. Cuando añade un segundo dedo, abriéndome con cuidado, el ardor me arranca un jadeo.

—Dime si es demasiado —dice, su mano libre trazando círculos reconfortantes en la parte baja de mi espalda.

—Estoy bien —consigo decir, sorprendida de que sea verdad—. Solo es... diferente.

Me trabaja con paciencia infinita, añadiendo más saliva, más dedos, hasta que la incomodidad se transmuta en otra cosa. Algo que me hace empujar contra su mano, buscando más de este placer extraño y nuevo.

—Por favor —susurro, mirándolo por encima del hombro—. Estoy lista.

Sus ojos buscan los míos una vez más antes de colocarse. El primer empujón es abrumador: presión y estiramiento y una plenitud que desafía toda descripción. Jadeo, mis dedos agarrando la nada, intentando anclarme a algo sólido.

—Respira —me guía, perfectamente quieto—. Solo respira, nena.

Lo hago, obligando a mi cuerpo a relajarse, a recibirlo. Y cuando por fin se desliza hasta el fondo, enterrado completamente dentro de mí, ambos gemimos: él por la estrechez caliente, yo por la plenitud imposible.

—Joder —exhala—. Se siente... Sophie, estás tan apretada. Tan perfecta.

Llevo la mano entre mis piernas, encontrando mi clítoris, y el primer toque me envía electricidad por el cuerpo. La combinación —él llenándose de esta manera prohibida mientras me trabajo con caricias familiares— es devastadora.

Empieza a moverse, lento y cuidadoso al principio, luego más profundo conforme me siente responder. Cada embestida me envía ondas de choque, el placer mezclándose con el ardor persistente hasta que no puedo separarlos, no quiero separarlos.

—Córrete para mí, Soph —dice entre dientes, su control visiblemente desmoronándose—. Necesito sentirte correrte así.

Mis dedos aceleran, persiguiendo el orgasmo que se construye dentro de mí. Cuando estalla, ahogo el grito contra mi brazo, todo mi cuerpo convulsionando. La sensación de mí contrayéndome a su alrededor lo empuja al borde también, y se corre con un grito.

Incluso cuando terminamos, cuando se ablanda dentro de mí, permanecemos unidos largos momentos, los dos jadeando. Cuando por fin sale, gimo ante la pérdida, ante el extraño vacío que queda.

Me recoge contra él de inmediato, presionando besos en mi pelo, mi sien, mi mejilla.

—¿Estás bien? ¿Fue...? ¿Te hice daño?

—No —le aseguro, girándome en sus brazos para mirarlo de frente—. Fue perfecto. Somos perfectos.

Nos quedamos ahí en su suelo, desnudos y sudorosos, las luces de la ciudad pintando arte abstracto en el techo a través de sus ventanas. El miedo que ha vivido en mi pecho durante meses — quizá años— por fin se ha calmado hasta un zumbido manejable.

—He tenido tanto miedo —admito, trazando dibujos en su pecho—. De que mi madre empeore, de dejar caer la pelota, de no ser suficiente. Pero quizá... quizá pueda ayudar a mi familia y aun así tener esto.

—Es literalmente lo que todo el mundo lleva diciéndote, Soph. — Su voz es suave pero firme—. Cargas con demasiado. Puedes cuidar de tu madre, ayudar a tu familia y estar conmigo. No tienes que elegir.

Me besa entonces, largo y dulce, con sabor a promesas y mañanas. Cuando nos separamos, sus brazos se aprietan a mi alrededor.

—El draft es en junio. —Su voz retumba contra mi oído—. Pero donde sea que acabe, hay un aeropuerto, y lo resolveremos juntos.

Sonríó contra su pecho, sintiéndome más ligera de lo que me he sentido en años. Durante tanto tiempo he intentado controlarlo todo, planificar cada posibilidad. Pero tumbada aquí con él, pegajosa y saciada y completamente desnuda en todos los sentidos, me doy cuenta de que lo desconocido no es el enemigo que creía.

—Construiremos una vida, pase lo que pase y donde sea que aterricemos —digo, con la voz firme de una convicción recién descubierta—. Y probaremos muchas cosas nuevas por el camino.

EL CAOS de Nochebuena en la casa de los Pearson me inunda todos los sentidos: agujas de pino y canela, la risa estridente de Hazel mezclándose con el pitido insistente del temporizador del horno, y en algún lugar debajo de todo eso, la voz paciente de mi padre explicando los méritos filosóficos de las luces de Navidad fijas.

Me apoyo contra el marco de la puerta, acunando una taza que empezó siendo chocolate caliente pero ha degenerado en un sistema de distribución de crema batida, y observo a Mike enfrascarse con mi padre en lo que podría ser el debate más apasionado sobre iluminación decorativa en la historia de la humanidad.

—Las luces fijas son un clásico —insiste mi padre, blandiendo una galleta de azúcar a medio comer para dar énfasis—. Son elegantes. Atemporales.

—Aburridas —replica Mike, los ojos oscuros brillantes con esa picardía que me encanta—. Las luces intermitentes añaden movimiento. Energía. Son festivas.

—Provocan convulsiones.

—Provocan alegría.

—Son cursis.

—Tú eres cursi.

Mi padre suelta un grito ahogado y se aprieta la galleta contra el pecho con indignación fingida, y una carcajada me brota de algún

lugar profundo del pecho: sin cautela, sin filtros, completamente libre.

Hace seis meses, habría estado calculando la temperatura emocional exacta de este intercambio, lista para desplegar cambios de tema estratégicos y desvíos cuidadosos. Ahora me limito a sorber mi azúcar-disfrazada-de-bebida y maravillarme de lo bien que Mike encaja en la marca particular de caos controlado de mi familia.

El calor que se extiende por mi pecho no tiene nada que ver con la bebida y todo que ver con observar a mi novio y a mi padre discutir como si llevaran décadas haciéndolo. Como si fuera algo totalmente normal. Como si fuera algo totalmente para siempre.

Desde la cocina, se eleva la voz de mi madre.

—No, cariño, las verdes van en las galletas de árbol. Las rojas son para las galletas de Papá Noel. ¡Tenemos un sistema!

—¿Pero y si Papá Noel quiere un gorro verde? —La lógica de ocho años de Hazel tiene ese tono que sugiere que el mundo adulto entero ha sido incapaz de captar lo evidente.

—Entonces Papá Noel tiene que presentar una solicitud formal por los canales oficiales —responde Mike a gritos, abandonando su debate sobre las luces para guiñarme un ojo—. Yo redacto el papeleo.

—¡No estás ayudando! —le grita mi madre, pero su voz tiene ese matiz exacto de exasperación cariñosa que normalmente reserva para la familia.

Familia.

La palabra se me aloja en algún lugar debajo de las costillas, cálida y aterradora.

El timbre me salva de esa espiral en particular. Dejo la taza, pero Mike ya se ha puesto en movimiento. Su mano me roza la parte baja de la espalda al pasar, un gesto tan simple, apenas perceptible, pero mi piel se enciende igualmente. Después de todos estos meses, el contacto más mínimo con él sigue cortocircuitándome el sistema nervioso.

—¡Lea! —La cara entera de Mike se transforma cuando abre la puerta de un tirón, y de repente nuestro recibidor se llena de aire de diciembre y voces entusiasmadas.

Lea se lanza sobre su hermano con la dedicación de alguien que lleva ahorrando abrazos desde que se fue a París hace una semana, mientras Declan se queda detrás con pinta de artista de éxito: pelo cuidadosamente despeinado, pintura bajo las uñas, mirada ligeramente desquiciada.

—Dios, Dec, parece que no has dormido desde octubre —dice Mike, atrayéndolo en un abrazo con un brazo mientras Lea se aferra al otro.

—Las zonas horarias son un constructo —responde Declan con una sonrisa agotada—. Además, tenía un encargo que entregar ayer.

—Que terminó en el aeropuerto —añade Lea, separándose de Mike el tiempo justo para poner los ojos en blanco—. Tendrías que haber visto la cara de la agente de la TSA...

—Le dije que la pintura al óleo era de apoyo emocional —dice Declan sin inmutarse—. A ella no le hizo tanta gracia como a mí.

Entran en tropel al salón en un caos de bufandas y conversaciones dispersas sobre París, sobre arte, sobre cómo seis meses pueden parecer seis minutos y seis años a la vez. Lea irradia esa clase de felicidad que viene de amar a alguien al otro lado de un océano y que funcione de todos modos.

Los observo y siento ese dolor peculiar que es alegría y terror a partes iguales.

Mike se materializa a mi lado, en voz tan baja que solo yo lo oigo.

—Se te está notando la cara de preocupación.

—No tengo cara de preocupación —miento, fatal.

Su pulgar encuentra la cara interna de mi muñeca y traza círculos que dificultan innecesariamente el pensamiento.

—Falta mucho para junio. E incluso entonces...

—Lo sé. —Y lo sé. Hemos diseccionado este tema desde todos los ángulos posibles: el draft, las ciudades que podrían reclamarlo, la logística de un amor a distancia. Pero ver a Lea y Declan gestionar su separación con tanta elegancia hace que junio se sienta inmediato, inevitable.

El timbre me salva otra vez. Por lo visto, esta noche me tocan interrupciones oportunas.

—¡Jo, jo, jo! —Maine llena el umbral de la puerta, agarrando una botella de vino que claramente viene de una gasolinera y un paquete envuelto en lo que parece ser la sección de tiras cómicas de un periódico—. ¿Dónde está mi Coach favorito, ese que seguramente no me va a poner series extra por llegar medio borracho?

—No llegas tarde —le digo, haciéndome a un lado—. Y sabes que a mi padre le dejó de importar tu vocabulario el día que metiste aquel hat trick contra BU.

—Aun así. —Maine se quita el abrigo y noto la cinta adhesiva que sujeta la cremallera por abajo, la forma en que el forro ha empezado a separarse en la costura del hombro—. Mejor llegar con regalos. Aunque sean horribles. Este vino técnicamente podría clasificarse como riesgo biológico.

Entra en el salón dando brincos con su característica energía de golden retriever, pero hay algo tenso alrededor de sus ojos, un brillo medio tono demasiado alto. Mike me mencionó la semana pasada lo del compañero de piso: el alquiler que de pronto se ha duplicado, la falta de dinero...

—¡Maine! —La voz de mi madre llega desde la cocina—. Gracias a Dios. Necesito a alguien con visión artística de verdad para ayudar con el glaseado de Papá Noel. Hazel ha convertido todos los gorros rojos en algo sacado de una película de terror.

—¡No son Papás Noel de película de terror! —protesta Hazel—. Es que son... Papás Noel cansados.

—Agotados por el capitalismo tardío —coincide Maine con solemnidad, dirigiéndose ya a la cocina—. Respeto profundamente el comentario artístico. Déjenme enseñarles a hacer las salpicaduras de sangre más realistas.

—¡MAINE!

—¡Quería decir glaseado! ¡Salpicaduras de glaseado rojo!

La casa se llena de esa clase de caos comfortable que viene de demasiada gente en un espacio demasiado pequeño, todos exactamente donde quieren estar. En algún momento me encuentro en la cocina, pasando galletas a las rejillas de enfriamiento mientras mi madre dirige el tráfico desde su taburete en la isla.

Últimamente no ha pasado mucho tiempo de pie. La observación me golpea fría y cortante.

La recaída del mes pasado fue leve, nos aseguró su neurólogo con esa calma ensayada que me hizo querer zarandearlo. Solo unos ajustes de medicación, más descanso, estaría bien.

Y está bien, técnicamente.

Pero catalogo la forma en que se agarra a la encimera cuando cree que nadie la mira, la forma en que está delegando tareas que habría hecho ella misma hace seis meses, la forma en que sus manos ahora siempre están frías. Puedo sentirlo incluso desde aquí, ese frío persistente al que ningún calor consigue llegar.

Me acerco a ella.

—Mamá...

—Estoy bien —dice simplemente—. Te lo prometo.

—Mamá...

—Sé que estás preocupada y que me vas a decir que me lo tome con calma, pero no quiero. Porque ¿sabes qué veo cuando miro alrededor de esta cocina? —No espera mi respuesta ni mi preocupación—. Veo a mi familia, más grande y más ruidosa y más caótica que en la Navidad del año pasado.

Suspiro.

—Lo sé, pero...

No me deja terminar.

—Veo a Hazel aprendiendo a decorar escenas de asesinato con manga pastelera sobre galletas de jengibre de la mano de un jugador de hockey. Veo a tu padre riéndose de verdad con los chistes malísimos de tu novio. Te veo a ti, hija mía, dejando por fin que otra persona sostenga parte del peso que has estado cargando sola.

Se me cierra la garganta.

—Mamá, por favor...

—Eso vale cada día malo, Sophie. —Sus dedos fríos encuentran los míos, apretando con más fuerza de la que esperaba—. Cada uno de ellos.

El momento se extiende entre nosotras, cargado de todas las cosas que no necesitamos decir. Estoy secándome las lágrimas de la

risa cuando Mike me busca con la mirada desde el otro lado de la cocina. Inclina la cabeza hacia la puerta trasera: una pregunta, una invitación, la promesa de un momento de silencio en mitad del caos.

Agarro su abrigo del gancho y lo sigo al porche.

El frío golpea con fuerza suficiente para robarme el aliento. La nieve cae en copos gruesos y perezosos que amortiguan el sonido hasta que parece que hemos entrado en otro mundo. Mike me atrae contra su pecho antes de que me dé tiempo a tiritar, rodeándome con los brazos con la familiaridad natural de alguien que sabe exactamente cómo encajo contra él.

—Tu familia está certificablemente loca —dice, y siento su sonrisa presionada contra mi pelo.

—¿Y te das cuenta ahora?

—No, lo sé desde hace tiempo. —Sus brazos se tensan, atrayéndome imposiblemente más cerca—. Me encanta. Los quiero. —Una pausa, su aliento cálido contra mi oído—. Te quiero.

Nos quedamos ahí de pie mirando la nieve borrar el mundo más allá de nuestro porche, las risas amortiguadas flotando desde la cocina. Perfecto. Aterrador. Acabándose. Mi madre está empeorando, el draft se acerca, y yo me gradúo en seis meses. Pronto, todo esto cambiará.

—Eh. —Me gira entre sus brazos, las manos subiéndome a enmarcarme la cara. Sus ojos oscuros son serios bajo la luz del porche—. Tengo que darte una cosa.

El corazón se me para un instante y después se desboca. Su mano baja hacia el bolsillo y por un segundo disparatado, imposible, pienso...

Saca una llave. Simple. Plateada. Insignificante, salvo por cómo mi mundo entero se reorganiza alrededor de su presencia.

—No te estoy pidiendo matrimonio —dice...—. Pero esto... —Me presiona la llave en la palma, cerrándome los dedos alrededor del metal que ya está templado por su contacto—. Es la llave de mi departamento.

—Mike...

—Déjame decir esto mientras todavía tengo el valor. —Sus pulgares me acarician los pómulos...—. Quiero que tengas acceso

total a mi vida ahora. Pero esta llave también es un anticipo. Cuando llegue junio, cuando digan mi nombre y me manden a la ciudad que saque mi número de un sombrero, lo primero que haré será buscar un sitio. Y tú tendrás llave de esa puerta también. Desde el primer día.

La llave descansa en mi palma, un objeto tan pequeño para cargar un peso tan enorme. Pero así es Mike: coge mis miedos más grandes y los descompone en promesas tangibles. No un anillo que diga para siempre cuando todavía estamos convirtiéndonos en quienes seremos. No un juramento de no irse nunca, porque así no funciona su mundo.

Solo una llave que dice: siempre tendrás un lugar conmigo.

—Te estoy pidiendo que seas mi equipo —continúa, y su voz se quiebra lo justo para que me duela el pecho—. Mi persona. La que tiene la llave de donde sea que yo esté, cuando lo necesites, o lo quieras, o simplemente me echas tanto de menos que no puedas quedarte lejos.

Las palabras me salen en un sollozo que sabe a pura alegría.

—Sí. Dios, sí.

Me besa entonces, profundo y desesperado y lleno de promesas que no necesitan palabras. Sus manos se enredan en mi pelo y me derrito en él, en este momento, en la certeza absoluta de que lo que venga después, lo afrontaremos juntos. Y cuando por fin nos separamos, los dos estamos cubiertos de nieve y tengo los pies entumecidos dentro de las botas, pero nunca me he sentido más cálida.

—¿Deberíamos volver dentro? —pregunto, aunque no hago ningún movimiento por abandonar el círculo de sus brazos.

—En un minuto. —Me atrae de nuevo, apoyando la barbilla sobre mi cabeza—. Solo quiero recordar este momento exacto.

Cuando por fin volvemos a entrar, el calor golpea como un muro. Mi padre levanta la vista desde donde está mediando lo que parece ser una guerra de decoración de galletas a gran escala entre Hazel y Maine, repara en nuestras manos entrelazadas y nuestro pelo cubierto de nieve, y me dedica el asentimiento más mínimo.

Solo eso: un reconocimiento diminuto que dice que nos ve, que lo aprueba, que su hija encontró a alguien que le dará llaves en vez de jaulas. Y, un segundo después, Lea se materializa a mi lado mientras Mike se ve arrastrado a hacer de juez en el concurso de galletas.

—¿Mi hermano acaba de regalarte una joya? —Examina mi puño cerrado con precisión láser—. Porque si ha ido a comprar anillos sin mí, lo mato.

Abro la mano para enseñarle la llave.

—No exactamente...

La comprensión le cruza la cara por etapas: confusión, reconocimiento, y después algo suave y cómplice.

—Oh —susurra—. Oh, es perfecto. Es lo más Mike que he visto en mi vida. Sabes que está loco perdido por ti, ¿verdad? Pero loco, loco. De los que escribirían poesía malísima y todo.

—Vamos a estar bien —digo, probando las palabras, saboreando su verdad.

—Pues claro que sí. —Lea engancha su brazo en el mío con esa familiaridad natural que hemos ido construyendo desde que nos hicimos amigas—. Míranos a Dec y a mí. París está muchísimo más lejos que cualquier ciudad de la NHL, y nos va genial. Bueno, agotados y ligeramente trastornados por las zonas horarias, pero genial.

—¿Cómo? —La pregunta se me escapa antes de poder contenerla—. ¿Cómo lo aguantas? No saber cuándo van a verse, las diferencias horarias, el...

—¿El querer a alguien tanto que la distancia se convierte en un dato más, como su altura o su segundo nombre? —termina Lea—. Programas citas por videollamada. Mandas demasiados mensajes sobre nada. Guardas todas tus historias para llamadas de tres horas. Atesoras cada visita como si fuera mañana de Navidad.

Me aprieta el brazo y después se inclina con un susurro conspiratorio.

—Además, piensa en el sexo de reencuentro. De nivel absolutamente élite. Del tipo despeja-el-fin-de-semana-entero, avisa-a-los-vecinos de increíble.

—¡Lea!

—¿Qué? Solo digo que la ausencia pone la polla más dura. Es ciencia.

—¡El refrán no es así!

—Lo es según mi extensa investigación personal.

Nos deshacemos en esa clase de risa que te hace daño en el estómago, y me doy cuenta de que esto es lo que me faltaba. No solo que la familia de Mike se convierta en la mía, y la mía en la suya, sino tener una amiga que entiende el dolor específico de querer a alguien cuyos sueños podrían llevárselo lejos.

Alguien que sabe que dejarlo ir no es cuestión de quererlo menos, sino de quererlo lo suficiente como para crecer junto a sus ambiciones en vez de a pesar de ellas.



¿Lista para más?

Es el turno de Maine.

Las bromas. La sonrisa fácil. El chico que nunca deja que nada le afecte.

Sí. Sobre eso.

Ahora comparte un apartamento diminuto con Maya Hayes.

Un dormitorio. Demasiada tensión. Cero posibilidades de que esto siga siendo sencillo.

Ya lo has visto sostener a todos los demás.

Ahora míralo caer.

👉 ¡Empieza *La Colisión Perfecta* ahora!

O sigue leyendo para ver una muestra.

¡Únete a mi familia de lectoras!

- Únete a mi newsletter en ClaraWestBooks.com
- Sígueme en Amazon para no perderte ningún lanzamiento
- Encuéntrame en redes sociales o envíame un mensaje a través de mi web.

*extracto de la colisión
perfecta*

uno

MAINE

—¡CHICOS, es hora de follarle el cráneo a la sobriedad!

La declaración me estalla desde dentro mientras me tambaleo sobre un taburete, con los brazos abiertos de par en par como el mismísimo Cristo, si se hubiera especializado en malas decisiones. Una veintena de jugadores de hockey me miran boquiabiertos con la reverencia que suelen reservar para las tetas, las mejores jugadas...

Y el Show de Maine.

Las pantorrillas me arden de luchar contra esta mierda tambaleante, pero el espectáculo debe continuar, y este es mi escenario: tablas combadas bautizadas en cerveza, neones desangrando luz entre el humo de los vapeadores, y dos docenas de compañeros de equipo empeñados en llegar a la cirrosis antes del entrenamiento de mañana.

—¡Degenerados! —Mi botella corta el aire—. Hemos pasado dos rondas y quedamos seis.

El rugido resultante me golpea en el pecho: pura validación cinética alimentando ese pozo sin fondo en mis entrañas que nunca deja de roer. Y absorbo cada gota, junto con la colonia distintiva del bar: grasa de freidora, Bud Light, y suficiente Axe como para tumbar a un caballo.

—¡Es hora de la tercera ronda! —Apuñalo el aire con mi botella señalando a Mike, con dramatismo de telenovela—. ¡Primero, Altman

contra su hígado!

Mike levanta su chupito y se lo baja de un trago, la garganta apenas moviéndose, hasta el fondo. Presumido. Pero por eso es mi hermano: me sigue el ritmo dentro y fuera de la pista, y todavía responde mis mensajes, lo que lo convierte en un compañero incondicional o en un demente.

Las dos cosas, probablemente.

—¡Y Rook! —Me giro hacia nuestro portero, que se inclina peligrosamente a estribor—. Que lleva más alcohol encima que el que se ha tragado.

—¡Chúpame el culo, Maine! —balbucea Rook, intentando hacer una peineta pero logrando una especie de danza interpretativa.

Cuando Rook se baja el chupito y casi lo devuelve, las risas detonan a mi alrededor. Me monto en la ola como la puta de la atención que soy, dirigiendo esta orquesta gloriosa y transformando otro jueves olvidable en la leyenda de mañana.

Estoy a punto de presentar al siguiente concursante cuando el muslo me vibra dos veces. Considero ignorarlo, pero mi hermana tiene tratamiento hoy, así que levanto una mano hacia los chicos y saco el teléfono. Veo que es un mensaje de mi madre, y se me contrae el estómago: la reacción instantánea después de los últimos cien mensajes de pesadilla.

Abro el mensaje y la foto aparece en pantalla, y ver la cara de Chloe es un golpe en los riñones. Está en una cama de hospital, una mascarilla de nebulizador convirtiéndola en la astronauta más frágil del planeta. Tiene los ojos cerrados, las cuencas amoratadas, casi negras, y parece tan delgada como una astilla.

El ruido del bar se aplanan hasta convertirse en estática blanca mientras se me cierra la garganta.

Nunca me acostumbraré a ver a mi hermana pequeña así.

Leo el mensaje:

Noche dura. ¿Mandas algo gracioso?

Eso es todo. Sin detalles sobre qué provocó este ingreso. Otro jueves de emergencia en Hamilton-landia, donde yo soy el bufón de la corte mandando chistes por mensaje, porque conmigo siempre se

puede contar para levantar el ánimo y cargar con el peso... el hijo sano, a kilómetros de distancia, «viviendo su vida».

—Eh, Hamilton, ¿te está dando un ictus? —La voz de Mike atraviesa mi autodesprecio—. ¡Ya terminamos esta ronda!

Parpadeo y lo miro desde arriba. Su cara muestra que ha pasado de colega de copas a amigo preocupado, la misma expresión de cuando me encontré desplomado en el vestuario después de hacer turnos triples para pagar el alquiler el mes pasado. Está claro que me cala la función, pero no va a delatarme en público.

Las palabras se me atascan detrás de los dientes.

Mi hermana pequeña se está ahogando en sus propios pulmones.

Mis padres no preguntan por mí desde agosto.

Pizza Plus me recortó horas y estoy a un mes de dejar la universidad.

Estoy tan jodidamente agotado de tener que estar bien todo el puto rato.

Pero ninguna de esas palabras sale. En su lugar, aprieto la mandíbula hasta que me duele. Está claro que Mike está preocupado, pero Maine Hamilton no tiene dolor: es la morfina de todos los demás. Nadie pidió el especial aguafiestas para este jueguecito de beber, así que hago lo que hago: enterrarlo todo bajo aspavientos y una sonrisa enorme.

—¿Bien? —Mi volumen sube a once—. Hermano, estoy ESPECTACULAR. Me acaba de escribir una potra que quiere que la monte luego.

—¡Y una mierda! —brama Rook, más fuerte que de costumbre porque va como una cuba—. ¡Nadie está tan desesperado!

—Qué raro, la reseña de tu madre decía otra cosa. —La réplica sale antes de que el cerebro se active, pura memoria muscular.

El momento se disuelve mientras los chicos rugen.

Mike niega con la cabeza, pero sonrío.

Me giro hacia el teléfono y busco a toda velocidad el meme más idiota posible —un gatito colgando de una rama, Comic Sans «¡Aguanta!», la ofrenda de «mejórate» más vieja y trillada que existe— y luego le añado la salsa especial que le sacará una sonrisa:

Deja de fingir por atención, perdedora (¡espero que te mejores!).

Listo.

Deberes de Buen Hermano completados.

Hora de darle caña al espectáculo.

—¡ATENCIÓN! —Se me quiebra un poco la voz del esfuerzo. El taburete se tambalea y durante un segundo glorioso estoy seguro de que me voy a estampar de cara, pero la pura mala leche y los abdominales me salvan—. La piscina de niños se ha cerrado, así que es hora de la ronda de campeonato con Rook, un servidor, el Capitán, y nuestros otros tres supervivientes.

Observo a los concursantes restantes como Patton antes del Día D.

—¡Kellerman! —Apuñalo el aire con la botella hacia él, haciéndolo dar un respingo—. ¡Mirad a este crío! ¡Se cree listo para los mayores! —Sus ojos verdes son dos platos: un cóctel de pánico y confianza mal puesta—. Ben, ¿tu identificación falsa aguanta este nivel de autodestrucción?

La cabeza le da sacudidas como una bailarina hula de salpicadero.

Luego paso la atención a Schmidt, que está secando meticulosamente su cuarto derrame con su sexta servilleta.

—Schmidt, la encarnación humana de un suspiro de decepción. —Sus ojos grises podrían congelar el vodka—. Erik, admítelo, eres tan adicto a nosotros como a tu fondo fiduciario. Es hermoso, la verdad.

Me hace una peineta, y me conformo, siempre que no me demande por difamación.

Mi mirada se desliza hacia Cooper, que está sentado con postura de libro de texto, los ojos color avellana catalogándolo todo con intensidad de microscopio electrónico.

—¡Cooper! ¡Parpadea si eres un dron del gobierno investigando patrones de intoxicación humana para nuestros amos de la inteligencia artificial!

Cooper espera, y lo hace: un parpadeo deliberado. Y es tan perfecto que me arranca una carcajada genuina.

—¡Hostia, está aprendiendo! —Sonrío de lado—. ¡Para la graduación igual hasta le cargamos «diversión.exe»!

Los chicos —los que siguen en el concurso y los que fueron lo bastante listos para retirarse en rondas anteriores— rugen todos. Y en este momento me siento en la cima del mundo después de unas vacaciones de semestre que han estado demasiado llenas de trabajo y demasiado vacías de dinero.

—¡Enfrentamiento final! —Atropello las palabras—. ¡Ronda de velocidad, caballeros! Jarras de Bud para todos, el más rápido gana, y el hijo de puta más lento paga las jarras y compra ocho pizzas para que el equipo absorba todo este caos.

—¿Ocho pizzas? —A Kellerman se le quiebra la voz como si estuviera pasando por la pubertad otra vez.

—¡Con ingredientes de primera, Benjamin!

Mientras Kellerman, reconocido tacaño, se queja de lo que está en juego, salto la barra. O lo intento. Mi rodilla golpea el borde y tropiezo, recuperándome y rodando con ello como si mi intención fuera hacer parkour hacia la gloria. El camarero acaba de preparar las jarras, seguramente esperando que bebamos hasta quedarnos callados.

Mientras distribuyo las jarras con estilo de presentador de concurso, Mike se coloca a mi lado, toda confianza relajada, mientras Rook se tambalea hasta su posición, ya inclinado cuarenta y cinco grados respecto a la vertical y el tío por el que apostarí como el perdedor definitivo.

Y cuando los demás se unen, lo arranco.

—¡Reglas estándar! Del primer trago a la última gota, ¡y demostrad vuestro compromiso con la insuficiencia hepática! ¿LISTOS?

Cruzo la mirada con Mike. Me dedica una sonrisita de lado.

—¡PREPARADOS!

El bar se queda en silencio de iglesia. Alguien apaga la música. Perfecto.

—¡BEBED!

La cerveza fría me inunda la garganta. La carbonatación contraataca de inmediato, intentando escapar por la nariz, por los ojos y posiblemente por el alma. Pero me lanzo de cabeza, abriendo

la garganta como si intentara desencajar la mandíbula, metiéndole caña porque literalmente no me puedo permitir perder.

Y porque tengo una reputación que mantener.

De reojo, veo a Mike igualándome trago a trago, suave como una máquina. Rook ya se está atragantando, y estoy seguro de que no aguantará. Kellerman está emitiendo los sonidos que usan las ballenas para comunicar angustia. Schmidt bebe como si siguiera un tutorial de YouTube.

Se me llenan los ojos de lágrimas. El estómago me grita. Pero ir más despacio significa perder reputación y dinero, y no me puedo permitir ninguno de los dos. Así que bebo más fuerte, la cerveza escapándose por la barbilla y empapándome la camiseta. Con tres cuartos bebidos, Mike sigue pegado, y Cooper avanza como un puto Terminator, pero creo que tengo cubiertos a los demás.

—¡HECHO!

Estampo la jarra vacía en la barra, la victoria rugiéndome por dentro. Mike termina medio segundo después, luego Cooper. Schmidt deja la suya con precisión de laboratorio. Kellerman sigue luchando por la mitad, con cara de estar bebiendo puro meado.

¿Y Rook?

Está en el suelo, pero su jarra está vacía.

—¡CINCO MINUTOS Y DIECIOCHO SEGUNDOS! —grita alguien—. ¡A DOS SEGUNDOS DEL RÉCORD DEL BAR!

—¡Y Kellerman! —Señalo a nuestro estudiante de segundo, aún luchando—. ¡Actualmente entrando en el minuto siete de su viaje espiritual!

Me hace una peineta sin dejar de concentrarse. Buen chico.

—¡La pizza la paga el Bebé Ben! —Abro los brazos de par en par, casi llevándome a una camarera que pasa—. ¡Ocho familiares, chicos! ¡Hacedlo sufrir!

El equipo estalla. El dinero cambia de manos por apuestas secundarias. Alguien ya está enumerando combinaciones de ingredientes, y hay una discusión sobre si los palitos de pan estaban incluidos en la apuesta. Mike me da una palmada en el hombro —ese peso específico que dice *buen espectáculo* y *¿estás bien?* con el mismo gesto— y yo simplemente le respondo con un asentimiento.

—Que te jodan mucho a tu puta madre —jadea Kellerman, terminando por fin, con cara de que le hubieran hecho un submarino.

—¡Ese es el espíritu! —Lo atrapo en un híbrido de llave de cabeza y abrazo—. ¡Sigue practicando y algún día serás un niño de verdad!

—Sigue practicando y estaré muerto —grazna.

El teléfono me vibra contra la pierna. Sé sin mirar que es o mi madre con una actualización o mi jefe recortándome el turno del fin de semana. De todas formas, la noche es joven y estos idiotas aún necesitan a su maestro de ceremonias, así que decido ignorar el teléfono por ahora y darme un momento de respiro.

—¡Vuelta de honor! —bramo—. ¡Chupitos para los vencidos y agua para los ganadores: somos deportistas, no salvajes!

Se lanzan hacia delante como si estuviera repartiendo vino de comunión. Y solo por ahora, solo por esta noche, sus risas son casi lo bastante fuertes.

Casi.



Cuarenta y siete dólares a mi nombre, y mi hermana respirando con silbidos otra noche más.

Jodidamente espectacular.

En cuanto la puerta de mi departamento se cierra a mi espalda, es como si alguien me cortara los hilos. Toda esa bravuconería de primera categoría que he estado tragando en O'Neil's se evapora más rápido que el dinero en un club de striptease, dejándome apoyado contra la pared, calculando exactamente lo jodido que estoy.

Sin compañero de piso para repartir las facturas.

Sin muebles que merezca la pena vender para adelantarme al extracto de la tarjeta de crédito.

Ahí está el sofá de Craigslist —cuarenta pavos y riesgo de tétanos— que todavía apesta a las decisiones vitales de su dueño anterior. La mesa de centro que cojea donde la cinta americana se

rindió la semana pasada. La tele que solo funciona si le das el golpe justo. Y, como si hubiera esperado su turno, la nevera contribuye con un estertor agónico.

Joder, deja de ser tan nena.

El pensamiento llega con la voz de mi padre, aunque nunca lo ha dicho realmente. Nunca hizo falta, porque la familia Hamilton asignó los papeles al nacer: a Chloe le tocó «la niña enferma que lo necesita todo», y a mí me tocó «el hijo sano que debería callarse y agradecer».

Veintidós años de función, y sigo bordando mi papel.

Con un suspiro largo, me despego de la puerta y me tambaleo hacia la cocina, las piernas temblando y la mente repasando las cuentas. A tres pavos la cerveza en O'Neil's, esta noche literalmente me he bebido la cena. Y el desayuno de mañana. Joder, a este ritmo, me he bebido el... eh... del mes que viene...

Mierda.

Cuando tu cerebro no puede ni terminar el chiste sobre el alquiler, estás arruinado de verdad.

Bueno, siempre quedan los batidos de proteínas. El programa de hockey los da gratis, y todavía no he encontrado un límite. Porque nada grita más «viviendo el sueño» que polvo mezclado con agua. Lo que sí me hace preguntarme cuándo fue la última vez que comí comida de verdad.

Debería pedir algo, pero eso implicaría calcular si puedo encajar el alquiler y la compra en mis recursos en rápida retirada. Ayer entró una nómina de Pizza Plus, pero también le mandé cincuenta pavos a mi madre para echarle un cable, así que quién sabe cómo están las cosas después de la noche en O'Neil's.

Míralo mañana, me tienta mi mente.

Pero la cara de Chloe sigue cruzándome el cerebro. Pálida, agotada, la mascarilla haciendo que parezca que se ahoga en oxígeno mientras su hermano mayor se ahoga en cerveza y autocompasión y deudas. La culpa llega de golpe, brutal, completamente merecida.

Mira el puto teléfono, cobarde.

Lo saco. Abro la aplicación. El número aparece: 47,23 \$.

Me quedo mirándolo, esperando un milagro. Que los dígitos se reorganicen en algo menos patético. Pero a las matemáticas les importan una mierda mis sentimientos. Eso es todo. Eso es lo que vale Maine Hamilton —de último año, prospecto de ala izquierda de la NHL, tres veces campeón de karaoke en O'Neil's.

—Joder —murmuro.

La realidad golpea, atravesando la borrachera como napalm. Tengo ochocientos de alquiler que vencen en una semana. Desde que mi compañero de piso se fue el semestre pasado, he estado intentando desesperadamente encontrar a otro, pero todos los que he probado o están locos, o están tan pelados como yo, o tienen pinta de asesinarme mientras duermo.

Los ahorros, una tarjeta de crédito y turnos extra me trajeron hasta aquí.

¿Pero ahora?

Lo mismo debo ocho millones.

Recibo dinero de la beca y me he dejado la piel en Pizza Plus, pero no es suficiente. Joder, cualquier posibilidad que tenía de pagar el alquiler se esfumó con una llamada de mi madre hace una semana, justo una semana después de volver a Pine Barren tras las vacaciones del semestre.

«Cariño, odio pedirte esto...», había dicho, en ese tono particular que significa que ha estado llorando otra vez. «El nuevo inhalador de Chloe... el seguro está poniendo pegas...»

Transferí el dinero antes de que terminara de explicar. Me preguntó si era un problema, y le dije que lo gané apostando por los Rangers. Se lo creyó porque lo necesitaba, porque el espectáculo debe continuar, y todos nos sabemos los papeles asignados de memoria.

El teléfono me vibra contra la encimera. Es un mensaje de mi casero:

El alquiler se paga el lunes. El mes pasado te retrasaste. Cualquier demora, y tendremos que hablar de otras opciones.

Otras opciones. Eso es jerga de casero para «recoge tu mierda y que no te dé la puerta en ese culo arruinado al salir», envuelto en cortesía. Pero no puedo enfadarme con él, porque Gene se ha

portado bien. Ignoró el agujero que Rook hizo en la pared, me mantuvo el alquiler razonable cuando todos los demás subieron el suyo, y aguantó un pago atrasado.

Y así es como se lo pago.

El pánico llega por platos. Primero: el pecho apretándose como si alguien se me sentara en los pulmones. Segundo: el sabor a cobre inundándome la boca, el pulso martilleándome en los dientes como si intentaran escapar del cráneo. Tercero: los sudores, fríos y pegajosos, la forma que tiene mi cuerpo de decir: «Eh, gilipollas, ¿recuerdas las consecuencias?».

No puedo quedarme sin casa. El pensamiento se cristaliza con claridad de alta definición. *Los chicos verían al mago detrás de la cortina.*

Tampoco puedo volver a casa de mis padres. Eso me dejaría demasiado lejos de Pine Barren para seguir con el hockey, y no puedo permitirme cambiar de universidad y perder la beca. Además, mis padres no necesitan que el aviso de desahucio de su hijo sano se sume a su colección de malas noticias.

Se acabó el tiempo, gilipollas. Mi mente está de un humor alegre esta noche. *Tienes una opción: turnos extra y un compañero de piso, y necesitas dejar de ser tan jodidamente exigente.*

Mañana.

Lo resolveré mañana.

Me guardo el teléfono y arrastro los pies hasta mi habitación, pasando por el baño que estaré compartiendo con algún desconocido que se preguntará por qué canto a las cuatro de la mañana y me alimento de batidos de proteínas para cada comida. Paso por delante de la foto escolar de Chloe —la que sale sonriendo alrededor de su tubo de respiración, consiguiendo parecer más feliz que yo.

Mañana.

Y con él vendrá la resurrección de Maine Hamilton. El alma de la fiesta, el tío que lo tiene todo resuelto y no necesita nada de nadie, y que definitivamente no está midiendo su vida en horas hasta quedarse en la calle. La máscara siempre vuelve a su sitio, así que tendré que encontrar la manera.

Pero esta noche, solo en este cuchitril que estoy a punto de perder, con cuarenta y siete dólares entre el desastre y yo, me permito sentir todo el peso de lo completa, absoluta y espectacularmente jodido que estoy. Y entonces, otra vibración de teléfono después, la aplicación me informa amablemente de que la comisión mensual de un dólar del banco ha sido descontada.

Cuarenta y seis dólares ahora.

Porque hasta mi pobreza tiene precio de entrada.

dos

MAYA

ALGUIEN ESTÁ VOMITANDO sobre la cartera de inversiones de mi madre.

El sonido se cuele por encima de Cardi B a todo volumen, esa sinfonía específica de arcada-chapoteo-jadeo que significa que alguien acaba de bautizar el baño que paga mi madre. Y probablemente usarán las toallas que ella también paga para limpiarse la boca, que sin duda habrá que reemplazar.

Catalogo ambos problemas con el mismo desapego clínico que uso para las valoraciones de pacientes. Para el vomitador: emesis productiva, aproximadamente 500 ml, probable toxicidad etílica. Para mi madre: alerta de AmEx, inicio diferido, y probablemente requerirá Xanax con receta.

Perfecto.

Me giro hacia la fiesta, que está en pleno auge, contenta de haberle deslizado cien dólares al conserje del edificio para mantener a los vecinos y a la policía lejos de mi culo hasta las tres de la madrugada. Tres años de práctica me han enseñado exactamente dónde está el límite, y yo bailo sobre él en Louboutins.

—¡Maya! ¡Esta fiesta es legendaria! —Kelsey, de la rotación clínica, grita por encima de la música—. ¿Cómo haces siempre para...?

—Talento natural —miento, levantando mi vaso rojo en un saludo burlón—. Dylan, del equipo de fútbol americano, estaba preguntando por ti.

Me sonrío radiante, emite una especie de sonido feliz y se va a buscarlo. Lo que no sabe es que hace cinco minutos le dije a Dylan que ella estaba preguntando por él: la titiritera manipulando los hilos para juntar a dos personas geniales.

Continúo mi ronda, dando sorbos a mi bebida, achispada pero no lo bastante borracha como para poner en riesgo mi control de este hermoso desastre. Alguien tiene que mantenerse lo suficientemente lúcida para garantizar el máximo caos del que mis amigos hablarán durante meses.

Cuando vuelvo a la sala, descubro que los cuerpos están generando su propio sistema climático. La temperatura ha pasado de «incómoda» a «experiencia auténtica de discoteca», incluyendo esa niebla particular de sudor, perfume de diseñador y tensión sexual que convierte la seda en una segunda piel.

Y no son solo mis invitados los que lo sienten.

Mi vestido se me pega en los lugares menos indicados, y Tyler —o posiblemente Taylor— del laboratorio de anatomía parece apreciar las vistas mientras intenta abrirse paso hacia mí entre la multitud. Sus manos pegajosas de cerveza buscan mi cintura y solo encuentran aire y actitud.

—¡Maya, ven a bailar! —farfulla.

—¿Luego? —Me alejo girando con una sonrisa que promete todo y no cumple nada.

En la cocina, encuentro a los futuros profesionales de la salud realizando un estudio improvisado sobre tasas de absorción de etanol. Jessica —la primera de nuestra promoción, y también irrisantemente guapa— está dejando que un estudiante de ingeniería le haga un body shot, todo en nombre de la ciencia.

—Te saltaste la clavícula —observo, ajustando la colocación de la sal sobre Jessica—. La escotadura suprasternal ofrece mejor soporte estructural para el líquido.

Observo mientras el de ingeniería completa su tarea —sal, tequila, limón— y cuando Jessica lo rodea con los brazos y lo besa,

saboreando el tequila y el limón y la sal que hace un momento estaban sobre su cuerpo, el afortunado parece haber descubierto a Dios.

Me río, contemplando la encimera de mármol, que ahora parece un cuadro de Jackson Pollock. Por desgracia, mi madre no verá ese daño hasta que venga de visita. O sea, hacia 2037, pero mientras tanto tendré que conformarme con imaginarla leyendo el extracto de su tarjeta de crédito.

Vintners & Vines: 847,23 dólares. Pausa. Tic sutil en el ojo.

Campus Liquor Mart: 623,50 dólares. Pausa más larga. Tensión muscular en el masetero.

Jim's DJ Equipment Rental: 450 dólares. Punto final. Hora de llamar al médico.

—¡...necesitamos más hielo! —Sophie se materializa a mi lado durante un raro momento de calma.

Me giro y le sonrío, pero luego mi sonrisa se convierte en ceño fruncido, porque está sujetando lo que reconozco como su bebida emblemática de «sí estoy bebiendo»: refresco con una dosis homeopática de vodka. Me hace sentir que todos los años que he pasado empujándola hacia el caos y el desenfreno fueron en vano.

Y culpo a Mike.

Lo que empezó como un polvo de una noche con un dios del hockey buenísimo se convirtió en una relación que ya lleva cinco meses y va para largo, y que no solo la ha vuelto más hogareña —si es que eso era posible— sino que también la ha hecho asquerosamente feliz. Y, aunque me alegro por lo segundo, lo primero es un bajón.

—¿Te diviertes? —le pregunto, envolviéndola en un abrazo que espero le transfiera algo de mi energía caótica.

Como siempre, pone esa cara donde la preocupación y la admiración se pelean por el control.

—¿Cómo estás pagando todo esto? Acabo de ver el recibo de...

—Financiación creativa. —Me encojo de hombros y le pongo una bebida nueva en las manos para cortar el interrogatorio—. ¿Dónde está Mike? ¿Siendo responsable?

Su cara se transforma al oír su nombre —esa luminiscencia particular de las mujeres que han encontrado a su persona, la que ve más allá de su fachada y elige quedarse de todos modos— y adoro cada cambio microscópico en sus rasgos, porque si hay una mujer en Pine Barren que merece ser feliz, es ella.

—Cosas del equipo. —Sonríe—. Dijo que te mandara saludos, y que quizá se pase más tarde si puede...

Un movimiento en mi visión periférica me distrae de Sophie: una pareja tambaleándose hacia mi dormitorio con intención inconfundible.

—¡Ni de broma! —Los intercepto con la eficiencia de alguien que ha bloqueado esta jugada concreta una docena de veces esta noche—. ¡No, no, no, no!

El chico empieza a protestar.

—Vamos, solo...

—Déjenme explicarles algo. —Mi sonrisa podría grabar cristal—. Detrás de la puerta de mi dormitorio hay lava, en lo que a ustedes respecta. En lo que a mí respecta, hay una funda nórdica de Frette que costó más que su matrícula. Y si le ponen encima cualquier fluido corporal, voy a hacer que los años que les quedan en Pine Barren sean socialmente radiactivos. ¿Queda claro?

Se retiran hacia el balcón.

—Eres terrorífica —observa Sophie.

—Es un don —digo, y entonces noto que me está mirando de cierta manera—. ¿Qué?

—Nada. Es que... pareces... extra esta noche.

Extra.

Como si fuera un pedido de café.

Como si toda mi existencia pudiera reducirse a un adjetivo.

Soy extra porque lo normal no bastaba para captar su atención. Porque ser la primera de la clase en Chesterson Prep significaba que simplemente cumplía con las expectativas. Porque elegir enfermería en lugar de derecho se consideró un defecto de carácter en vez de carácter de verdad. Porque, según mi padre, no estoy perpetuando la tradición Hayes como mis hermanos, como si el estreñimiento emocional fuera un rasgo hereditario deseable.

—¿Maya? —La mano de Sophie en mi brazo me quema a través de la seda de diseñador—. ¿Todo bien?

—Dijiste que necesitamos más hielo. —Me aparto con otra risa perfectamente calibrada—. El Grey Goose no puede estar tibio.

Escapo antes de que pueda insistir, navegando por mi departamento como una general inspeccionando una carnicería exitosa. La pantalla plana que compré con la tarjeta de «solo para gastos de emergencia» de papi muestra videos musicales que harían que mi madre se agarrara las perlas.

Dos jugadores de fútbol americano se encaran junto a mi equipo de sonido, todo testosterona y nada de sentido común. Uno exige más hip-hop, el otro insiste con house. Una chica de primero revolotea entre ellos con esa clase de desesperación que me produce simpatía y asco a partes iguales.

—Caballeros. —Me deslizo entre sus moles, sabiendo que los dos van a ceder—. Están equivocados los dos. Lo que esta fiesta necesita son clásicos.

Pongo Talk y veo cómo doscientos veinteañeros borrachos se transforman en coquetos adolescentes de diecisiete. Los de fútbol americano dejan de pavonearse y empiezan a restregarse lentamente. La chica de primero me mira como si le hubiera leído la mente, deseando poder leer la mía.

—¿Cómo haces eso? —pregunta.

Sonrío.

—Práctica.

No menciono los años estudiando dinámicas de grupo como si fuera una habilidad de supervivencia. Cómo leer el ambiente se volvió necesario cuando expresar emociones reales se consideraba de mal gusto. Cómo las cenas familiares eran una pelea a cuchillo. Cómo aprendí a ser quien la gente necesitaba que fuera porque ser yo misma nunca fue del todo suficiente.

Alguien tiene que hacerlo.

Las palabras de mi padre, pronunciadas con precisión quirúrgica cuando anuncié mi carrera de enfermería, demostrando de una vez por todas que yo no era suficiente. Ni un «estoy orgulloso de ti» ni un «sigue tus sueños», solo el reconocimiento de que alguien, en

algún lugar, tiene que encargarse de las realidades sucias de la existencia humana.

Solo que, preferiblemente, no su hija.

Con el cambio de canción, los cuerpos se mueven con esa clase de alegría desinhibida que yo solo puedo imitar. Incluso aquí, organizando la fiesta de la que todos hablarán mañana, estoy actuando. Soy la arquitecta social, la coordinadora del caos, la chica que hace todo más divertido con solo aparecer.

Es agotador ser la diversión de todo el mundo.

Pero es mejor que no ser absolutamente nadie.

La fiesta sigue girando, alimentada por rencor y licor de primera. Mañana me pondré el uniforme sanitario y seré competente y profesional y todo lo que aprobarían si consideraran la enfermería digna de aprobación. Mañana lidiaré con mierda literal con más gracia de la que ellos lidian con la honestidad emocional.

Pero ahora, levanto mi vodka con arándano —medido con precisión— en tributo a la cristalería de lujo que acaba de morir por mis pecados.

—Por las malas decisiones —brindo al vacío.

—Y las tarjetas de crédito que las hacen posibles —añade Sophie, apareciendo con su habilidad característica de estar presente en mis peores momentos.

Enlaza su brazo con el mío, y por un solo segundo, se me cae la fachada.

Y, por un solo segundo, soy solo Maya.

La reina de su propio hermoso desastre.



No me acuerdo de su nombre.

El pensamiento detona en mi resaca, arrancándome del vacío misericordioso hacia un mundo que huele a arrepentimiento. Mi boca es un cementerio donde el tequila fue a morir —metálico y raro— y ya sé que la luz de la mañana está lista para practicar me cirugía láser en las retinas en cuanto abra los ojos.

Abro un ojo a la fuerza, arrepintiéndome al instante de cada decisión vital que me trajo a este momento mientras la habitación hace piruetas. Mi dormitorio parece CSI: Malas Decisiones —ropa esparcida como marcadores de evidencia, una botella de vino vacía montando guardia en mi mesita de noche como un padre decepcionado, y eso es...

Sí, eso es sin duda el sostén de alguien haciendo de helicóptero en mi ventilador de techo.

No es mío, lo que significa que alguien se fue a casa con las tetas jugando al Marco Polo.

Mientras la sección de percusión en mi cráneo marca el compás de mi pulso, me incorporo a la vertical con el estómago protestando. El espejo de cuerpo entero frente a mi cama refleja una obra maestra de malas decisiones: rímel corrido bajo los ojos, pelo que podría solicitar ayuda federal por desastre natural, y...

—¿Pero qué mierda? —digo.

Hay un chupetón floreciendo en mi clavícula como un trofeo de participación.

—¿Pero quién mierda?

Él. Cierto.

¿Tyler? ¿Taylor? ¿Tanner?

Empezaba con T, seguro. O quizá con D.

El departamento más allá de la puerta de mi dormitorio mantiene un silencio inquietante, y solo espero que todos hayan llegado bien a sus casas, porque lo único peor que esta resaca sería esta resaca con compañía. Salgo arrastrando los pies a la sala y me quedo tan tiesa que podría hacer de cadáver en la facultad de medicina.

Guau.

Parece que varias fraternidades tuvieron una orgía, se quedaron embarazadas y parieron este desastre en mi sala. Hay vasos rojos por todas partes, la mesa de centro tiene una capa de... algo reseco, y cuando avanzo para contemplar el panorama, mi pie descalzo descubre algo húmedo y viscoso.

Después llega el olor —un bouquet complejo de cerveza rancia, vapeo y colonia barata. Además, alguien claramente le ofreció un sacrificio al dios de porcelana en algún lugar, porque lo huelo

acechando bajo todo lo demás como un depredador esperando a abalanzarse cuando mi reflejo nauseoso menos se lo espere.

Esta es tu rebelión, me recuerdo, sacando una bolsa de basura de debajo del fregadero. *Tu enorme dedo medio a los brunch de champán de Chestnut Hills.*

Empiezo a limpiar —recogiendo vasos, limpiando superficies, abriendo ventanas— satisfecha sabiendo que a mis padres les daría un paro si presenciaran esto, que era en parte el objetivo. Mis esfuerzos por maximizar el rendimiento negativo que represento en su cartera de inversiones parental rindieron dividendos.

Cuando lo peor de la basura está embolsado, decido que mi cabeza está lo bastante despejada para bajar el sostén del ventilador. Arrastro una silla de la cocina a mi cuarto y me subo, la habitación bailando el chachachá mientras me tambaleo, y estoy a punto de liberar el sostén cuando mi teléfono empieza a gritarme.

La pantalla se ilumina como un temporizador de bomba: PADRE.

Se me huela la sangre en las venas. Casi nunca llama, pero los fines de semana jamás llama. Los fines de semana son para el golf en el club donde las membresías cuestan más que la facultad de medicina y para galas benéficas donde discuten cómo ayudar a «los menos afortunados» sin tener que verlos de verdad. A menos que...

Lo sabe.

Quizá podría simplemente... no contestar. Podría decir que estaba en la biblioteca... en coma... descomponiéndome en un contenedor de basura. Dudo que le importara de todas formas. Pero ignorar al Dr. Robert Hayes solo acumula intereses sobre tu sufrimiento, la decepción creciendo como una masa informe hasta que no cabe por la puerta.

Así que, con un suspiro, bajo de la silla y contesto.

Y habla antes de que pueda decir una palabra.

—Tengo el extracto de tu tarjeta de crédito abierto en mi pantalla, Maya.

Ningún saludo —ningún «cómo está mi hija» ni nada parecido—, directo a la acusación. Me lo imagino en su estudio, el extracto desplegado en su monitor como evidencia condenatoria en un juicio

por asesinato, como si el dinero fuera a suponer la más mínima diferencia en su vida.

—Bien, yo...

Me corta, leyendo cada cargo como si estuviera presentando los síntomas de un diagnóstico terminal. Cada palabra aterriza como una incisión de bisturí —precisa, estéril, diseñada para causar el máximo daño con el mínimo trauma visible— así que lo dejo seguir, poniendo los ojos en blanco con cada partida y sonriendo con sorna ante más de unas cuantas.

—¿Así es como decides desangrar mi dinero? —El asco en su voz podría esterilizar instrumental quirúrgico—. ¿En excesos bacanales?

Bacanales.

Pongo los ojos tan en blanco que me veo el cerebro. Típico de él soltar referencias a la antigua Roma. Como si organizar una fiesta para estudiantes de enfermería ahogados en préstamos estudiantiles y angustia existencial equivaliera a dirigir un fumadero de opio victoriano cruzado con un burdel de muy mala muerte.

—Papá, solo fue...

—Una vergüenza. —Bisecciona mi explicación con precisión quirúrgica, la técnica que ha perfeccionado durante veintitrés años de no dejar jamás a su hija terminar una puta frase—. Veintitrés años y todavía comportándote como una estudiante de primero.

—En mi defensa...

—Tus hermanos están montando sus consultas, estableciéndose como miembros productivos de la sociedad, ocupando su lugar en los círculos correctos con la gente adecuada, y tú... ¿qué? —Suspira—. ¿Organizando fiestas de barril como una presidenta de hermandad de alguna universidad pública? ¿Estudiando enfermería?

De repente, todos los que-te-jodan que he ensayado en la ducha durante los últimos años, mientras me restregaba sangre y fluidos corporales de turnos de doce horas del pelo, se evaporan. Tengo quince años otra vez, de pie en su despacho mientras él cataloga mis fracasos por orden alfabético.

—Mantengo un promedio de 3,9.

—El rendimiento académico nunca fue tu deficiencia, Maya. El carácter y la toma de decisiones son los problemas. —Hay una larga

pausa—. Y tu madre y yo hemos decidido que seguir posibilitando este estilo de vida con la esperanza de que algún día madures ya no es sostenible.

La bomba da justo en el blanco.

Respira.

Habla como si me estuviera inyectando cocaína y vodka en vena. Como si fuera un delito desahogarse después de sostenerle la mano a alguien mientras se le para el corazón, después de limpiar cada fluido que el cuerpo humano puede producir, o después de ver cómo le da un paro a un niño de seis años porque la vida es así de jodidamente graciosa.

—Tu tarjeta de crédito ha sido cancelada, con efecto inmediato.

Las rodillas se me doblan y me agarro a la encimera con los nudillos blancos para no caerme.

No. Mierda, no. Mierda, mierda, mierdísima mierda...

—Además —su voz se endurece—, no vamos a renovar tu contrato de alquiler. Tienes treinta días para conseguir alojamiento alternativo.

La línea se corta.

Me quedo ahí de pie, el teléfono todavía pegado a la oreja, escuchando el sonido de mi respiración haciendo una imitación pasable de un respirador agonizante. A mi alrededor, el departamento —mi departamento por treinta amaneceres más— de repente me hace sentir como una intrusa en mi propia existencia.

Treinta días.

El número da vueltas en mi cerebro. Treinta días para encontrar techo sin dinero y sin trabajo. Treinta días para descifrar cómo los civiles sin fondo fiduciario navegan por el capitalismo. Treinta días para aprender habilidades como «pagar la compra» y «no morir a la intemperie».

Treinta días antes de quedarme...

Sin hogar.

Maya Hayes, hija de la dinastía médica de Boston, dueña de más La Perla que una boutique, está a punto de quedarse catastrófica, innegable, durmiendo-en-una-caja-de-cartón sin techo. Mis piernas

presentan su renuncia ante la idea, y me deslizo por el mueble de cocina hasta que mi culo da con la alfombra.

Anoche era invencible. Decidida a cabrear a mis padres y orquestar caos hedonista para mis amigos. La que podía ayudarlos a escapar de su realidad de ramen para cenar y su terror por las residencias, aunque fuera por una sola noche. Y cumplí la misión.

Pero, esta mañana, soy solo otra estudiante de posgrado sin un centavo y con un chupetón.

tres

MAINE

CUARENTA Y SIETE HORAS. Esas son las horas que trabajo en esta cloaca para pagar el alquiler.

El cálculo me rebota en la cabeza mientras hundo los brazos hasta los codos en el fregadero, excavando colillas y lo que en otra vida podrían haber sido rodajas de lima para que no tapen el desagüe. Algo sólido me roza los nudillos, definitivamente orgánico, posiblemente con vida propia, y absolutamente no quiero saberlo.

El hedor me asalta —lúpulo fermentado reproduciéndose con la sopa primordial que prospera en los desagües de los bares después de medianoche— y mi estómago, alimentado por media PowerBar y puro despecho, se contrae como si tuviera el penalti de la prórroga para ganar la Stanley Cup.

Que alguien avise a SportsCenter: la glamurosa noche de martes de Maine Hamilton.

El reloj me fulmina con la mirada: 2:17 de la madrugada, y el plan del día se extiende ante mí. Una hora más aquí, luego cinco horas de inconsciencia (con suerte), después entrenamiento matutino intentando no vomitar, tres clases intentando no quedarme dormido mientras los profesores sueltan el rollo sobre gestión de crisis, y luego Pizza Plus para el turno de cenas.

A este ritmo, la Parca tiene más probabilidades de llegar a las vacaciones de primavera.

—¡Eh, Ivy League! —Los dedos de Derek chasquean como petardos—. ¿Esos vasos van a lavarse solos mientras te pones filosófico?

Las palabras se ordenan solas —Que te den, Derek— pero me las trago junto con lo que queda de mi orgullo. Porque, ahora mismo, no me puedo permitir principios. No me puedo permitir nada salvo esta álgebra constante de humillación acumulada contra dinero del alquiler.

—Viviendo el sueño —murmuro, dándome por vencido con el fregadero de momento y cargando otra bandeja de vasos de pinta.

El lavavajillas industrial eructa vapor como un dragón con indigestión. Los ojos me lloran donde el calor y el agotamiento se encuentran a medio camino. Mi camiseta de PBU Hockey —la que llevo como una armadura para recordarme que soy alguien— se me pega al pecho empapada de sudor.

Ocho cincuenta la hora. Sin propinas para la mano de obra mientras Derek se embolsa todo.

Un estruendo retumba desde la sala principal. A través de la ventanilla de servicio, veo a un imbécil con camiseta de los Patriots de pie sobre una constelación de vidrio roto. Por supuesto que es fan de los Patriots, porque el universo tiene un guion y este tío lo está bordando.

—¡Ivy League! —ladra Derek—. ¡Limpia eso!

Agarro el cubo de la fregona y salgo. —Ahora mismo lo recojo —digo.

Cuarenta y siete horas al mes comiendo mierda con una sonrisa. Cuatrocientos dólares del bar. Más o menos lo mismo de las pizzas y de la beca. Y puede que me llegue para el alquiler, los suministros y alimentarme a base de ramen instantáneo.

Mientras friego, florecen tres desastres más. Una despedida de soltero metiéndose chupitos como si fueran refrescos. Una pareja junto a las mesas de billar manteniendo una pelea susurrada que es básicamente entretenimiento gratuito para el bar. Y, desde el baño de mujeres, llega esa sinfonía especial del alcohol encontrándose con la porcelana.

Me retiro a mi fortaleza de agua sucia, con las manos en carne viva por el desengrasante industrial. Las grietas entre mis dedos dejan escapar hilos rosados entre la espuma. Y, cuando termino con eso y paso a la basura, la bolsa pesa lo suficiente como para poner a prueba mi forma física de jugador de hockey mientras la arrastro al contenedor.

Donde detona como una granada de basura cuando intento meterla dentro.

El contenido se desparrama por todas partes —guarniciones viejas, colillas, misterios que Sanidad no necesita conocer— y un líquido frío y viscoso me empapa los vaqueros y me cala los zapatos... los que tienen que durarme hasta primavera porque unos nuevos no van a caer.

—Joder, la puta... —Mi voz rebota contra las paredes del callejón. Un gato tuerto se materializa de detrás del contenedor, bufando—. Perdona, Cíclope. No quería interrumpir tu cena con estrella Michelin. Deja sitio para el postre, que creo que por aquí hay medio palito de mozzarella.

El gato parpadea con su único ojo, nada impresionado con mi intento de conversación.

Con un suspiro, vuelvo adentro, donde Derek me hace un gesto. —Hay que cambiar los barriles del sótano. El de Bud Light se ha acabado.

—Eso es trabajo de dos personas —señalo, sabiendo que es inútil—. Ya sabes, lesiones de columna, baja laboral...

Resopla. —Tú juegas a hockey. Todos esos músculos tienen que servir para algo aparte de ocupar espacio.

—Lo que tú digas, jefe —digo, con toda la alegría que puedo reunir, porque necesito la paga—. Usaré mi columna lista para la NHL como carretilla elevadora.

Si detecta el sarcasmo, no reacciona, y bajo a por el barril. La espalda baja me grita mientras lo muevo —no el ardor bueno del peso muerto, sino el dolor agudo de veinte horas sin dormir— y cada músculo amenaza con amotinarse. Aun así, arrastro el barril escaleras arriba a base de puro despecho.

—Has tardado lo tuyo —murmura Derek cuando reaparezco.

Ocho cincuenta la hora por hacer el casting para una hernia discal.

Con Derek ahora conectando el barril —menudo tío— ataco la siguiente bandeja de vasos con una violencia normalmente reservada para los defensas rivales. Pero un vaso se astilla, agrietándose en mi mano como una telaraña, y la sangre se extiende por la espuma del jabón, rojo oscuro mezclándose con espuma gris.

—¡Te lo descuento de la paga! —grita Derek por encima de la música.

¿De la que ya está gastada en tres dimensiones distintas?

Me envuelvo el corte con una servilleta del bar —primeros auxilios de primera categoría— y me sumerjo de nuevo en un agua sucia que escuece como una traición personal. Unas chicas pasan tambaleándose hacia el baño en fila de conga borracha, la del medio llorando por alguien llamado Brad, y la de la izquierda lleva una camiseta de PBU Hockey.

Mi número, estirado sobre su espalda.

No registra mi existencia.

¿Por qué iba a hacerlo?

Soy mobiliario que se mueve.

No el tío cuyo nombre probablemente gritó cuando la metí por entre las piernas del portero de Vermont, y cuyo nombre probablemente gritaría en la cama si le invitase a unas copas en un bar mucho mejor que este. Si pudiera permitirme invitar a copas. Así que, en vez de eso, estoy limpiando su pintalabios de un vaso.

Bienvenido al fondo. Población: yo.



El frío no existe al amanecer; solo grados de puta miseria.

El aire de la pista me atraviesa el equipamiento como un cuchillo, y cada respiración se cristaliza en esquirlas de hielo en mis pulmones. La garganta me arde con sabor a cobre, y los fluorescentes taladran unos ojos que se cerraron hace quizá cuatro

horas y se abrieron de nuevo veinte minutos antes del entrenamiento.

Parezco un cadáver, y patino peor.

Mientras mis piernas bombean en piloto automático —el cerebro se desconectó en algún punto entre fregar vómito de cerveza a las tres y correr al entrenamiento a las ocho y media— el hielo sisea bajo mis cuchillas. Normalmente se siente como un hogar, pero hoy se siente ajeno, y todos los demás sobre el hielo me dan vueltas.

Impostor. Fraude. Todos lo saben.

El entrenador pita y ordena un ejercicio de esquina. Para mí debería ser automático, pero pillo mal un canto y me voy al suelo. El hombro se lo come primero, y el impacto me recorre los huesos. Notas altas del hombro, línea de bajo de las costillas, y el coro urgente de levántate antes de que—

—¡Hamilton! ¿Qué te pasa?

El ladrido del entrenador Pearson lo corta todo. Después de dejar la cabeza apoyada en el hielo un segundo, el frío sacudiendo mi cuerpo agotado como un chupito de espresso, me levanto como puedo, con virutas de hielo pegadas a la camiseta. La sonrisa que fuerza probablemente parece más un rigor mortis incipiente, pero tengo una reputación que mantener.

—Control de calidad, Coach —murmuro—. Tengo que asegurarme de que es reglamen...

—Ahórratelo. —Su voz me dice que se le acaba la paciencia—. Haz el ejercicio o lárgate de mi hielo.

Veinte pares de ojos me diseccionan con precisión quirúrgica. Hasta Rook mantiene la boca cerrada, y el puto apocalipsis está cerca cuando James Fitzgerald deja de vacilar. El silencio es prácticamente un grito: Maine Hamilton, el payaso del equipo, muriéndose sobre el hielo.

Siguiente ejercicio, ataque de tres contra dos. Pan comido. Mike me pasa en el centro, y durante medio latido, todo cristaliza. La camiseta de Schmidt brilla en mi visión periférica. El defensa se compromete, el carril de tiro se abre de par en par. Esto es mi casa. Aquí es donde Maine Hamilton arrasa.

La jugada es perfecta, pero el tiro se va.

—¡HAMILTON! —El hielo en la voz del entrenador podría acabar con el calentamiento global. Sus cuchillas me rocían las espinillas con metralla helada mientras se acerca—. ¿Resaca o simplemente pasando del tema?

La acusación quema peor que una congelación. Pearson no grita, pero ahí está el padre de Sophie, el señor Gajos de Naranja, poniéndose en plan sargento instructor conmigo mientras los chicos presencian mi funeral. El broche perfecto a lo que ha sido un día, una semana, un mes de mierda... varios meses.

—No, Coach, yo...

—Ahórrate las excusas. Suicidios. Ya. El resto, a trabajar.

Suicidios. El ejercicio diseñado para hacerte vomitar, desmayarte o replantearte tus decisiones vitales en el mejor de los casos. Pero con cuatro horas de sueño y una barrita de cereales rancia, esto va a ser puta poesía. Me dirijo a la línea de gol, consciente de que los chicos me observan de reojo mientras siguen entrenando.

Arranco. Y, los primeros metros, es como arrastrar anclas por arenas movedizas. Para la línea azul, los muslos me gritan. De la portería a la azul y vuelta. De la portería a la roja y vuelta. Por ahí, mis pulmones deciden que el oxígeno está sobrevalorado. Hasta la azul lejana, y vuelta al inicio para repetirlo todo.

Sigo oyendo los sonidos del entrenamiento como si vinieran de otra dimensión. Pases de cinta a cinta. Entrenadores dictando jugadas. El hockey continúa mientras yo estoy atrapado en el purgatorio. El sudor me cae por la columna, listo para congelarse en cuanto el entrenador pite para que pare o me desplome sobre el hielo, lo que ocurra primero.

Sprint siete. La línea azul lejana oscila en mi visión. Los cantos se me van a la mierda —ya no patino, solo negocio con la física, cada zancada una disputa sindical entre voluntad y carne— y, por primera vez, miro al entrenador. Me observa, sin piedad, así que aprieto los dientes y sigo.

En el sprint nueve se apiada por fin de mí, y cuando pita, me desplomo sobre el hielo con la gracia de Bambi con benzodiacepinas. Debería levantarme, pero una parte de mí —la agotada, derrotada,

acabada— quiere quedarse. Fundirme con la superficie. Pasar a formar parte de la pista.

Quizá hasta me pondrían una plaquita.

Aquí yace Maine Hamilton: Que murió por ser demasiado orgulloso para pedir ayuda.

—Arriba. —La voz del entrenador es tranquila. Es peor que los gritos, porque la decepción significa que ha rebajado sus expectativas.

Me impulso con brazos de gelatina, y cuando encuentro los ojos del entrenador, algo en mi cara cambia los suyos de furia a preocupación o lástima o ambas. —Perdón, Coach.

—Ve a las duchas. —Suspira—. Y, ¿Hamilton?

Espero.

—Si necesitas ayuda, pídelo.

Asiento y me dirijo al túnel, veinte miradas clavadas en mí. Mantengo la barbilla alta —aguanta tu castigo de pie aunque estés desangrándote por dentro, ese es mi lema— pero no estoy seguro de que mis piernas y mi cuerpo se hayan sentido nunca tan rotos. Agotado por trabajar decenas de horas extra mientras intento compaginarlo con ser atleta de élite.

En el vestuario, me desplomo en el banco y empiezo a quitarme la armadura. Los chicos van entrando poco a poco, manteniendo la distancia. Se desvisten en silencio funeral —sin vaciles, sin música, ni siquiera los cantos horribles de Rook— porque todos saben que me estoy ahogando en mierda. Debería soltar un chiste para romper la tensión, pero no me queda nada.

—¿Mala noche? —dice Mike sentándose a mi lado.

—Algo así. —Tiro de los cordones como si me debieran dinero.

—No ha sido alcohol. —Es una afirmación, no una pregunta—. ¿Qué pasa?

Dudo. Mike me ha visto jugar con resacas que matarían a un civil, marcando hat tricks mientras sudaba Bud Light, así que sabe que esto es diferente. Es básicamente mi hermano —uno de los pocos tíos a los que dejaría ver detrás de la máscara aunque solo fuera un poco— y la verdad se queda entre nosotros, pesada como mi equipamiento.

El semestre pasado, le dije que mi compañero de piso se había largado y que necesitaba dinero. Él ofreció, yo rechacé, y lo dejamos ahí. Pero ahora, meses después, está claro que sabe que tengo un problema, aunque no estoy seguro de que sepa exactamente cuál ni lo grave que es. Podría mentir, pero estoy tan puto harto de ahogarme solo.

—Estoy jodido, Mikey. —La confesión me raspa la garganta en carne viva—. Necesito un compañero de piso para ayer o estoy...

No puedo terminar. No puedo decir en la calle. No puedo mencionar los turnos hasta las tres antes del entrenamiento a las ocho y media ni que estoy a un día de baja de vivir en un Honda que no arranca por debajo de cero. Porque esos detalles destrozarían la ilusión por completo y transformarían a Maine Hamilton de animador a caso de caridad.

—¿Cómo de mal? —No hay juicio, no hay interrogatorio, porque Mike ha tocado fondo y ha vuelto él mismo en los últimos años.

—Mal del tipo dormir-en-mi-coche. —Por fin me quito los patines y los tiro con asco—. Gene está listo para echarme a la calle, y simplemente...

No puedo admitir que al cómico se le han acabado el material y las opciones, y agradezco que se quede callado un momento, pensando. No hay oferta de caridad que rechazar, ni préstamos de pena que empeoren esto, solo respaldo silencioso de alguien que entiende que a veces necesitas una mano sin la autopsia completa.

—Preguntaré por ahí. —Mike me aprieta el hombro y se va a la ducha.

Los demás le siguen, hasta que me quedo solo. Sé que debería ducharme, lavarme la desesperación y la peste de bar que estaba demasiado cansado para quitarme anoche, pero en vez de eso me quedo sentado, la cabeza entre las manos, mirando el suelo como si las baldosas tuvieran respuestas a preguntas que me da miedo hacer.

El móvil vibra —o Derek queriendo otro turno, o Gene inventándose más gastos, o mi madre necesitando dinero o que le haga la pelota a Chloe mientras yo me autodestruyo en tiempo real

— pero no lo miro. Mi depósito está vacío, así que el infierno de turno puede coger número.

En vez de eso me quedo sentado, escuchando a los chicos vacilar y ducharse al lado. Me pregunto cuánto tiempo puedo fingir antes de que la máscara me reviente el cráneo. Cuánto tiempo hasta que mis piernas rechacen la farsa. Cuántas sonrisas antes de que mi cara diga que le den y se ponga en huelga.

Y la respuesta a las tres preguntas cae pesada.

Una puta mierda.

cuatro

MAYA

ESTE DEPARTAMENTO apesta como si alguien hubiera muerto aquí hace poco, y no es el peor que he visto hoy.

El pensamiento me martillea el cráneo mientras mis dedos se deslizan por la encimera, catalogando cada desconchón y burbuja en el laminado barato. Esta superficie repele activamente la luz, se la traga en una veta de madera falsa que se siente como jarabe seco bajo mi palma.

¿De ciento veinte metros cuadrados a... esto?

Veinticuatro días para quedarme en la calle, y aquí estoy, calculando si estoy tan desesperada. Mi madre necesitaría que le duplicaran la dosis de Xanax si supiera que estoy siquiera respirando este aire, aunque ella es la mitad del motivo por el que estoy en esta situación.

Sophie orbita a mi lado, irradiando compasión. Puedo sentir cómo cataloga cada una de mis microexpresiones en busca de señales de colapso inminente, ensayando mentalmente discursos de consuelo. Pero a mí me entrenaron maestros, y años de cenas familiares Hayes me han convertido en alguien capaz de sonreír durante su propia autopsia.

—El inquilino anterior era muy limpio —anuncia el casero, justo cuando estamos paradas debajo de una mancha de humedad claramente visible en el techo.

Fuerzo los músculos de la cara a una posición de interés, por si acaso decido quedarme con este cuchitril.

—Qué maravilla.

La cocina —y estoy siendo generosa con ese sustantivo— es más pequeña que mi vestidor. Pero cuando me veo reflejada en la mugrienta ventana sobre el fregadero, no reconozco a la chica que me devuelve la mirada. Se ve agotada, ordinaria, como alguien que de verdad podría vivir aquí.

¿Cuándo empecé a verme tan... derrotada?

—Los servicios son aparte —recita el casero, consultando su portapapeles—. Se requiere el primer y último mes por adelantado, más depósito de seguridad. No se admiten mascotas, no se permiten fiestas después de las diez, no se—

—¿Cuánto?

Las palabras cortan su monólogo como un bisturí en la piel, y dice una cifra que es un puñetazo en el estómago. Hace un mes, gasté más que eso en una sola noche de fiesta: servicio de botellas y una mesa desde la que veías todo el club extendiéndose abajo como territorio conquistado.

¿Pero ahora?

—Me lo voy a pensar —logro decir, la mentira deslizándose pulida y practicada mientras algo muere dentro de mí—. Muchas gracias por su tiempo.

Me doy la vuelta y me dirijo a la puerta, el cuerpo en piloto automático mientras mi cerebro da vueltas con cálculos que nunca cuadran. Mi beca cubre la matrícula. El trabajo del campus paga los libros y el ramen. Pero incluso con turnos extra y alimentándome de puro rencor y agua del grifo, no podría pagar este sitio.

No sin llamarlos a ellos.

No sin admitir la derrota y pedir su ayuda.

Ni en puta vida.

Mi mano se aferra a la barandilla mientras bajo las escaleras, y a través del cuero de diseñador puedo sentir décadas de mugre de manos desesperadas deslizándose por este mismo metal, dejando atrás su ADN y su esperanza. La respiración se me hace corta, las

paredes se comprimen, y por un momento horrible, creo que podría de verdad—

—Dios, ¿cómo vive la gente así? —Las palabras estallan.

Sophie suspira detrás de mí.

—Maya...

—No, en serio. ¿Cómo se levantan cada día sabiendo que esto es todo?

—Maya.

—¿Este es su techo? ¿Su—?

—Maya.

La voz de Sophie corta el aire, y me doy cuenta de que he dejado de moverme. Estoy aquí parada en este hueco de escalera de pesadilla, aferrada a la barandilla como si fuera lo único que me mantiene en pie. Suspiro con frustración, salgo a la calle, y el aire frío me abofetea.

Sophie se pone a mi paso, y siento sus preguntas presionando contra el silencio.

—Bueno —dice por fin—. Ese es el tercero de la mañana.

—Tu capacidad para contar no tiene igual. —El sarcasmo sale disparado, automático como respirar—. ¿Te cambias de carrera?

No muerde el anzuelo. Sophie nunca lo hace. Es exasperante, la verdad, al mismo nivel que su capacidad para calar todas mis gilipolleces. Pero mientras caminamos en silencio media manzana, nuestros pasos creando ritmos que compiten —el chirrido constante de sus Adidas contra los golpes cada vez más erráticos de mis tacones—, me alegro de que esté conmigo.

El barrio pulsa con vida ajena: universitarios tambaleándose de vuelta de los bares, un camión de comida vendiendo algo que cuesta menos que mi café con leche matutino ya discontinuado, gente normal viviendo vidas normales en departamentos que pueden pagar cómodamente.

—Mira —empieza Sophie de nuevo, aparentemente harta de la ley del hielo—, hay residencias disponibles para estudiantes de posgrado. McKinley Hall tiene individuales—

La risa me sale arrancada, afilada y amarga.

—¿Una residencia? ¿Qué sigue, cestas de ducha y baños compartidos?

La imagen se descarga en horror de alta definición: yo arrastrándome por un pasillo en una bata de seda de imitación (porque alguien seguro se robaría la de verdad), agarrada a una cesta de plástico mientras alguna novata con resaca vomita en el único lavabo que funciona.

—No es para tanto —insiste Sophie, pero hasta ella suena como si se estuviera atragantando con la mentira—. Muchos estudiantes de posgrado—

—Muchos estudiantes de posgrado no crecieron con madres que literalmente tendrían un orgasmo con la idea de la humillación pública de su hija. —La crudeza es deliberada, una granada de impacto—. Emitiría un comunicado de prensa: «La Decepción Continúa su Inevitable Declive, la Familia Mantiene la Distancia Apropiada».

La cara de Sophie hace eso de esforzarse tanto por no reaccionar que se convierte en una reacción en sí misma.

—Vale, nada de residencias. ¿Y qué tal si...? O sea, Mike y yo—

—No termines esa frase si acaba con «sofá».

—¿Es un sofá muy bonito?

Esta vez mi risa es genuina, brotando de algún lugar más profundo que la desesperación. Lo absurdo de la imagen: yo, la chica que una vez voló a Milán porque Bergdorf's no tenía los zapatos que quería, durmiendo en los muebles de Ikea de Sophie y Mike.

—Sophie Pearson —digo entre risitas que podrían ser histeria disfrazada—, ¿me estás sugiriendo en serio que haga de sujetavelas en el departamento de Mike? ¿Debería invertir en auriculares con cancelación de ruido ya, o van a programar sus momentos íntimos alrededor de mi colapso emocional?

Se le enciende la cara de rojo desde el nacimiento del pelo hasta el pecho.

—¡No somos tan ruidosos!

—Cariño, he oído los rumores. El ventilador de techo tiembla. Las plantas vibran. Estoy bastante segura de que el vecino de abajo

conoce toda la rutina de Mike. —Me limpio las lágrimas, con cuidado de no correr el rímel que apenas aguanta—. O sea, Mike es genial, y te quiero, pero no.

La ligereza se evapora cuando la realidad vuelve a apretar su mano alrededor de mi cuello. Estamos en la esquina de Maple con Third, mirando el tráfico pasar a paso de tortuga. Un autobús pasa retumbando, con un anuncio en el costado de algún gimnasio —¡Año Nuevo, Nuevo Tú!— y me pregunto si tendrán un programa de Año Nuevo, Diferente Estatus Socioeconómico.

Pero entrecierro los ojos cuando Sophie lleva suficiente tiempo callada como para saber que algo peor se está cocinando.

—Suéltalo —digo por fin.

—Hay una opción más —dice—. Mike mencionó que Maine necesita un compañero de piso. Su departamento es bastante bonito, dos habitaciones, cerca del campus—

—No.

La palabra sale disparada como una bala.

Maine Hamilton.

Cada célula de mi cuerpo retrocede mientras la imagen se cristaliza: un metro noventa y cinco de puro jugador de hockey sin filtro. El equivalente humano de una bocina de aire en un funeral. El tipo que intentó enseñarle a todos la forma «correcta» de bajarse una cerveza de un trago haciendo la demostración con una La Croix en la fiesta de cumpleaños de Sophie.

Pero debajo del rechazo visceral, otra imagen parpadea: hombros anchos llenando un marco de puerta. La forma en que sus camisetas se estiran sobre su pecho como si estuvieran perdiendo una batalla. Esa sonrisa estúpidamente brillante que te hace perdonarlo por ser tan jodidamente ruidoso. La forma en que se le arrugan los ojos cuando—

No. Ni de puta broma.

—Sophie, no. —Las palabras salen tan planas como un animal atropellado—. Preferiría vivir en mi coche.

—Ya no tienes coche.

El recordatorio escuece, porque el Audi fue la primera baja de mi nueva realidad económica.

—Robaré uno específicamente para vivir en él.

—Contraproducente—

—¿Sabes cómo debe de ser su departamento? —Estoy en espiral, pintando desastres porque si no me río, voy a gritar—. Equipo de hockey fermentando en las esquinas como una especie de kombucha atlética. Una televisión permanentemente puesta en ESPN. Y la nevera seguro que es solo Gatorade y leche para la proteína en polvo.

—Maya—

Vuelvo a caminar, como si pudiera dejar atrás la idea.

—¿Y el desfile de groupies del hockey haciendo el paseo de la vergüenza cada mañana? —Resoplo—. Bien por ellas, sinceramente, pillando esa polla de hockey, pero no necesito un asiento en primera fila para la Experiencia Fuckboy de Maine Hamilton—

—Su alquiler es menos de la mitad del de ese sitio, en total, y tú pagarías la mitad —interrumpe Sophie con precisión quirúrgica—. Y no es como si tú no fueras una fiestera empedernida.

Su sarcasmo me golpea como agua fría, porque no se equivoca.

—Maya. —La mano de Sophie encuentra mi brazo, cálida a través del Canada Goose que probablemente tendré que vender la semana que viene—. Sé que esto no es lo que tenías planeado—

—¿Planeado? —Me río, pero sale mal—. Sophie, yo planeaba trabajar en una organización benéfica mientras mi fondo fiduciario me mantenía a flote...

—Pero ahora necesitas un lugar donde vivir —continúa con suavidad—. Y Maine... bueno... debajo de todo ese—

—¿Testosterona? —Me detengo otra vez y me giro para mirarla.

—Iba a decir personalidad. —Me aprieta el brazo, y odio lo mucho que ayuda—. Es amigo de Mike. No va a ponerse raro. Y es solo temporal, ¿no?

Claro.

Como si Eleanor Hayes fuera a llamar mañana con un trasplante de personalidad y un corazón funcional. Como si mi viejo fuera a echarse atrás de repente en una decisión que lleva años queriendo tomar, cuando no se ha echado atrás en nada en toda su vida.

La pelea se me escapa de golpe, dejándome desinflada. Los hombros se me hunden. Mi columna se curva en un signo de interrogación. Por primera vez desde esa horrible llamada, siento todo el peso de este desastre. Porque, en el fondo, aunque me hayan cortado el grifo, creía que podría arreglármelas.

—Vale —me oigo decir, la palabra raspando al salir como cristal roto—. Organiza una reunión.

Sophie intenta ocultar su alivio, pero lo detecto en cómo se le relajan los hombros y la forma en que su suspiro se condensa entre nosotras. Cree que me está salvando. La dulce y eternamente optimista Sophie, que todavía cree en los finales felices, aunque, para ser justa, ella consiguió el suyo...

—Va a estar bien —dice, y por un segundo, casi me permito creerle—. Ya verás. No va a ser para tanto. Maine en realidad es muy—

—Si dices «un encanto en el fondo», te empujo al tráfico. —Sonrío, intentando poner buena cara ante el hecho de que quiero llorar.

—Iba a decir «sorprendentemente limpio».

—Mentirosa. —Le paso el brazo por encima—. Gracias por venir conmigo hoy.

Sonríe en respuesta, ya sacando el teléfono para escribirle a Mike.

—Pero en serio, su sitio está bien. Y casi nunca está, entre el hockey y—

—¿Y su elenco rotativo de rollos?

—Eso... probablemente no sea inexacto.

Vuelve a teclear, organizando la reunión que o resolverá mis problemas o acabará con lo que queda de mi dignidad. Quizá ambas cosas. El sol de media tarde atraviesa las nubes de febrero, pintándolo todo de un dorado engañosamente cálido que hace que la basura parezca casi romántica.

Y entonces, completamente indeseada, llega otra imagen mental como un invitado sin invitación que se niega a irse: las manos de Maine. Grandes. Probablemente callosas del hockey. El tipo de manos que te hacen olvidar tu nombre. El tipo que podría—

Joder.

Los pensamientos llegan de alguna zona profunda de mi cerebro, privada de oxígeno y claramente comprometida por el estrés, y me cuesta un esfuerzo sobrehumano desterrarlos de vuelta a esa zona. Como si mi cerebro reptiliano reconociera que si voy a tener un compañero de piso, al menos este viene con buenas vistas.

—¿Maya? ¿Estás bien? —Sophie me mira como si fuera a lanzarme al tráfico.

—Bien —miento, empujando cada pensamiento inapropiado sobre hombros anchos y sonrisas brillantes a la misma caja mental donde guardo los mensajes de voz decepcionados de mi padre. Joder, la caja está tan llena que a este paso voy a necesitar un trastero—. Solo procesando mi descenso al infierno literal.

—No es el infierno. Es Jersey.

Mi risa no oculta el hecho de que estoy completa, total y catastróficamente jodida.

Y no de la forma divertida.

cinco

MAINE

\$127,43.

El número quema tanto como este café carísimo, porque eso es exactamente lo que tengo —y no mucho tiempo para darle la vuelta— después de lograr sacar el alquiler de otro mes. Y con sacar me refiero a trabajar unas sesenta horas en una semana mientras también estudio y juego hockey.

Sentado en Pine Barren Bagels, escucho la máquina de espresso chillar mientras una tipa dos mesas más allá se derrumba por completo encima de un libro de texto. Su amiga le promete que la clase no es importante, porque mentirse es para lo que están los amigos.

Pero al menos ella probablemente tiene más de \$127,43 a su nombre.

Me hundo más en el asiento de vinilo agrietado, echando un brazo por el respaldo donde alguien talló JESSICA SAYERS LA CHUPA BIEN. La afirmación es correcta, porque tengo conocimiento de primera mano, y agradezco la distracción mientras mis rodillas rebotan a un ritmo que es mitad cafeína, mitad pánico apenas contenido.

Pero cuando suena la campanilla sobre la puerta, mi sistema nervioso se cortocircuita.

Maya Hayes, joder.

Jesucristo en patines.

La he visto por ahí —todo el mundo la ha visto— y hasta hemos coincidido en alguna que otra fiesta. La última vez que la vi, montó un fiestón tan épico que la policía de Pine Barrens tuvo que pedir refuerzos a la estatal. Pero verla en fiestas de barril es diferente a verla atravesar una mañana de sábado así.

No camina, detona en los espacios y llena la sala por completo, la coleta negra balanceándose con precisión militar. Es dinamita en vaqueros de marca: curvas que me secan la boca, pechos que ponen a prueba la integridad estructural de su escote en V, y un culo que debería venir con una etiqueta de advertencia.

Y todo el paquete viene envuelto en una confianza a prueba de balas.

Ni siquiera me busca con la mirada mientras va al mostrador a pedir, pero yo no le quito los ojos de encima. Las conversaciones tartamudean y mueren a su paso, los tíos se quedan clavados en su culo y las tías apenas disimulan la envidia, y hasta el barista se le traba con el cambio después de que pide.

Mientras espera, está claro que no le importa lo que piense cualquiera a su alrededor, pero tampoco es una zombi pegada al teléfono. Lo observa todo y a todos, y cuando su café está listo viene hacia mí y se desliza en el asiento de enfrente sin pedir permiso.

Me llega una bocanada de perfume caro —algo cítrico—, claro, huele a spa. Claro que hace que todos los demás parezcamos recién salidos de las malas decisiones de anoche. Claro que mi pose desparramada de repente se siente exactamente como lo que es: la actuación de un tío cuya cuenta corriente está en muerte clínica.

Y, mientras me incorporo un poco, sus ojos oscuros me escanean una vez. Diagnóstico completo. La veo catalogar cada señal: cómo estrangulo la taza, cómo tengo la mandíbula apretada hasta casi partirme los dientes, el hecho de que la rodilla me rebota con fuerza suficiente para registrar en la escala de Richter.

—Maine —dice.

Pero me quedo mudo, aunque por dentro grito en silencio, porque esto no funciona así. A mí no me intimidan. Soy cien kilos de

masa funcional que golpea gente para ganarse la vida, y después celebro tan fuerte que me llegan quejas por ruido. Soy el alma de la fiesta —joder, soy la fiesta— así que, ¿qué es esto?

La respuesta es clara: salvación, deseo e intimidación, todo envuelto en uno.

—Estaba empezando a pensar que me habías dejado plantado — consigo decir, excavando mi sonrisa marca registrada de cualquier agujero al que se haya arrastrado mi confianza—. Me habría destrozado.

Cero reacción. Ni un tic. Esos ojos siguen practicándome la autopsia en vivo mientras a mí se me empapa la camiseta interior. El silencio se estira más que mi última relación —que duró exactamente dos citas y media antes de que recordara que los sentimientos son para gente que puede pagarse un terapeuta— y me pregunto quién cederá primero.

Al final, suspira, y me apunto mi primera victoria.

—Saltémonos la parte en la que intentas encantarme. Soy inmune y estás desperdiciando el tiempo de los dos.

Saca el teléfono —último modelo, funda que probablemente costó más que mis últimas tres idas al súper juntas— y lo pone entre nosotros. En la pantalla, veo que ha escrito un montón de cosas, como una agenda de reunión para esta sesión de «¿podríamos ser compañeros de piso?».

Joder, mi única preparación fue dormir una hora extra. Así que cinco en total.

—Evaluación de compatibilidad. —Se recuesta—. Los dos estamos lo bastante desesperados como para estar aquí, así que dejémonos de actuaciones de mierda.

Asiento, aunque los nudillos se me ponen blancos alrededor de la taza, y aunque quiero protestar. Pero está claro que no se traga la ficción de que estoy buscando tranquilamente a alguien con quien dividir gastos, y que definitivamente no estoy a un sueldo de dormir en sofás ajenos o en bancos de parque.

Ese barco ya zarpó, chocó contra un iceberg, y Leo DiCaprio ya se congeló. Podría culpar a Mike —porque se lo conté a él y él se lo contó a Sophie y Sophie probablemente se lo contó a Maya—, pero

la verdad de mi agotamiento debería ser obvia para cualquiera que mire.

Y si algo sabe hacer Maya, es leer a la gente.

Continúa sin esperar mi respuesta.

—Organizo fiestas una vez al mes. Incluyen música que te hace vibrar los dientes, desconocidos desmayados en posturas creativas para las tres de la mañana, y suficiente alcohol para llenar varias bañeras. ¿Eso va a herir tus delicadas sensibilidades?

Por fin.

Algo que reconozco.

Piques y ego.

—Yo traigo a veinte jugadores de hockey después de cada partido en casa —contraataco, encontrando mi terreno—. Tíos que huelen como si un suspensorio se hubiera follado a un mapache muerto, comiéndose todo lo que no esté clavado al suelo. ¿Vas a llorar por la masculinidad tóxica o puedes aguantar el ritmo?

Algo cambia en su expresión, y aparece el más mínimo atisbo de una sonrisa torcida. No es exactamente aprobación, pero quizá el equivalente de Maya Hayes: como un tiburón decidiendo que aún no vale la pena comerte. Y, de repente, esta pelea de pesos pesados entre figuras del campus se siente un poco menos desigual.

—Mientras se larguen por la mañana y no intenten acostarse conmigo. —Suelta un bufido—. Tengo estándares, y los jugadores de hockey simplemente... no...

La negociación continúa mientras nos sostenemos la mirada a través de la mesa rayada: dos depredadores alfa marcando territorio. El aire entre nosotros no es hostil, no exactamente, pero tampoco es ni de lejos amistoso. Está claro que este es el compromiso que ambos necesitamos porque nos hemos quedado sin opciones.

Cruza las piernas, los vaqueros susurrando promesas en las que no tengo derecho a pensar. Dios. Esto es una reunión de negocios. Una reunión de negocios humillante y devastadora para mí, porque estoy en la ruina. Así que ahora estamos rodeándonos el uno al otro para determinar si podemos compartir espacio.

—Sexo —dice—, y la palabra queda suspendida entre nosotros.

Casi me atraganto con el café.

—¿Qué pasa con eso?

—Traigo tíos a casa. Diferentes, a veces más de uno, y nunca el mismo dos veces.

Hace una pausa, observando cómo voy a reaccionar. Pero cuando mantengo la cara neutra, continúa.

—No se quedan a dormir, porque no quiero que usen mis toallas ni se coman mi yogur griego. ¿Eso va a ser un problema?

—¿Por qué lo sería?

—Porque entran y salen —dice—. Y para algunos tíos, eso les parecería una oportunidad aunque nadie los haya invitado.

La franqueza está diseñada para impactar, pero cariño, llevo jugando a este juego desde que descubrí que hacer reír a las chicas era el carril rápido para desnudarlas. Se acabó sentirme incómodo, así que es hora de recordarle que no es la única con una reputación.

—Lo mismo digo. —Abro más los brazos, recuperando un poco de terreno—. Tengo todas las mujeres que quiero, con frecuencia, nunca para desayunar, y con un máximo de tres citas, así que no hay peligro de que intente algo con tu culo de marca, porque presiento que serías mucho más trabajo del que estoy dispuesto a invertir.

—¿Quieres decir que no sería fácil?

Me encojo de hombros.

—El departamento es zona libre de juicios y sentimientos.

Me estudia con la intensidad de alguien que está decidiendo dónde esconder mi cuerpo.

—Bien. Siguiendo: mis rotaciones clínicas son brutales y mis horarios son caóticos.

—Yo juego hockey. —Sonríe—. Prueba con entrenamiento a las ocho, un día entero de clases, después un partido fuera de casa, y por fin a la cama a medianoche.

Entonces hace algo que no espero.

Se ríe.

—Sinceramente, los horarios universitarios deberían contar como deporte olímpico. Pesadilla logística.

El comentario aterriza de una forma que no esperaba. Es agudo, autoconsciente, más gracioso de lo que esperaba de alguien que me ha estado interrogando. Y de repente ya no estoy mirando la reputación intimidante ni el culo francamente delictivo ni la forma en que su jersey se ciñe a sus curvas.

Estoy viendo el cerebro que trata el caos como diversión.

Se me aprieta el pecho, el pulso martilleando, y ese calor familiar empieza en el bajo vientre: el que normalmente significa que estoy a punto de hacer algo espectacularmente estúpido con alguien a quien definitivamente no debería tocar.

Esto es catastróficamente malo, me ofrece el cerebro.

Porque Maya Hayes no es solo una fiestera buenorra a la que necesito desesperadamente para que contribuya a mi alquiler. Es brillante. El tipo de inteligente que ve a través de mis gilipolleces y las clasifica por estructura molecular. El tipo que hace que mis movimientos habituales parezcan los de un jugador infantil intentando regatear a Gretzky.

No es que esté fuera de mi liga, es que juega un deporte diferente y ambos lo sabemos. Mientras yo estoy aquí con mi carrera de comunicaciones y una cuenta corriente más plana que una cerveza del día anterior, ella es la tía buena que se graduó de las mejores escuelas y tiene la familia más rica de la que se haya oído hablar por aquí.

Entonces, ¿por qué cojones necesita vivir conmigo?

Mike me dijo que tiene una bronca con sus padres, pero ¿eso es todo?

Pero antes de que pueda pensarlo más, continúa.

—Servicios divididos a partes iguales, compras por separado excepto lo básico común, y las zonas comunes se mantienen neutrales y limpias.

Asiento.

—No tocar las cosas del otro, cero comentarios sobre las decisiones del otro, y absolutamente nada de desarrollar sentimientos. ¿Crees que puedes con todo eso?

La última parte me golpea fuerte. Quizá me pilló mirándola, o notó cómo agarro la mesa como si fuera lo único que me impide

salir flotando. Pero tengo una reputación que mantener, y estoy prácticamente empalmado por cómo esta mujer convierte los acuerdos de alquiler en preliminares.

—Por favor. —Resoplo, rebuscando bravuconería en el páramo de mi dignidad—. Soy emocionalmente no disponible por diseño. Consulta mis reseñas de Google.

Ladea la cabeza, esos ojos diseccionando mis gilipolleces con eficiencia despiadada. Por un segundo estoy seguro de que me va a pillar —señalar que en este momento tengo más sentimientos que un maratón de películas de Hallmark, y que estoy tan desesperado que busco compañero de piso a través de la red social de la novia de mi amigo—, pero solo asiente.

—Perfecto —dice, dando por hecho que tiene el puesto antes de que yo siquiera lo confirme, como si nadie le hubiera negado nada en la vida—. Entonces tenemos un trato.

Se pone de pie en un solo movimiento fluido que cortocircuita lo que queda de mi cerebro, su cuerpo un estudio en intimidación compacta y concentrada. Me mira hacia abajo —literalmente hacia abajo, a pesar de que sentado casi soy más alto que ella de pie— y juro que mentalmente me está archivando en «Hamilton, Maine; Desastre; Buenorro».

—Te mando por mensaje la logística de mi mudanza —dice, regalándome el amago de una sonrisa—. Intenta no hacer nada que requiera fianza o ambulancia de aquí a entonces, porque entrevistar a un niño grande emocionalmente atrofiado ya es más que suficiente.

—No prometo nada —consigo decir, pero ya se está yendo, la coleta balanceándose con cada paso.

La miro irse porque soy débil y tiene un culo capaz de hacer que un cura se replantee su vocación. La campanilla anuncia su salida, abandonándome con café frío y la aplastante certeza de que acabo de apuntarme a montar un tornado.

Se suponía que esto iba a ser simple. Encontrar compañero de piso. Dividir el alquiler. Evitar la indigencia. Mierda básica que hasta mi última neurona funcional podría manejar sin supervisión adulta.

Pero, en lugar de eso, estoy repasando la forma exacta en que su voz bajó una octava al decir «sexo».

Y una cosa queda jodidamente clara como el agua: no he resuelto mi problema.

Lo he cambiado por la única persona en la Tierra capaz de igualar mi energía.

Porque Maya Hayes no es solo una compañera de piso. Es un desastre natural en vaqueros de marca, una mujer que podría destruirme sin que se le corra el pintalabios ni se le rompa una uña. Y acabo de invitarla a compartir mi espacio, mis facturas, y lo que queda de mi cordura después de cuatro años de hockey en Division I.

¿Y la parte verdaderamente jodida?

Ya estoy contando los minutos para que se mude.

también de clara west

La serie Pine Barren University

Más Allá de los Límites

La Práctica Hace la Perfección

Cambiando las Reglas del Juego

La Colisión Perfecta

La Apuesta Más Arriesgada

La Señal Rota

Todos estos libros tienen un final feliz garantizado y pueden leerse en orden o de forma independiente.
